
3 1761 03527 5338

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

BIBLIOTECA SELECTA DE CLÁSICOS ESPAÑOLES

GUERRA DE CATALUÑA

POR

DON FRANCISCO MANUEL DE MELO



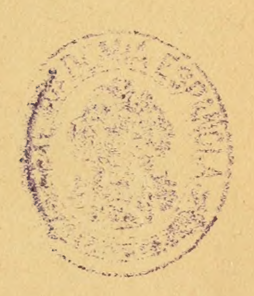
MADRID
LIBRERÍA DE LOS SUCESORES DE HERNANDO
Calle del Arenal, 11.

I

GUERRA DE CATALUÑA

Conturbatæ sunt Gentes, et inclinata sunt Regna
Dedit vocem suam, mota est terra.

Ps. 45.



HISTORIA

DE LOS

MOVIMIENTOS, SEPARACIÓN

Y GUERRA DE CATALUÑA

EN TIEMPO DE FELIPE IV

QUE BAJO EL NOMBRE DE «CLEMENTE LIBERTINO»

ESCRIBIÓ

DON FRANCISCO MANUEL DE MELO

NUEVAMENTE PUBLICADA

POR LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA



MADRID, 1912
LIBRERÍA DE LOS SUC. DE HERNANDO
IMPRESORES Y LIBREROS
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA
Arenal, 11.

INTRODUCCIÓN [1]

Don Francisco Manuel de Melo, cuya gloria comparten con igual derecho Portugal y España, porque en portugués y en castellano escribió con tal pureza y elegancia que en ambos idiomas es proclamado clásico, fué uno de los ingenios más cultos y fecundos del siglo XVII. En su tiempo gozó de gran fama; después no se le ensalzó como era justo. En Portugal se imprimieron durante el siglo XVIII algunas de sus obras, y en los últimos años del XIX y primeros del presente ha tenido panegiristas entusiastas, aunque no por completo enterados de su vida. Entre nosotros sólo se ha difundido la *Guerra de Cataluña*, que ahora, bajo el amparo de la Real Academia Espa-

(1) El carácter de vulgarización que, conforme al propósito de la Real Academia Española, tiene esta Biblioteca, y la poca extensión que se debe dar á las Introducciones que preceden á sus tomos, no permiten hacer aquí el estudio detenido y completo de la gran figura literaria de Melo; tarea ciertamente reservada á quien pueda realizarla con más autoridad. Persuadido de ello, el autor de las líneas que siguen se limita á dar noticia de la vida y obras castellanas del insigne escritor.

ñola, sale de nuevo á luz, limpia de los descuidos y erratas que afean las ediciones pasadas.

Cuanto produjo Melo, principalmente los libros en prosa, es de gran valor literario. No ha habido, sin embargo, investigador, erudito ni crítico de alto vuelo que le consagre un estudio digno de él (1), si bien es cierto que la abundancia y variedad de sus trabajos hacen difícil la empresa; mas harto merece que quien tenga fuerzas para ello las emplee en su examen y alabanza. Todo lo que brotó de su pluma revela un entendimiento de primer orden, hondo conocimiento de la cultura de su época, no poca audacia de pensamiento, y aunque concebido la mayor parte en la estrechez de una prisión, aparece iluminado por cierta generosa y apacible serenidad de espíritu, y está realzado por ese sentimiento de lo bello al través del cual observa el artista verdadero cuanto le rodea, hermoseando hasta el relato de la propia desdicha.

Su vida es tan interesante que parece novela. La Naturaleza se mostró pródiga con él otorgándole facultades excepcionales de pensador y de literato; la Fortuna le trató sin piedad sometiéndole á durísimas pruebas: ésta con sus injurias, aquélla con sus favores, le hicieron digno juntamente de admiración y de

(1) Quedan, naturalmente, exceptuados de esta apreciación los breves y admirables párrafos que le dedicó Menéndez y Pelayo en la *Historia de las ideas estéticas* y en su *Discurso de ingreso en la Academia de la Historia*.

lástima. Fué soldado, político, diplomático, filósofo, moralista, historiador, poeta lírico y autor dramático; asistió á campañas, frecuentó cortes, desempeñó embajadas, sirvió á reyes y brilló en academias literarias; encausado como reo de asesinato á consecuencia de una aventura amorosa, estuvo preso nueve años y sufrió seis de destierro; en la cárcel están escritas muchas de sus obras y miles de cartas donde su hombría de bien parece transparentarse; padeció grandes tribulaciones, mas hoy la conciencia del lector rechaza la posibilidad de que cometiera aquel delito, y se complace viendo probado por sus modernos biógrafos lusitanos que el proceso injusto y la iniquidad contra él desplegada, lejos de infamar su memoria, la hacen simpática, porque fueron venganza de poderoso: tan en lo alto de la jerarquía social estaba su enemigo, que sólo con hacerse sordo á las quejas del preso prolongaba su cautiverio. Pidiendo justicia, implorando piedad, doblegándose á las exigencias políticas y á veces al vanidoso capricho de quien podía imponerse á mansalva, es decir, en medio de la mayor aflicción de espíritu, escribió sobre tantas y tan varias materias, que en ellas abarca desde lo más transcendental y de más difícil estudio para el entendimiento hasta lo que por travesura y donaire del ingenio trae la risa á los labios. Tiene tratados donde la moral ascética se hermana con la doctrina estoica; apologías de santos cuya vida ejemplar es ocasión para el análisis de la virtud; discursos políticos y de arte militar, fruto de la experiencia recogida en los

consejos de los palacios y las tiendas de los campamentos; narraciones históricas en que la erudición de lo estudiado se completa con la experiencia de lo visto; comedias y novelas de las que pedía el gusto dominante en los corrales y los mentideros de Madrid y de Lisboa; composiciones para certámenes de academias; versos inspirados por la pasión ó la galantería; estudios de crítica literaria, que deleitan por su amenidad ó sorprenden por su independencia de juicio, y libros de esa filosofía vulgar preñada de enseñanza que el espíritu de observación recoge de los diálogos de la gente culta y, sobre todo, del lenguaje del pueblo. Discurrió de lo transcendental y grave con poderosa inteligencia, de lo trivial y menudo con certero instinto cómico; y aunque sin librarse de los errores políticos y literarios de su tiempo, en todo mostró ser un cerebro privilegiado y también un corazón magnánimo, pues sólo por una gran bondad de alma se explica que escribiera sin ensombrecerse ni agriarse á pesar de su prolongada prisión y su triste destierro.

Nació en Lisboa en 1608 (1), de origen tan noble,

(1) Todos sus biógrafos afirman que nació en 1611, pero el ilustrado catedrático de la Universidad de Manchester, Edgar Prestage, á quien se deben interesantísimos estudios y la publicación de muchos documentos referentes á Melo en el *Archivo Histórico Portugués* (1909), nos comunica, hallándose ya muy avanzada la impresión de este volumen, que ha encontrado la partida de bautismo del gran polígrafo, la cual prueba que nació en 1608.

que cuando se vió perseguido pudo decir, en un papel de que se hablará más adelante, dirigiéndose al rey Juan IV y refiriéndose á la casa de Braganza: «Desde que en ella entró el Señor Infante Don Duarte, bisabuelo de V. M. por casamiento con la Señora Infanta Doña Isabel, hasta el día presente, puedo demostrar que ninguno de los señores de esta real casa dejó de nacer y criarse en brazos de parientes míos» (1). Estudió con los jesuítas, siendo discípulo del célebre maestro Baltasar Téllez, y al quedar huérfano de padre abrazó la carrera militar. «La libertad mejor que otro respeto — escribía algunos años después á su amigo Don Francisco de Quevedo Villegas — me trujo más presto á la vida de las armas (si tal inquietud se puede llamar vida): de diez y siete fuí soldado; seguíla hasta ahora» (2). Alistado, según unos biógrafos, en los tercios que se formaban por entonces con destino á los Países Bajos; protegido, según otros, por el conde de Linares en Madrid, donde vino á pretender empleo, fué destinado á la armada española, y se embarcó el año de 1626 en La Coruña con la expedición que al mando del general

---

(1) *Carta de guía de casados*, por Don Francisco Manuel. *Nova ediçao, com um prefacio biographico enriquecido de documentos ineditos*, por Camilo Castello Branco, pág. 18. — Porto, 1898, 8.º

(2) Don Francisco Manuel: *Primeira parte das cartas familiares*. Roma, por Felipe María Mancini, 1664, 4.º Centuria segunda, carta L, pág. 224. Inserta también en el tomo II, pág. 563, de las obras de Quevedo de la *Biblioteca de Autores Españoles*, de Rivadeneyra.

Don Manuel de Meneses debía, primero, salir en demanda de las flotas de Indias y, luego, llevar refuerzos á los ejércitos de Flandes.

Naufragó la escuadra en aguas de San Juan de Luz; la catástrofe fué horrorosa y de ella cuenta Melo, que iba embarcado con el almirante en la capitana, el episodio siguiente: «Asistí — dice — con Don Manuel casi toda la noche de aquella tribulación porque le debía amor y doctrina: y queriéndose él mudar el traje, como todos á su ejemplo hicimos, ornándose cada cual con lo mejor que tenía, porque muriendo como esperaba fuese la vistosa mortaja recomendación para una honrada sepultura, en medio de esta obra y consideración á que ella excitaba, sacó Don Manuel los papeles que consigo llevaba, de entre los cuales abrió uno, y volviéndose hacia mí (que ya daba muestras de ser aficionado al estudio poético) me dijo sosegadamente: «Este es un soneto de Lope »de Vega, que él mismo me dió cuando vine ahora »de la Corte: alaba en él al cardenal Barbarino, lega»do á látere del Sumo Pontífice Urbano VIII.» Á estas palabras siguió la lectura de él, y luego su juicio como si lo estuviera examinando en una serena academia, tanto que, por razón de cierto verso que parecía ocioso en aquel breve poema, discurrió enseñándome lo que era *pleonasmo* y *acirología* y en lo que se diferencian, con tal sosiego y magisterio, que siempre me quedó vivo el recuerdo de aquella acción como cosa muy notable, siendo todo explicado con tan buena sombra, que infundió en mí gran olvido

del peligro.» Tal era el temple de aquellos admirables soldados (1).

Salva por fin la nave, el general confió á Don Francisco el encargo de dar sepultura á más de dos mil cadáveres que flotaban ante la embocadura del puerto y que el mar iba arrojando á las playas. Fracasada la expedición volvió á la Corte, pretendiendo en ella, y luego en Lisboa, nuevo empleo hasta 1637.

En Portugal se hallaba este mismo año al estallar los motines de Évora, primeros chispazos de la independencia lusitana, cuando el duque de Braganza, que ya comenzaba á hacerse sospechoso al gobierno de Felipe IV, le mandó desde Villaviciosa, lugar de su señorío, que fuese á Madrid para informar al Rey y al Conde-Duque de cuanto allí estaba pasando. Poco después, sin duda durante su permanencia en

(1) Melo refiere el caso en sus *Epanáphoras de varia historia portuguesa*, 4.°, Lisboa, 1676, pág. 249, de donde lo tomó el autor de su biografía publicada en la edición de la *Guerra de Cataluña* hecha por Sancha en 1808; pero el soneto no se encuentra entre las poesías de Lope. Tal vez se trate, no de un soneto, sino de alguna de las dos composiciones siguientes: *Canción en la entrada del Ilmo y Rmo Señor el Cardenal Don Francisco Barberino, legado á látere de Nro Smo Pre Urbano VIII en los reynos de España.—Canción en la acción de llevar el Smo Sacramento el Ilmo y Revmo Señor el Cardenal Don Francisco Barberino, legado á látere de Nro Smo Pe Urbano VIII en los reynos de España.* —Ambas se publicaron en el tomo IV de las *Obras sueltas* de Lope de Vega. Madrid, Sancha, 1776: la primera salió en pliego suelto en 1626 y se insertó también en el tomo XXXVIII, pág. 351, de la *Biblioteca* de Rivadeneyra, *Obras no dramáticas de Lope.*

Madrid, fué nombrado para que acompañase á Évora á Don Miguel de Noroña, conde de Linares, el cual llevaba la misión de apaciguar los pueblos inquietos y comunicar al Braganza los acuerdos de la Junta de San Antón que en dicha ciudad se había formado. No salió airoso Linares en la negociación y, quedándose en Lisboa, ordenó á Melo que pasase á Villaviciosa, explicase al Braganza lo sucedido y tomara luego la vuelta de Madrid para enterar de todo al Conde-Duque.

Al llegar á este punto conviene hacer dos observaciones: una que naturalmente se desprende de lo referido; otra para fundar en ella más adelante las reflexiones que sugiere: la primera, que Melo, á pesar de sus pocos años, era considerado como hombre de superior capacidad, pues por tales gentes y en empeños tan graves se le empleaba; la segunda, que todavía por aquel tiempo no era hostil al ministro de Felipe IV. Para probar esto último basta decir que en la dedicatoria al Linares del manuscrito de su *Política militar* hizo un hiperbólico elogio del privado, y que, pareciéndole poco, al imprimir el mismo libro en 1638, puso á su frente una segunda dedicatoria al propio Conde-Duque, quien no mucho después, al formarse el ejército que había de pacificar á Portugal, le confió el mando de un tercio de quinientos hombres. No pudiendo Melo reunir el número con la recluta hecha en tierra portuguesa, pasó á Castilla para completarlo; mas apenas lo consiguió, cuando llegaron nuevas de que el Infante Cardenal, gobernador de los Países Bajos, pedía refuerzos con que hacer

frente á los enemigos de España, y allá tuvieron que ir las tropas que, de permanecer en la Península, hubieran sofocado en su comienzo la rebelión de Portugal, harto más funesta que la de Flandes.

Hechas las levas reales y de señores, y reunidos sus contingentes en los puertos de Galicia, correspondió á Melo tomar el mando de uno de los tercios, compuesto de 570 portugueses y 600 castellanos. Estaba ya disponiéndose para embarcarse en La Coruña, cuando la plaza fué atacada por la escuadra francesa, al mando del arzobispo de Burdeos, Enrique de Sourdis, famoso por su genio levantisco y su rivalidad con el duque de Epernon. Refieren los papeles de aquel tiempo cómo se apercibieron los nuestros á la defensa entorpeciendo la entrada del puerto con «una gran cadena de ciento sesenta mástiles gruesos, bien trincados con fuertes gumenas y argollas de hierro», y de qué modo se dispusieron las cosas para rechazar el ataque, confiándose á Melo la defensa de las trincheras de la costa. Mayor que la confianza inspirada á los españoles por el insólito recurso de la cadena, fué sin duda el recelo con que la vieron los franceses, quienes, renunciando á La Coruña, hicieron un rápido desembarco en El Ferrol, donde hallaron gran resistencia; el mar, al mismo tiempo, se encrespó furiosamente, y tras pocas horas de lucha, en que llevaron la peor parte, tuvieron que acogerse á los barcos. Pudo entonces la escuadra española acelerar la partida para Flandes, y tal exceso de trabajo ocasionaron á Melo los preparativos, que le costó

estar enfermo muchos meses. Aun así, fué de los que partieron formando parte de la escuadra de Oquendo, que luchó primero con la de Holanda, capitaneada por Tromp, y luego con la perfidia de Inglaterra, la cual se negó á entregar á los españoles la pólvora que le habían comprado y pagado, hasta después de saber que los holandeses estaban bien apercibidos y pertrechados (1). Llegó por fin á Flandes; mas no paró allí mucho tiempo, pues á consecuencia de cierto disgusto que tuvo con un personaje, el Cardenal Infante le mandó á Alemania con una misión diplomática. Cumplida ésta, regresó á España, enfermo todavía, siendo nombrado gobernador de Bayona de Galicia y designado para formar parte de la Junta de Cantabria, establecida en Vitoria, desde la cual se organizaba la guerra contra Francia; nueva demostración del aprecio que de sus facultades se hacía: él mismo dice «haber asistido en aquella ciudad algunos meses á las órdenes de esta Junta, que también confería con los generales y á veces determinaba contra su parecer» (2).

Agravadas por entonces las alteraciones de Cata-

---

(1) Los tremendos é infortunados combates que libró la escuadra de Oquendo están descritos por Melo, de orden del Cardenal Infante Don Fernando, en su ya citado libro *Epanáphoras de varia historia portuguesa*, con el título de *El conflicto del canal*. IV. *Epanáphora bélica*.

(2) *Aula política*, *Curia militar*, *Epístola declamatoria ao Serenissimo principe Don Theodosio* y *Política militar*, de Don Francisco Manuel de Melo. Lisboa, por Mathias Peregra, 1720.—Pág. 82.

luña, se le destinó á las órdenes del general marqués de los Vélez, que mandaba el éjército castellano (1). Todos sus biógrafos coinciden en afirmar que su juicio y su consejo eran por aquel caudillo tenidos muy en cuenta, y no sin orgullo lo recuerda él, años más tarde, diciendo: «El rey Don Felipe y sus ministros, siendo su corte tan abundante de soldados, quísome escoger, con trece años de edad menos de los que hoy tengo, para asistir á la persona del marqués de los Vélez en la más importante guerra que tuvo España... Aun hay en este reino muchas personas de las que en ella se hallaron, que pueden decir la mano y autoridad que yo tenía en aquel ejército, igual á la de los mayores cabos de él; sin mi parecer no andaba un solo paso quien lo gobernaba, tanto, que todavía guardo algunas cartas de los mayores oficiales en que me dicen (sea cortesía ó experiencia) que luego que yo falté de allí todo fué desconcierto y perdición» (2). No son muy modestas tales afirmaciones, mas tampoco debe creerse que pequen de exageradas, pues en su relato de la guerra fué luego diciendo (y allí lo hace con la mayor modestia) las ocasiones en que in-

(1) Claramente lo dice él mismo en este libro: «Partióse (el marqués de los Vélez) con pequeña compañía y sin oficial alguno de la guerra ú otra persona particular más del maestre de campo Don Francisco Manuel, á quien el Rey había enviado desde el ejército de Cantabria para que le asistiese.» — Pág. 167 de la presente edición.

(2) *Aula política, Curia militar, Epístola declamatoria,* etc. — Páginas 123 y 124.

tervino, demostrando la importancia de éstas que realmente estaba con su jefe en gran predicamento. Así, por ejemplo, después de la embestida y toma del Coll de Balaguer, resistiéndose el marqués de los Vélez á seguir avanzando con el grueso del ejército mientras quedase desamparada parte de la infantería que había bajado á rendir unas torres situadas en la marina, «envió, por el maestre de campo Don Francisco Manuel, á comunicar su intento al Torrecusa» (1). Poco después, cuando el ejército tomó la casa fuerte llamada Hospitalet, un soldado del tercio de Don Fernando de Ribera se encontró entre las ropas del conde de Zavallá, que lo había defendido, cierto libro ensangrentado, en el cual este jefe apuntaba las órdenes que daba y recibía para la campaña: «Contenía tantos secretos y tan provechosos para el servicio del Rey Católico, que podemos decir que en él se halló un retrato de los ánimos de sus enemigos y un cofre de sus secretos.» Disputaron por la posesión del libro Ribera, el cual deseaba, según Melo, mandárselo al Conde-Duque como lisonja digna de buen pago, y el marqués de los Vélez, en cuyas manos debía parar por ser jefe supremo del ejército; porfiaron, y á punto estuvo el general de prender al Ribera; «pero la industria de algún medianero, á quien uno escuchaba con amor y otro no sin respeto — dice Melo —, pudo acomodarlo todo. El libro fué traído al Vélez, y de él se sacaron noticias impor-

(1) Pág. 211 de esta edición.

tantes á la guerra» (1). El historiador no lo expresa claramente; mas por el modo de decirlo, callando el nombre, parece dar á entender que el medianero fué él, y los que le escuchaban, «uno con amor y otro no sin respeto», su jefe, el marqués de los Vélez, y su camarada Ribera. En el cerco de Cambríls, el Marqués le comisionó para que, en compañía del mismo Ribera, ajustase la entrega de la plaza, y él fué quien, desde el pie de la muralla, donde llegó con otros capitanes, volvió á darle cuenta de lo pactado (2). Melo habla también de sí, aunque no explícitamente, al referir cómo fué preso en cuanto llegó al ejército la noticia de haberse Portugal declarado independiente.

Cuando con más empeño procuraba él gobierno de Felipe IV sofocar la insurrección de Cataluña, estalló la de Portugal: siendo notorio que ambas fueron astutamente atizadas por Richelieu y favorecidas por gran parte del clero (3), era lógica la sospecha de que

(1) Págs. 213 y 214 de esta edición.

(2) Pág. 225 de esta edición.

(3) Es digno de estudio que, no obstante haber sido Felipe IV muy piadoso y el Conde-Duque tan devoto como dan á entender algunos papeles de aquel tiempo (*), fueran ambos tan combati-

(*) «El señor Conde-Duque ha estado la Semana Santa en el Buen Retiro, y allí le han predicado todos los predicadores de opinión, y día ha habido de tres sermones; bravo estómago de engullir sermones.» *(Memorial histórico. Cartas de jesuítas,* tomo I, página 168.) «Todas las mañanas, de cinco á seis, está el señor Conde-Duque en la tribuna de Nuestra Señora de Atocha con suma devoción, y con efecto, es tan grande como lo manifiestan sus piadosas y altas voces y sollozos, oyendo misas, que los que le oyen, que son muchos, salen edificadísimos.» *(Memorial histórico. Cartas de jesuítas,* tomo III, pág. 313.)

estuviesen relacionadas, y como en el ejército caste-

---

dos por los eclesiásticos seculares y regulares. Los de Portugal inspiraban tanto recelo al Rey y á su valido, que en 1637, cuando las alteraciones de Évora, y con la esperanza de que contribuyesen á apaciguarlas, convocaron en Madrid una junta á que fueron llamados, además de algunos caballeros nobles, los arzobispos de Braga, Évora, Lisboa, y doce religiosos de Santo Domingo, San Agustín y la Compañía. *(Memorial histórico. Cartas de jesuítas*, tomo II, pág. 185.) «Vinieron, según se dijo, á ser reprehendidos: los primeros, de lo poco que hicieron en servicio del Rey; los nobles, de que no se opusieron totalmente á la plebe y tomaron contra ellos las armas para reprimir la rebelión; y los religiosos, porque en lugar de predicar el Evangelio, reprehender los vicios y refrenar los pueblos, los concitaban á mayores rumores y levantamientos, de que oí en las pláticas de semejantes materias al mayor ministro quejarse de los frailes de aquel reyno.» (Bernabé de Vibanco (*): *Historia de Felipe IV*, libro VI.)

Y no debió de ser muy franca la actitud que aquellos prelados y religiosos observaron en la junta, cuando no se les autorizó para regresar á Portugal hasta 1639. Posteriormente, en 17 de diciembre de 1640, coronado ya el duque de Braganza, el Conde-Duque, de orden de Felipe IV, reunió á ochenta entre prelados y caballeros portugueses que por entonces había en Madrid, y amén de abominar del Braganza les amonestó á que siguieran fieles á Castilla, y «también les propuso viesen lo que se había de hacer para asegurar en servicio de S. M. la gente portuguesa que estaba en el ejército de Cataluña, pues entendía que el de Braganza había enviado emisarios secretos para corromperlos y hacer se pasasen al enemigo.» *(Memorial histórico. Cartas de jesuítas*, tomo IV, pág. 102.)

Fray Antonio Seyner, en su curioso libro *Levantamiento de*

(*) De esta hostilidad desplegada contra Castilla por los predicadores portugueses han hablado también los historiadores de nuestros días. Véanse, por ejemplo, las páginas 312 y 321 de la *Historia de la decadencia de España*, por Cánovas del Castillo. Segunda edición.—Madrid, 1910.

llano había muchos portugueses (1), se desconfió de ellos, principalmente de los de alta graduación. Don Francisco, que era maestre de campo, fué preso y conducido á la Corte. Cuatro meses duró su encarcelamiento, pero no pudiendo probarse nada en contra suya, no sólo fué puesto en libertad, sino que para indemnizarle del perjuicio sufrido, se le otorgó una renta superior á la hacienda que poseía en Por-

---

Portugal, dedicado al confesor de Felipe IV, Fray Juan de Santo Tomás, é impreso en Zaragoza en 1664, da cuenta, como testigo de vista, de lo que hicieron los jesuítas para favorecer y afianzar el éxito de aquella sublevación contra España. (Libro II, capítulo III.) Dice que fueron *el medio único* que tuvieron los conspiradores para lograr su propósito (pág. 41); que «antes de llegar el Duque á Lisboa ofrecieron al Gobierno su plata y hacienda para la guerra que se esperaba»; cita los nombres de los que predicaron en este sentido, copiando trozos de sus sermones; cuenta que «hicieron armar todos los estudiantes de sus aulas, cada uno conforme la edad que tenía, y divididos en compañías con sus capitanes hicieron un alarde muy vistoso cuanto ridículo, y pasando por palacio con ellos, dijeron: «Estos soldados cría la Compañía de Jesús para servir á V. Majestad en defensa de sus reinos» (página 43). Por último, dedica entero el capítulo V á referir «lo que hizo el provincial del Brasil y de la traza que se dió para que se rindiese á la obediencia del duque de Braganza todo el Río Xaneiro».

Respecto de la intervención del clero en la revolución de Cataluña, basta recordar que el principal agitador fué el canónigo Clarís, y que organizó las fuerzas militares del Principado el oidor eclesiástico Ferrant.

(1) Seis mil mandaba el maestre de campo Don Simón Mascareñas. *(Avisos de Pellicer. Semanario erudito*, tomo XXXI, página 196.)

tugal (1) y fué nombrado gobernador de Ostende. Indudablemente, quedó entonces clara su inocencia, y es fama que al salir de la prisión le recibió el Conde-Duque diciéndole: «Caballero, ello ha sido un error, pero error con causa. Bien se acordará lo que me dijo en el Prado; pues ¿para qué pudo ser bueno acreditar tanto acciones contingentes? ¿No se ve cuáles se nos volvieron su duque de Braganza, su marqués de Ferrara y su conde de Vimioso?»

Los biógrafos lusitanos de Melo afirman, sin embargo, que fué uno de los primeros que conspiraron á favor de la independencia de Portugal, y él mismo se gloría de ello en diversos escritos, pero en tales circunstancias (como se verá luego), que se debe dudar de su propio testimonio; siendo éste uno de los casos en que lo documental puede tener menos fuerza probatoria que el juicio fundado en la observación atenta de los hechos. En cambio es innegable que al recobrar la libertad partió de Madrid y abrazó aquella causa. Para favorecerla acudió al Consejo de la Paz celebrado entre Portugal y la corte de Inglaterra, «asistiendo — dice — á nuestros embajadores con alguna utilidad de la reputación de este reyno; porque viendo aquellos ministros que personas de grandes puestos luego al principio dejaban el servicio del rey de Castilla y se pasaban al de Su Majestad, crecía por instantes la estimación de los negocios de Portu-

(1) *Aula política, Curia militar, Epístola declamatoria.*— Lisboa, 1720, pág. 116.

gal» (1). Después ayudó en Holanda al apresto de la armada prevenida en auxilio del nuevo reino, volvió á Lisboa llevando un socorro de la mayor importancia, consistente en hombres, embarcaciones y armas, y durante dos años permaneció entre la corte y el ejército de Juan IV, quien más de una vez pareció mostrársele agradecido en cartas que mandaba escribirle, pero sin darle recompensa ni empleo proporcionado á lo que él se esforzaba en su servicio.

En este período de la vida de Don Francisco Manuel de Melo surge su procesamiento, cuya causa quedó por mucho tiempo envuelta en sombras: sólo se sabía que, á consecuencia de un suceso misterioso, fué encarcelado y extraordinariamente prolongada su prisión, ignorándose el motivo de tal encono hasta que no hace muchos años lo han aclarado algunos eruditos portugueses. De sus investigaciones resulta con todos los caracteres de verdad exigibles, cuando los hechos tienen, como en este caso, sabor marcadamente novelesco, que fué víctima de una de esas tremendas iniquidades con que la realidad aventaja á la imaginación de dramaturgos y novelistas.

Vivía por aquel tiempo en Lisboa Don Gregorio Taumaturgo de Castelo Branco, conde de Villanueva de Portimao y guardia mayor de Juan IV: casó este

(1) *Aula política, Çuria militar, Epístola declamatoria.*—Lisboa, 1720, pág. 117.

caballero con su sobrina Doña Blasa de Villena, hija del conde de Sortela: fué la dama infiel á la fe jurada, la delató un paje llamado Francisco Cardoso, y Don Gregorio la encerró en el monasterio de Santa Ana, donde murió al cabo de dos años. Contrajo segundas nupcias con Doña Guiomar de Silva, hija del conde de Odemira, y tuvo con ella tan mala suerte como con su antecesora. Delatada también Doña Guiomar por el mismo Cardoso, la envenenó; y temiendo que quisieran vengarla sus parientes, huyó á Castilla. Incapaz de escarmiento, regresó el Conde á Portugal en 1640 para casarse con Doña Mariana de Alencastre, beldad muy celebrada por los poetas de su tiempo y, según escriben los portugueses, *senhora de muito bem facer a quem lh'o pedia,* la cual se dejó cortejar por Juan IV y por Don Francisco Manuel de Melo. Rondábala éste una noche, ocultándose por los rincones del patio de las columnas de palacio, cuando viendo á un caballero dirigirse hacia cierta escalera próxima á las habitaciones de la dama, le cortó el paso; y, obligándole á sacar la espada, cerró con él al mismo tiempo que le preguntaba quién era. El Rey, que á menudo hablaba con Don Francisco, le conoció por la voz, mas tuvo buen cuidado de no contestar para no verse descubierto, y riñeron, hiriéndose levemente. Doña Mariana, que acaso á uno esperaba amante y á otro temía celoso, oyendo el chocar de los aceros apareció con luz en la meseta de la escalera, y entonces huyeron ambos por distinto sitio: Don Francisco sin haber logrado enterarse de quién

era su rival, y el Rey habiendo conocido á quien tuvo la audacia de detenerle espada en mano. Melo, pecando luego de imprudente, fué espiado y descubierto por el infatigable Cardoso, que en pago de sus anteriores servicios era ya mayordomo, y que por tercera vez dió noticia de su desventura al marido engañado: éste amenazó de muerte á su esposa, y ella apartó á Melo de sí revelándole el riesgo que corrían. Mas no pararon aquí las cosas, porque al mismo tiempo que velaba por la maltrecha honra de su señor, Francisco Cardoso tenía amores con la mujer de un arrendatario de foros de la casa de Villa Nova, llamado Marco Ribeiro, el cual hizo que tres criados suyos lo mataran. Presos los asesinos de Cardoso y puestos á cuestión de tormento, declararon, confesando quién les había ordenado el crimen; y he aquí ahora cómo sigue refiriendo este tejido de infamias y vilezas el publicista portugués que las ha puesto en claro: «No obstante, el Conde, comunicando su tercera desgracia al Rey, atribuyó la muerte de su fiel criado y amigo á Don Francisco Manuel, por sugestión de la Condesa, cuyo delito le denunció el mayordomo asesinado. El Rey no impugnó la hipótesis, antes la robusteció consintiendo en el mismo parecer. Nuevamente atormentados los asesinos, el dolor y la insinuación de los inquisidores les arrancaron la calumnia que hacía cómplice á Don Francisco Manuel de Melo. Preso, procesado y condenado, el inocente quedó irremisiblemente perdido. Después el Conde, no contento con venganza tan pobre en

comparación de las que él tenía por costumbre, y como aún le quedase un resto del veneno con que mató á Doña Guiomar de Silva, se lo administró á Doña Mariana de Alencastre con igual éxito, muriendo la Condesa poco después del denunciante. No podemos desear ya más claridad en el misterio que tanto hizo meditar y conjeturar durante el curso de casi dos siglos y medio. Lo traslado, poco más ó menos, textualmente copiado del códice genealógico de Cabedo, que dice haber conocido á todos ó casi todos los que figuran en la horrenda tragedia, designando por sus nombres aun á los tres matadores, que murieron en la horca después de haber dicho en la capilla que ni de vista ni de nombre conocían á Don Francisco Manuel de Melo» (1).

Su encarcelamiento fué larguísimo; pero era hombre de tan firme vocación literaria, que buscó consuelo en el trabajo: de esta época es la mayor parte de sus libros; y además, como aferrándose á la vida, procuró mantenerse en comunicación constante con el mundo escribiendo una cantidad asombrosa de cartas. «En los primeros seis años de mi prisión—dice—(2) escribí veintidosmil seiscientas cartas. ¿Qué

---

(1) *Carta de Guía de casados,* por Don Francisco Manuel. *Nova ediçao com um prefacio biographico enriquecido de documentos ineditos,* por Camilo Castello Branco.—Porto, 1898, 8.°, pág. 49.

(2) *Primeira parte das cartas familiares,* de Don Francisco Manuel. Roma, 1664, por Felipe María Mancini. *Carta do autor a os leitores,* en los preliminares, sin paginación.

será hoy siendo doce los de preso y muchos los de desdichado?» (1).

Antes de que Castello Branco publicase las revelaciones contenidas en el códice de Cabedo, otros escritores explicaban de diferente modo la causa de tamaña iniquidad diciendo que Doña Mariana, «aconsejada por el Rey, se fingió partidaria de Castilla y exigió de su amante la confesión de que lo era y la promesa de ayudarla en sus proyectos, si quería que ella le correspondiese; confesión y promesa que más apasionado que prudente hizo, y comunicadas (si no fueron oídas por espías) al celoso monarca, dieron por resultado la prisión, que cohonestaron atribuyendo á Melo la muerte de un criado de dicha dama, que apareció asesinado en la misma noche en que acaeció una ú otra escena de las referidas» (2). En ambas versiones, la conducta de Juan IV es igualmente odiosa.

Melo fué encerrado en la Torre *da Cabeça Secca*,

---

(1) Sin embargo de afirmación tan clara, Inocencio Francisco da Silva, en su edición de la obra de Melo *Feira dos anexins*, Lisboa, 1875, demuestra que sólo estuvo preso nueve años. «No hay duda — escribe refiriéndose al aserto de nuestro autor — de que su prisión se verificó el 19 de noviembre de 1644. Es igualmente indudable que ya estaba libre el 29 de agosto de 1653, pues en ese día fecha en el lugar de Luz la conclusión y remate de su *Aula política*. Luego, por buena aritmética, entre ambas fechas transcurren apenas nueve años no completos, y no los doce que se ha querido suponer.»

(2) García Peres: *Catálogo razonado biográfico y bibliográfico de los autores portugueses que escribieron en castellano.*—Madrid, 4.°, 1890, pág. 365.

de Lisboa, y entre confiscaciones y multas perdió casi todos sus bienes, pasando tales privaciones que sus cartas reflejan honda amargura: en una de ellas pide leña para el invierno y habla de vender sus casas y hasta sus libros (1).

Al cabo de seis años fué condenado en segunda instancia á destierro perpetuo en la India y pago de 2.600 ducados de costas.

Durante el proceso escribió pidiendo protección á los grandes magnates á quienes en sus viajes había conocido, entre ellos al príncipe de Orange, al marqués de Brienne, á Mazarino y á la reina Doña Ana de Austria, logrando, por mediación de ésta, que su hijo Luis XIV le mandara una carta para Juan IV, en la cual, á 6 de noviembre de 1648, le decía: «Más por cuanto es hidalgo de merecimiento y porque los servicios que nos hizo en nuestros ejércitos nos convidan á compadecernos de la desgracia que le ha sucedido, escribimos esta carta á V. M. para rogarle, con todo el afecto que nos es posible, le quiera conceder la gracia que le es necesaria para que no cumpla tal condena; lo que me será testimonio del caso que V. M. quiera hacer de mi recomendación» (2); y tuvo Melo tanta delicadeza, y también tal conocimiento del corazón humano, que algún tiempo después, dirigiéndo-

(1) *Cartas familiares.* Roma, 1664. Centuria primera, carta XCIII, pág. 119.

(2) *Carta de guía de casados.* Porto, 1898. Prefacio de Castello Branco, pág. 34.

se á Juan IV, le decía: «Fuí tan atento al gran decoro que debía á la justicia de V. M., que habiendo yo recibido esta carta del rey cristianísimo para V. M., que con tanta razón podía confiar mucho, evité que fuese presentada á V. M. por manos de algún ministro de Francia, mandándosela yo á V. M. por las del secretario del proceso, á fin de no obligar á V. M., contra su dictamen, á alguna correspondencia con aquella corona, aun á trueque de mi provecho.» Y hermanando el brío con la discreción, añadía en el mismo escrito: «Tengo enemigos descubiertos y ocultos; sábelo, conócelos V. M. Tomo á Dios por testigo de que no merezco el odio de ninguno ni de nadie. Y aún no descansan de fulminar en daño mío. No me vale para con ellos callar y sufrir; mas para con Dios y para con V. M. mucho espero que me valga» (1).

Poco le sirvió la protección de Ana de Austria. Tres años más estuvo preso y escarnecido con la esperanza de la libertad que se le prometía y no se decretaba: «Lo mismo me prometieron la semana pasada. Ya no comprendo las palabras de los príncipes—dice tristemente—: puede que con la semana se pase la memoria de la promesa» (2). Toda la merced que se le hizo consistió en trasladarle en 1650

---

(1) *Carta de guía de casados*. Porto, 1898. Prefacio de Castello Branco, págs. 35 y 40.

(2) *Cartas familiares*. Roma, 1664. Centuria tercera, carta XXXI, pág. 366.

desde la Torre Vieja al Castillo de Lisboa. Concediósele después tercera instancia, y en vez de ser desterrado á la India lo fué al Brasil, para donde debió de salir, según Inocencio Francisco da Silva, hacia fines de 1653 (1).

Mientras le tuvo preso no cesó el Rey de encargarle la redacción de trabajos diversos en defensa de sus derechos á la corona, en loor de su familia y hasta para realce de sus aficiones y gustos personales. Encarcelado escribió primero el *Eco político* (2) en respuesta á un libro publicado en Castilla contra la casa de Braganza; luego el *Manifiesto de Portugal* (3) con ocasión de cierta tentativa de regicidio cometida por un tal Domingo de Leyte, cuyo brazo, según los portugueses, habían armado los ministros españoles; más tarde le ordenó que compusiese la *Vida del duque Don Teodosio de Braganza,* su padre (4); después le indujo á escribir las de los reyes portugueses para

(1) Según el documento XIX de los publicados por Edgar Prestage en el *Archivo Histórico Portugués* (1909), por *alvará* de 4 de diciembre de 1652 se manda ejecutar la sentencia de destierro perpetuo al Brasil, con agregación de las pecuniarias, y *sin que sea más oído en alegación alguna que en la causa hiciese.*

(2) *Ecco polytico, responde en Portugal á la voz de Castilla y satisface á su papel anonymo, ofrecido al rey Don Felipe el Quarto, etcétera,* publícalo Don Francisco Manvel.—Lisboa, por Paulo Craesbeeck, 1645.

(3) *Manifiesto de Portugal,* escrito por Don Francisco Manvel. Lisboa, por Paulo Craesbeeck, 1647.

(4) *Aula política, Curia militar, Epístola declamatoria.* — Lisboa, 1720, pág. 120.

que se publicaran con las medallas de los mismos (1), y, como si todo esto fuera poco, continuamente dispuso el vengativo Juan IV que se le encargaran dictámenes, consultas é informes relacionados con las operaciones de la guerra: «Desde que fuí preso—dice en la *Epístola declamatoria* — no hubo hora que pasase ocioso en servicio de la guerra, ya en armadas, ya en galeras, ya en ejércitos, hallándome en las mayores ocasiones de este tiempo, por donde vine á adquirir tan buena práctica de las materias militares, que las opiniones que tuve y escribí acerca de ellas fueron seguidas por los mejores» (2). Así transcurrió aquel largo y cruel cautiverio: el preso protestando de su inocencia, suplicando nuevas instancias y pidiendo justicia; el soberano desoyendo sus quejas y mandándole trabajar.

En tales circunstancias, unas veces dirigiéndose á su rencoroso rival, otras al príncipe Don Teodosio, su hijo, para que intercediese por él, es cuando Melo trae á plaza y alega antiguos servicios en pro de la casa de Braganza: al cabo, primero, de seis años de cárcel, y luego de otros tres, arruinado é intelectualmente explotado, teniendo sobre sí la tremenda amenaza del destierro á la India, entonces se esfuerza en probar que fué de los primeros que conspiraron para

(1) *Carta de guía de casados.* Porto, 1898, pág. 30, y *Cartas familiares.* Roma, 1664. Cuarta centuria, carta LIII, pág. 577.

(2) *Aula política, Curia militar, Epístola declamatoria.*—Lisboa, 1720, pág. 123.

ceñir la corona á quien le estaba persiguiendo. Vencido al largo padecer, conturbado por la esperanza de la libertad, dice que mientras sirvió á Felipe IV y aceptó empleos de su gobierno en la época de los motines de Évora, contribuyó con sus gestiones á engañarlos para que no desconfiasen de aquel mismo duque de Braganza en cuyas manos vino desdichadamente á caer, y que por vengar un agravio personal, siendo ya rey, le oprimía tan cruelmente. Los modernos biógrafos portugueses de Don Francisco Manuel de Melo, apoyándose en su propio testimonio, lo admiten por cierto; alguno hasta le ensalza por ello (1); de modo que, á trueque de darle anticipado galardón de patriota, el cual no ha menester, pues luego sirvió con acrisolada lealtad á su país, le rebajan y empequeñecen como caballero y como hombre; porque si alzarse bravamente á cara descubierta contra cualquier señor puede ser digno de alabanza ó disculpa, por el contrario, utilizar el favor de un gobierno para servir á su enemigo, siempre merecerá nombre de traición. No es creíble, según antes hemos indicado, que mientras sirvió en Castilla le fuese fácil engañar á Felipe IV y á su ministro, cuando éstos, en 1637, le mandaron á Portugal con el conde de Linares; no se concibe, si ya entonces tramaba revolverse contra ellos, que al dedicar por aquel mismo tiempo su libro *Política militar* al dicho Linares hablara en la dedicatoria de «la celosísima providencia

(1) Pinheiro Chagas: *Diccionario popular*, 8.º vol. Lisboa, 1881.

del Conde-Duque», á quien llama «segundo móvil de la esfera de esta monarquía, continuo solicitador de sus felicidades (1) y verdadero índice de los ánimos ilustres que la florecen»; si realmente conspirase no se hubiese atrevido á dedicar, como hizo al año siguiente, la misma obra al propio Conde-Duque. Forzoso es reconocer que á poco que éste desconfiase de Melo no le sacara de la Junta de Cantabria mandándole al ejército de Cataluña con empleo de maestre de campo para ser nada menos que consejero del marqués de los Vélez; y por último, cuando al ocurrir la sublevación de Portugal fué traído preso á Madrid porque su origen portugués le hacía sospechoso, si existieran contra él cargos de importancia no le hubiera soltado, dándole para indemnizarle mayor renta de la que en su tierra perdía y nombrándole gobernador de Ostende. Por todo lo cual no es desatinado, en la humilde opinión de quien esto escribe, suponer que hasta aquella época de su vida permaneció fiel á Felipe IV y á España, y que sólo después de triunfar la revolución abrazó la causa de la independencia portuguesa, aceptando el hecho consumado. Á ello le impulsarían el espectáculo de la infausta política de Olivares, que tan de cerca acababa de ver en Cataluña; la impresión que en su ánimo produjese el fácil entronizamiento del

(1) *Aula política, Curia militar, Política militar.*—Lisboa, 1720, página 145.

Braganza, de quien era deudo, causa ésta por sí sola bastante á ser siempre mirado con recelo en Castilla; y, finalmente, la irritación y el enojo que le causase la manera de haber sido preso y llevado en hierros á Madrid hallándose con mando en el ejército: así se explica que al verse en libertad sirviese al nuevo monarca, ya acudiendo á Lisboa, ya trabajando á favor suyo en Inglaterra y en Holanda. Pero existe un vehementísimo indicio olvidado por sus biógrafos portugueses, casi una prueba, de que, á pesar de sus posteriores encarecimientos y protestas de dinastismo, fué recibido con prevención y temor al llegar á Portugal. El Gobierno lusitano que se acababa de establecer no tuvo la menor confianza en él, ni le trató como á los que de mucho tiempo atrás venían conspirando á favor del Braganza. He aquí lo que dice un contemporáneo suyo, autor de un curiosísimo libro, que vivía por entonces en Lisboa: «En este mes ó en el siguiente de abril (1642) llegaron á Lisboa huídos del servicio del Rey nuestro señor (Felipe IV) los caballeros que aquí referiré: Álvaro de Sosa, á quien Su Majestad (pocos días antes) había hecho merced de darle título de conde. Don Manuel de Castro, á quien Su Majestad había honrado con hacerle de la llave del Serenísimo Infante Cardenal y maestre de campo en Flandes. Don Francisco Manuel (es decir, Melo), á quien Su Majestad enviaba á Flandes con plaza de maestre de campo, con dos mil escudos cada año sobre todo sueldo. Viniéronse de Madrid Don Juan de Sosa, Francisco Muñiz de Silva y el

padre Francisco Manso de la Compañía. No recibieron con gusto en Lisboa algunos de los referidos, en especial á los dos maestres de campo, porque les pareció hacían á dos visos, y así nunca les fiaron frontera ni vaso de pelear. Dijo Don Francisco Manuel en conversaciones públicas había persuadido mucho al hijo mayor del conde de Linares se pasase con él á Portugal y gozase con quietud su estado, que todo lo demás era cosa de burlas, y que el hijo del Conde le había respondido que á los caballeros como él no se les podían proponer acciones tales, y que el estar en reyno extraño (era en Inglaterra) le detenía para no responder con más empeño. Que él no conocía hubiese otro rey á quien servir, si no es al que juraron sus antepasados y servía su padre. Hasta estos lances — añade el autor — fuí testigo de vista; que me hallé á todo ya por mí antes, ya por las personas que me traían escrito todo lo que pasaba así en la ciudad como en Palacio» (1). Según este relato, Melo procuró atraer al partido de Juan IV precisamente al hijo de aquel conde de Linares que le había protegido y con quien fué enviado á Villaviciosa en 1637, el cual harto debía conocer su opinión si por aquel tiempo hubiera ya sido el gran escritor agente secreto del Braganza y enemigo de Castilla: si esto último fuera cierto, ¿qué necesidad tenía de hacer semejante alar-

(1) Fray Antonio Seyner: *Historia del levantamiento de Portugal.*—Zaragoza, 1644, 4.º, por Pedro Lanaja.—Pág. 269.

de de proselitismo? Más lógico es pensar que á ello le impulsaron el enojo por la prisión que acababa de sufrir en Madrid y el exceso de celo propio de quien procediendo del campo contrario desea congraciarse con su nuevo señor. Como hombre de escaso valer moral pinta la Historia al duque de Braganza y despiadado fué para Melo; mas sería preciso suponerle de perversidad verdaderamente monstruosa si todo el daño que le causó lo hiciese á sabiendas de que hubiera sido uno de los primeros parciales que tuvo para sentarlo en el trono. Lo que está fuera de duda es que no le inspiró confianza.

De allí en adelante comienzan las grandes penalidades del escritor insigne: sobrevienen y se suceden su malhadado amorío con Doña Mariana de Alencastre, la calumnia, la prisión, la odiosa conducta de Juan IV, y entonces, para salvarse, invoca como méritos y servicios positivos las meras circunstancias y las ocasiones en que pudo prestarlos. De ello nos persuadimos, aunque cause pena el apocamiento de la víctima ilustre frente á la desgracia, observando que en cuanto escribe mientras está preso, y según se prolonga la prisión, van aumentando las protestas que hace y los recuerdos que invoca de haber conspirado á favor del Braganza desde mucho tiempo atrás; y va también creciendo su acritud de lenguaje al referirse á Castilla y á su rey, como si de este modo esperase ablandar á quien le oprimía. En 1645 publica la *Guerra de Cataluña,* y en este libro habla del rey de España con mesura y respeto; de

Olivares, con prudente severidad: en 1646 sale á luz el *Eco político* (1), y en sus páginas aumenta la hostilidad á Castilla y á los ministros de Madrid: en 1647 el *Manifiesto de Portugal* contiene ya violentos ataques contra Felipe IV: en 1650 envía á su perseguidor el *Memorial* (2), cuyos principales párrafos van encaminados á probar que siempre fué partidario suyo: en 1653 dirige al príncipe Don Teodosio la *Epístola declamatoria*, extremando y recalcando en ella la exposición de aquellos méritos de antaño y la enemiga contra España. La gradación no puede estar más clara ni ser más elocuente; pasan los años, la libertad no llega, y á los latidos de dolor corresponden el tono y la tendencia de las quejas. Y, sin embargo, hay en el fondo de sus escritos tal nobleza de pensamiento y tanta dignidad en su estilo, que ni aun la sumisión y la lisonja, hijas bastardas del abatimiento con que pide clemencia, llegan á empequeñecer su figura; como no merman la grandeza de alma de Quevedo las súplicas que dirige al Conde-Duque desde su calabozo de San Marcos. Finalmente, aunque resultara demostrado que Melo conspirase en aquella época, algo atenuaría su culpa la consideración de que entonces era general el descontento en España. No

(1) Aunque esta obra aparece impresa en 1645, las licencias definitivas para que pueda circular, según puede verse en sus preliminares, son de enero de 1646.

(2) Es interesantísimo, y lo publicó íntegro Castello Branco en su ya mencionada edición de la *Carta de guía de casados*. — Porto, 1898.

simples caballeros como él, sino grandes señores atentan contra el poder y la persona de Felipe IV: el marqués de la Vega de la Sagra y Don Carlos Padilla suben al patíbulo por rebeldes; el duque de Híjar, acusado de querer alzarse con Aragón, sufre tormento; el marqués de Ayamonte muere en el cadalso á consecuencia de la trama urdida para hacer á Andalucía república independiente, por lo cual se dijo:

Justamente se quería
El de Medina-Sidonia
Alzar con algunas tierras,
Pues que han de perderse todas;

y hasta del gran duque de Osuna se sospechó que soñaba con el trono de Nápoles, atreviéndose Villamediana á escribir de él:

Antes, por respetos buenos,
Fué tan humilde, que el rey
Le dió oficio de virrey,
Y aspiró á dos letras menos.

Difícil sería hoy poner en claro cuáles de estos magnates obraron por censurable ambición ó espíritu levantisco, y cuáles movidos por su amor al bien público, que alguno habría.

De modo que si Don Francisco Manuel de Melo hubiera sido de los primeros partidarios del Braganza, debiera contársele entre los muchos españoles que consideraron funesta la incapacidad de Felipe IV y de Olivares; y si bajo la presión del dolor, tras largos años de cautiverio alardeó, acaso sin fundamento, de

haber contribuído al triunfo de quien podía devolverle la libertad, no merecería tampoco más agria censura que tantos otros varones sabios y justos á quienes antes doblegó la maldad ajena que la propia flaqueza.

Trocada la cárcel en destierro, salió para el Brasil, según queda dicho, en 1653, y ni aun allí debió de tratársele con gran piedad, porque el tercero de sus *Apólogos dialogales* aparece fechado en 1657 en Minas-Novas, lugar que llama *destierro de desterrados.* Murió Juan IV en 1656, y en 1659, indultado por Alfonso VI (1), al cabo de seis años de expatriación, volvió el infeliz á Lisboa, donde permaneció hasta 1662, pues consta que por entonces presidió la *Academia de los Generosos* (2).

En esta época el mismo Alfonso VI le confió una misión secreta cerca del Papa, encaminada al arreglo de ciertas cuestiones eclesiásticas que dificultaba la influencia española: fué bien pagado, y aprovechando la estancia en Roma imprimió allí parte de sus obras.

---

(1) En sus últimos años, quizá por encargo de Alfonso VI, ó por la gratitud que le debía, publicó con nombre supuesto los dos opúsculos siguientes, en el primero de los cuales dice que aquel rey le levantó el destierro: a) *Declaración que por el reyno de Portugal ofrece el doctor Gerónimo de Santa Cruz á todos los reynos y provincias de Europa.* Lisboa, por Antonio Craesbeeck, 1663. b) *Demostración que por el reyno de Portugal agora ofrece el doctor Gerónimo de Santa Cruz á todos los reynos y provincias de Europa en prueba de la* DECLARACIÓN *por el mismo autor y por el mismo reyno.*—Lisboa, 1664.

(2) Fundada por Don Antonio Alvarez da Cunha en 1647.

Comisionóle también aquel rey para que gestionara su boda con la hija del duque de Parma, y esto explica que viajara de incógnito bajo el nombre de *el caballero de San Clemente* (1). Vivió luego en Lyon, donde editó sus *Obras métricas:* créese que de Francia volvió directamente á Lisboa, residiendo después en Alcántara, «desde 1659, y que allí falleció el 13 de octubre de 1666, según la opinión tenida por mejor averiguada» (2). Murió soltero; fué amado por una dama llamada Doña Luisa de Silva, de la cual tuvo un hijo, Don Jorge Diego Manuel, que pereció en la batalla de Senef (1674), ganada por el príncipe de Condé al de Orange y una de las más sangrientas del siglo XVII. En sus últimos años consiguió un breve

(1) Inocencio Francisco da Silva, en los preliminares de su edición de la *Feira dos anexins*, pág. XXX, Lisboa, 1875, alude á ello del siguiente modo: «El padre Manuel Godino, en la *Relación de su viaje*, cap. 30, refiriendo el encuentro que en julio de 1663 tuvo con él en Marsella, dice así: «Fuí luego visitado por »el Señor Don Francisco Manuel, el cual, con el nombre supues»to de *Monsieur le Chevalier de St. Clement*, pasaba á Roma re»comendado á todos los príncipes y repúblicas amigas por cartas »patentes de los señores reyes de Inglaterra y de Francia. No es »creíble el gusto que me causó la visita de este hidalgo: sólo lo »puede considerar quien sobre apreciar sus estimables prendas, »haya gozado de su admirable conversación; quien hubiere leído »sus ingeniosos libros; quien de su singular juicio forme aquel »concepto que de él todo el mundo tiene; quien esté obligado de »su primor como yo lo estoy; porque todas estas cosas juntas fue»ron los motivos de mi gusto en aquella visita.»

(2) *Feira dos anexins*. Edición de Inocencio Francisco da Silva. Preliminares, pág. XLIV.—Lisboa, 1875.

para legitimar á Don Jorge, y nombró tutor suyo á su criado Antonio Valera, á quien había ya designado como testamentario (1). El mero hecho de encomendar á persona de tan humilde condición la tutela de un hijo y el haberse alistado éste bajo las banderas del rey de Francia, como renegando de Portugal, expresan con elocuencia las amarguras del escritor insigne, cuya hombría de bien van poniendo en claro los investigadores de nuestros días.

Don Francisco Manuel de Melo publicó la *Guerra de Cataluña* con el seudónimo de *Clemente Libertino*, en Lisboa, en 1645, estando ya preso, y se la dedicó al papa Inocencio X. En una de sus obras póstumas, por cierto de mérito singular y aún no traducida al castellano, refiere que Felipe IV encargó al general marqués de los Vélez que mandase escribir la relación de la campaña á la persona más hábil que hubiese en el ejército, siendo él designado; después cuenta su prisión, y añade: «Continué la escritura comenzada de ese libro, y porque á este tiempo andaban por el mundo muchas falsas opiniones de un tan grave negocio, entiendo hacer servicio á la república manifestándolo tal como fué, y no como el odio ó el amor (que son dos grandes pintores) lo habían pintado en el lienzo de la eternidad con mano diferente. Cuando

(1) *Cartas de Don Francisco Manuel de Melo escritas á Antonio Luis de Acevedo*, publicadas con introducción y notas por Edgar Prestage, catedrático de la Universidad de Manchester, pág. 52.—Lisboa, 1911.

se comenzó, el libro estaba ofrecido al rey de Castilla; cuando se acabó debía ofrecérselo al rey de Portugal: dirimió esta contienda el discurso acogiéndome á la Iglesia y haciendo que el libro fuese puesto á los benditos pies de la santidad de Inocencio X por mano de Jerónimo Bataglino, mandándose colocar el primer ejemplar en la librería del Vaticano.» Añade cómo, para evitar que un portugués, castigado y vejado en Castilla, pareciese sospechoso, usó el seudónimo de *Clemente Libertino*, y dice: «Porque á no tener el nombre que tengo, ése hubiera de ser el mío, siendo *Clemente* el santo titular de mi nacimiento, lo cual tengo por el más estimado horóscopo y ascendiente; *Libertino,* porque era entre los romanos el nombre de los hijos de esclavos libertos; así, aludiendo á la libertad que ya gozaba mi patria, hice de ello blasón y apellido: si en todo erré, bien puede ser culpa de la elección, que pertenece al juicio, no del propósito, que es hijo de la voluntad» (1). En carta dirigida al doctor Juan Bautista Moreli, escribe lo siguiente: «Dentro de una torre donde por mis desgracias (y aun por las ajenas) ha seis años que vivo después de haber peregrinado muchos por el mundo, ¿qué espíritu podrá sobrarme para emplear en la consideración política ó el estudio histórico? Con todo, vencido del natural, hurté á mis querellas algunos

(1) *Apologos dialogaes,* obra póstuma de Don Francisco Manuel de Melo, págs. 400 á 402.—Lisboa, por Mathias Pereyra da Silva, 1721, 4.º

ratos en los cuales, recordando lo que había visto, pude sacar á luz aquel informe parto de la *Historia ae Cataluña,* lleno de imperfecciones, como su dueño. Mas no sé si la propia coyuntura que bastó á su error será bastante á mi disculpa. Ésta, con otras mayores causas, hicieron como yo le prohijase á un nombre supuesto. Creo no ha perdido nada el libro faltándole mi nombre, ni mi nombre faltándole el libro; pero para reconocer las honras que vuestra señoría hace á *Clemente Libertino,* está muy obligado Don Francisco Manuel» (1).

En el mismo siglo XVII, y también en Lisboa, se hicieron dos nuevas ediciones de la *Guerra de Cataluña,* una en 1692 y otra en 1696 (2).

Era natural que esta obra produjese honda impresión cuando se publicó; á ello contribuirían, sin duda, la importancia de los sucesos que describe, cuyas consecuencias todavía por entonces traían á Francia

(1) *Primeira parte das cartas familiares.* Centuria primera, carta VIII, pág. 12.—Roma, por Felipe María Mancini, 1664.

(2) Así lo afirman casi todos los bibliógrafos. Conviene, sin embargo, decir que la de 1692, ó no llegó á hacerse, ó es hoy mucho más rara que la primera de 1645. Es, además, digno de notarse que en la de 1696 se publicaron juntas las licencias para ésta y para la de 1692, como si por no haberlo hecho antes se quisieran aprovechar entoces: la de 1696 no dice que sea tercera edición: finalmente, parece raro que en cuatro años (1692 á 96) se hiciesen dos nuevas ediciones. Don Domingo García Peres en su notable *Catálogo razonado biográfico y bibliográfico de los autores portugueses que escribieron en castellano* (Madrid, 1890, 4.º), no cita la de 1692.

y España en guerra, su mérito literario, lo conocido que era el autor en las cortes de Europa, y hasta la piedad que había de inspirar por sus desdichas. Aunque con modestia, el mismo Don Francisco se complace en consignar el éxito que obtuvo poniendo en *El hospital de las letras*, y en boca de Justo Lipsio, estas palabras: «Vuestro libro corre por Europa con honrada opinión; lo citaron los más de los autores que os sucedieron, y al presente se tradujo en Francia con mucho aplauso» (1).

Fué Melo tan leído y elogiado en su tiempo, que el autor de la *Epístola* puesta á modo de prólogo en sus *Obras métricas* pudo decir, con razón, aludiendo primero á sus grandes facultades de escritor y luego á los que se habían aprovechado de sus escritos: «Mira, pues, lo que de estimar es una pluma que, jamás ociosa, salió desde su nido á remontarse por las alturas de ajenos idiomas de suerte que, á juicio de los propios ingenios castellanos, hizo miedo á los más cultos y cultivados, dentro de su estudio propio. Pregúntaselo al aplauso y á la utilidad no sólo de España, mas de Italia y aun de Francia, donde pocos tiempos ha se tradujo con elegancia su *Cataluña;* pregúntalo á los autores de estos tiempos, y te dirán que se aprovechó de su historia, en la suya, Juan Bautista Morelli; de su política, Don Fernando de Molina, en sus *Apologéticas»;* y á continuación prueba cuán grande era la fama literaria de Melo refiriendo que los es-

(1) *Apologos dialogaes*, pág. 402.—Lisboa, 1721, 4.º

tudiantes que en el Mayor Colegio Romano se preparaban para las misiones de España aprendían la lengua castellana en uno de sus libros: *El Fénix de África* (1). La amistad que le unió á Quevedo contribuiría indudablemente á que fuese conocido por los poetas españoles (2): Barbosa cita varios autores portugueses que le prodigan elogios en el estilo confuso y retorcido que privaba entonces, pero inspirados en

(1) *Epístola á los lectores*, que precede al *Tercer coro de las Musas. Obras métricas.* — León de Francia, por Horacio Boessat y George Remevs. 1665.

(2) «Estos dos poetas (Quevedo y Melo) — dice el autor de la *Epístola* citada en la nota anterior — parece que, como del nombre, participaron también de alguna secreta comunidad de influjos, de que por ventura pudo proceder la buena amistad que se guardaron, y consta de algunos versos y cartas que se hallan de uno y otro, y se podían hallar más si el tiempo y desconcierto de la fortuna de los dos no las hubiese desviado. Todavía yo sé de boca del autor que aquel su soneto moral de las *Primeras Musas* que empieza:

Con viva admiración, con fe segura

lo escribió el Melodino al Quevedo por el tiempo que este autor publicó un libro llamado *La cuna y la sepultura*, á quien respondió Quevedo con una gallarda epístola cuyo primer período dice así: «Leí su soneto de usted y un gran libro en solos catorce renglones.» Véase, además, la carta de Melo á Quevedo *ao principio da sua amizade* (*Cartas familiares.* Centuria segunda, carta L, página 224.—Roma, 1664), también publicada en el tomo II, página 563, de las obras de Quevedo en la *Biblioteca de Autores Españoles*, de Rivadeneyra. — Melo llama á Quevedo «o meu Quevedo» (*Cartas familiares*, Roma, 1664. Centuria segunda, carta LXXI, pág. 258), y le dedica en la *Fistulia de Urania* la epístola sexta. *Obras métricas*, pág. 106.—León de Francia, 1665.

la más respetuosa admiración (1): Pellicer hizo mención de los *Apólogos dialogales* (2): finalmente, tan estimado era por los literatos españoles del siglo XVIII, que la Real Academia Española le consideró como autoridad en materia de lenguaje desde 1729 (3). Á pesar de todo esto cayó en tal olvido, que Capmany no lo citó al publicar en 1777 la primera edición de su *Filosofía de la elocuencia,* ni al imprimir en 1794 el tomo V del *Teatro crítico-histórico de la elocuencia española,* donde copia trozos de los mejores prosistas contemporáneos de Melo.

Es, sin embargo, creencia general entre los bibliógrafos que Capmany fué quien poco después halló y sacó del olvido este libro de la *Guerra de Cataluña,* pues en un agrio *Manifiesto* (4) contra el gran poeta

(1) Barbosa Machado: *Biblioteca Lusitana,* tomo II, pág 184. Lisboa, 1747. En la lista de obras manuscritas de Melo que publica el mismo Barbosa, tomo II, pág. 187, cita una titulada *Verdades pintadas e escritas,* y añade: «Constaba de cien empresas morales dibujadas por su mano é ilustradas con discursos. Cuando estaba componiendo esta obra le llegó á las manos el libro de las *Empresas políticas y morales,* de Don Diego de Saavedra, y en ellas halló catorce con el mismo cuerpo y letra y alegorías, sin haberse nunca comunicado con aquel insigne político.»

(2) Pellicer, edición de *Don Quijote.* — Madrid, 1794; tomo I, página 104.

(3) No está Don Francisco Manuel de Melo en las listas de los tomos I, III y IV del *Diccionario de Autoridades,* pero sí en las de los tomos II, V y VI.

(4) *Manifiesto* de Don Antonio de Capmany en respuesta á la contestación de Don Manuel Josef Quintana. — Cádiz, Imprenta Real, 1811.—4.°, folleto de 30 páginas.

Quintana, después de echarle en cara otros favores, dice: «¿Quién fué el primer literato como hombre de fino gusto á quien hice conocer y leer en Madrid el rarísimo exemplar de la *Historia de la guerra y revolución de Cataluña*, por *Clemente Libertino*, que, últimamente reimpresa, ha llegado á Cádiz? (1). Yo fuí el primero que tuve en mi poder un exemplar; y enamorado de su dicción y eloquencia no quise privarme del gusto de que V. S. se saborease en ella, á fin de que se aficionase á la prosa é hiciese progresos en un estudio en que yo gozaba ya de alguna reputación.»

La circunstancia de haber asistido Melo á muchos de los sucesos que narra, sus alardes de imparcialidad y el coincidir otros historiadores con gran parte de sus noticias y afirmaciones, hicieron que esta obra fuese universalmente considerada como digna de crédito; pero en nuestros días se ha puesto en duda su veracidad. Don Celestino Pujol y Camps, autor de notables estudios arqueológicos y de un interesante libro sobre *Gerona en la revolución de 1640*, al ingresar en la Academia de la Historia dedicó su discurso de recepción á fijar el valor que debía concederse al

(1) Se había reimpreso en 1808. Es, por tanto, lógico suponer que la encontró entre el año de 1794, en que acabó de publicar el *Teatro crítico-histórico de la elocuencia española*, donde no la menciona, y el de 1808. Esta edición, hecha por Sancha, es la que ha vulgarizado el libro, á lo cual contribuyó Capmany reproduciendo varios trozos en la segunda que hizo en Londres, y en 1812, de su *Filosofía de la elocuencia*.

relato del gran prosista como documento histórico, sosteniendo que es «un notabilísimo trabajo en que la idea política, velada cuidadosamente con el manto del arte, nos ofrece, á vueltas de muchas verdades, no menores errores, mal ocultas ojerizas, calculados silencios, premeditadas inexactitudes» (1); y lanzó sobre Melo la acusación de haber callado unos sucesos é invertido el orden en que ocurrieron otros, distribuyéndolos en la narración caprichosamente.

No es de mi incumbencia refutar una por una tales afirmaciones, ni aquilatar lo que en ellas queda plenamente demostrado y lo que deja lugar á dudas. Notables cultivadores tiene entre nosotros la investigación histórica, y ellos deben intentarlo, aunque seguramente entorpecerán su labor ó la harán punto menos que imposible la misma abundancia de materiales manuscritos é impresos que se conservan de aquel período, las opuestas pasiones que los dictaron y las mil contradicciones de que están plagados los libros y papeles de catalanes, castellanos y extranjeros. La prueba de las dificultades que tal empeño presenta está precisamente en lo que le ocurrió al Señor Pujol y Camps, quien, á pesar de su perspicacia, claro juicio y noble deseo de conseguir la verdad, incurrió en varios errores. Por ejemplo: dice que Melo, al referir lo sucedido en la junta convocada en Madrid por el

---

(1) *Melo y la revolución de Cataluña en 1640.* Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en la recepción pública de Don Celestino Pujol y Camps.—Madrid. Tello, 1886, pág. 11.

valido de Felipe IV para acordar cómo se había de combatir la rebelión, alteró el parecer del conde de Oñate, atribuyéndole el papel de defensor de los catalanes. Para corroborar su aserto publica el voto escrito por el prudente consejero (1); pero en el mismo documento puede verse que aquella afirmación no está bien fundada. Lo que allí dice Don Íñigo Vélez de Guevara es que su opinión fué «que se tratase de la seguridad de aquella provincia antes y en primer lugar que de su castigo»: habla repetidas veces de «castigos moderados»; de componerse con los catalanes, «dejando la provincia en el estado antiguo ó con poca diferencia»; «lo que la guerra consumirá de gente y dinero—añade—hará tan gran falta en Flandes, Italia, la mar y demás partes que en el frangente que se hallan aquellas cosas ocasione pérdidas irreparables, lo cual no sucediera por mucho que Vuestra Majestad se sirva de perdonar á los catalanes, siendo cierto que el tiempo traerá muchas ocasiones para asentar aquellas cosas, y el presente es el peor que casi se puede imaginar para debelar á Cataluña unida con Francia»; y termina con estas palabras: «Siendo, según mi corto sentir, conveniente y aun necesario el ajustarse á lo que no se pudiere rehusar, pues al fin viene á ser menos daño reducir aquella provincia al servicio de Vuestra Majestad, en la forma que se pudiera, que tenerla enemigos *(sic)*.» Esto escribió el conde de Oñate, mostrándose parti-

(1) Pujol y Camps: Discurso citado, págs. 79 á 81.

dario de la mayor templanza: de suerte que la oración puesta en sus labios por el historiador no está en contradicción con su voto: Melo no hizo más que deducir las consecuencias de la opinión del prócer, amplificándola en hermosos períodos, llenos de sensatez y poesía, para persuadir y conmover, formulando en admirable prosa lo que aquél había manifestado con claridad, pero sin primor y hasta con poca sintaxis. Aconsejaba el Oñate que no se empeorase la situación para que el Rey pudiera acudir á los peligros que amenazaban á España; sin que por esto pueda creerse que se mostrara defensor de los catalanes, pues en el mismo papel pedía «que se construyese en Barcelona una buena ciudadela», y esta era la cosa que ellos veían con mayor enojo.

Erró también el Señor Pujol y Camps al decir que Melo estuvo en la batalla de Montjuich (1). Rendida Tarragona al ejército castellano, y después de verificada la entrega de la plaza al general marqués de los Vélez, llegaron á manos de éste los pliegos de Madrid en que el Rey le comunicaba el alzamiento de Portugal. «Con extrañeza y admiración —dice Melo— fué recibido en el ejército este gran suceso de Portugal, aunque pareció más grande en la variedad y recato con que se trataba. Poco después se conoció en señales exteriores, habiéndose preso por órdenes secretas algunas personas de aquella nación y alguna de estimación y partes que se hallaba en el ejército, cuya

(1) Pujol y Camps: Discurso citado, págs. 12 y 71.

gracia cerca de los que mandaban la pudo hacer más peligrosa» (1). Con estas palabras se alude el historiador dando cuenta de su prisión, y á partir de aquel momento ya no dice que interviniera en los sucesos, ni habla como testigo de vista. «Apenas llegó á Castilla la nueva de la felicísima aclamación de Vuestra Majestad — escribió posteriormente dirigiéndose á Juan IV —, cuando por primera diligencia me mandó prender el rey Don Felipe en Cataluña, donde estaba sirviendo con buen lugar y aplauso» (2); y algunos años después lo recuerda diciendo al príncipe Teodosio: «Porque el mismo correo que llevó la noticia al ejército de Cataluña, en que me hallaba, de que este reino se había librado del yugo castellano, ese mismo correo (como si la venganza mucho conviniese) llevó la orden para que yo fuese preso y llevado en hierros á Madrid» (3). Queda, pues, demostrado que su prisión se verificó á raíz de la toma de Tarragona, ocurrida el 24 de diciembre de 1640, y como el asalto de Barcelona fué el 26 de enero del año siguiente, está claro que no pudo presenciarlo.

Era natural que Melo errase en algunos puntos de la narración, porque escribió tres ó cuatro años después de sucedidas las cosas, cuando ya estaba preso

(1) Pág. 256 de esta edición.

(2) *Memorial á el-rey D. Juan IV N S offereceo D. Francisco Manoel de Mello:* íntegramente publicado por Camilo Castello Branco en su edición de la *Guía de casados,* pág. 10.—Porto, 1898.

(3) *Aula política, Curia militar, Epístola declamatoria.*—Lisboa, 1720, pág. 112.

en Lisboa, y ni tendría muchos datos á mano ni en todo pudo serle fiel la memoria. Es innegable que utilizó informes incompletos respecto de algunos lances y episodios. Así, el sitio de Salses no duró siete meses, como dice, sino tres y medio: la llegada y embestida de los tercios reales á Perpiñán están descritas de modo diferente por escritores modernos bien documentados, como Henry en su *Historia del Rosellón:* omitió que al llegar á aquella misma ciudad el virrey Cardona, mandó prender al marqués Xeli: se equivocó al decir que cuando se supo en Barcelona el paso del Coll de Balaguer por el ejército castellano enviaron los catalanes á buscar á Mr. de Espernan, pues lo cierto es que ya se encontraba entre ellos: otros escritores, como Bernabé de Vibanco (1), Ramques (2), Luca Assarino (3) y el autor de la *Crónica del Platero* (4), cuentan con más riqueza de pormenores diversos episodios: podrá, en fin, la crítica, me-

(1) Bernabé de Vibanco: *Reynado de Felipe IV.*

(2) *Cataluña defendida de sus émulos é ilustrada de los hechos de fidelidad y servicios á sus reyes,* por el Dr. Antonio Ramques (anagrama del apellido del autor, que fué Fr. Antonio Marqués, del orden de San Agustín).—Lérida, por Enrique Castan, 1641, en 4.º

(3) Luca Assarino: *Delle rivolutione | di Catalogna | libri due | descritti | da.*—Bologna, Andrea Salmincio, 1645. Andréu, en su *Catálogo de una colección de impresos referentes á Çataluña,* cita otra edición de este libro hecha también en Bolonia y en 1648 por Giacomo Monti.

(4) Publicada en el *Memorial Histórico Español,* tomo XX. 1888.

diante nuevas investigaciones, llegar á precisar mejor el orden ó la forma en que se desarrollaron algunos sucesos; pero en la totalidad y conjunto de la narración, en el modo de hacernos comprender y sentir la índole y los caracteres de aquella guerra, es dudoso que nadie arrebate á Don Francisco Manuel de Melo la gloria que le corresponde, porque supo escribir de mano maestra el cuadro de los horrores cometidos casi en igual medida por castellanos y catalanes, acertando á representar la bárbara lucha como pudiera haberlo hecho un gran pintor de batallas que fuese al mismo tiempo profundo pensador. Y nadie le negará tampoco la perspicacia y la lucidez política con que observó aquellos acontecimientos, comentándolos con juicios y consideraciones que por ser análoga la situación, aunque no tan grave, pudieran aplicarse á recientes y lamentables discordias.

Hay en esta historia pasajes donde su temperamento artístico le hace sentir y reflejar con extraordinaria intensidad lo que vió, mas sería temerario acusarle de doblez ó perfidia. Dice el insigne Menéndez y Pelayo que «en inquirir y retratar afectos» ninguno fué tan hábil como el portugués Don Francisco Manuel, atento siempre á mostrar «los ánimos de los hombres, y no sus vestidos de seda, lana ó pieles», como él mismo escribe. Más que de historia tiene la suya de folleto político de acerbísima oposición, hábilmente disimulada con apariencia de histórica mansedumbre. Como el asunto era contemporáneo y las pasiones de sus héroes no distintas de las que á

él le inflamaban, acertó á fundir el color del asunto con los colores de Tácito, haciendo á Pau Claris tentar las llagas de nuestra monarquía, «no sin dolor y sangre». De donde resultó una obra excepcional, ó más bien única, de tétrica y solemne belleza, rica en amarguras y desengaños, aguzados con profundidades conceptuosas, donde la misma indulgencia tiene trazas de lúgubre ironía, no de censor, sino de enemigo oculto, y donde encontró voz, por caso único en nuestra literatura, la tremenda elocuencia de los tumultos populares» (1). Pero, según el mismo Menéndez y Pelayo escribe pocos párrafos antes en el discurso admirable de donde está tomado el juicio que precede, «la vida humana es un drama y el historiador aspira á reproducirla. Puede ser crítico, puede ser erudito mientras reune los materiales de la Historia y pesa los testimonios é interroga los documentos; pero llegado á escribirla no es más que artista, y no tanto quiere dar lecciones, aunque lo anuncie en fastuosos proemios, como reproducir formas y colores, y aun más que estos accidentes externos ó pintorescos de la vida, la vida moral que palpita en el fondo» (2). Pues de esa vida que Melo se esforzaba en reflejar procede aquella lúgubre ironía, la cual tiene mucho más de amargura reconcentrada, pronta á des-

(1) Menéndez y Pelayo: *Estudios de crítica literaria. Primera serie,* pág. 117. Colección de Escritores Castellanos. Segunda edición. — Madrid, 1893.

(2) Menéndez y Pelayo: Obra citada, pág. 108.

bordarse en frases punzantes y mordaces, que no de odio verdadero, sentimiento impropio de quien, hallándose preso, prodigaba cartas y memoriales pidiendo favor para otros más infelices que él (1). Á veces, por su condición de poeta se expresa con vehemencia excesiva, ó, como todo hombre de superior ingenio cuando se ve oprimido, combate con cautelosa astucia lo que no puede á cara descubierta; pero su juicio es siempre sereno, prudente su censura. Y no pecaba de rencoroso : la prueba es que, al referir cómo el Conde-Duque apremiaba con insensatas órdenes al marqués de los Vélez para que Barcelona fuese expugnada, proclama la incapacidad del valido y pone de relieve su ignorancia del arte de la guerra, pero sin mostrar ensañamiento, limitándose á escribir estas reposadas palabras, por cierto llenas de verdad : «Son testigos los ojos de Europa de que en aquel célebre bufete, tan venerado de la adulación española, se han escrito muchas más sentencias de perdición que instrucciones de victorias» (2). Aunque hubiese empleado mayor severidad no se le pudiera tachar de injusto: si recordó que él también le había lisonjeado en otro tiempo, fué gran discreción la suya; si quiso olvidarse de que Olivares mandó llevarle en hierros á Madrid, fué nobleza; si pensó que cuando él escribía el favorito estaba ya caído, fué magnanimi-

(1) Véase la página 9 de las *Cartas* de Melo, publicadas por Edgar Prestage, y de que ya hemos hecho mención.

(2) Pág. 287 de esta edición.

dad. Lo que gotean las páginas de este libro, llenas de horror y espanto, es la amargura de la realidad, la tristeza de los días aciagos padecida por un gran artista obligado á presenciar el espectáculo de campos asolados, pueblos entrados á saco, hospitales violados, y sobre todo de hombres faltos de buena fe y de piedad que mienten y matan, profanando por igual en ambas parcialidades, Cataluña y Castilla, la nobleza de las mismas causas que defienden.

Si la *Guerra de Cataluña* ha podido ser discutida como obra histórica, acaso con algún fundamento, porque del tiempo á que se refiere existen noticias apasionadas, incompletas y contradictorias, nadie ha puesto en tela de juicio su mérito literario; y en verdad que, exceptuando la *Guerra de Granada,* de Don Diego Hurtado de Mendoza, ninguna de nuestras historias de sucesos particulares le lleva ventaja en la claridad de la exposición, en el vigoroso realismo con que están trazadas las figuras de los personajes que intervienen en ella, ni en la riqueza de color que anima sus episodios, semejantes á escenas de un pavoroso drama. De la *Conquista de Méjico,* de Don Antonio de Solís, se ha dicho que es una *novela heroica;* no se podría afirmar lo mismo de la *Guerra de Cataluña.* Las hazañas inmortalizadas por Solís eran propias de héroes; las que le tocó referir á Melo fueron, aunque terribles, luchas vulgares de soldados: la *Conquista de Méjico* tiene el encanto de la indudable relación que existe entre la magnitud de los hechos y la pompa con que están descritos; el autor, sin faltar

á la verdad, pudo atribuir á sus caudillos proporciones de colosos; Melo, respetándola, no pudo redimir de su triste medianía á los virreyes y capitanes que conoció de cerca: en el libro de Solís aun son los hombres superiores á la narración; pero la incapacidad de Olivares y la vituperable sumisión del Principado á Luis XIII están faltas de toda grandeza y poesía; aquí la belleza del relato prevalece sobre las miserias de la política inhábil y de la guerra despiadada; procede del temperamento artístico de Melo, que observa la vida con sentido profundamente realista y la pinta y la comenta con verdadero dominio del idioma.

Su estilo no es, sin embargo, aquel admirable conjunto de sencillez, número y armonía que infunde poderoso encanto á los prosistas de fines del siglo XVI; no está entre sus cualidades la ingenuidad de las crónicas monásticas ni la dulzura de expresión que tienen las obras de los místicos y con que se deleita aún el lector que no comparte su fe. Los tiempos eran otros: el castellano, después de llegar á su más alto grado de perfección, no pudiendo mejorar, comenzó á decaer; pero como corriente caudalosa que antes de despeñarse y enturbiarse forma un amplio remanso donde las aguas guardan todavía reposo y transparencia, tuvo un corto período durante el cual conservó gracia y majestad: á este período pertenece el autor de la *Guerra de Cataluña*. Sus excelencias principales son la claridad y el vigor: expone y describe sobriamente; no es conciso porque de intento escatime palabras para parecer lacónico, sino porque usa sólo las

más adecuadas; ni es enérgico porque aplique voces altisonantes, sino porque emplea las más severas. Merced á este conocimiento del lenguaje y á este acierto instintivo, pinta las personas, los lugares, las cosas y las acciones de modo que mientras los ojos leen parece que están viendo lo descrito. Si discurre ó argumenta sus conceptos se suceden tan bien encadenados y tan gallardamente dichos, que nos persuade ó nos conmueve, y si quiere disimular su propósito sabe también dejarnos inciertos y dudosos; mas esta aptitud para llegar al alma del lector mediante la propiedad y belleza de la expresión, es en él menos poderosa al exponer sus propias ideas que cuando narra y comenta hechos. Describa ó retrate, explique ó razone, construye cuidadosamente los párrafos, y es tan correcto en lo que dice con llaneza como cuando levanta el vuelo. Ya evita las repeticiones, redundancias ó giros vulgares, ya los deja si considera que con este desaliño gana verosimilitud la pintura ó adquiere fuerza el razonamiento, pero su pluma no se avillana nunca: si las exigencias del asunto le obligan á tratar cosas humildes, toca aun las más plebeyas sin suciedad ni bajeza; y resarciéndose de aquella imposición, que tolera aunque le desplace, torna pronto á vestir las ideas con la gravedad y decoro que le son peculiares. Más á menudo de lo que la sobriedad aconseja (y esto es en él característico), se complace en terminar los períodos con breves y rotundas sentencias, donde, como sacando enseñanza de los acontecimientos ó exprimiendo el jugo á las acciones y

los pareceres ajenos, condensa y formula el juicio propio en frases de tan espontánea corrección unas veces, y otras tan artísticamente compuestas, que con este primor cobra más empuje la verdad ó se hace más venerable la justicia. Sus pensamientos, arrojados en las páginas á granel, suelen ser hermosísimos; si se coleccionaran en un florilegio palidecerían junto á ellos muchos de los que han inmortalizado á los más grandes moralistas franceses del siglo XVII: algunos recuerdan toda la desengañada amargura de La Rochefoucauld, otros tienen acentuado sabor estoico, no pocos descienden en línea recta de la dulce melancolía de nuestros místicos, abundan los que hacen parecer el alma de Melo hermana gemela de la de Quevedo, y todos, por su misma diversidad, que abarca desde el pesimismo más desconsolador hasta la más robusta esperanza en los destinos del hombre, revelan el poder de su inteligencia y la riqueza de su sentido poético. En otras obras suyas, no en la *Guerra de Cataluña,* tal abundancia de sentencias y apotegmas degenera en amaneramiento: no faltará razón á quien diga que sería en esto peligroso modelo para imitado ciegamente, porque el exceso de énfasis y gravedad, en él disculpable por lo que tiene de natural y sincero, no se podría sufrir siendo afectado y de reflejo.

Una de las principales cualidades del estilo de Melo consiste en lo bien que revela su personalidad, en la íntima relación que parece existir entre la índole de su ser moral y sus modos de expresión; conocidos

los tristes accidentes de su vida, creemos darnos cuenta de lo que influyeron en sus facultades de escritor, las cuales no proceden exclusivamente del conocimiento del idioma.

Á pesar de su larga prisión no escribió como aislado del mundo en una celda abarrotada de infolios; antes al contrario, da señales repetidas de haber peregrinado por muchas tierras viendo el rostro y la espalda á la Fortuna. Sus cartas, reveladoras de un ingenio finísimo, prueban que alternó con próceres y sabios, y que pudo dirigirse á príncipes y reyes sin ser de ellos desconocido: sus obras, particularmente la *Feira dos anexins*, atestiguan que se codeó con el pueblo é hizo minucioso estudio de su lenguaje. Cierto que fué consumado humanista, adorador de lo clásico hasta donde su espíritu cristiano permitía; los grandes autores de la antigüedad y de su época le fueron familiares; pero todavía más que con ellos se rozó con sus contemporáneos, y á juzgar por su experiencia del mundo, seguramente los corazones le enseñaron más que los libros.

Por eso es tan gran maestro en el arte de retratar hombres: cuatro rasgos le bastan para mostrar lo que mejor les caracteriza y descubrir lo más hondo de su conciencia con la rápida indicación de sus virtudes ó sus vicios: traza las figuras con tal circunspección y pulso tan firme, que en poquísimas líneas deja á los buenos ensalzados, sin mancharlos con la lisonja, y á los infames maltrechos, casi sin que puedan darse por ofendidos: de un mismo individuo

señala lo digno de alabanza y lo que merece censura, reconociendo que nadie es completamente justo ni del todo perverso; y con hábiles reticencias, donde se adivina lo que piensa, siempre sugiere más de lo que dice.

Quien quisiera comparar á Melo con otros prosistas de su época, probaría fácilmente que Don Francisco de Moncada es menos correcto, Don Carlos Coloma no tan claro, Saavedra Fajardo más conceptuoso, Baltasar Gracián en mayor grado artificioso, el jesuíta Nieremberg de gusto no tan puro. En la valentía de la expresión y en la riqueza de matices con que esmalta el lenguaje sólo le aventaja Quevedo.

De sus obras escritas en portugués, hay una que por haber sido traducida al castellano no queremos pasar en silencio: la titulada *Carta de guía de casados.* Es un ramillete de avisos y consejos referentes al matrimonio, en el cual alternan las observaciones graves y las anécdotas chistosas, los juicios sesudos y los episodios cómicos, todo sazonado por ese gracejo de pura raza española, serio en el fondo, bromista en la forma, que entre burlas y veras sabe dar lecciones de sensatez y de cordura.

Para apreciar á Melo en todo lo que vale como estilista no basta la *Guerra de Cataluña,* porque en ella sólo pudo desplegar condiciones de narrador: la pintura de una lucha cuyos impulsos eran, casi exclusivamente, la pasión política y el ardor guerrero, se prestaba poco al lucimiento de otras facultades: era inevitable que el relato adoleciese de la monotonía

causada por la descripción continua de disturbios, tumultos, marchas y combates, interrumpidos por juntas de magistrados y capitanes, en cuyos discursos y arengas se suceden análogos razonamientos. Las demás cualidades que completan su personalidad acaban de manifestarse en obras donde la materia tratada le permitió exponer ideas y hacer gala de sentimientos que, originados por otros afectos del ánimo y otros móviles de las aspiraciones humanas, le dieron ocasión de mostrar mejor su alteza de pensamiento, su fina perspicacia, su fuerza dialéctica, su sagaz ingenio, su hondo sentido crítico y un instinto poético particularmente digno de observación y alabanza, porque procede, antes que del vulgar predominio de la imaginación, de cierto modo propio de percibir y reflejar la belleza moral.

No es necesario advertir que estas obras á que nos referimos están fundadas en principios é ideales opuestos al espíritu de nuestro tiempo; para juzgarlas imparcialmente hay que leerlas sin olvidar cuando fueron escritas: examinen otros y acepten ó rechacen sus doctrinas: á los que amamos el castellano por sí mismo nos basta para gozar con ellas el poderoso encanto de una forma literaria en que la lengua castellana conserva brío y decoro de gran señora y que, si no es ya la prosa impecable de medio siglo antes, está todavía llena de dignidad y nobleza.

Los libros de Melo que muestran más cumplidamente sus facultades de escritor són la *Victoria del hombre,* tratado de moral donde se confunden las as-

piraciones del misticismo que endereza el alma á la vida espiritual y los preceptos del ascetismo que hace práctica la perfección cristiana; *El Mayor Pequeño* y *El Fénix de África,* vidas de San Francisco y San Agustín, escritas, no en forma narrativa, sino con carácter apologético. En los tres se observan, como principales excelencias, el arte de construir concisamente las frases y redondear con cierta armonía los períodos, de suerte que el concepto adquiera fuerza no sólo por su sentido, sino hasta por su sonido, y el certero golpe de vista para escoger y encajar oportunamente las voces que con más claridad y vigor expresan la idea ó producen la visión del objeto descrito. Sus defectos son también los mismos, é hijos todos de aquella manía retórica que afeó la literatura de la época y de la cual no se libraron por completo ni aun ingenios tan poderosos como Lope y Alarcón.

Igual censura se puede aplicar á Melo como poeta lírico. Cuanto contienen sus *Obras Métricas,* salvo algunos sonetos, romances y fragmentos de epístolas, peca por falta de claridad y sobra de artificio: hasta los sentimientos más espontáneos y sinceros quedan allí obscurecidos por el inmoderado afán de mostrar agudeza: la gracia, la ternura, el amor, la energía, cuantos afectos y pasiones caben en el corazón y en la mente, están sofocados por el abuso de antítesis, hipérboles, paronomasias, equívocos y retruécanos: de igual suerte que en un vicioso estilo de ornamentación arquitectónica, triunfante algunos años más tarde, las líneas razonadas, severas y ele-

gantes desaparecen bajo la profusión de hojarasca que pesa por exceso de adorno y abruma sin crear verdadero aspecto de riqueza, así el decir fácil y primoroso, en parte ingénito y en parte adquirido por Melo mientras anduvo en cortes y palacios, se pierde en sus composiciones aplastado por el enojoso conceptismo; pero de cuando en cuando, á modo de protesta instintiva contra aquel delirio, surgen en sus versos frases sueltas y pensamientos aislados henchidos de dulce ó robusta poesía, donde la sinceridad y el buen gusto pugnan por prevalecer sobre una moda insensata y ridícula.

Tal es, trazada á grandes é imperfectos rasgos (como en ligero apunte que sugiera á mejor artista el deseo de hacer un gran retrato), la interesante figura de Don Francisco Manuel de Melo. El recuerdo de sus errores de político, si fueron ciertos, borrado queda en la lejanía de los siglos y también por la piedad que merecen sus desdichas: debemos creer que su alma no está en los libros que le dictó la pasión de partido, sino en aquellos otros inspirados por su rectitud de moralista y su sereno juicio de filósofo. Para que le tengamos por maestro nada importa su origen: nació en tierra que ya no es nuestra, pero cuando lo era; cuando todavía las nobles quinas lusitanas esmaltaban el blasón de España: en español compuso casi mayor número de obras que en portugués, y aun las mismas en que recibió inspiración de la turbulencia de los tiempos y en apariencia le apartaron de nosotros, le hicieron más nuestro, porque atestiguan

y prueban que su personalidad literaria es fruto de la fecunda cultura española de los siglos XV y XVI, tan poderosa como nuestras banderas; ella le infundió su espíritu: por haberla sentido y reflejado fielmente en su forma de expresión más noble y eficaz, que es el idioma, llegó á ser uno de los escritores en cuyo estilo mejor se muestran el vigor, la riqueza y la armonía de la lengua castellana.

JACINTO OCTAVIO PICÓN.

ADVERTENCIAS

Esta edición reproduce fielmente la primera (Lisboa, 1645), respetando los pocos arcaísmos empleados por Melo que dan á su prosa tan castizo sabor, sin más alteraciones que corregir las erratas evidentes.

Hemos suprimido las breves pero innecesarias variantes introducidas en la edición de Sancha, de 1808, las cuales aparecen repetidas en todas las posteriores.

Siendo cortísimo el número de palabras usadas por el autor que no figuran en el Diccionario de la Academia, no se ha formado vocabulario de ellas, pero van puestas en nota al pie de la página correspondiente.

El índice está compuesto á semejanza del que tiene la edición de 1808, pero con más fidelidad, con las notas marginales que lleva la primera, cuya portada publicamos, algo reducida.

Han sido inútiles cuantas diligencias hemos practicado para encontrar el retrato del autor de la *Guerra de Cataluña.*

El que figura en la edición de este libro hecha por Don J. M. Ferrer en París, 1826, y luego en la de Barcelona, 1842, tomado de la obra *Coro de las musas,* por el capitán Miguel de Barrios, Amsterdam, 1672, no es el del historiador, sino el del diplomático portugués y primo suyo Don Francisco de Mello, a quien dedicó su *Carta de guía de casados.* Del *Coro de las musas* se citan dos ediciones más: una de Amberes, 1694, con el mismo retrato, y otra, sin él, de Bruselas, 1672.

OBRAS PUBLICADAS EN CASTELLANO

POR

DON FRANCISCO MANUEL DE MELO

Doce sonetos por varias acciones en la muerte de Doña Inés de Castro, mujer del Príncipe Don Pedro de Portugal.—Lisboa, por Matheus Pinheiro, 1628; 4.°

Política militar en avisos de generales. Escrita al Conde de Linares, Marqués de Viseo, capitán general del mar Océano.—Madrid, por Francisco Martínez, 1638; 4.° (Reimpresa con el *Aula política* en 1720, en 4.°, en Lisboa, por Mathias Pereira da Silva.)

Historia de los movimientos, y separación de Cataluña; y de la guerra entre la Majestad Católica de Don Felipe el Cuarto Rey de Castilla y de Aragón y la Diputación general de aquel Principado, dedicada, ofrecida y consagrada á la Santidad del Beatísimo Padre Inocencio Décimo, Pontífice Sumo Máximo Romano. Escrita por Clemente Libertino, en San Vicente, año 1645, por Paulo Craesbeeck, impresor de las Órdenes militares; 4.°. Siete hojas sin numeración, que contienen la dedicatoria al Papa y el prólogo, que comienza: *Hablo á quien lee,* y 165 folios.

La misma. — Lisboa, 1692 (?). Véase la nota 2.ª de la página XLIII de la presente edición.

— Lisboa, 1696, 4.°, por Bernardo da Costa de Carvalho. (Contiene las licencias para ésta y para la de 1692.) Cuatro hojas sin numeración, con la dedicatoria al Papa y el prólogo, y 165 folios.

— Madrid, 1808, 8.°, por Sancha; XXVI-475.

— París, 1826, 32.°; dos tomos, por Gaultier-Laguionie.

— París, 1840, en 4.° *(Tesoro de historiadores españoles),* por Baudry.

— Barcelona, 1842; 8.° (con la continuación hasta terminar la guerra, por Don Jaime Tió, pues sabido es que Melo no escribió más que los sucesos del primer año). Es el tomo II del *Tesoro de autores ilustres.* — Imprenta de Oliveres.

— Madrid, 1876; 4.°. *Biblioteca de Autores Españoles.* Tomo 21 de la colección y 1.° de los *Historiadores de sucesos particulares.* — Rivadeneyra.

— Madrid, 1878. *Biblioteca Universal* (con la continuación de Tió). Tomos 46, 47 y 49.

— Madrid, 1883; 8.°. *Biblioteca Clásica,* tomo LXV (con la *Política militar).*

Ecco Politico responde en Portugal á la voz de Castilla y satisface á un papel anonimo ofrecido al Rey Don Felipe el Cuarto, &ª, publícalo Don Francisco Manuel. — Lisboa, 1645, por Paulo Craesbeeck; 4.°

Manifiesto de Portugal, escrito por Don Francisco Manuel.—Lisboa, 1647, por Paulo Craesbeeck; 4.°

El mayor pequeño. Vida y muerte del serafín humano Francisco de Assis. — Lisboa, 1647 y 1658; 12.° — Alcalá, 1688; 4.°

El Fénix de África Agustino Aurelio, Obispo hyponense. Primera parte: *Agustino filósofo.* Lisboa, 1648. — Segunda parte: *Agustino santo,* 1649; 12.°

Las tres musas del Melodino.—Lisboa, 1649; 4.°. Oficina craesbeeckiana. (Contiene — dice Inocencio Francisco da Silva — parte de sus composiciones poéticas, todas en castellano. Libro de poco ó ningún valor, en vista de la nueva y completa edición que se hizo con el título de *Obras Métricas.)*

Pantheon á la inmortalidad del nombre Itade. Poema trágico. (Versos á la memoria de Doña María de Ataide, de cuyo apellido se forma el anagrama *Itade.)* — Lisboa, 1650; 12.°. Oficina craesbeeckiana. (Se reimprimió en las *Obras Métricas.)*

Obras Morales.—Roma, 1664, 4.°, por Falco y Varesio. Tomo primero, en dos volúmenes: en el primero está *La victoria del hombre,* con veinte hojas de preliminares sin numerar y 485 páginas; el segundo contiene *El Fénix de África;* primera parte con 237 páginas; segunda parte de la misma obra con 248 páginas, y *El mayor pequeño,* con 184 páginas.

Obras Métricas.—León de Francia, 1665; 4.°. Seis hojas de preliminares sin numerar y 175 páginas. (Contiene *Las*

tres musas, El pantheon, Las musas portuguesas y *El tercer coro de las musas.)*

Aula politica. Curia militar. Epistola declamatoria ao Serenisimo Principe Don Theodosio y Politica militar. — Lisboa, 1720, 4.°, por Mathias Pereyra da Silva. (El *Aula política* y la *Epístola declamatoria* están en portugués; la *Política militar,* en castellano.

Declaración que por el reyno de Portugal ofrece el doctor Gerónimo de Santa Cruz á todos los reynos y provincias de Europa, contra las calumnias publicadas de sus émulos. — Lisboa, 4.°, por Antonio Craesbeeck y Mello, 1663. (Da Silva, en su *Diccionario bibliográfico portugués,* tomo II, página 439, dice que este folleto se publicó en 1633, y García Peres, en su *Catálogo*, pág. 366, dice que en 1683; pero fué seguramente en 1663.)

Demostración que por el reyno de Portugal agora ofrece el doctor Gerónimo de Santa Cruz á todos los reynos y provincias de Europa en prueba de la Declaración, *por el mismo autor y por el mismo reyno.* — Lisboa, 1664, 4.° (Da Silva y García Peres atribuyen á este folleto la fecha de 1644, cuando forzosamente ha de ser posterior al que le precede, y al cual sirve de *demostración.* Además, refiriéndose al primero, dice el autor en uno de los primeros párrafos: «Dejamos *el año pasado,* lector (amigo ó enemigo), si te acuerdas, las provincias de Portugal...)

Carta de guía de casados y *Avisos para palacio.* Versión castellana del idioma portugués. — Madrid, 1724, 8.° (La segunda de estas obras no es de Don Francisco Manuel de Melo, sino de Luis de Aureu de Mello.)

La relación de sus obras inéditas en castellano puede verse en la *Biblioteca Lusitana*, de Barbosa. — Lisboa, 1747, tomo II, y en el *Diccionario Bibliographico Portugués*, de Inocencio Francisco da Silva. — Lisboa, 1859, tomo II.

Entre ellas figuran tres novelas, que son: *El verano en Cintra*, *Las noches oscuras* y *La dama negra*, y cuatro comedias: *Laberinto de amor*, *Los secretos bien guardados*, *De burlas hace amor veras* y *El dómine Lucas*, citadas también por Barrera en su *Catálogo del teatro antiguo español*. — Madrid, 1860.

Véase, finalmente, la lista dada por el propio Melo en el tomo primero de sus *Obras Morales*, ya mencionado.

HISTORIA
DE LOS
MOVIMIENTOS,
Y
SEPARACION
DE CATALVÑA;

y de la Guerra entre

LA MAGESTAD CATOLICA
de Don Felipe el Cuarto Rey de Castilla,
y de Aragon,

Y LA DEPUTACION GENERAL
de aquel Principado.

DEDICADA, OFRECIDA, Y CONSAGRADA
a la Santidad del Beatisimo Padre

INOCENCIO DECIMO

PONTIFICE SVMO MAXIMO ROMANO.

Escrita

POR CLEMENTE LIBERTINO.

En San Vicente. Año 1645.

Por Paulo Craesbeeck Impresor de las
Ordenes Militares.

PADRE SANTO:

Vertiendo sangre el pueblo cristiano puso Dios á Vuestra Santidad en su silla para que la detenga y la restañe; todos así lo creemos y esperamos. Obedece la sangre á la virtud de una piedra beneficiada del sol; para, y se reprime: lo mismo ha de ser ahora por el valor de la Piedra angular de la Iglesia, depósito de las influencias del sol más poderoso. Ya no es esperanza, sino fe. ¿Quién lo duda, cuando en medio del diluvio de los intereses humanos sale la Paloma de Vuestra Santidad asegurando al Universo que no puede faltar quien tiene por blasón la paz y por oficio dar la vida por ella? Contémplese Vuestra Santidad, y se hallará cercado de obligaciones; no sé cuáles mayores, su dignidad ó su nombre: ella de amor de Padre, él de justicia de Inocente: pues de las del tiempo, ¿qué diremos? Nació Cristo en edad pacífica, Vuestra Santidad en siglo turbulento: misteriosa confianza hace Dios de su gran espíritu de Vuestra Santidad, pues ahora le envía y le entrega su poder: esto es decir á Vuestra Santidad que el que se desviare de las llaves de Pedro tema el montante de Pablo. De un mismo metal son fabricadas las dos celestiales insignias, entrambas propias á la poderosa mano de Vuestra Santidad. Al que no acude á la voz reduzca el cayado: así lo usa el Pastor, y el Pastor

bueno no desampara por la asistencia de otras la oveja más apartada, cuyos religiosos balidos le llaman fielmente. Y porque naciendo Vuestra Santidad, como ha nacido, á la quietud de los fieles, necesita de muchas verdades que han de ser el material con que debe obrarse este cándido Templo de la Paz pública, informándose de las razones ó sinrazones de las gentes, yo, pequeño entre los más, ofrezco á los benditos pies de Vuestra Santidad esta humilde *Historia de la separación del Principado de Cataluña,* y su primer rompimiento en guerra con el Rey Católico Don Felipe el Cuarto, como origen de los grandes acontecimientos de España; de la cual separación y guerra tomaron también motivo los mayores negocios de Europa, que de importantes ó mortales sólo aspiran á los remedios de la Iglesia. Á Dios llamo por juez de mi intención, y espero conocer ha oído mi ruego según el acogimiento que Vuestra Santidad fuere servido mandar hacer á mis escritos, que por destinados desde su principio á Vuestra Santidad se excusaron á príncipes y reyes, á quienes podía ofrecerlos el amor ó el respeto. Empero pues yo llegué á coronar mi edificio del gran nombre de Vuestra Santidad, ¿qué otra cosa me queda que pedir, Beatísimo Padre, después de la apostólica bendición, sino que Dios prospere y santifique la vida y persona de Vuestra Santidad para consuelo y quietud de los fieles? Escrita en San Vicente á 10 de octubre, año segundo de vuestro pontificado, y del Señor, 1645.

Padre Santo: Besa humildemente los sagrados pies de Vuestra Santidad

CLEMENTE LIBERTINO.

HABLO Á QUIEN LEE

Si buscas la verdad, yo te convido á que leas; si no más del deleite y policía, cierra el libro, satisfecho de que tan á tiempo te desengañe.

Ni el arte ni la lisonja han sido parciales á mi escritura; aquí no hallarás citadas sentencias ó aforismos de filósofos y políticos; todo es del que lo escribe. Muchos casos sí se refieren de que las puedes formar, si con juicio discurres por la naturaleza de estos sucesos: entonces será tuyo el útil, como el trabajo mío, sacando de mis letras doctrina por ti mismo; y ambos así, nos llamaremos autores, yo con lo que te refiero, tú con lo que te persuades.

Ofrezco á los venideros un ejemplo, á los presentes un desengaño, un consuelo á los pasados. Cuento los accidentes de un siglo que les puede servir á éstos, aquéllos y esotros con lecciones tan diferentes.

Algunos condenarán mi Historia de triste. No hay modo de referir tragedias sino con términos graves. Las sales de Marcial, las fábulas de Plauto, jamás se sirvieron ó representaron en la mesa de Livio.

Si alguna vez la pluma corriere tras la armonía de las razones, certifícote que en nada entró el artificio, sino que la materia, entonces más deleitable, la lleva apaciblemente.

Hablo de las acciones de grandes príncipes y otros hombres de superior estado: lo primero se excusa siempre que se puede, y cuando se llega á hablar de los reyes, es con suma reverencia á la púrpura; pero esa es condición de las llagas, no dejarse manejar sin dolor y sangre.

Muchos te parecerán secretos; no lo han sido á mi inteligencia; ninguno juzga temerariamente, sino aquel que afirma lo que no sabe. No es secreto lo que está entre pocos; de éstos escribo.

Llamo á los soldados del ejército del rey Don Felipe algunas veces católicos, como á su rey; no se quejen los más de esta separación; sigo la voz de historiadores. Otras veces los nombro Españoles, Castellanos ó Reales; siempre entiendo la misma gente. Para todos quisiera el mejor nombre.

Procuro no faltar á la imitación de los sujetos cuando hablo por ellos, ni á la semejanza cuando hablo de ellos. En inquirir y retratar afectos, po-

cos han sido más cuidadosos; si lo he conseguido, dicha ha sido de la experiencia que tuve de casi todos los hombres de que trato. He deseado mostrar sus ánimos, no los vestidos de seda, lana ó pieles, sobre que tanto se desveló un historiador grande de estos años, estimado en el mundo.

Si en algo te he servido, pídote que no te entrometas á saber de mí más de lo que quiero decirte. Yo te inculco mi juicio como le he recibido en suerte; no te ofrezco mi persona, que no es del caso para que perdones ó condenes mis escritos. Sino te agrado, no vuelvas á leerme; y si te obligo, perdónote el agradecimiento; no es temor, como no es vanidad. Largo es el teatro, dilatada la tragedia; otra vez nos toparemos; ya me conocerás por la voz, yo á ti por la censura.

HISTORIA

DE LOS

MOVIMIENTOS, SEPARACIÓN

Y GUERRA DE CATALUÑA

LIBRO PRIMERO

Intereses y discordias entre España y Francia.— Progresos de las armas católicas y cristianísimas en Flandes, Francia é Italia. — Ocupación de Tierra de Labor. — Sitios, embestidas y tomas de Leucata, Fuenterrabía, Coruña y Salses. — Guerra y ejércitos en España, origen de escándalos y alborotos en Cataluña.— Descripción de aquella provincia. — Violencias en su gobierno.— Descontento común.— Prisión de sus ministros.—Entrada de los segadores. — Movimientos de Barcelona. — Muerte del Santa Coloma, virrey del Principado.

1 Yo pretendo escribir los casos memorables que en nuestros días han sucedido en España, en la provincia de Cataluña, cuyos movimientos alteraron todo el orden de la república, á vista de los cuales estuvo pendiente la atención política de todos los príncipes y gentes de Europa.

2 Grandísima es la materia; y aunque la pluma, inferior notablemente á las cosas que ofrece escribir, po-

día en alguna manera hacerlas menores, ellas son de tal calidad, que por ningún accidente dejarán de servir á la enseñanza de reyes, ministros y vasallos.

3 Desobligado y libre de toda afición ó violencia, pongo los hombros al peso de tan grande historia. Hablo, dichosamente, de príncipes á quienes no debo lisonjear ó aborrecer, y de naciones que conozco por buenas ó malas obras, con certísimas noticias de los sucesos, porque en muchos tuvo parte mi vista, y en todos mis observaciones, no sólo como inclinación, mas como precepto.

4 Primero este motivo, después el temor de que estas cosas lleven y hayan de correr la misma infelicidad que las pasadas entre la conversación y memoria de los hombres, me obligó á escribirlas.

5 Castellanos, franceses, catalanes, naciones, ministros, repúblicas, príncipes y reyes de quienes he de tratar, ni me hallo deudor á los unos, ni espero me deban los otros: la verdad es la que dicta, yo quien escribe; suyas son las razones, mías las letras; por esto no soy digno de acusación ni de alabanza: sirva esta religiosa igualdad, jamás alterada en mis escritos, al desagravio ó desobligación de los que llegaren á leerme, quejosos ó agradecidos; bien que la variedad de los sucesos y de los juicios á que ellos sirven de ocasión, fácilmente dará á entender cómo no callo el error ó alabanza de ninguno.

6 Quien retrata, tan fielmente debe pintar el defecto como la perfección: tampoco el severo espíritu de la historia puede guardar decoro á la iniquidad; empero

si siempre hubiésemos de escribir acciones serenas, justas y apacibles, más les dejáramos á los venideros envidia que advertimiento. No sólo sirven á la república las obras heroicas; el pregón que acompaña al delincuente también es documento saludable, porque el vulgo, entendiendo rudamente de las cosas, más se persuade del temor del castigo que se eleva á la esperanza del premio.

7 Yo quisiera haber escrito en los tiempos de gloria; mas pues que la fortuna, dejándoles á otros para escribir los gratísimos triunfos de los Césares, me ha traído á referir adversidades, sediciones, trabajos y muertes, en fin, una guerra como civil y sus efectos lamentables, todavía yo procuraré contar á la posteridad estos grandes acontecimientos de la edad presente con toda claridad, cuidado y observación, que aunque la materia sea triste, pueda igualar su ejemplo con las más agradables y provechosas.

8 Tuvo la guerra presente de España y Francia no pequeños ni ocultos motivos, públicos ya en los papeles, y más en las acciones de entrambas coronas; pero sin duda yo habré de contar por el más urgente el gran valor de una y otra nación, que no cabiendo en los términos de la templanza, desde los siglos de sus pasados reyes hasta nuestros días, resultó algunas veces en soberbias y escándalos. Ayudáronse del interés, émulos de la gloria ó del dominio, que es el espíritu viviente en las venas del Estado, y ministrando la vecindad en que la Naturaleza puso estas dos famosas provincias muchas ocasiones de discordia, eso mismo,

que debía servir á la amistad y alianza, era sobre lo que se fundaba la queja ó injuria; de tal suerte, que ni la conformidad de religión, ni los vínculos de la sangre, ni la bondad y virtud de los príncipes, fué bastante para conformar sus ánimos ni los de sus ministros, aun contra el clamor universal de los vasallos, que, ó menos informados de los resentimientos, ó menos sensibles en ellos, públicamente pedían y deseaban la paz.

9 Propusieron conseguirla por medio de la guerra, persuadidos de otros ejemplos; y después de varios casos con que cada uno ofendía la misma justificación que mostraba querer defender, comenzó á temblar Europa de los estruendos y aparatos de armas que hacían españoles y franceses.

10 Mostráronse el año de 635 las banderas de Francia formidables á todo el País Bajo; fué roto el príncipe Tomás de Saboya; entraron en Tirlemon, sitiaron á Lovaina, amenazaron á Bruselas y á Italia, embestida Valencia del Pó, y la Valtelina ocupada, con otros algunos sucesos favorables á franceses; pero no sin descuento (1) de los españoles, que no con menos dicha penetraron la Francia, ganaron la Capella, Chatelet, Landrecí y Corbía en la Picardía, desearon París, defendieron la misma Valencia sitiada, y poco después, desesperando de mayor empresa, se hicieron dueños de las islas de San Honorato y Santa Margarita.

---

(1) *Descuento* por *desquite*: acepción que falta en el Diccionario de la Academia.

11 Era ya voracísimo el fuego de la guerra, más encendido en los ánimos acomodados á toda ruina; así, creciendo el enojo en la contradicción de los sucesos, hubo entonces el odio de arrebatar para sí las acciones que antes sólo ejecutaba la ira.

12 Continuóse como externa aquella inquietud por casi dos años, sin que los pueblos vecinos de España y Francia llegasen á experimentar sus costosos movimientos; porque aunque se guardaban con el cuidado conveniente, según lo deben hacer los que no quieren hallarse en el súbito peligro, todavía de una ni de otra parte se había dado hasta aquel punto ocasión al escándalo. Alteróse, en fin, el temperamento de todo el cuerpo de las dos coronas, y comenzaron á padecer los efectos de su dolor sus miembros más apartados.

13 Era aquel año Virrey de Navarra Don Francisco de Andía é Irazabal, marqués de Valparaíso, hombre que jamás excusó de hacerse agradable á aquellos de quienes dependía. Había descubierto en pláticas y escritos en el ánimo de Don Gaspar de Guzmán, Conde-Duque de Sanlúcar, portentoso favorecido del Rey Católico, cierto género de contrariedad á la corona francesa y acciones del cardenal Armando Juan de Plessis (dicho comúnmente Richelieu), primer ministro también de aquel reino, y sobre todos valido de la Majestad Cristianísima. Juzgó que el mejor camino de introducirse en la voluntad del Conde, era facilitarle los medios de venganza (1). Negoció secretamente

(1) La edición de 1808 dice *de la venganza.*

los empleos de las armas españolas, y de improviso bajó los Pirineos, seguido de algunos trozos de gente mal armada, á que dudamos llamar ejército. Entendiéronlo los franceses cuando se hallaba ya destruyendo y ocupando á Siburo, San Juan de Luz, Socoa y la Tapida, lugares de la Gascuña, en la tierra que llaman de Labor, que es aquella que yace de esotra parte de los Pirineos, y se termina á Poniente con el mar Cantábrico. Era su (1) poder del Valparaíso más proporcionado al descuido de aquella provincia, que no á sus fuerzas: recogiéronse los que se retiraban de la campaña á Bayona, primera ciudad de la Gascuña, puesta al principio de las Landas; intentó ganarla por sorpresa, desvanecióse su designio, porque habiéndose detenido antes en lo que no tenía dificultad, faltó primero la ocasión, que el Marqués se valiese de ella. Volvióse, en fin, forzado de las prevenciones que ya hacían los franceses: ejecutólo pocos días después de su entrada, sin que de su empresa se luciese otro efecto que haber llamado la guerra hacia aquella parte donde no convenía. Presidió los puestos, obligando las armas de su rey á mayores empeños. Esta diversión impracticable, según después la acusó la experiencia, podremos contar por el primer paso que dió España en su misma ruina, porque de ella tomaron motivo todos los sucesos y accidentes que poco tiempo después turbaron la serenidad del Estado.

---

(1) En la edición de 1808 dice *era el poder*.

14 Crecía la oposición de parte de los franceses por cobrar sus lugares, y cada día se reconocía más en España el yerro de habérselos retenido. Intentaron enmendar el desorden pasado, y trazaron otro mayor para remediar el primero. Pareció se debían dejar los puestos ocupados en Francia, y se óbró la retirada con tan poca atención como la empresa. No hay caso monstruoso á los principios, á que no sigan fines desordenados. Retiráronse los españoles á tiempo que sólo su elección podía obligarlos, dejando de la misma suerte que estaban las fortificaciones, que habían fabricado con gran peligro y dispendio; dejaron las provisiones y víveres prevenidos para su misma defensa, y lo que es más, mucha parte de la artillería; cosa que, por increíble á los franceses, con temor gozaban de su utilidad.

15 Pasó adelante la atención y deseo de venganza con que el Conde-Duque disponía inquietar y divertir al Richelieu en la paz interior de su provincia, y de los intereses que mostraba en la guerra del Artois y Lombardía.

16 Juzgóse que la Leucata, postrer lugar del Languedoc, ó por más vecino á España, ó también por más descuidado de las armas, podía ser á propósito para la embestida: encargóse la empresa á Don Enrique de Aragón, Duque de Cardona y de Segorbe, entonces Virrey de Cataluña, para que, asistido del Conde Juan Cerbellón, ilustre soldado milanés, con buena parte de infantería y caballería, obrasen la interpresa ó sitio, si fuese necesario, casi infaliblemente.

17 Fué sitiada Leucata, porque la ocasión no dió lugar á que se apretase por términos más breves, y después que á juicio de los españoles no podía resistirse, fué socorrida por los de Narbona y Tolosa tan osadamente, que, siendo los católicos acometidos en sus mismos cuarteles, fueron rotos con gran pérdida de gente y no pequeña nota en la opinión.

18 No tardó mucho el ejército cristianísimo en dar vista á la provincia de Guipúzcoa, gobernado por Enrique de Borbón, Príncipe de Condé, hombre en todos tiempos más esclarecido que afortunado: pasó los linderos de la Francia con poderosa mano (1), que obedecían hasta veinte mil combatientes. Viendo España entonces las lises de sangre, que ya la antigua paz y deudo habían vuelto de oro, sitió á Fuenterrabía, plaza de opinión en la Cantabria, y después de un riguroso asedio perdió la empresa, el poder y los intentos, habiéndola socorrido contra toda esperanza los ejércitos de Don Juan Alonso Henríquez de Cabrera, Almirante de Castilla, y de Don Pedro Fajardo de Zúñiga y Requeséns, Marqués de los Vélez, por la industria de Carlos Caraciolo, Marqués de Torrecusa, su Maestre de Campo general.

19 En este estado se hallaban los negocios de la guerra interior de España al fin del año de 638 (el que entre todos pudo llamar dichoso aquella monarquía); pero aunque sus armas triunfasen victoriosas, érales imposible poder cubrir y asegurar las provincias dis-

(1) La edición de 1808 dice *á la que obedecían.*

tantes. Con esta ocasión la tuvieron los franceses el año siguiente de ocupar á viva fuerza el castillo de Salses (dicho de los geógrafos *Salsulæ)*, y última plaza del Rey Católico en el condado de Rosellón: no pudo resistirse á la furia del contrario, que añadiendo al valor natural la injuria del suceso de Fuenterrabía, obraba en Salses como desconfiado y como valeroso. Ganóse en pocos días, mostrando la fortuna más aquella vez, cómo no vinculó las victorias á ninguna nación.

20 La bizarría española, contra el común sentimiento de los prácticos, que no aconsejaban la guerra aquel año (eran ya (1) los últimos meses de 639), no se acomodó á sufrir un corto espacio ese lunar en el rostro de su república, feísimo á los ojos de los atrevidos, mucho más que á la consideración de los cuerdos.

21 Armó grueso ejército el Rey Católico, cuyo mando entregó á Felipe Espínola, Marqués de los Balbases, Comendador mayor de Castilla, que poco antes había dejado el reposo de su república, Génova, en que también se había empleado poco después de grandes ocupaciones de la guerra. Es (2) Felipe hijo de Ambrosio, discípulo de aquel gran maestro: ¿cómo se puede creer habrá faltado á la herencia de la sangre y de la doctrina? Con esto juzgo llamarle dignísimo capitán del príncipe que quisiere servir.

22 La plaza fortificada nuevamente, gobernada por

---

(1) En la edición de 1808, *por ser ya.*

(2) En la edición de 1808, *siendo Felipe.*

hombre experto cual era Mr. Espernan, á quien fué encomendada su defensa; la sazón del año, extrañísima al manejo de las armas; el grueso del ejército español, formado de gente más lustrosa que robusta, todo junto fué causa de que se dilatase el sitio y de que las tropas católicas fuesen heridas de terribles enfermedades. Hubo, en fin, de rendirse la plaza, capitulando los franceses briosamente: obtuvieron con todo, el castillo de Opol, fuerza poco considerable, y que por cosa sin nombre olvidaron ó disimularon los españoles. Ahora lo podremos advertir no sin misterio, porque parece que en haberle dejado obediente á Francia se denotó la posesión que su Rey conservaba de toda aquella tierra, que poco después le había de llamar señor.

23 Casi en estos días la armada naval del Cristianísimo, á cargo de Enrique de Sordis, arzobispo de Burdeos, dió fondo en La Coruña, que pudiendo destruir se contentó con amenazar. Detúvose algunos, embarazada quizá en las muchas ocasiones que se le ofrecían, ó de abrasar la armada católica que se hallaba en el puerto, inferior á su número y fortuna (mandada de Don Lope de Hoces, que el año antes había recibido incendio por el mismo contrario), ó de escalar la plaza, que aunque bien guarnecida de soldados no pudiera resistirse á un daño grande, por falta de municiones. En medio de esta duda se levantó un gran temporal contra el uso de naturaleza, cuyo brazo peleó por España, gobernado de la Divina Providencia; obligóla el viento furioso á que se reco-

giese en sus puertos con mayor espanto que peligro. Reparóse, y salió á navegar segunda vez la vuelta de España; asombró toda la costa de Vizcaya, y desembarcando en las cuatro villas arruinó Laredo, intentó Santander (1), abrasó sus astilleros, y amenazada nuevamente del tiempo, aún más que del enemigo que ya salía á buscarla con la infelicísima flota de Don Antonio de Oquendo, se volvió á Francia poco rica de triunfos.

24 La variedad de esta guerra, diferente todos los años, fué causa de que las tropas y ejércitos del Rey Católico hubiesen de revolverse muchas veces de unas provincias en otras, conforme el enemigo mostraba querer acometerlas, y que á estos sus tránsitos y pasajes se siguiesen los robos, escándalos é insultos que trae consigo la multitud y libertad de los ejércitos. En otras partes llegaban á ser con más exceso insufribles, por la larga asistencia en ellas, de tal suerte que unos y otros pueblos no cesaban de gemir con el peso de la molestia en que los ponían sus armas propias. Era de todas Cataluña, como la más ocasionada, la más afligida provincia.

25 Habíanse mostrado los catalanes á los principios de la guerra con demasiada templanza: primero tuvieron intento de que se les fiase la defensa de sus plazas; fundábanlo en su práctica y valor, atentos á aquella máxima de naturaleza de que cada uno sabe lo que basta para su conservación; ofrecían no

(1) En la de 1808, *arruinó á Laredo, lo intentó en Santander.*

perdonar á gastos ó contribuciones en beneficio de su república; aseguraban al Rey cualquier invasión por aquella parte; esquivábanse de que entre ellos se introdujesen armas extrañas; juzgaban como extranjeros los que no eran ellos mismos; en fin, pensaban que en ofrecerlo así servían al Príncipe y á la Patria.

26 Hízose esta proposición implaticable (1) á los Consejos por algunos respetos, todos encaminados á la poca satisfacción que se tenía de los catalanes, de quienes el Rey conservaba alguna memoria cerca de la entereza con que había sido tratado el año de 632, cuando fué á celebrar sus Cortes. Ayudaban esta poco digna recordación las diligencias del Conde-Duque, humanamente ofendido de que la nobleza catalana y buena parte de la plebe se declarasen en favor del Almirante de Castilla, cuando en Barcelona sucedieron las contiendas entre el mismo Almirante y el Conde-Duque. De otra parte, Jerónimo de Villanueva, Protonotario de Aragón, favorecido del Conde, tampoco daba calor á los negocios públicos del Principado, ó fuese lisonja á su dueño, que reconocía desaficionado, ó venganza particular á que le llevaba su propio afecto.

27 Juzgándose el celo sospechoso, siguióse naturalmente á la duda el desagradecimiento; de modo que á un mismo tiempo aquella atención que no se tuvo á su servicio desobligó á los catalanes de proseguirle,

(1) En la de 1808, *impracticable*.

y puso á los ministros reales en cierto género de desconfianza. Y si por entonces aquéllos no justificaron su intención afectuosa y sencilla, éstos no dejaron, por lo menos, de medir y observar sus fuerzas para lo venidero.

28 En esta opinión estaban las cosas públicas del Principado cuando llegó la nueva de que los franceses habían ocupado á Salses: pedía la necesidad prontísimo remedio, y no se hallaban en Castilla todos los medios proporcionados á la guerra. Pareció que esta ocasión habría de ser la piedra de toque donde se daría á conocer la fineza de Cataluña, porque de su pérdida ó de su ganancia siempre sacaban conveniencia, y ayudándose de ellos como de buenos vasallos, y dándoles, por otra parte, causa á que templasen su orgullo, abatiendo sus fuerzas si acaso fuesen ellos los que pretendían averiguar alguna sospecha. Con esta ocasión, concedieron una como igualdad con el Espínola en el mando de la empresa al Virrey de Cataluña. Era en este tiempo Don Dalmáu de Queralt, conde de Santa Coloma, que algunos años antes fué reputado por atentísimo repúblico, y como tal querido de su pueblo.

29 Con esta elección se consiguieron asaz particulares servicios; porque los catalanes, ó ya olvidados del primer desprecio ó solicitados por la industria del Conde, ó también porque las quejas de los príncipes en los hombres no duran más de lo que ellos mismos se lo permiten, acudieron vivamente á la ocasión con grueso número de vasallos y copiosísima provisión de

víveres: cuéntase este por el más abundante ejército que España formó dentro de sí, cuya prosperidad se fundó sobre la industria de los catalanes.

30 Concurrieron al servicio de Salses grande parte de la nobleza y mucha de la plebe: los mismos castellanos, sin atención á los extremos del Principado, estiman en treinta mil plazas las que pagó y mantuvo Cataluña en los siete meses que duró el sitio, haciendo repetidas levas de infantería y continuas conducciones de gastadores para manejo y fortificación del ejército.

31 Tanto fué el caudal con que entró en la empresa; y con la misma proporción que ayudó al número, sirvió también al peligro. Hallábanse en el fin de la guerra por todas sus provincias muchos huérfanos y viudas, cuyos padres y esposos habían servido al alimento de aquella bestia insaciable que se sustenta en la sangre de los humanos; sus llantos y clamores cargaban sobre su afligida república, que lastimada de ellos, tuvo poco lugar de alegrarse con los vivas del triunfo que indivisiblemente gozaba Castilla, como si sola ella hubiese merecido el aplauso.

32 Los catalanes, poco acostumbrados en la edad presente al servicio militar de sus príncipes, juzgaban por de singular fineza sus empleos, que sin duda parecieran grandes, aun en las naciones más belicosas y opulentas. Con este aprecio esperaban atentísimamente los premios y gratificaciones, por ser cosa natural que el mérito engendre la esperanza. Y si cuantos después llegaron á publicar los servicios de aque-

lla nación los acordaran antes de la queja, no les faltara el consuelo á tiempo que se excusara la desconfianza; empero, ó fuese que los ministros á cuyo cargo estaban estas informaciones tardasen en hacerlas al Rey, ó que juzgando diferentemente de la acción contasen la deuda por de menor calidad, ó que también, como sucede en las Cortes, aquel expediente no hallase en los ánimos la sazón y fuerza que las más veces falta en los negocios ajenos (como si el pagar servicios y obligaciones no fuese el más propio negocio de los reyes), y se determinase para otro tiempo el premio de aquella gente, dicen ellos, y la verdad lo confirma, que no solamente tardaron las mercedes y gracias, pero que ni un ligero ó vano agradecimiento de sus aciertos reconocieron jamás; y sin duda, si no se les negó con artificio, la suerte que ya lo iba encaminando á otros fines, ordenó que el desprecio de los mayores disimulase aquella grande obligación. Esta experiencia volvió á despertar en ellos, si no un arrepentimiento de lo pasado, un propósito de no tentar con nuevos méritos segunda vez la fortuna; así, fué común el interior descontento introducido en el ánimo de todos. Si llegasen á conocer los príncipes qué baratamente compran la afición de los vasallos y lo mucho que vale el aplauso universal de las gentes, ninguno llegara á ser remiso, cuanto más á parecer ingrato.

33 No se juzgaban todavía por acabadas las cosas de Francia con la recuperación de Salses, porque aun después de su cobro quedaba la guerra en el mismo

estado que antes de perdida: su victoria también había dado ocasión á mayores pensamientos en el Conde-Duque, que ya entonces juzgaba por corta felicidad sólo la conservación de su imperio: el invierno riguroso, la gente fatigada y enferma del trabajo de la campaña, vivamente pedía lugar de cura y descanso: las conveniencias no permitían se apartasen tanto las armas que las tropas fuesen reducidas á Castilla, ni su gran desmayo daba tiempo para que se pudiese pensar el modo de acomodarlas.

34 En esta consideración ordenaron el Espínola y Santa Coloma que, guarnecidas las plazas de la frontera, conforme pedían las ocasiones presentes, lo restante del ejército se repartiese por el país en varios cuarteles, según la capacidad de los pueblos. Salió esta resolución molestísima á los catalanes, que habían sufrido el pasado hospedaje con gran paciencia, esperando que con la mejora de las armas católicas saldrían de gran opresión, aliviándose de las milicias que tantos años habían agasajado contra su natural, y perturbación de sus fueros. Empero viendo que nuevamente se comenzaban á acomodar para proseguir la guerra, no se hallaba entre ellos hombre alguno que con templanza supiese llevar aquel accidente, á que tampoco ninguno podría resistir.

35 Cumplióse, en fin, la disposición de los cabos; y los catalanes, que ya obedecían, antes rabiosos que atentos, asentaron más este peso por nueva partida en el gran memorial de sus agravios.

36 Pasó adelante el daño, porque hallándose las ren-

tas reales en sumo aprieto, procedido del continuado dispendio de la guerra, siguióse que los socorros ordinarios de los soldados no corriesen entonces con aquella igualdad y concierto que pide la infalible necesidad de los ejércitos. Era fuerza que á la falta común en que se hallaban todos se siguiese nueva inquietud y discordia, que habiendo tomado tantas veces motivo en la ambición y demasía, no era mucho que entonces se ocasionase en la miseria y hambre de la gente. Llegaban estas noticias á Barcelona y á los cabos, y al principio no parecieron otra cosa que alguna de aquellas ordinarias contiendas entre soldados y paisanos, achaque para que ninguna prudencia halló remedio.

37 Crecían cada instante las cartas y las quejas, ya de los ministros de la provincia, ya de los soldados del ejército. Quejábanse éstos, oprimidos de su continua miseria, juzgando por excesivo trabajo el que padecían cuando los enviaban al descanso; acusaban la dureza de sus patrones y aun su soberbia, que los trataban como esclavos, no como compañeros; justificaban su causa con que no pedían más de lo lícito (su gran aprieto podrá ser les hiciese parecer corta cualquiera demostración oficiosa). Aquéllos se quejaban de la insolencia militar; representaban su codicia y trato violentísimo; hacían memoria del sufrimiento pasado; decían que su pobreza, y no su impaciencia, lo rehusaba; que ellos acudían aún con más de lo posible, pero que la ingratitud y libertad de los huéspedes ahogaba todos los medios de su industria.

38 Oíanse los clamores de unos y otros, que esto parecía entonces lo más que se podía hacer por ellos, y en medio de las dudas y quejas, ninguna cosa se advertía competente á la templanza, si no era el mostrarles lástima á cada uno; que este es el más fácil medio para aplicar á aquellas cosas que no tienen remedio.

39 El de Santa Coloma, combatido á un mismo tiempo de celo del servicio de su Rey y de compasión de sus naturales, inclinaba diferentemente el ánimo, según lo llevaba la fuerza de la razón: algunas veces reprendía los excesos y libertad de la soldadesca, y otras se convertía contra los mismos moradores; pero los catalanes, celosos de entender que en su corazón tuviesen lugar otros respetos que los que debía á la conservación de su Patria, y creyendo también que su fortuna crecía con las ruinas de la república, por instantes mudaban en aborrecimiento la primera afición que le tenían.

40 El Espínola procuraba la conservación de su ejército, juzgando que á su oficio no tocaba arbitrar los medios del descanso y sosiego del Principado (propia fatiga al espíritu del Santa Coloma), y persuadido de algunos hombres más prácticos que amantes de la nación catalana (y entre ellos de Don Juan de Benavides y de la Cerda, veedor general de la provincia), disponía á este tiempo en gracia de la hacienda real un gran negocio, á que mejor pudiéramos llamar mina secreta, que después arruinó la paz común de Cataluña.

41 Tratóse por algunos días aquella negociación en consultas y papeles secretísimos; era de hermosa apariencia en orden á la utilidad del Príncipe, y comprendía interiormente riesgos á la república, como después lo dieron á conocer sus efectos; las conveniencias agradables no hicieron lugar á que se penetrase con la consideración hasta el peligro; así, en corto espacio de tiempo, se pensó, se consultó, se aprobó y caminó á su ejecución.

42 Había el Espínola manejado los ejércitos de Milán; tenía más conocimiento de la gran substancia y fertilidad de aquella tierra de lo que alcanzaba de la cortedad ú opulencia de los catalanes, y de tal suerte se llevó y dejó llevar, lisonjeado de aquel pensamiento, que asentó consigo y los otros, podría conseguir que la provincia acudiese á mantener el ejército católico, como lo hacen los gruesísimos pueblos de la Lombardía. Así, habiendo alcanzado la permisión y aun el agradecimiento del Rey, sin otra prevención ó diligencia, facilitando la ley en el ejemplo y fortificándola, á su parecer insuperablemente, en las mismas armas que le obedecían, despachó con prontitud órdenes á los pueblos y cuarteles para que sirviesen con el socorro ordinario á las tropas de su alojamiento; señaló bocas (1) á los oficiales y soldados, cantidades de forrajes á la caballería, separó los cuarteles al tren y bagajes; en fin, distribuyendo los despachos conforme la ciencia militar, si él no faltara á la

(1) Señalar *bocas,* lo mismo que señalar raciones.

templanza, como no faltó á la disciplina, no pudiéramos negar que había hecho un gran servicio á su señor.

43 Acudieron á embarazar este primer efecto las universidades, donde primero llegó el aviso; empero el Espínola, por moderar su queja, las dió á entender que ni su intención ni la del Rey era obligarles á que diesen más á los soldados de lo que daban de antes; que era sólo arbitrarles un medio que sirviese como de tasa á su codicia de ellos y de moderación á la liberalidad de los pueblos; que no se hacía más de mudar el nombre, llamando contribución á lo que primero se pudo llamar cortesía; que la estrecheza de los tiempos presentes no daba lugar á que el Rey dejase de valerse de tan buenos vasallos; que el beneficio de aquellas armas era más propio de Cataluña que de Castilla, pues se oponían á la invasión de sus enemigos; que el soldado hace al labrador arar y recoger seguro; no menos el labrador debe hacer que el soldado pelee satisfecho; que el tiempo del servicio sería cortísimo; que apenas conocerían el peso cuando ya se le quitarían del hombro; que la necesidad era tan grande, que por fuerza les habría de tocar alguna parte; que cuando es inmensa la carga, muchos brazos la facilitan y hacen ligera; finalmente, que la voluntad de los reyes, y con la razón á las espaldas, siempre es digna de obediencia.

44 Así pensó persuadirlos el Marqués; pero ningún advertimiento ó dulzura fué capaz de templar el enojo y rabia de aquella gente en la proposición señala-

da, y mucho más cuando últimamente lo escuchaban como precepto.

45 Rompieron con furia y desorden en desconcertadas palabras y algunos hechos de mayor desconcierto: entonces hacían larguísima lista de sus progresos y servicios, celebraban sus obras, exageraban su paciencia: luego cotejaban los méritos con las mercedes, y toda esta cuenta venía á parar en endurecerse más en su propósito: los más atentos clamaban la libertad de sus privilegios, revolvían todas las historias antiguas, mostraban claramente la gloria con que sus pasados habían alcanzado cuanta honra hoy perdían con vituperio sus descendientes. Algunos, con más artificio que celo, daban como un cierto género de queja contra la liberalidad de los reyes antiguos, que tan ricos los habían dejado de fueros, cuya religiosa defensa ya les costaba tanta injuria y peligro.

46 Los soldados, gente por su naturaleza licenciosa, fortalecidos en la permisión, no había insulto que no hallasen lícito: discurrían libremente por la campaña sin diferenciarla del país contrario, desperdiciando los frutos, robando los ganados, oprimiendo los lugares: otros, dentro de su propio hospedaje, violentando las leyes del agasajo, osaban á desmentir la misma cortesía de la naturaleza. Unos se atrevían á la hacienda, disipándola; otros á la vida, haciendo contra ella; y muchos fulminaban atrozmente contra la honra del que los sustentaba y servía. Toda la fatigada Cataluña representaba un lamentable teatro de miserias y escándalos, tan execrables á la con-

sideración de los cristianos como á la de los políticos.

47 Disculpábase cada cual con la aflicción de la hambre que el ejército padecía comúnmente, como si los delitos y desórdenes fuesen medios proporcionados para alcanzar la prosperidad. El natural aprieto á que nos reduce la miseria humana, casi no hay acción que nos evite; empero de tal suerte nos debemos valer de esta infelicísima libertad, que no nos hagan parecer brutos esas mismas pasiones que nos hacen parecer hombres.

48 Los que mandaban las tropas reales, fatigados de la misma falta ó de la misma ambición, ni enmendaban los soldados ni daban satisfacción á los paisanos; gran culpa de los que tienen ejércitos á su cargo, permitir toda la libertad de que pretende valerse la juventud y descuello de los que siguen la guerra; bien es verdad que la milicia afligida está incapaz de ninguna disciplina: el descuido de éstos ó su artificioso silencio despertaba más las quejas de todo el Principado, y en pocos días, aunque asentado sobre muchos casos, ocupó la discordia de tal suerte los ánimos de los naturales, que ya ninguno buscaba el remedio, sino la venganza.

49 Á este tiempo el Espínola, llamado de mayores ocupaciones, ó de su mayor dicha, había dejado el régimen de las armas. Suerte es, y no injuria, deponer (1) la espada enflaquecida para que se rompa en

(1) En la edición príncipe, *de poner,* por evidente errata.

manos del segundo diestro que la coge ambicioso: uníase todo el mando en el Santa Coloma, que, apropiándose más en el patrocinio de los soldados, al mismo tiempo que se afirmaba en el bastón de general, resbalaba en la silla de virrey; tan contrario concepto habían formado de su celo ya los naturales.

50 Entendíase exteriormente, y no sin buenos fundamentos, que este modo de gobierno podría ser el más suave á la provincia, porque llevando el ejército á las manos de su natural, no podría haber la ocasión de queja que pudiera, trayendo el Principado al gobierno del extranjero. Pero esto mismo era en el Santa Coloma un nuevo estudio que le desvelaba en hacerse más agradable á los soldados que á los paisanos, temiendo, podrían decir ellos, que su corazón era sólo de sus patricios. Los catalanes con el mismo temor observaban diferente atención en el Santa Coloma para las materias del ejército que para la conservación de la provincia; y á la verdad él deseaba satisfacer los forasteros, llevado de la razón que enseña cuán importante es á los hombres grandes el aplauso y gracia de las armas, que tantas veces en el mundo, no sólo han hecho famosos algunos en su misma esfera, sino que los han subido hasta la majestad del imperio.

51 Esta consideración por ventura le incitó á granjear la gracia y voluntad de los soldados, ó porque juzgando la razón más de su parte pretendía emplearse en su desagravio. Eran continuas las lástimas que cada día parecían por los Tribunales y Audiencias, repe-

tidas por las voces y plumas de abogados en Barcelona, y confirmadas con llantos y clamores de los pobres.

52 Publicábanse cada vez más y mayores delitos de la soldadesca, escribíanse procesos, sacábanse manifiestos, ofrecíanse memoriales, hablábanse en las plazas, motejábanse en las conversaciones y acusábanse desde los púlpitos. Todo el escándalo y descontento de los nobles y plebeyos tenía por objeto la opresión de su Patria; otras veces las exequias y lutos tristísimos daban testimonio de muertes y desastres continuos. Fué entre todas profundamente sentida la de Don Antonio Fluviá, á quien habían abrasado en un castillo suyo algunas tropas de caballería napolitana, á cargo de los Espatáforas (1); bien que entre los españoles y los catalanes hubo gran diferencia en contar los principios del caso, refiriéndole cada cual como más se acomodaba á su razón. Mas no era este sólo el delito escandaloso: muchos y varios se referían, donde podemos pensar que ni en todo los unos fueron culpados, ó inocentes los otros; mas antes que, como entre ellos sembró el odio el fertilísimo grano de su discordia, tales se podían esperar las cosechas de turbación y desconsuelo universal.

53 Mirábalo ya con recelo de mayor daño el Santa Coloma, y pensando evitar muchas ocasiones al des-

---

(1) Se refiere á los capitanes Don Fadrique y Don Mucio Spatáfora, hermanos, que murieron posteriormente en la batalla de Montjuich.

abrimiento de los naturales, tuvo por cosa conveniente que las quejas comunes de los soldados no corriesen con el estilo de la curia punitiva, juzgando, según la experiencia, que muchas de las acusaciones eran falsas, y que de las verdaderas no sería conveniente vivir escrita la memoria de tan torpes acontecimientos. Persuadido de este discurso, mandó por el doctor Miguel Juan Magarola que ninguno de los abogados de Barcelona pudiese asistir á las causas ordinarias de paisanos contra soldados. Fué esta la cosa más sensible para los afligidos, pues es verdad que el último desconsuelo del miserable es quitarle hasta la voz para pedir el remedio. Al rigor de este mandamiento comenzaron á esforzar las voces los quejosos, como sucede al agua que, detenida por algún espacio, revienta por otra parte ó sale por aquélla con mayor ímpetu.

54 Vanas salían y contrarias las diligencias encaminadas á la salud pública: vivían todos los pueblos en temor y aborrecimiento de los soldados, estremecidos con el incendio del Fluviá. Corría fama en Santa Coloma de Farnés, lugar del vizconde de Joch, que el tercio de Don Leonardo Moles caminaba á destruirle, porque entonces entre el hospedaje y la ruina no había ninguna diferencia; si bien ellos propiamente temían que los napolitanos pretendiesen vengarse, como amenazaban, de los agravios recibidos en otro pueblo vecino. Procuró el Vizconde, en Barcelona, desviar el peligro de los suyos; pero no pudo alcanzar otro medio que haberse enviado contra el

mismo lugar un alguacil real dicho Monredón (es en Cataluña este oficio de mayor estimación y dignidad que en Castilla). Era él hombre de naturaleza asaz acomodada á su intento, soberbio y áspero. Llegó publicando amenazas, pretendió culpar y castigar sin reservar ninguno, siendo la primera parte de su prevenido castigo alojar en la villa todo el tercio del Moles: advertidos, pues, de su enojo los moradores por la experiencia de otras demasías, comenzaron á dejar el lugar, retirándose á la iglesia. Desesperóse el Monredón, reconociendo cómo los vecinos iban escapándose de sus manos, y mandó públicamente fuesen quemadas las casas que sus moradores desamparasen. Á este terrible mandamiento se opuso alguno, que los catalanes afirman ser forastero, y aunque natural, ni por eso olvidado como indigno; pero él, arrebatado de su furor, le disparó una pistola á los pechos. Sus criados y otros que le seguían, imitando la barbaridad de su dueño, como á la seña militar oyéndola, se arrojaron á embestir la plebe descuidada y temerosa; trabóse la pendencia entre éstos y aquéllos, con muerte y sangre de algunos naturales. Engrosóse su número, ya con mayores intentos que la defensa; retiróse el Monredón á una casa, donde pensó escaparse; cercáronsela los ofendidos, y pegándola fuego, ni el partido de la confesión, que pedía, quisieron concederle.

55 La nueva de este suceso prosiguió en irritar y revolver el ánimo de los reales, dándole al Santa Coloma desde aquel punto más cuidado las cosas, como

aquel que ya tocaba con las manos lo que hasta entonces miraba como desde lejos el discurso. Envió contra el pueblo uno de sus oidores, á cuyas lentísimas diligencias se consiguió la entrada en la villa por los soldados de Moles, y después su ruina: fueron quemadas y derribadas poco menos de doscientas casas. No perdonó su furia á la iglesia consagrada á Dios, como ya dicen se había atrevido en el incendio lamentable de Río de Arenas, ó fuese sacrílega malicia de algún hereje disimulado en el ejército católico, ó inevitable peligro de los que se trae consigo la guerra, digno siempre de lágrimas, y que yo llego á escribir con moderación, según lo que he visto y oído, por no escandalizar la memoria del que leyere con la recordación de este abominable suceso. Tampoco es mi propósito ofender el nombre ó justificación de los que en ello se dice han tenido parte: quede la verdad sin injuria y sin mancha la inocencia, y desengañe el tiempo á la posteridad, ya que nosotros padecemos la duda.

56 Contenía el campo católico, demás de los tercios españoles, algunos regimientos de naciones extranjeras, venidos de Nápoles, Módena é Irlanda, los cuales no sólo cumplidamente constan de hombres naturales, mas antes entre ellos se introducen siempre muchos de provincias y religiones diversas: los trajes, lengua y costumbres diferentes de los españoles, no tanto para con la gente común, los hacía reputar por extraños en la Patria, sino también en la ley: este error, platicado en el vulgo (que de su parte de ellos

alguna vez se ayudaba con demostraciones escandalosas), vino á extenderse de tal suerte, que casi todos eran tenidos por herejes y contrarios á la Iglesia. Miraban con estos ojos los catalanes sus demasías, contando como delitos muchas ligerezas y apariencias dignas de desprecio, en que no hubieran reparado los ojos acostumbrados á mirar la desenvoltura de los ejércitos.

57 Había el Santa Coloma dado cuenta por muchas veces al Rey de la turbación de aquella provincia; había significado sus quejas, ofreciendo uno de dos medios para moderarla: eran, ó aliviar los moradores de los alojamientos y contribuciones, á que no se acomodaban y no podían llevar, ó también que las tropas se engrosasen á tal número que los soldados fuesen superiores á los naturales, por que su temor los tuviese obedientes.

58 No dejó de causar novedad en los ministros del Rey Católico el estilo del Santa Coloma: algunos llegaron á presumir que representaba el segundo remedio, porque considerándole extraño é imposible, su dificultad los obligase á usar del primero, que era sin falta el más conforme á su deseo.

59 El Espínola también, al lado del Conde-Duque, le hacía entender que su industria había ya facilitado todas las dudas del país, y que el Santa Coloma las volvía á platicar, por que se conociese que en todas las acciones y finezas del Principado tenía parte. Llevados de este discurso, y siempre con incredulidad de su mayor daño, le respondían sin determinar el

fin de estas cosas; antes con modos y palabras generales, llenas de duda ó artificio, llegaban, cuando mucho, á decirle castigase los culpados sin excepción de dignidad ó fuero; que averiguase los delitos por jueces desapasionados; dejábanle en mayor confusión las respuestas que su misma duda.

60 Entonces los diputados de la provincia, persuadidos de su celo y obligaciones, con acuerdo de los más prácticos en la república, entendieron que por razón de su oficio les tocaba acudir por la generalidad oprimida de diferentes excesos. Ofrecióse por parte del Principado delante el Virrey el diputado militar Francisco de Tamarit, voz de la nobleza catalana; representó las ofensas y opresiones recibidas, pidió el remedio, protestó por los daños comunes, y con brío no desigual al comedimiento, enseñó (como desde lejos) algunas misteriosas razones, que todas se aplicaban á mostrar la gran autoridad de la unión y poder público.

61 Recibióle el Santa Coloma con severidad, respondió gravemente, y poco después aumentó su turbación la segunda embajada de Barcelona; una y otra encaminadas á un mismo fin, fundadas ambas en unas mismas quejas, adornadas con las propias razones y ministradas de un semejante espíritu.

62 Creció con la ocasión su desplacer, y juzgando que si desde los principios no cortaba las raíces á aquella planta de la libertad, que ya temía nacida, podría ser después durísima de arrancar, y cuya sombra causaría abrigo á una miserable sedición en la Patria,

resolvió mandar á la prisión, ejecutándolo luego, al diputado Tamarit, como persona principal en el magistrado, y por la ciudad á Francisco de Vergos y Leonardo Serra, entrambos votos del Consejo de Ciento; y que contra el diputado eclesiástico procediesen los jueces del breve apostólico impetrado á este fin, por que la riguridad usada con los mayores excusase el castigo de los pequeños.

63 Sintiólo interiormente la ciudad, aunque sin voces, que las más veces el silencio suele ser efecto del mayor dolor. Cualquiera guardaba en su ánimo la afrenta de su república, como si él solo fuese el ofendido, proponiendo consigo mismo el desagravio común, que porque le deseaban igual á la injuria, ninguno se determinaba á vengarse por sí solo.

64 Dió el Santa Coloma aviso al Rey de la demostración hecha en Barcelona, y no sin vanidad de lo obrado, decía del silencio en que la ciudad se hallaba á vista de su resolución, y cómo ya ninguno osaría á declararse en favor de la república; que procedía en formar el proceso y averiguar la culpa; que el castigo podría quedar al arbitrio real. Llegó á entender que en esta acción cobraba todo el crédito dudoso al juicio de los otros ministros, que no le podrían argüir flojedad alguna que no satisficiese la deliberación de haber castigado los más poderosos; en fin, esta diligencia, en su ánimo, fué más sacrificada á la lisonja que á la equidad. No dejó de agradecérsela el Rey, ordenándole que unos y otros reos fuesen reducidos á prisión áspera, mientras se pensaba el castigo con-

veniente ó se pasaban al castillo del Perpiñán. Satisfízose su mandamiento, volviendo á renovar entonces la provincia las antiguas llagas de su afrenta; y como desde el corazón se comunica la vida ó la muerte á las más partes del cuerpo, así desde Barcelona, como corazón del Principado, se derivaba el veneno de la injuria por todas sus regiones en cartas y avisos con tanta prontitud, que en breves días el ánimo de todos parecía gobernado de una sola pasión.

65 Estiman los catalanes notablemente sus magistrados, y sobre todos, aquellos que representan la autoridad suprema de la república, como los romanos á sus dictadores: no podían mirar sin lágrimas sus mayores arrastrando los hierros, en que los oprimía la violencia de su señor: lloraban su libertad como perdida, y todos temían el castigo á proporción de su fortuna. Encendíase con cada acción el mortal odio contra la persona del Virrey; entendían que la gracia común lo había subido á la dignidad; cuanto más lo juzgaban obligado, tanto más ingrato les parecía; mirábanle con ceño de parricida, y todo su pensamiento se empleaba en cómo les sería posible arrojar de su gobierno aquel hombre que tan mal había usado de sus aplausos.

66 De este vivísimo deseo de venganza resultaron miserables efectos en toda Cataluña, porque siendo ya común el odio entre naturales y soldados, ninguno buscaba otra razón para dañar al contrario que el ser de éstos ó aquéllos. Llegábase el tiempo de disponer las cosas de la guerra aquel año, y las tropas se co-

menzaban á revolver en sus cuarteles para marchar donde les era señalado; pero los catalanes, que ya pensaban eran públicos sus propósitos, mostraban temerlas como enemigas. De la misma suerte los soldados, sin aguardar otra averiguación más del temor de los naturales, los ofendían y robaban sin piedad alguna.

67 Marchaban las compañías de unos lugares á otros, y salían á recibirlas armados los paisanos, como á gente contraria; en otras partes los agasajaban feamente contra las leyes naturales, y, como en la casa de Thiestes, desde la mesa pasaban á la sepultura: unos pueblos pagaban tal vez la insolencia de otros con incendios, muertes y vituperios; corrían por todo el país ríos de sangre, cuyo movimiento no obedecía á ningún poder ó industria. Bien procuraba el Santa Coloma impedir los excesos, aunque no sabía de todos (esta es la primera calamidad que padecen los males de la república); empero no se hallaba medicina de tan fuerte virtud que templase el poder de la malicia común, y los accidentes llevados de la violencia de otros venían á hacer una sucesión de desastres, como cosa natural é infalible.

68 Hállome ahora obligado á dar alguna noticia de Cataluña (para que mejor se entienda lo que habré de decir después, tocando en sus antigüedades), del natural y costumbres de sus moradores, y otras cosas que pertenecen á mi historia; todo procuraré hacer en cortísima digresión. No ofenda mi brevedad la grandeza de esta provincia, ni mi juicio embarace la

noticia de los más bien informados; bien que yo en procurarlas certísimas, de lo que no vi, he cumplido con mi obligación y quizá con mi deseo.

69 Es Cataluña la provincia más oriental de España, puesta por los romanos en la Citerior, después en la Tarraconense, nombre derivado á su tercera parte de la antigua ciudad de Tarragona, famosa en aquellas edades, y en ésta célebre por sus militares acontecimientos. De los pueblos celtas ó celtíberos fué llamada Celtiberia; pero en siglos más próximos, entre godos y alanos que la ocuparon, mudó el primer nombre, llamándose, de las naciones dominantes, Gotia Alania ó Gocia Alonia, y ahora Catalunia ó Cataluña, obedeciendo á los tiempos en la variedad de los nombres como en la del imperio.

70 Tiene á Levante la Galia, dicha Narbonense, de quien la dividen los Pirineos, famosos montes de Europa que unos denominan de *Pyr*, voz griega que significa fuego, y le fué aplicada por su memorable incendio; otros, de un antiguo rey en España llamado Pyrros. Á Poniente confina con Aragón y parte de Valencia: apártalos en ciertos lugares el río Ebro, pero en otros pasan allende sus aguas algunos pueblos de Cataluña. Por el Septentrión la toca Navarra y el Bearne, y se acaba en el mar Mediterráneo por el lado que mira á Mediodía. Divídese toda la tierra en cinco provincias diferentes, que algunas de ellas tuvieron diferente señorío: las más célebres son Cataluña, de quien habemos dicho; Rosellón, llamado Rhusino; Cerdaña, que es la antigua *Sardonum;* des-

pués Conflent y Ampurdán. Ahora se comprenden todas en el condado de Barcelona, cuyo estado, según las historias, tuvo principio en Ludovico Pío, hijo de Carlo-Magno, año del Señor 814, si bien aquella ciudad, con algunas otras de su dominio, se cuentan entre las dudosas fundaciones de Hércules ó Amílcar Barcino, como otros dicen: juntas sus provincias hacen un Principado, siéndoles común á sus naturales una lengua, un hábito y unas costumbres en que se diferencian poco de los narbonenses ó lenguadoques (1), de quienes se han derivado.

71 Son los catalanes, por la mayor parte, hombres de durísimo natural; sus palabras pocas, á que parece les inclina también su propio lenguaje, cuyas cláusulas y dicciones son brevísimas: en las injurias muestran gran sentimiento, y por eso son inclinados á venganza: estiman mucho su honor y su palabra; no menos su exención, por lo que entre las más naciones de España son amantes de su libertad. La tierra, abundante de asperezas, ayuda y dispone su ánimo vengativo á terribles efectos con pequeña ocasión: el quejoso ó agraviado deja los pueblos y se entra á vivir en los bosques, donde en continuos asaltos fatigan los caminos; otros, sin más ocasión que su propia insolencia, siguen á estotros; éstos y aquéllos se mantienen por la industria de sus insultos. Llaman comúnmente andar en trabajo aquel espacio de tiempo

(1) *Lenguadoque*, natural de la región del Languedoc. Voz que no está en el Diccionario de la Academia.

que gastan en este modo de vivir, como en señal de que le conocen por desconcierto: no es acción entre ellos reputada por afrentosa; antes al ofendido ayudan siempre sus deudos y amigos. Algunos han tenido por cosa política fomentar sus parcialidades por hallarse poderosos en los acontecimientos civiles: con este motivo, han conservado siempre entre sí los dos famosos bandos de Narros y Cadells, no menos celebrados y dañosos á su Patria que los Güelfos y Gibelinos de Milán, los Pafos y Médicis de Florencia, los Beamonteses y Agramonteses de Navarra, y los Gamboínos y Oñasinos de la antigua Vizcaya.

72 Todavía se conservan en Cataluña aquellas diferentes voces, bien que espantosamente unidas y conformes en el fin de su defensa: cosa asaz digna de notar, que siendo ellos entre sí tan varios en las opiniones y sentimiento, se hayan ajustado de tal suerte en un propósito, que jamás esta diversidad y antigua contienda les dió ocasión de dividirse; buen ejemplo para enseñar ó confundir el orgullo y disparidad de otras naciones en aquellas obras cuyo acierto pende de la unión de los ánimos.

73 Habitan los quejosos por los boscajes y espesuras, y entre sus cuadrillas hay uno que gobierna, á quien obedecen los demás. Ya de este pernicioso mando han salido para mejores empleos Roque Guinart, Pedraza y algunos famosos capitanes de bandoleros, y últimamente, Don Pedro de Santa Cicilia (1) y Paz,

---

(1) En la edición de 1808, *Santa Cilia.*

caballero de nación mallorquín, hombre cuya vida hicieron notable en Europa las muertes de trescientas y veinticinco personas, que por sus manos ó industria hizo morir violentamente, caminando veinticinco años tras la venganza de la injusta muerte de un hermano. Ocúpase estos tiempos Don Pedro sirviendo al Rey Católico en honrados puestos de la guerra, en que ahora le da al mundo satisfacción del escándalo pasado.

74 Es el hábito común acomodado á su ejercicio; acompáñanse siempre de arcabuces cortos llamados pedreñales, colgados de una ancha faja de cuero que dicen charpa, atravesada desde el hombro al lado opuesto. Los más desprecian las espadas como cosa embarazosa á sus caminos; tampoco se acomodan á sombreros, mas en su lugar usan bonetes de estambre listados de diferentes colores, cosa que algunas veces traen como para señal, diferenciándose unos de otros por las listas; visten larguísimas capas de jerga blanca, resistiendo gallardamente al trabajo, con que se reparan y disimulan; sus calzados son de cáñamo tejido, á que llaman sendallas; usan poco el vino, y con agua sola, de que se acompañan, guardada en vasos rústicos, y algunos panes ásperos que se llevan, siempre pasados del cordel con que se ciñen, caminan y se mantienen los muchos días que gastan sin acudir á los pueblos.

75 Los labradores y gente del campo, á quien su ejercicio en todas provincias ha hecho llanos y pacíficos, también son oprimidos de esta costumbre; de tal

suerte que unos y otros todos viven ocasionados á la venganza y discordia por su natural, por su habitación y por el ejemplo. El uso antiguo facilitó tanto el escándalo común, que templando el rigor de la justicia, ó por menos atenta ó por menos poderosa, tácitamente permite su entrada y conservación en los lugares comarcanos, donde ya los reciben como vecinos.

76 No por esto se debe entender que toda la provincia y sus moradores vivan pobres, sueltos y sin policía; antes por el contrario, es la tierra, principalmente en las llanuras, abundantísima de toda suerte de frutos, en cuya fertilidad compite con la gruesa Andalucía, y vence cualquiera otra de las provincias de España: ennoblécenla muchas ciudades, algunas famosas en antigüedad y lustre: tiene gran número de villas y lugares, algunos buenos puertos y plazas fuertes: su cabeza y corte, Barcelona, está llena de nobleza, letras, ingenios y hermosura; y esto mismo se reparte, con más que medianía, á los otros lugares del Principado. Fabricó la piedad de sus príncipes, señalados en la religión, famosos templos consagrados á Dios. Entre ellos luce, como el sol entre las estrellas, el santuario de Monserrate, célebre en todas las memorias cristianas del universo. Reconocen el valor de sus naturales las historias antiguas y modernas en el Asia y Europa: ¿África también no se lo confiesa? Es, en fin, Cataluña y los catalanes una de las provincias y gentes de más primor, reputación y estima que se halla en la grande congregación de

estados y reinos de que se formó la monarquía española.

77 Andaba en este tiempo más viva que nunca en el Principado la plática de las cosas públicas, que cada uno encaminaba según su intención ó noticia; aunque generalmente la cólera de los naturales, persuadidos de su efecto, daba poco lugar á distinguir la razón del antojo. Habían los casos presentes sacado muchos hombres de sus casas, algunos ofendidos y otros temerosos; vivían éstos retirados, según su costumbre y continuo deseo de inquietud y venganza; engrosábase cada día con esta gente el número de los que infestaban la campaña, de suerte que su fuerza y atrevimiento era bastante á poner en cuidado cualquiera de los pueblos pacíficos; empero ellos, esperando la ocasión favorable que ya les traía el tiempo, se disimulaban más de lo que se comedían.

78 Crecía con las ocasiones la furia del pueblo, hasta que en 12 de mayo rompió tumultuosamente las cárceles, sacando al diputado militar y otros oficiales del común de la prisión pública, de que avisados los más acudieron al remedio de mayor daño sin artificiosa diligencia: los inquietos, como triunfantes, amenazaban las casas de Santa Coloma y marqués de Villafranca; fué como proemio aquel día á la obra que ya determinaban. Habíanse retirado los dos á la Tarazana, donde, asistidos de los conselleres y algunos caballeros, salieron libres, excusando aquella vez el peligro á la injuria.

79 Había entrado el mes de junio, en el cual, por uso

antiguo de la provincia, acostumbran bajar de toda la montaña hacia Barcelona muchos segadores, la mayor parte hombres disolutos y atrevidos que lo más del año viven desordenadamente, sin casa, oficio ó habitación cierta: causan de ordinario movimientos é inquietud en los lugares donde los reciben; pero la necesidad precisa de su trato parece no consiente que se les prohiba: temían las personas de buen ánimo su llegada, juzgando que las materias presentes podrían dar ocasión á su atrevimiento en perjuicio del sosiego público.

80 Entraban comúnmente los segadores en vísperas del Corpus, y se habían anticipado aquel año algunos: también su multitud, superior á los pasados, daba más que pensar á los cuerdos, y con mayor cuidado por las observaciones que se hacían de sus ruines pensamientos.

81 El de Santa Coloma, avisado de esta novedad, procuró, previniéndola, estorbar el daño que ya antevía: comunicólo á la ciudad, diciendo le parecía conveniente á su devoción y festividad que los segadores fuesen detenidos, por que con su número no tomase algún mal propósito el pueblo, que ya andaba inquieto; pero los conselleres de Barcelona (así llaman los ministros de su magistrado; consta de cinco personas), que casi se lisonjeaban de la libertad del pueblo, juzgando de su estruendo habría de ser la voz que más constante votase el remedio de su república, se excusaron con que los segadores eran hombres llanos y necesarios al manejo de las cosechas; que el cerrar

las puertas de la ciudad causaría mayor turbación y tristeza; que quizá su multitud no se acomodaría á obedecer la simple orden de un pregón. Intentaban con esto poner espanto al Virrey para que se templase en la dureza con que procedía; por otra parte, deseaban justificar su intención para cualquier suceso.

82 Pero el Santa Coloma ya imperiosamente les mostró con claridad la peligrosa confusión que los aguardaba en recibir tales hombres; empero volvió el magistrado por segunda respuesta que ellos no se atrevían á mostrar á sus naturales tal desconfianza; que reconocían parte de los efectos de aquel recelo; que mandaban armar algunas compañías de la ciudad por tenerla sosegada; que donde su flaqueza no alcanzase, supliese la gran autoridad de su oficio, pues á su poder tocaba hacer ejecutar los remedios que ellos sólo podían pensar y ofrecer. Estas razones detuvieron al Conde, no juzgando por conveniente rogarles con lo que no podía hacerles obedecer; ó también porque ellos no entendiesen eran tan poderosos, que su peligro ó su remedio podía estar en sus manos.

83 Amaneció el día en que la Iglesia Católica celebra la institución del Santísimo Sacramento del altar; fué aquel año el 7 de junio: continuóse por toda la mañana la temida entrada de los segadores; afirman que hasta dos mil, que con los anticipados hacían más de dos mil y quinientos hombres, algunos de conocido escándalo: dícese que muchos, á la prevención y armas ordinarias, añadieron aquella vez otras, como

que advertidamente fuesen venidos para algún hecho grande.

84 Entraban y discurrían por la ciudad; no había por todas sus calles y plazas sino corrillos y conversaciones de vecinos y segadores; en todos se discurría sobre los negocios entre el Rey y la provincia, sobre la violencia del Virrey, sobre la prisión del diputado y consejeros, sobre los intentos de Castilla, y últimamente, sobre la libertad de los soldados: después, ya encendidos de su enojo, paseaban llenos de silencio por las plazas, y el furor oprimido de la duda forcejaba por salir asomándose á los efectos, que todos se reconocían rabiosos é impacientes: si topaban algún castellano, sin respetar su hábito ó puesto, lo miraban con mofa y descortesía, deseando incitarlos al ruido; no había demostración que no prometiese un miserable suceso.

85 Asistían á este tiempo en Barcelona, esperando la nueva campaña, muchos capitanes y oficiales del ejército y otros ministros del Rey Católico, que la guerra de Francia había llamado á Cataluña; era común el desplacer con que los naturales los trataban. Los que eran más servidores del Rey, atentos á los sucesos antecedentes, medían sus pasos y divertimientos, y entre todos se hallaba como ociosa la libertad de la soldadesca. Habían sucedido algunos casos de escándalo y afrenta contra personas de gran puesto y calidad, que la sombra de la noche ó el temor había cubierto; eran, en fin, frecuentísimas las señales de su rompimiento. Algunos patrones hubo que, compa-

decidos de la inocencia de los huéspedes, los aconsejaban mucho de antes se retirasen á Castilla; tal hubo también que, rabioso con pequeña ocasión, amenazaba á otro con el esperado día del desagravio público.

86 Este conocimiento incitó á muchos, bien que su calidad y oficio les obligase á la compañía del Conde, á que se fingiesen enfermos é imposibilitados de seguirle; algunos, despreciando ó ignorando el riesgo, le buscaron.

87 Era ya constante en todas partes el alboroto; los naturales y forasteros corrían desordenadamente; los castellanos, amedrentados del furor público, se escondían en lugares olvidados y torpes; otros se confiaban á la fidelidad, pocas veces incorrupta, de algunos moradores, tal con la piedad, tal con la industria, tal con el oro. Acudió la justicia á estorbar las primeras revoluciones, procurando reconocer y prender algunos de los autores del tumulto; esta diligencia, á pocos agradable, irritó y dió nuevo aliento á su furor, como acontece que el rocío de poca agua enciende más la llama en la hornalla (1).

88 Señalábase entre todos los sediciosos uno de los segadores, hombre facineroso y terrible, al cual queriendo prender por haberle conocido un ministro inferior de la justicia, hechura y oficial del Monredón (de quien hemos dicho), resultó desta contienda ruido entre los dos: quedó herido el segador, á quien

(1) *Hornalla* no está en el Diccionario de la Academia. En la edición de 1808, *hornaza.*

ya socorría gran parte de los suyos. Esforzábase más y más uno y otro partido, empero siempre ventajoso el de los segadores. Entonces, algunos de los soldados de milicia que guardaban el palacio del Virrey, tiraron hacia el tumulto, dando á todos más ocasión que remedio. Á este tiempo rompían furiosamente en gritos: unos pedían venganzas; otros, más ambiciosos, apellidaban la libertad de la Patria; aquí se oía: «¡Viva Cataluña y los catalanes!»; allí otros clamaban: «¡Muera el mal gobierno de Felipe!» Formidables resonaron la primera vez estas cláusulas en los recatados oídos de los prudentes; casi todos los que no las ministraban las oían con temor, y los más no quisieran haberlas oído. La duda, el espanto, el peligro, la confusión, todo era uno; para todo había su acción, y en cada cual cabían tan diferentes efectos; sólo los ministros reales y los de la guerra lo esperaban, iguales en el celo. Todos aguardaban por instantes la muerte (el vulgo, furioso, pocas veces para sino en sangre); muchos, sin contener su enojo, servían de pregón al furor de otros; éste gritaba cuando aquél hería, y éste, con las voces de aquél, se enfurecía de nuevo. Infamaban los españoles con enormísimos nombres, buscábanlos con ansia y cuidado, y el que descubría y mataba, ése era tenido por valiente, fiel y dichoso.

89 Las milicias armadas con pretexto de sosiego, ó fuese orden del Conde, ó sólo de la ciudad, siempre encaminada á la quietud, los mismos que en ellas debían servir á la paz, ministraban el tumulto.

90 Porfiaban otras bandas de segadores, esforzados ya de muchos naturales, en ceñir su (1) casa del Santa Coloma: entonces, los diputados de la General, con los conselleres de la ciudad, acudieron á su palacio; diligencia que más ayudó la confusión del Conde, de lo que pudo socorrérsela: allí se puso en plática saliese de Barcelona con toda brevedad, porque las cosas no estaban ya de suerte que accidentalmente pudiesen remediarse: facilitábanle con el ejemplo de Don Hugo de Moncada en Palermo, que por no perder la ciudad la dejó, pasándose á Mesina. Dos galeras genovesas en el muelle, daban todavía esperanza de salvación. Escuchábalo el Santa Coloma, pero con ánimo tan turbado, que el juicio ya no alcanzaba á distinguir el yerro del acierto. Cobróse, y resolvió despedir de su presencia casi todos los que le acompañaban, ó fuese que no se atrevió á decirles de otra suerte que escapasen las vidas, ó que no quiso hallarse con tantos testigos á la ejecución de su retirada. En fin, se excusó á los que le aconsejaban su remedio, con peligro, no sólo de Barcelona, sino de toda la provincia: juzgaba la partida indecente á su dignidad; ofrecía en su corazón la vida por el real decoro: de esta suerte, firme en no desamparar su mando, se dispuso á aguardar todos los trances de su fortuna.

91 Del ánimo del magistrado no haremos discurso en esta acción, porque ahora el temor, ahora el artificio,

---

(1) En la edición de 1808, *la casa.*

le hacían que ya obrase conforme á la razón, ya que disimulase según la conveniencia. Afírmase, por sin duda, que ellos jamás llegaron á pensar tanto del vulgo, habiendo mirado apaciblemente sus primeras demostraciones.

92 No cesaba el miserable Virrey en su oficio, como el que con el remo en la mano piensa que por su trabajo ha de llegar al puerto; miraba, y revolvía en su imaginación los daños y procuraba su remedio: aquel último esfuerzo de su actividad estaba enseñando ser el fin de sus acciones.

93 Recogido á su aposento, escribía y ordenaba; pero ni sus papeles ni sus voces hallaban reconocimiento ú obediencia. Los ministros reales deseaban que su nombre fuese olvidado de todos; no podían servir en nada: los provinciales, ni querían mandar; menos obedecer.

94 Intentó por última diligencia satisfacer su queja al pueblo, dejando en su mano el remedio de las cosas públicas, que ellos ya no agradecían, porque ninguno se obliga ni quiere deber á otro lo que se puede obrar por sí mismo; empero ni para justificarse pudo hallar forma de hacer notoria su voluntad á los inquietos, porque las revoluciones interiores, á imitación del cuerpo humano, habían de tal suerte desconcertado los órganos de la república, que ya ningún miembro de ella acudía á su movimiento y oficio.

95 Á vista de este desengaño, se dejó vencer de la consideración y deseo de salvar la vida, reconociendo últimamente lo poco que podía servir á la ciudad su

asistencia, pues antes el dejarla se encaminaba á la lisonja ó á remedio acomodado á su furor. Intentólo, pero ya no le fué posible, porque los que ocupaban la Tarazana y baluarte del mar, á cañonazos habían hecho apartar la una galera, y no menos, porque para salir á buscarla á la marina, era fuerza pasar descubierto á las bocas de sus arcabuces. Volvióse seguido ya de pocos, á tiempo que los sediciosos, á fuerza de armas, atropellaban las puertas: los que las defendían, entendiendo la causa del tumulto, unos les seguían, otros no lo estorbaban.

96 Á este tiempo vagaba por la ciudad un confusísimo rumor de armas y voces; cada casa representaba un espectáculo; muchas se ardían, muchas se arruinaban, á todas se perdía el respeto y se atrevía la furia; olvidábase el sagrado de los templos; la clausura é inmunidad de las religiones fué patente al atrevimiento de los homicidas; hallábanse hombres despedazados sin examinar otra culpa que su nación; aun los naturales eran oprimidos por crimen de traidores: así infamaban aquel día á la piedad, si alguno abría sus puertas al afligido ó las cerraba al furioso. Fueron rotas las cárceles, cobrando no sólo libertad, mas autoridad los delincuentes.

97 Había el Conde ya reconocido su postrer riesgo, oyendo las voces de los que le buscaban pidiendo su vida; y depuestas entonces las obligaciones de grande, se dejó llevar fácilmente de los afectos de hombre: procuró todos los medios de salvación, y volvió á proseguir en el primer intento de embarcarse; salió

segunda vez á la lengua del agua, empero como el aprieto fuese grande y mayor el peso de las aflicciones, mandó se adelantase su hijo con pocos que le seguían, por que llegando al esquife de la galera, que no sin gran peligro los aguardaba, hiciese como lo esperase también; no quiso aventurar la vida del hijo, porque no confiaba tanto de su fortuna. Adelantóse el mozo, y alcanzando la embarcación, no le fué posible detenerla (tanta era la furia con que procuraban desde la ciudad su ruina): navegó la galera, que le aguardaba fuera de la batería. Quedóse el Conde mirándola con lágrimas, disculpables en un hombre que se veía desamparado á un tiempo del hijo y de las esperanzas; pero ya cierto de su perdición, volvió con vagarosos pasos por la orilla opuesta á las peñas que llaman de San Beltrán, camino de Monjuich.

98 Á esta sazón, entrada su casa y pública su ausencia, le buscaban rabiosamente por todas partes, como si su muerte fuese la corona de aquella victoria; todos sus pasos reconocían los de la Tarazana: los muchos ojos que lo miraban caminando como verdaderamente á la muerte, hicieron que no pudiese ocultarse á los que le seguían. Era grande la calor del día, superior la congoja, seguro el peligro, viva la imaginación de su afrenta; estaba sobre todo firmada la sentencia en el tribunal infalible: cayó en tierra cubierto (1) de un mortal desmayo, donde, siendo

---

(1) Acepción figurada del verbo *cubrir,* que no está en el Diccionario de la Academia.

hallado por algunos de los que furiosamente le buscaban, fué muerto de cinco heridas en el pecho.

99 Así acabó su vida Don Dalmau de Queralt, conde de Santa Coloma, dándole famoso desengaño á la ambición y soberbia de los humanos, pues aquel mismo hombre, en aquella región misma, casi en un tiempo propio, una vez sirvió de envidia, otra de lástima. ¡Oh grandes, que os parece nacisteis naturales al imperio! ¿Qué importa, si no dura más de la vida, y siempre la violencia del mando os arrastra tempranamente al precipicio? (1).

100 No paró aquí la revolución; porque, como no tenía fin determinado, no sabían hasta dónde era menester que llegase la fiereza. Las casas de todos los ministros y jueces reales fueron dadas á saco, como si en porfiadísimo asalto fueran ganadas á enemigos. Empleóse más el furor en el aposento de Don García de Toledo, marqués de Villafranca, general de las galeras de España, que algunos días antes había dejado aquel puerto: tenían largas noticias del Marqués por la asistencia que hacía en la ciudad; aborrecían entrañablemente su despejo y exquisito natural: pagaron entonces las vidas de sus inocentes criados el odio concebido contra el señor. Aquí sucedio un caso ex-

---

(1) De esta jornada, conocida en la historia por el *Corpus de Sangre*, y de la muerte de Santa Coloma, dan más pormenores la *Crónica* de Miguel Paret, publicada en el *Memorial Histórico Español*, y los *Anals Consulars*, Ms. que se guarda en el Archivo de la Corona de Aragón.

traño asaz, en beneficio de la templanza: toparon los que desvalijaban la casa, entre sus alhajas, un reloj de raro artificio, que, ayudándose del movimiento de sus ruedas (encerradas en el cuerpo de un ximio, cuya figura representaba), fingía algunos ademanes de vivo, revolviendo los ojos y doblando las manos ingeniosamente. Admirábase la multitud en tal novedad, ciega dos veces del furor y de la ignorancia; y creyendo ser aquella alguna invención diabólica, deseosos de que todos participasen de su propia admiración, clavaron el reloj en la punta de una pica; así, discurriendo por toda la ciudad, le enseñaban al pueblo, que le miraba y seguía igualmente lleno de asombro y rabia: de esta suerte caminaron á la Inquisición y le entregaron á sus ministros, acusando todos á voces el encanto de su dueño; ellos, bien que reconocidos del abuso vulgar que los movía, temerosos de su desorden, convinieron en su sentimiento prometiendo de averiguar el caso y castigarle como fuese justo.

101 La gente que llevó tras sí esta novedad, y el tiempo que se gastó en seguirla, alivió mucho el tumulto: por otra parte, se empleaban otros en acompañar y aclamar de nuevo al diputado Tamarit y conselleres, que recibiendo del vulgo el aplauso como la libertad poco antes, discurrían por las plazas llevados en hombros de la plebe: ocupó este ejercicio gran parte del día, mas no por eso le faltaban al tumulto voces, manos, armas y delitos.

102 El convento de San Francisco, casa en Barcelona

de suma reverencia, ofrecía con su autoridad y devoción inviolable sagrado á los temerosos: acudieron muchos á buscarle; esto mismo dió motivo de crecer el ardor de los inquietos. Hicieron los religiosos algunas diligencias más constantes de lo que permitía su profesión, bien que cortísimas para resistir las fuerzas contrarias: pretendieron quemar las puertas, y venciéndolas en fin, entraron espantosamente; fueron en un instante hallados y muertos con terrible inhumanidad casi todos los que se habían retirado, y entre ellos algunos hombres de gran calidad y puesto: éstos son los que podríamos llamar dichosos, acabando en la casa de Dios y á los pies de sus ministros. Tal hubo que pidiendo entrañablemente confesión, se la concedieron; pero luego, impaciente el contrario, salpicó de inocente y miserable sangre los oídos del que en lugar de Dios le escuchaba; otros, medio muertos por las calles, acababan sin el refugio de los sacramentos: alguno pudo contar infinitos homicidas, pues comenzándole á herir uno, era después lastimoso despojo al furor de los que pasaban: á otro embestían en un instante innumerables riesgos; llegando juntas muchas espadas, no se podría determinar á qué mano debía la muerte; ella tampoco, como á los demás hombres, los aseguraba de otras desdichas. Muchos después de muertos fueron arrastrados, sus cuerpos divididos, sirviendo de juego y risa aquel humano horror que la Naturaleza religiosamente dejó por freno de nuestras demasías: la crueldad era deleite, la muerte entretenimiento: á uno arrancaban la

cabeza, ya cadáver, le sacaban los ojos, cortaban la lengua y narices; luego, arrojándola de unas en otras manos, dejando en todas sangre y en ninguna lástima, les servía como de fácil pelota: tal hubo que topando el cuerpo casi despedazado, le cortó aquellas partes cuyo nombre ignora la modestia, y acomodándolas en el sombrero hizo que le sirviesen de torpísimo y escandaloso adorno.

103 Todo aquel día poseyó el delito repartido en enormes accidentes, de que cansados ya los mismos instrumentos del desorden, pararon en ella, ó también porque con la noche temieron de los mismos que ofendían, y aun de sí propios.

104 Éstos son aquellos hombres (caso digno de gran ponderación) que fueron tan famosos y temidos en el mundo, los que avasallaron príncipes, los que dominaron naciones, los que conquistaron provincias, los que dieron leyes á la mayor parte de Europa, los que reconoció por señores todo el Nuevo Mundo. Éstos son los mismos castellanos, hijos, herederos y descendientes de estotros, y éstos son aquellos que por oculta providencia de Dios son ahora tratados de tal suerte dentro de su misma Patria por manos de hombres viles, en cuya memoria puede tomar ejemplo la nación más soberbia y triunfante. Y nosotros, viéndoles en tal estado, podremos advertir que el Cielo, ofendido de sus excesos, ordenó que ellos mismos diesen ocasión á su castigo, convirtiéndose con facilidad el escándalo en escarmiento.

105 Al otro día, atemorizada la ciudad del rumor pa-

sado, y manchada de sangre de tantos inocentes, amaneció como turbada é interiormente llena de pesar y espanto. Hizo celebrar sus funerales por el Conde muerto, llena de tristísimos lutos en demostración de su viudez, y en pregones y edictos públicos ofreció premios considerables al que descubriese el homicida.

106 Dió luego la Diputación cuenta al Rey Católico de lo sucedido el día del Corpus: disculpaba los ministros provinciales; dejaba toda la ocasión á la parte del Virrey, cuya inconsiderada entereza á los principios había revuelto los ánimos de los atrevidos; hablaban templadamente del alboroto y con gran exageración de su sentimiento negaban la violencia en la muerte del Conde; antes, acomodándolo á accidente natural, se quejaban del temor que le trajo á aquellos términos; en fin, llenos de lágrimas, más pedían el consuelo que el remedio; y entretanto proseguían en sus averiguaciones, por excusarse, si les fuese posible, del escándalo que un tal suceso podía haber dado en el mundo.

FIN DEL PRIMER LIBRO

LIBRO SEGUNDO

Tortosa sigue la inquietud de la provincia. — Gobierno del Cardona. — Sus acciones y muerte. — Junta el Arce las armas reales. — Su camino. — Asalto de Perpiñán. — Obispo de Barcelona, nuevo virrey. — La Diputación envía embajada al Rey Católico. — Efectos de ella. — Previene el Conde-Duque gran junta cerca de los negocios del Principado. — Sus proposiciones y pareceres. — Resuélvese la guerra.

1 Pública la revolución de Barcelona por todo el Principado, estimuló terriblemente los ánimos de sus moradores á imitarle, juzgándose por mejor natural aquel que con más libertad perturbase su república: esta pasión, aunque apoderada de todos, como sucesiva á la queja, tuvo particularmente su fuerza en aquellos pueblos donde se hallaba alojado parte del ejército católico, que, como más ocasionados, eran los más expuestos á la contienda y sinrazón de los huéspedes. Lérida, Balaguer y Gerona, todas ciudades principales, y otras villas, continuaron duramente el tumulto comenzado antes de la muerte del Conde; aunque también en algunas con poca más causa que el despecho é interior contrariedad entre las dos naciones, eran los miserables castellanos asaltados, arrojados y perseguidos de todas partes, de todas personas y á todos tiempos; ni la campaña ni la soledad los aseguraba, antes allí parecía mayor el riesgo.

2 Ocupaban entonces el castillo de la ciudad de Tortosa, última población de Cataluña, puesta sobre el Ebro, fronteriza al reino de Valencia, tres mil soldados bisoños y desarmados á cargo de Don Luis de Monsuar, baile general del Principado (es allá baile como recibidor y administrador de todo lo tocante al Rey), y era Don Luis uno de los hombres que verdaderamente amaban el servicio de su príncipe. Fué avisado prontamente de los movimientos que la ciudad prevenía; trató de recoger consigo al castillo algunas municiones y bastimentos que hasta entonces confiadamente se estaban esparcidos por todo el lugar; intentólo con artificio, pretendiendo manejarlos aquella noche, para lo que le ayudaba mucho un caballero natural de la misma ciudad, de apellido Oliveros, en extremo aficionado al partido del Rey; empero siendo descubierta su intención, acudió el pueblo á pedirle se detuviese en aquella diligencia.

3 Deseaba el Monsuar apoderarse de las municiones y pertrechos de guerra, porque hallándose con tres mil infantes, que con ellos podría armar, no dudaba hacerse dueño de la ciudad y mantenerla á devoción del Rey Católico contra todo el Principado, esperando ser por instantes socorridos de Aragón y Valencia. Excusóse con buenas razones á la demanda del vulgo, que ya impaciente de la duda, con súbito motín había revuelto los ciudadanos: fueron de improviso asaltados los soldados inocentes sin armas ni intentos (hasta entonces ignoraban la determinación del Monsuar); salvólos su inocencia, y recibiendo la

vida y la libertad de mano de los sediciosos, fueron enviados á diferentes partes, habiendo jurado primero no volver á Cataluña, con pena de la vida. Empleóse toda la furia contra el baile y veedor general que allí asistía, por nombre Don Pedro de Velasco, que topando una grande cuadrilla de los inquietos, fué muerto y despedazado.

4 Al tumulto de la ciudad acudieron piadosamente los párrocos y cabildo, sacando de cada iglesia en procesión el Santísimo Sacramento, cuya sacrosanta presencia templó milagrosamente el furor, que amenazaba grandes daños en vidas, honras y haciendas. Muchos hombres, perseguidos de la plebe, corrían y se escapaban asidos de las varas del palio; otros, cubiertos de las mismas ropas de los sacerdotes; entre todos fué señaladamente dichoso el Monsuar, de quien más que de ninguno deseaban venganza: escapóse siendo embestido de muchos, y topando al Señor, se echó á los pies del ministro; hasta aquel lugar violaron las espadas, y fué defendido con la propia custodia; reconoció la muerte al Autor de la vida, y detúvose, abriendo los ojos la misma ceguedad: en esta forma, siempre cubierto de la casulla sacerdotal, bien que siempre perseguido é infamado del pueblo, llegó á la iglesia y escapó la vida, prosiguiéndose el tumulto hasta otros excesos.

5 No se oía á este tiempo por toda Cataluña y sus pueblos más que los temerosos *vías foras* (usan de este modo de decir los catalanes en sus furiosos concursos, que suena en romance *sal de aquí*). Á la señal

de esta voz eran los soldados católicos embestidos terriblemente en sus cuarteles de todo el villanaje comarcano, que el ejemplo de Barcelona concitaba contra los reales: su descuido aumentó en gran parte la fuerza de los contrarios; alguno podía temer, pero los más confiaban: el primer aviso fué el daño (hablo de los lugares antes pacíficos); muchos hombres murieron lastimosamente, suelta ya é incorregible la crueldad de los rústicos.

6 Alojaban los tercios del marqués de Mortara, Juan de Arce, Don Diego Caballero, Don Leonardo Moles y el de Módena en los lugares del Ampurdán y la Selva, antes de la muerte del conde de Santa Coloma; y ausente el de Mortara, era el más antiguo el Arce, gobernador del regimiento de la guardia del Rey, por cuya prerrogativa superentendía á los otros: su tercio, como el más favorecido, el más soberbio, y de eso el más insolente, ejecutaba los mayores escándalos. Era el Arce hombre industrioso y severo, hermano de ministro acreditado, corto de razones, estimado por virtuoso y entero; obraba como quien no temía, disimulando la libertad de los soldados para con los paisanos, en descuento (1) de que le fuesen obedientes al manejo militar.

7 Siendo el más aborrecido, fué el que primero experimentó el furor de los contrarios; así, anticipándose al peligro, se retiró á un convento dos leguas de la villa de Olot, alojamiento del Mortara, con quien

(1) Véase la nota de la página 4.

pretendió juntarse; fortificóse como le fué posible, acudió á su socorro parte del otro regimiento, y pudo defenderse: llegaban los paisanos á número de tres mil, con cuyas bandas, llenas más de osadía que orden, fué escaramuzando hacia las puertas de Gerona, ciudad famosa, dicha de los antiguos Geranda, donde se le juntaron los otros tercios, con los cuales se hizo grueso de cuatro mil infantes.

8 Eran las doce de la noche cuando las primeras compañías de los católicos se descubrieron junto á las puertas de la ciudad, que, estremecida con el suceso, y aún más temerosa quizá de sus pensamientos, tocó al arma; acudió todo el pueblo, fué fácil la resistencia después de una grande confusión. El Arce, en medio de estas demostraciones, no se afirmaba en el modo de haberse con los naturales (esta duda oprimía á cuantos gobernaban las armas del Rey); de todo y en todo consideraba el daño; peligroso estado para el que es fuerza resolverse, cuando ni la ira, ni la paciencia, ni la moderación, aseguran el fin de las acciones.

9 Dejaron á Gerona, no sin desorden y muerte de dos capitanes, y siendo avisados por un castellano de que en el pan se trataba de administrarles veneno, tomaron el camino de San Felíu por el lugar de Caldas, donde recibiendo más infantería, crecía con su número su miseria de San Felíu á Blanes; pero los villanos (así suelen llamar la gente de guerra á la del campo), por no perder diligencia encaminada á la ruina, se emboscaron entre San Felíu y Blanes poco

más de doscientos tiradores, que á su tiempo asaltaron las tropas católicas: duró la escaramuza algún espacio, y fueron rotos los naturales, pero sin daño considerable.

10 Mientras los tercios se movían, como habemos dicho, parte de la caballería acuartelada más á los confines de Aragón, á cargo de Felipe Filangieri, caballero napolitano, pudo salvarse con facilidad, dejando de noche improvisamente sus cuarteles, y entrándose en aquel reino, donde sus tropas fueron bien acogidas, juzgándolas ya iguales en la pérdida á las otras.

11 Gobernaba Don Fernando Cherinos de la Cueva, con título de comisario general, más de otros cuatrocientos caballos andaluces y extremeños que había conducido á Cataluña: era su alojamiento en Blanes; llegó primero á experimentar parte de los movimientos del Principado; trató de recogerse luego, y caminando á la ciudad, aquella misma diligencia que pudiera salvarle, vino á servir de su mayor daño: reconocían los lugares su poder y orden, y juzgando diferentemente de sus designios, entendieron pretendía vengar los rumores de Barcelona: juntáronse por toda la campaña algunas bandas copiosas de gente suelta, tomaron los montes por donde había de hacer sus marchas, y en las angosturas de los valles bajaban á ofenderle. El Cherinos, hombre naturalmente inexperto, no supo acomodarse á la defensa: recibía el daño como de enemigos, y no acababa de ofenderlos como contrarios; entretúvolos algunos días; no se atrevió á romper, ó no pudo cuando se determinó,

porque los catalanes, más resolutos (1), aprovechándose de la duda, cargaron impensadamente sobre sus tropas, y degollando la mayor parte de ellas, se hicieron dueños de sus caballos y armas, escapándose pocos de la prisión ó de la muerte. Fué esta pérdida de grande consideración á las armas católicas, y la primera suerte del Principado.

12 El Arce y Moles, á quienes cada día llegaban nuevas de las ruinas de sus compañeros, no les pareció conveniente ni segura la asistencia de Blanes: deseaban acercarse á Rosellón; pusiéronlo en efecto; pero los soldados, que se olvidaban ya del agasajo de la villa, acordándose sólo de lo que oían de los otros, dieron saco al arrabal y talaron la campaña: no los siguieron los catalanes, aunque pudieron; con lo cual ellos, cobrando nuevo orgullo en su detención, abrasaron á Montiró y Palafrugell, lugares de su camino: los mismos daños recibió Rosas en su término, Aro, Calonge y Castelló de Ampurias en casas, árboles y frutos.

13 Cogían los soldados algunos paisanos, y los presentaban al Arce, que mostrando compadecerse de verlos, lo decía con tales razones, que ellos, interpretando su indignación primero que su piedad, cuando después topaban otros los ahorcaban ó mataban á puñaladas, dando por excusa de su inhumanidad que aquello quería decirles su gobernador, mandándoles que no se los trajesen delante: tal era el furor de unos

---

(1) En la edición de 1808, *resueltos*.

y otros; tan pequeña causa bastaba para la mayor desdicha.

14 De esta suerte, en brevísimos días se fué enflaqueciendo el poder y reputación de las armas del Rey en toda la provincia: aquellos sucesos, apacibles á su libertad, consecutivamente iban aficionando los ánimos de algunos que no rehusaban la sedición más de por el daño que temían: al mismo paso se aumentaba el descuello de los inquietos. Tanto poder tienen los buenos ó malos acontecimientos en las acciones humanas, que de ordinario parece que mudan el valor ó la naturaleza, mudando el fin.

15 Llegó la nueva de la muerte del conde de Santa Coloma y otros movimientos á la Corte en 12 de junio: fueron oídos todos con lástima y confusión; amenazaba el negocio todo el sosiego público; incluía terribles consecuencias; juzgábanse los catalanes por hombres dispuestos á su precipicio; la guerra dentro en España se reputaba por el más siniestro accidente de la monarquía: decían que con esto no se comparaba nada de lo pasado; que no podría suceder caso alguno digno de que por él se perturbase la paz natural que España gozaba consigo, envidiada de otras naciones; que los catalanes, habiendo roto la piedra de su escándalo, ya no les faltaba que hacer más que negociar el perdón, y que éste no se les debía dificultar mucho, por no llevarles á mayores desesperaciones. Otros decían que la Majestad ofendida pedía vivamente un castigo ejemplar; que si los príncipes no volviesen por las injurias hechas á sus ministros,

no podrían vestir su misma púrpura sin zozobra; que aquel que disimula un gran maleficio en la república, parece que da consentimiento para otros mayores; que si los reyes hubiesen de contemporizar con los malos, ¿de qué suerte habían de coronarse de justicia?, ó que si sola ella era para los pequeños errores, entonces ¿cómo podrían ser buenos los poderosos?

16 Todavía los ministros superiores, donde la consideración se debe hallar más atenta, no desdeñaban el sufrimiento, dando lugar á que los malcontentos volviesen en sí: mostraban ignorar lo más sensible de los sucesos, por que la piedad no pareciese indigna aun á los mismos perdonados; sentían cuánto la industria suele ser más oficiosa que la fuerza, que ésta no se contradice en esotra. Hércules venció á Anteo más con alzarle de la tierra que con apretarle en sus brazos: allí obedeció al arte el poder.

17 Habían los catalanes ya desde los principios de sus movimientos enviado á la Corte á fray Bernardino de Manlléu, religioso descalzo, persona entre ellos de señalada virtud y reverencia: presentaron por sus manos un memorial é informaron de sus cosas al Rey y al valido, donde con razones (escritas de alguna pluma menos cuerda de lo que el caso pedía) representaban sus quejas de tal suerte que más ofendían la claridad de su justicia que la explicaban: informaban por la relación de varios casos de algunos escandalosos delitos, casi todos en comprobación de la insolencia de los soldados, cosa que en la Corte no podía ignorarse. La otra parte contenía

el remedio: también (1) en ésta no representaban con felicidad su intención, porque la descubrían á las primeras razones; paraban todos sus arbitrios en que el Principado se aliviase de las armas que le oprimían, y esto parece que no estaba entonces en manos del Rey Católico, pues no era ya el autor de la guerra: volvían á prometer su defensa, y aquí debía ser toda la fuerza de sus negociaciones, porque los castellanos, cansados de la campaña de Salses, en aquel tiempo vendrían á acomodarse con que cada cual defendiese sus provincias. Nada tuvo efecto, ó fuese por flojedad de los que manejaban el negocio, ó por desconfianza de los que en él tenían parte; pero en medio de estas dudas (que en fin prevalecieron sin ajustamiento), cuantos las consideraban desde afuera juzgaban que los catalanes se darían por satisfechos con que se les aliviase parte del peso de los alojamientos; que se les quitasen de la provincia algunas personas de oficio militar, de quienes decían haber recibido malas obras. En esta forma escribían desde Barcelona á los confidentes, y aun afirman que fray Bernardino, desespe-

(1) Aquí y en otros pasajes, como se verá más adelante, Melo emplea *también no* por *tampoco*. Cervantes tiene en el *Quijote* varios ejemplos de esta irregularidad, admitida por algunos gramáticos: «Mirábale *también* la hija del ventero, y él *también no* quitaba los ojos de ella.» Parte primera, capítulo XVII. — «*También* los cautivos del Rey que son de rescate *no* salen al trabajo con la demás chusma.» Parte primera, capítulo XL.—«*También*, Sancho, *no* has de mezclar en tus pláticas la muchedumbre de refranes que sueles.» Parte segunda, capítulo XLIII.

rando ya de otros fines, lo propuso y suplicó así al Rey Católico.

18 El Conde-Duque y los suyos sentían con gran diferencia el acomodamiento de las cosas: no pareciéndole decente convenir en la voluntad de hombres inquietos, y cuyo natural estaba inficionado de la desobediencia, entendía que ellos aborrecían el servicio del Príncipe, y que por eso deseaban apartar de sí los sujetos donde el celo real se hallaba más seguro: canonizaba en su mente cuantos ellos acusaban en sus demostraciones, y así era lo mismo (como sucede al viento con el árbol de Séneca) rempujarles con uno y otro vaivén de la calumnia que fortificarlos en la gracia y en la valía del Conde.

19 Lo primero á que debía mirarse después de la muerte del Santa Coloma era á poner en aquel lugar una persona tal que con su autoridad é industria pudiese reparar y tener las ruinas de la república: túvose entonces por conveniente volver el gobierno á la casa de los Cardonas, que poco antes ocupara el duque de Cardona, Don Enrique de Aragón. Era el Duque reverenciado en su nación, no sólo por la grandeza de su casa, mayor sin competencia en toda la provincia, mas también por las muchas virtudes que se hallaban en su persona: su gobierno pasado, celoso para el Rey y apacible para sus naturales, lo había de nuevo hecho amar entre todos. Injustamente espera la confianza de aquel que sin obras pretende el aplauso, ni es acción de ministro ó príncipe prudente dejarlo todo al amor de los súbditos ó vasallos.

20 Algunos motivos de fácil desconfianza lo habían apartado del régimen de la república, cultivando entonces por manos de su desengaño sus cosas particulares: en este estado lo halló la orden real, por la que se le mandaba volviese á encargarse del gobierno de la provincia, y que tanto debía esforzarse á aquel peso cuanto era cierto que sólo sus hombros lo podían llevar; que el Rey fiaba de su prudencia la salud universal de aquella gente; que en las grandes borrascas se prueba el arte del famoso piloto; que escogiese los medios suficientes á que ni el Rey perdiese alguna parte del decoro debido á su majestad, ni los quejosos la esperanza de alcanzar perdón y sosiego.

21 Hubo de aceptar el Duque su peligroso oficio, apartando de sí las dificultades que la consideración le ofrecía, y procurando generosamente acudir con todas sus fuerzas á la ruina de su Patria, que ya sentía temblar á la violencia de sus afectos (los gentiles llamaban dulce el morir por ella): miserable estado el de la república, cuyas riendas arrebatan los malos y los ignorantes; ésa camina al precipicio, y si alguna vez se escapa, ¿qué más despeño se le puede esperar que aquel mismo gobierno?

22 También (1) á los catalanes no les fué desagradable aquel expediente, porque viéndose en manos de su natural (ó que les ministrase el azote ó quizá el escudo como algunos esperaban), para cualquier suceso amaban su compañía.

---

(1) Véase la nota de la página 62.

23 Halló el Cardona las cosas públicas en sumo desorden, porque muchos, juzgándose ya perdidos, no rehusaban añadir nuevos delitos á las primeras culpas; otros, casi desesperados de la satisfacción de sus quejas, se disponían á seguir los sediciosos en la venganza común. Á todo atendía el Duque, y después de bien informado de sus observaciones, entendió propiamente que los fundamentos de la quietud consistían en la templanza del pueblo de Barcelona, que, ó ensoberbecido ó indignado, todavía instaba por continuar su desconcierto. Con esto comenzó á prevenir castigos á los acusados por ellos, sin dar lugar á largas averiguaciones; porque como los quejosos habían antes gastado toda la paciencia inútilmente, ahora lo pedían todo con inconsiderada ejecución.

24 Mientras las cosas en Barcelona parece se iban encaminando al reposo, continuaba el Principado en los primeros movimientos: los párrocos y predicadores desde los púlpitos tal vez persuadían al pueblo su libertad y predicaban venganza; verdaderamente ellos juzgaban la causa por tal que les convenía hablar de aquella suerte, encendidos del celo de la honra de Dios. Las ciencias se estudian, la cordura no se lee en las cátedras; muchos hombres doctos caen fácilmente en este error, sin considerar que la enmienda de los vicios, como obra, en fin, de suma caridad, pide orden y concierto: el púlpito, lugar dedicado á las verdades, así se ofende de la lisonja como de la imprudencia; de ordinario, aquel grano corresponde en gran cosecha sembrado en ánimos sencillos; miren

los labradores del Señor qué semilla escogen. De esta misma suerte, según se lee en las historias, comenzaron las alteraciones pasadas en Cataluña en tiempo de Don Juan el Segundo, rey de Aragón, persuadidos ellos por las voces de fray Juan Gálvez, hombre insignemente libre de aquellos tiempos.

Casi en estos días pronunció el obispo de Gerona una notable sentencia de excomunión y anatema sobre los regimientos de Arce y Moles, declarándoles por herejes sacramentarios, y refiriendo en ella dos estupendos sacrilegios, uno en Río de Arenas y otro en Santa Coloma de Farnés; cosa ciertamente, ó dudosa ó creída, digna siempre de lágrimas. Á vista de esta demostración, no hubo pueblo que no se incitase como religiosamente al castigo de aquellas escandalosas y aborrecibles gentes. Este fué el más irremediable accidente que padecieron los negocios del Rey, porque muchos, en cuyos ánimos prevalecía aun entonces el temor de la majestad, no se excusaban de juntarse con los inquietos, después que vieron una (ó por lo menos mezclada) la causa de Dios con sus propias pasiones; satisfacían su enojo y prohijaban su indignación al celo santo, ordenaban la venganza de sus agravios y lo ofrecían todo al desagravio de la fe. No se entienda que todos obraban con este mismo espíritu, porque ciertamente resplandecía en muchos la devoción y piedad cristiana. Alzaron banderas negras por testimonio de su tristeza, en otras pintaban en sus estandartes á Cristo crucificado, con letras y jeroglíficos acomodados á su intento, y de esta vista

los catalanes cobraban aliento y disculpa, los castellanos temor y confusión.

26 Arce, con la infantería que llevaba junta y alguna otra que no pudo incorporarse con sus tropas, caminaba á Rosellón con gran trabajo y peligro. Procuraron introducirse en diferentes pueblos: los mayores los arrojaban, los pequeños se resistían; ni les valía la industria ni la cortesía, y menos la fuerza. Marchaban los reales dentro de España con la misma miseria y riesgo que si atravesasen los desiertos de la Arabia ó Libia.

27 En fin, rompiendo hacia Perpiñán por entre Cadaqués y el Portús, dejaron con temor á Palamós, y por la vía de Argelés y Elna llegó la infantería y algunos caballos á aquella gran villa, donde se encaminaban como á centro de sus armas. Allí fué mayor la dificultad, cuando esperaban más cierto el amparo. Mandaba en Rosellón, ausentes los primeros cabos del ejército, el marqués Xeli de la Reina, general de la artillería en la campaña pasada: gobernaba el castillo de Perpiñán Martín de los Arcos, aquél florentín y éste navarro, entrambos soldados de larga experiencia.

28 Habían recibido aviso de las tropas; y pareciendo inexcusable el recibirlas no menos para su reposo que para sosiego de la plaza, se comenzó á disponer aquel manejo por los medios que se juzgaron más á propósito.

29 Es Perpiñán lugar de menos que mediana grandeza entre los de España, fabricado de las ruinas de la antigua ciudad Ruscino, que dió nombre á todo Ro-

sellón. *Perpenianum* le llaman historiadores modernos por la vecindad con los Pirineos, según se cree, de cuyas asperezas se aparta por distancia de tres leguas; pero yace en llanura, regada del río Tech, llamado de los geógrafos Thelis, que junto á Canet entra en el Mediterráneo. Es la villa cabeza de su condado, y de las más fuertes de España por beneficio de la guerra, principalmente el año de 1543. Fué empeñado por Juan el Segundo de Aragón á Luis XI de Francia, y restituído por Carlos VIII á Fernando el Católico, atento á los designios de la guerra de Nápoles.

30 Pedían los cabos cuarteles en la villa capaces á su alojamiento: determinaban secretamente asegurarse de los paisanos por este medio; pero el magistrado, entendiendo (y no sin causa) que de todo lo obrado en Cataluña ellos habían de pagar la pena, procuró excusarse de recibir tanta gente hambrienta y escandalizada: defendíase con sus fueros y con orden particular del conde de Santa Coloma para que ninguno se alojase de otra mano que la suya.

31 Volviéronse á apretar las pláticas, sin que el Xeli quisiese admitir excusa alguna; pero los naturales, ya con razones, ya con rumores de armas que prevenían, instaban en defenderse: no se puede dudar que ellos lo pensaron con mucho brío ó con mucha ceguedad, viendo en lo eminente de su pueblo el mejor castillo de España, lleno de cabos, soldados y municiones, y junto á sus muros más infantería que ellos podían juntar. Pocas veces discurre la ira, y raras acierta la

desesperación. No obstante, ellos cerraron las puertas, guarnecieron los puestos por donde podían ser acometidos, y armados oían las demandas y amenazas de los reales, y respondían á ellas.

32 De esta suerte, cada cual, movido de sus intereses y todos del enojo, perseveraban en la discordia, sin topar otro medio de ajustamiento que la violencia. No hay caso más difícil de acomodar que aquel donde todos los contendientes tienen razón; porque como cada uno ama su sentimiento, ninguno quiere obligarse del ajeno. Es la razón hija del entendimiento, ó antes es el mismo entender, y aunque en los hombres se halla tan poderoso el interés, más veces suelen dejarse de lo que desean que de lo que entienden; como si el juicio y la ambición no estuvieran sujetos á unos mismos descaminos.

33 Los reales, que ya estaban desesperados de conseguir amigablemente el hospedaje, asaltaron de improviso una de las puertas de la villa, dicha la del Campo, con la infantería que se hallaba más cercana á ella: acudió á su defensa buena parte de los moradores, esforzándose el alboroto de tal suerte que más parecía escalada de plaza enemiga que no porfía ó inquietud entre españoles: hacía la noche mayor el espanto y aun el peligro; porque valiéndose de sus sombras algunos de los naturales, ministraban con más seguridad su defensa y daño de sus contrarios.

34 Xeli, que desde el castillo estaba mirando la furiosa resolución de unos y otros, lleno de escándalo y despecho trató de favorecer á los suyos: mandó se dispa-

rase contra el lugar toda la artillería, juzgando cuerdamente que una vez puestas las cosas en manos de la fuerza no podría convenirles dejarla sin salir vencedores. Detúvole el gobernador Arcos, teniendo por cosa de gran riesgo romper tan severamente contra hombres que todavía eran vasallos de su Rey y le reconocían por señor; pero el Xeli, tomando sobre sí todo el enojo de aquella majestad, hizo como se comenzasen las baterías de cañones y morteros. Era en el primer cuarto de la noche cuando el castillo dió principio á su furor, y se continuó con tanta fuerza, que en poco tiempo arrojó sobre la miserable villa más de seiscientos cañonazos con gran cantidad de bombas: fué terrible el estrago, arruinóse la tercia parte del lugar, perecieron muchos inocentes: tales son de ordinario las sentencias de la indignación; pagan los no culpados, y los delincuentes quedan sin castigo. Esta tan extraña severidad despertó igualmente la ira de los soldados y el temor de los moradores, con lo cual fácilmente aquéllos se hicieron dueños de la mayor parte del pueblo, sin más pretexto que el de su soberbia y codicia: fueron entradas á saco mil y quinientas casas, dando la noche no sólo ocasión, mas licencia á los insolentes para que cada uno obrase conforme su ambición ó su apetito.

35 Los moradores, ya desesperados de su remedio en la resistencia, acudieron á buscarle por vía del perdón, valiéndose de la piedad cristiana, que, como tan natural en los católicos, nunca la consideraban dificultosa. Vestido el obispo en sus vestiduras pontifi-

cales, llevando en las manos la custodia del Señor, y acompañado de todo el clero y religiones, subió al castillo; salió á recibirlo Xeli y los más oficiales españoles, y después de algunas razones, en que todos mostraron más indignación que reverencia al divino Medianero de la concordia, el Xeli prometió templarse, usando con aquel pueblo de la real clemencia de su dueño.

36 Detúvose por entonces el daño; mas porque la causa estaba impresa en el corazón, cada instante volvía á brotar mil desórdenes: era grandísima la opresión de la gente y mucho mayor después, cuando tratándolos como vencidos no los diferenciaban de esclavos: desarmaron á los naturales, apoderándose de su dominio militar y civil; alzaron horcas, formaron cuerpos de guardia por toda la villa; obraban más de lo necesario á la seguridad, atropellaban afectadamente sus costumbres, quebrantaban sus fueros, sólo á fin de poner espanto en los ánimos de aquellos que así se mostraban amantes de su república.

37 Cada día reconocían más los perpiñaneses su esclavitud, y daban voces acusando aquellos que habían escogido tan miserable remedio; quisieran antes haber acabado en su desesperación: ni quejarse ni sentirse les era lícito, ni comunicar por letras sus dolores, porque los reales, informados de los otros sucesos contrarios, procuraban estorbar las correspondencias donde se les podía seguir aliento y esperanza.

38 Muchos de los moradores dejaron la Patria, y con mujeres é hijos se huían á la montaña, esperando me-

jor coyuntura para vengar sus agravios: llevados de esta pasión, salía á todas horas mucha cantidad de hombres y mujeres; y á la verdad, los castellanos en los principios no se desagradaban de verlos dejar la villa en sus propias manos, juzgando que para cualquier suceso les convenía el ser superiores en número á la gente natural. Á este fin, primero disimulaban su fuga; pero después se vino á conocer el daño á tiempo que ya no podía evitarse, porque faltando la mayor parte de la gente popular que sirve al manejo de la república, faltaban juntamente con ella los útiles en que la suele emplear la necesidad común. Impensadamente vinieron á caer en continuas miserias: no había quien cortase leña, quien moliese trigo; el agua estaba quieta sin quien la trajinase; el ganado discurría suelto como sin dueño; las tiendas se veían cerradas; los obradores de los oficiales, vacíos; crecía la falta de todo lo que se come y se viste.

39 Con esta ocasión comenzó el Xeli á sacar sus tropas á la campaña, que discurrían más como hombres llevados de la ambición que de la miseria: no había pueblo, casar ó granja por todo el país á que no visitase el robo ó el incendio; todo estaba cubierto de ruinas; los paisanos se veían escondidos por los bosques; las mujeres y niños, perdidos por las sendas; ninguno atinaba con el descanso, porque no había entonces ningún camino á la piedad ó á la justicia.

40 Llegó la información de estas miserias al Cardona, que infatigablemente se empleaba en el sosiego de Barcelona: entendió que las cosas de Rosellón pedían

su presencia, y las buenas señales de aquella ciudad le daban alguna confianza para poder dejarla. Los políticos disputan si conviene al Príncipe apartarse de la cabeza de su dominio por acudir al remedio de otro miembro; son diversos los pareceres, como lo han sido las causas: yo pienso que el negocio consiste en entenderse bien el estado del Príncipe, juzgando que el pacífico puede sin daño acudir á cualquier parte donde lo pida la ocasión; mas que no lo debe hacer así el que gobernare un imperio turbulento, porque entonces el grande riesgo, aun contingente, descuenta la conveniencia. Los presentes trabajos de Carlos, Rey de Inglaterra, no hubieran sucedido si se conservara en Londres.

41 En fin, asentando el Duque su partida propuso luego, no sin industria, pedir á la Diputación y ciudad un diputado y un conseller por acompañados: previno con destreza que con ministros de la provincia llevaba más segura su obediencia, y que ellos también, viendo convidarse con la autoridad que miraba al castigo, no podría dudar de que se deseaba satisfacer al Principado; y aun para los mismos era asaz conveniente mostrar cómo pretendía unir sus acciones á un espíritu acomodado á la justificación. Fuéle concedida la compañía de los dos magistrados, como lo pidió, y partiéndose á Perpiñán ya con poca salud (ó fuese fruto de los años ó del gobierno), llegando allí en pocos días, se introdujo en los negocios de aquel Estado, tomando justificadas noticias de todos sus acontecimientos.

42 Sabía el Duque, como natural, el ánimo de sus patricios, y que por gente tenaz en las pasiones, guardaban vivo el odio concebido contra los cabos; entendía que el primer paso de la templanza era comenzar castigando aquellos que el clamor público acusaba; no creía hallarlos inocentes ni tampoco juzgaba su culpa igual al escándalo; pero también (1) no tenía en tanto su agravio cuanto la furia de una nación entera. De esta suerte dispuso sus acciones, encaminando todo á la quietud pública.

43 Lo primero fué mandar prender al Arce y Moles, porque deseaba que la satisfacción se mostrase pronta y notoria: mandó que fuesen llevados á la cárcel común de los malhechores; hizo de la misma suerte se prendiesen algunos otros oficiales y soldados, y volvió á hacer platicables las querellas que el Santa Coloma había prohibido entre catalanes y castellanos, por que cada uno entendiese podía temer y podía esperar.

44 Dió cuenta al Rey Católico de su deliberación, halagando su enojo con la esperanza de recobrar su autoridad por medio de una cortísima violencia. Decía que en apartar de los ojos de aquella gente la ocasión de sus escándalos, consistía el modo de hacerlos olvidar todos: que á los dos cabos se les seguía poca injuria, porque remitiéndolos á la corte allá podría S. M. disponer su desagravio, ocupándolos en otras

(1) Véase la nota de la página 62.

provincias: tras esto no olvidaba sus excesos, refiriendo los casos así como los había entendido.

45 No se había hasta ese tiempo hecho entre los ministros el verdadero juicio de estos movimientos, porque la condición del Rey Católico, por oculta en sus operaciones, no daba alguna señal de su aprecio. El Conde-Duque, aconsejado de aquella altivez que siempre le habló al oído, si bien no dejaba de temer en su corazón, todavía no desmayaba en el semblante y palabras; antes, como si aun entonces dependiesen de su arbitrio los intereses de los catalanes, mostraba despreciar igualmente su arrepentimiento que su obstinación. Creció con esto el error en los superiores porque, como los más vivían observando su apetito engañados de la confianza exterior, no llegaban á penetrar las dudas del ánimo, mal persuadidos de la apariencia. Mucho servía también á la soberbia del Conde el notar algunas señales de humildad en los catalanes, porque aquellas demostraciones que suelen mover á clemencia los grandes espíritus, suelen también incitar los terribles á mayor venganza: consideraba las diligencias de fray Bernardino con los reyes por alcanzar misericordia á su república; el cuidado con que la Diputación y ciudad despedían misionarios ó embajadores por dar satisfacción á su príncipe; su Protonotario, hombre fatal en la monarquía (1), también con intervención de algunos confidentes, le

(1) Se refiere á Don Jerónimo Villanueva, secretario de Estado y protonotario de Aragón.

aseguraba no menos su confusión y temor; finalmente, persuadido de su propio natural, se dejó entregar antes á la perdición que á la templanza.

46 Con este propósito se le ordenó al Cardona no procediese contra los presos (extrañándose la resolución de cosa tan grande); que no diese por sí solo paso alguno en su castigo; antes que de lo que obrase diese cuenta á la Junta que para expediente de aquellos negocios se mandaba formar en Aragón. No hallaron otro modo de reprenderle más decente á sus años y autoridad; pero el Duque, saliendo á recibir lo que se le recataba, entendió que el Rey se desplacía de su gobierno: vióse ceñido de obligaciones, unas que, como sujeto, le forzaban á consultar con otros, y otras que, como libre, pedían su ejecución: en estas contrariedades comenzó á afligirse con tantas congojas, que no hallando el espíritu desahogo alguno, comunicó sus pasiones á la salud, hasta que esforzándose el mal por medio de una calentura concitada de la viva imaginación de su afrenta, en pocos días dejó la vida y el cuidado de la república, que juntamente con su cuerpo enterró todas las esperanzas de su remedio. Aman los hombres el mando como cosa divina, sin advertir el riesgo que se trae consigo el gobernar á los otros hombres: no hay ninguno que por justificado deje de ser sospechoso al Príncipe ó al pueblo; que lo uno basta para perder la grande fortuna, y lo otro la buena fama. En menos de la tercera parte de un año nos lo enseña el ejemplar destos dos virreyes: el primero, por muy obediente á

su señor, muerto á las manos de la plebe; el segundo, por muy amante de su república, muerto también al enojo de su Rey.

47 Fué su muerte del Cardona la última diligencia de la turbación, porque como su autoridad servía de freno á las demasías de unos y de columna al temor de otros, viéndose aquéllos sin qué temer y éstos sin qué esperar, los primeros reiteraron su soberbia, y los segundos estragaron su templanza de tal manera, que brevemente fueron en el Principado de una misma calidad casi todos los ánimos: con que las cosas tomaban cada día peor camino, y la inquietud cobraba mayores fuerzas; tal suele ser de mayor peligro la segunda enfermedad que la primera.

48 Había el Principado algunos días antes expedido sus embajadores al Rey Católico, en representación de sus tres estamentos, iglesia, nobleza y pueblo, y por ellos nueve personas de sus órdenes y una en nombre de Barcelona; mas como siempre suceda que la indignación se irrite con los clamores del que pide clemencia, los ministros reales, abusando de aquel arrepentimiento, dieron señales de despreciarle: mandaron que los embajadores fuesen detenidos en Alcalá de Henares, lugar puesto á seis leguas de la corte. Lo primero que deseaban era saber su ánimo de los enviados, porque el Conde y los suyos procuraban apartar de las noticias del Rey toda la justificación de los catalanes: quisieron amedrentarlos con aquellas apariencias de enojo, porque cansados con la detención y molestia mudasen ú olvidasen las razones

que habían estudiado entre sus fieles patricios. Era el estilo común de sus papeles públicos y secretos unas vivísimas quejas del Conde y Protonotario: al principio dispusieron sin industria sus querellas, hablando siempre con desatenta libertad en las personas de los dos ministros, y no obstante que el mayor estaba segurísimo en la gracia del Rey, y el segundo no menos firme en la del primero, todavía aquellos celos naturales en el valimiento les hacía temer más de lo justo la eficacia con que los catalanes les adjudicaban sus males: procuraban desacreditar sus clamores y apartarlos cuanto les fuese posible, y lo conseguían con facilidad por el gran poder de los dos, y porque, como ellos eran los instrumentos ó sentidos de las acciones del Rey, jamás podían obrar cosa en su descrédito ni en conocimiento de aquella verdad que les fuese contraria.

49 Famosa lección pueden aquí tomar los príncipes para no dejarse poseer de ninguno: el que entrega su voluntad y su albedrío á otro, éste más se puede llamar esclavo que señor; hace contra sí lo que no ha hecho su desventura; la suerte le hizo libre, y él se ofrece al cautiverio: la mayor miseria de un príncipe es aquella que le pone vendido á los pies de otro; ¡cuánto mayor debe ser esotra que le trae avasallado y preso al arbitrio de su propia hechura!

50 Pensaban los catalanes que escribían al Rey sus lástimas, y hablaban en aquel modo que la miseria halló para rogar á la grandeza: el dolor sensible no sufre elegancias ó decoros; á cualquier hora y por

cualquier término se queja el dolorido. Decían con sencillez sus trabajos, y como cosa natural en los hombres, acudían con la mano y con el dedo á señalar la parte ofendida y la causa de la ofensa: escribieron á la Reina, al Príncipe y á los ministros superiores: escribieron al mundo todo un papel impreso, á que llamaron *Proclamación Católica* (1); manifestaron á todas las gentes su razón y su justicia, llamando por cómplices en la ruina al Conde y su Protonotario, que indignados entonces por la publicidad de sus injurias, se esforzaban en desmentirlas, haciendo cómo ellas se disimulasen, y abultasen en su lugar las acciones del Principado en deservicio de su Rey; de tal suerte, que podemos decir que aquel propio camino que los catalanes habían buscado para alcanzar su remedio, los llevaba al precipicio.

51 Á este tiempo andaban más vivas que nunca las

---

(1) *Proclamacion Catolica á la Magestad Piadosa de Felipe* el Grande *los Concelleres y Consejo de Ciento de la Ciudad de Barcelona. Barcelona Jaime Matevad 1640.*

Esta obra, que Torres Amat atribuye á fray Gaspar Sala, es la principal de las muchas que por entonces se publicaron en Cataluña contra la privanza del Conde-Duque y el mal gobierno de Felipe IV. De ellas da noticia el bibliófilo Don Jaime Andréu en su *Catálogo de una colección de impresos referentes á Cataluña.* (Siglos XVI, XVII, XVIII y XIX.) —Barcelona, 1902.—Balaguer, en su *Historia de Cataluña,* tomo VII, pág. 489, atribuye la *Proclamación Católica* á Diego Monfar y Sors, uno de los ciudadanos de Barcelona que posteriormente fueron entregados como rehenes á Luis XIII de Francia.

negociaciones é inteligencias, estudio particular de aquel ministro. Pretendíase de parte del Rey que la provincia, con grandes muestras de humildad y reverencia, suplicase el perdón públicamente: que con demostraciones de su error y como gente engañada entrase á pedir misericordia sobre su república: que se valiesen de la intercesión del Pontífice y de los príncipes amigos. Esto no era remitirles el castigo, sino asegurar su obediencia, por que lo pudiesen llevar en tiempos más acomodados. Con esta satisfacción y algún servicio particular en materia de intereses, mostraba el Conde se inclinaría el Rey al acomodamiento de las cosas; y lo primero que prometía en orden á la seguridad de la provincia, era poner la justicia catalana en su primera autoridad y fuerza. Usaban los ministros católicos de esta cláusula en todas sus pláticas y papeles, porque previniendo el espanto que causaría en el Principado ver entrar por sus puertas un poder grande, juzgando que se encaminaba á constituir la nueva reputación de la justicia, no tuviesen lugar de temerlo.

52 Variaban los catalanes, porque aun sobre el caso del perdón, decían que pedirle confirmaba la culpa que ellos negaban; que el error particular de algunos no había de servir de mancha á la fidelidad de una nación: no obstante, se negociaba por diferentes caminos con los embajadores, de que celoso el Principado, les escribió de secreto reprehendiéndoles el haber admitido nuevas pláticas: volvía á instar pidiesen el alivio de aquellas armas y el castigo de los cabos: no

les era ya tan molesto el peso como la consideración de que por medio de ellas se habían de obrar todas las venganzas: deseaban verlas apartar de sí para cualquier acontecimiento: mirábanlas con agüero, ó no podían verlas; así acontece al condenado, desviar los ojos del acero que sabe le ha de ministrar el suplicio.

53 Á todas las sospechas del Rey para con la provincia, y á todos los temores de ésta para con el Rey, ayudaban mucho las cartas y negociaciones de algunas personas que residían en Madrid y Barcelona, que por sus intereses (ó por ventura por su buen celo, deseosos de la concordia) daban unas veces señales de serenidad y otras de borrasca, según lo prometían los accidentes exteriores de uno y otro pueblo.

54 Entre los que tuvieron mayor parte en estos manejos, fué el maestre de campo Don José Sorribas, caballero catalán, hombre práctico y de industria. Llegó de Barcelona aquellos días como retirado y temeroso del furor de los suyos; hízose buen lugar en el aplauso del Conde y Protonotario, juzgándole por sujeto asaz á propósito para sus designios, porque después de ser noticioso de las cosas, tenía parientes y amigos de autoridad en Barcelona. Con este pensamiento le fiaban los secretos de más importancia en aquel negocio, en los cuales el Sorribas se acomodó de tal suerte, que recibiendo en sí la substancia de las cosas, parece las aplicaba después según la parte á que convenían. Este fué el juicio que se hacía sobre su persona. No ofenda mi testimonio la integridad de aquel hombre: hablo como historiador, según las no-

ticias de lo que he visto y oído. Á todo dió ocasión verle al principio de estos movimientos en gran confidencia con los ministros reales, y verle después por ellos mismos preso en la cárcel pública. No le acusa mi sentimiento, ni á otro ninguno, porque inmisteriosamente (1) refiero los casos como han sido, apunto lo que después ó entonces se discurrió sobre ellos, valiéndome algunas veces del juicio competente á mi instituto, y á que me dan motivo los mismos sucesos que voy escribiendo.

55 Eran los principios de agosto, y corrían entonces los negocios públicos de Cataluña en sumo silencio: aquellos que no miraban más que á la apariencia y serenidad del semblante, entendían que ellos estaban interiormente compuestos á satisfacción del Rey; otros, que con más atención examinaban las señales, temían que de aquel sosiego resultase alguna mayor turbación, como acontece en el otoño, que de las grandes calmas se arman horribles truenos: así determinaba la variedad de los juicios de los hombres, según el ánimo ó noticia de cada uno.

56 Fué casi en estos días nombrado por Virrey de Cataluña y sucesor de Cardona el obispo de Barcelona, Don García Gil Manrique, varón docto y templado, cuya persona no sirvió al remedio, y menos al daño. Pensóse profundamente esta elección del nuevo virrey, porque los ministros reales, ya más temerosos

(1) *Inmisteriosamente*, sin misterio. Voz que no está en el Diccionario de la Academia.

de lo que al principio, no se fiaban de la obediencia de los catalanes: por esto no se atrevían á aventurar á su furia un tal sujeto, cual deseaban para su enmienda.

57 Ellos también seguían este mismo discurso, no dejando de desvanecerse y gloriarse, habiendo reconocido en esta acción el recelo de los ministros reales, y le juzgaban dichosísimo pronóstico de su libertad. Esta fué entre todas la causa más eficaz que los llevó á recibirlo alegres, y también, porque como no le temían, no había para qué aborrecerle.

58 Juró en Barcelona el obispo con las acostumbradas ceremonias, y recibiendo la contingente dignidad, comenzó á asistir á su gobierno; pero, ó fuese que con cordura alcanzase la cortedad de su poder, ó que los mismos súbditos, por que no se apropiase en el imperio, con algunas demostraciones de libertad, le acordasen los fines de sus antecesores, determinó reducirse á sólo su primer oficio de pastor, haciendo poco más en el de virrey que desear la templanza de su república.

59 Perdidas andaban las cosas á este tiempo en toda la provincia, más que en los alborotos pasados: todos los movimientos de la política estaban torpes; muchos pedían justicia, algunos la deseaban; pero no era posible hallarse forma de ejecutarla, habiéndose perdido entre la sinrazón y la violencia. Los jueces reales, escondidos unos y otros ausentes, aborrecibles todos; los ministros de Guerra y Hacienda amedrentados y huídos; el Virrey temeroso, vivas las memo-

rias de las otras tragedias; los inquietos, pujantes y soberbios á la detención, paciencia ó estado del Rey, todo junto, formaba una tristísima confusión, tan espantosa á los hombres cuerdos, que ninguno pensaba en más que obrar de tal suerte que su nombre no fuese acordado ó público, porque el silencio y olvido, mudando de naturaleza, entonces era la más apetecida felicidad de los prudentes.

60 Corría en la corte del Rey Católico voz común que los catalanes habían recibido al obispo por gobernador sólo para excusarse de otro, que bien lo habían dado á entender teniéndolo aprisionado; quejábanse de que el atrevimiento de los sediciosos fuese tal, que sucesivamente osase á poner las manos ó las ofensas en tres hombres, que cada cual representaba la persona de su señor; juzgaban al obispo como preso, y no era sino que su prudencia era el mayor estorbo de su propio mando.

61 Tales quejas daban los católicos de parte del Rey, y los catalanes de la suya no disimulaban tampoco en proseguirlas: decían que en tiempo en que las cosas habían menester amor, poder é ingenio, les enviaban para gobernarlos un hombre que para quererlos era extranjero, para castigarlos incapaz, y para regirlos falto de experiencia; que su condición, como su estado, le impedía cualquier venganza conveniente, pues hasta aquella facultad acostumbrada que los reyes suelen alcanzar del Pontífice para que los eclesiásticos puedan administrar la justicia punitiva, también ésta le faltaba, porque los ministros artifi-

ciosamente se lo habían disimulado, sólo á fin de no poder dar satisfacción y castigo á los delitos de los soldados, como ya lo habían hecho en tiempo del Cardona. Cada día de una y de otra parte añadían nuevas quejas con tal arte ó con tanta razón, que apenas podremos dar licencia al juicio para que se intermeta (1) á apurar la verdad de una y otras.

62 En medio de estas negociaciones pareció conveniente admitir la embajada de la provincia, porque no estaban ya las materias en aquel primer estado en que las informaciones suelen mudar la naturaleza de los negocios. Húbose, en fin, de cumplir con aquella ceremonia, y quitarles á los catalanes más una razón de su queja; pero habiéndose entendido por la boca de sus embajadores lo mismo que hasta entonces por señales y observaciones se conocía, se hizo público que el ánimo de la Diputación no era otro que conseguir su quietud por los propios medios que la había perdido: que lo que pedían y ofrecían era lo mismo que tanto antes habían propuesto en descrédito de los cabos del ejército; y para satisfacción de la corona ofendida, obligaban con esto á que se tuviese por cierto que en aquella mudanza de los ánimos catalanes, ó en aquel fingido arrepentimiento del Principado, no había otra razón más de la conveniencia temporal. Probábanlo con que siendo después tantos los excesos con que de su parecer había obrado, preten-

(1) En la edición de 1808, *entrometa*. Intermeter no está en el Diccionario de la Academia.

dían hacer platicables todavía aquellas mismas cosas que antes no les fué posible conseguir: decían que aquel no quiere concordia y paz que propone partidos desiguales.

63 El Conde-Duque, si bien en su ánimo, ó con mayor enojo ó con mejor discurso, había determinado la guerra, por justificarse con su Rey y con España y el mundo en un negocio tan grande, hizo llamar y prevenir en su aposento una gran Junta, que constó de los mayores ministros de España, de varios magistrados, dignidades y oficios; compúsose de algunos del Consejo de Estado y Guerra, y de otros de la llamada Junta de Ejecución, de consejeros del Real de Castilla, y de Aragón algunos.

64 Presentes ya todos, entonces el Conde-Duque introdujo su razonamiento, suficiente á influir su propósito en otros ánimos más libres: habló poco y grave, recatando ingeniosamente su sentimiento; gran artificio de los políticos (ya doctrina de Tiberio) disponer las resoluciones de tal suerte que ellos vengan á ser rogados con lo mismo que desean: hizo luego que su Protonotario leyese un papel formado por entrambos: llamóle justificación real y descargo de la conciencia del Rey. Decía de la poca ocasión que de parte de la Majestad Católica se había dado á los perturbadores del bien y quietud del Principado: justificaba la causa de los alojamientos y cuarteles en Cataluña: negaba que fuesen en forma de encontrar sus fueros: excusaba mucho de los delitos á los soldados: confundía sus sentencias é informaciones con

otros documentos de los catalanes: disculpaba los excesos de la milicia como naturaleza de los ejércitos: satisfacía con nulidad comprobaba á los sacrilegios impuestos por los catalanes á los de Arce y Moles: apercibía y convidaba al castigo de lo averiguado: del caso de Perpiñán hablaba con ambigüedad: exageraba con exceso la clemencia y templanza de su Rey: señalaba los cargos del Principado, diciendo que habían invadido las banderas de Su Majestad: que sacaron libres al diputado y otros presos que lo estaban por crimen contra la corona: que habían quemado bárbaramente á Monredón, ministro real y en servicio de su señor: que habían muerto al doctor Gabriel de Berrat, juez de su audiencia, sin culpa alguna: que de la misma suerte, amotinados y sediciosos, osaron á matar un virrey, y mataran á otro si no se anticipara la muerte: que perseguían todos los ministros fieles, sin haber hombre que por parte del Rey se ofreciese al peligro: que tenían impedida la justicia, sin que le fuese posible obrar como debía: que al Obispo, su nuevo gobernador, no obedecían: que, últimamente, trataban entre sí de fortificarse, sin saber contra quién lo hacían, sino contra su natural señor, en notable perjuicio de la fidelidad y pernicioso ejemplo de los otros reinos.

65 Tal fué la proposición del Conde á la Junta, donde, ya que no en voces y razones distintas, en los afectos se conocía el escándalo de los circunstantes; porque, ignorando algunos la gran arte de la disimulación, con las admiraciones exteriores aseguraban la ira. Él, so-

bre todos templado y misterioso, aguardó los votos: casi todos hablaron sin diferencia, hasta que llegando el tiempo de votar á Don Íñigo Vélez de Guevara, conde de Oñate, del Consejo de Estado de España, presidente de su Tribunal de Órdenes, hombre que por su autoridad y larguísima experiencia de negocios era el de que más dudaba, mirólo entonces el Conde con profunda atención, ó porque lo temía, ó porque deseaba avisarle con los ojos su sentimiento: escuchóle pronto; mas èl de Oñate, fija la vista en sólo la razón, fué fama que dijo así:

66 «Á un gran negocio, señores, somos llamados: yo por cierto, sobre setenta años de edad en que me hallo, y con pocos menos de experiencia, atreveréme á decir que ninguno de los accidentes pasados fueron de tanto peso como el que tratamos. Largos días ha que reposa en España la rebelión de vasallos: ya vine á creer en los aprietos presentes, que algunos han vivido templados, más por ignorar la desobediencia que por rehusarla; tal debe ser nuestro cuidado en aumentar esta su ignorancia. Yo no pretendo manchar la fidelidad española; mas si el discurso no me engaña, nación es ésta de quien estamos quejosos, ocasionada al precipicio: conozco su natural airado y vengativo, y por eso dispuesto á todos los efectos de la ira; véolos vecinos y deudos de nuestros mayores enemigos, y sin perturbarme del temor ó el odio, voy á temer un gran suceso, harto más lamentable á la experiencia que al discurso. ¡Oh! No hagamos de suerte que nuestro enojo les descubra algún camino

que su osadía no ha pensado. Costumbre es de los afligidos abrazar cualquier medio que los excusa la calamidad presente, aunque los lleve á otros nuevos daños: el esclavo oprimido del látigo se despeña por la ventana; no mira que es mayor riesgo el precipicio que el azote; sólo atiende á escaparse de las coléricas manos del señor. ¿Qué seguridad tenemos, pregunto, de que estos hombres, amenazados de su Rey, no se arrojen por la rebeldía hasta caerse á los pies de su mayor émulo? Más pienso yo ha hecho Cataluña en salir del estado pacífico para el sedicioso, que hará en pasarse ahora de sediciosa á rebelde. No es la espuela aguda la que doma el caballo desbocado; la dócil mano del jinete lo templa y acomoda. Si de otros tiempos advertimos en los progresos de esta gente, todos nos informan de su valor y dureza; calidades que piden las armas. En los tiempos modernos amaron la paz como la deben amar todos los hombres á quien gobierna la razón: saboreáronse de la serenidad, y olvidados de las primeras glorias, empleaban todo su orgullo en las pendencias civiles, divididos en bandos y facciones. No habían perdido el valor, aunque lo habían estragado en efectos inútiles. Herido el pedernal vomita fuego, y no herido lo disimula; empero en las mismas entrañas le deposita: la ocasión suele ser siempre instrumento de la naturaleza. Juzgad ahora, señores, si conviene volver á despertar esta dura nación, y amaestrarla contra nosotros en el uso de la guerra, en que fué excelente. Carlos, nuestro invicto señor, juzgándolo así con los

holandeses, puso tan grande estudio en hacerles olvidar de las armas, como en inclinar los españoles á su ejercicio; dándoles gran enseñanza á los príncipes de que hay gentes que sirven más á su señor con lo que ignoran que con lo que ejercitan. Siento que es grande la causa con que provocan la indignación de nuestro monarca, y que si hallásemos un castigo igual al crimen de los delincuentes, yo me dispusiera á seguirle; empero si cualquiera pena cotejada con el delito parece inferior, entonces sólo la podrá igualar aquella clemencia que la puede vencer. Yo digo que la justicia es la virtud más propia en los buenos reyes; pero hay casos en que al Príncipe le conviene perdonar sin razón, violentado de la contingencia del castigo. En la dignidad de rey y en el amor de padre no pueden entrar aquellos afectos comunes que llevan los hombres á venganza; de tal suerte que si la culpa del vasallo ó del hijo puede permitir algún olvido y perdón, no se considera dificultad ninguna de parte de los ofendidos. Tan diferentes son los castigos de la mano del odio ó del amor: aquél siempre pide sangre, éste no más de enmienda. Procedió Cataluña ciegamente, yo lo confieso: muestra ahora señales de su dolor; justifícase con voces y papeles, con informaciones y embajadas; llama á la piedad del Pontífice por intercesión, las repúblicas por medianeras; escribe á sus reyes, llora á todo el mundo, pide justicia contra los que han perturbado sus cosas, nómbralos, y limítase á este ó aquel medio; publícase por fiel y humilde postrada á los pies de su señor; ¿qué

le falta sino la dicha de que la creamos? No sé que estas demostraciones sean dignas de desprecio: dícese que son vanas, y simulado su arrepentimiento; y ¿qué sacamos nosotros de esa incredulidad? ¿De qué conveniencia nos podrá ser adelantar nuestra desconfianza á su malicia? No hay soplo que así encienda la llama, como la desesperación del perdón da fuerzas á la culpa. ¿Qué es en lo que reparáis? Piden á Su Majestad les aparte tres ó cuatro sujetos ocupados en la gobernación de las armas: poco es esto. Aquí no pretendo discurrir por sus deméritos ni por la justificación de los quejosos; digo, empero, que es más fácil cosa pensar que puedan errar cuatro hombres que una provincia entera. Podéis decir que hay dificultad en el modo de sacarlos con buena opinión; no es grande el mal que tiene remedio: no hay ninguno de los acusados (si son como yo creo que son) que no ofrezca su reputación particular por el sosiego público: si ellos son buenos, así lo deben hacer; si lo dificultan ó impiden, no tenéis para qué estimarlos. Sabed, señores, que no hay miseria que se iguale á una guerra civil. Si fuésemos ciertos de que Cataluña se hubiese de humillar al primer crujido del azote, no dudo que también fuera conveniente dárselo á temer; mas si por ventura su ceguedad les hiciese proseguir su obstinación, y tomasen las armas en su propia defensa, ¿sería cosa prudente exponerse la autoridad de nuestro monarca á la suerte de una ó de otra batalla con sus vasallos? ¿Sería buen ejemplar para los otros reinos cualquiera dicha de estos rebeldes? Y con más

peligro en esta corona, que se compone de tantas naciones diversas y distantes, las más dellas desaficionadas á la fortuna castellana. Apartemos el temor de la suerte: no pienso sino que entramos victoriosos, que abrasamos, talamos y destruímos; ¿qué es lo que ganamos, sino montes desiertos, pueblos abrasados y plazas echadas por tierra? ¿Esto se puede llamar ganar Cataluña? ¿Qué es esto sino cortarnos una mano con otra, y quedar España con una provincia menos? Y entretanto que gastamos el tiempo en victorias (así quiero llamar todos nuestros acontecimientos), ¿cómo nos será posible acudir á Flandes con dineros, á Italia con socorros, á las conquistas con flotas y á todo el Océano con armadas? Pues si esto faltase, ¿qué tal podría quedar nuestro partido, expuesto á la furia, á la industria y á la fortuna de nuestros contrarios? Forzosa (ó por lo menos natural) cosa habría de ser el perder en las provincias externas cuanto en las nuestras ganásemos; y entonces, ¿cómo lo podríamos llamar triunfo, habiendo de ser contrapesado de pérdidas infalibles? Miserable por cierto sería aquella guerra en que nosotros mismos fuésemos los vencedores y los vencidos. No hay fatiga en el campo de que el labrador en su casa pacífica no se repare. Este era el consuelo de los trabajos que la Monarquía padece en sus partes, gozar á nuestra España con quietud. Los Países Bajos y Alemania (que también podemos llamar propia) oprimidos están de armas; Lombardía, afligida con su peso; Nápoles y Sicilia, amenazados; la Borgoña, ni por desierta

segura; Alsacia, más que nunca fatigada; unas y otras Indias, en continua infestación de enemigos; el Brasil, en manos de una guerra desesperada; las costas de España, visitadas de corsarios. ¿Qué otro lugar nos quedaba de descanso sino la España? Pues si ni este pequeño abrigo os queréis reservar entero á los ánimos cansados ó arrepentidos, ¿dónde habremos de hallar reposo y consuelo? ¿Dónde habrán nuestros hijos y descendientes de gozar el premio de lo que ahora trabajamos nosotros? ¡Á gran cosa, á peligrosa cosa por cierto se ofrece aquel espíritu que se encargare de esta novedad! Costoso edificio es este á que pretendéis abrir los cimientos, y cuya ruina podrá sepultar nuestra república. No quisiera ahora que mi ponderación os llevara el pensamiento á otros casos miserables; empero si la prudencia es lince, dadme licencia siquiera para pensarlo (no se cuente norabuena, como referido), qué habría de ser de nosotros si al ejemplar de Cataluña conspirasen ó se armasen otras naciones, dándoles esta guerra que apetecéis, no sólo ocasión, sino conveniencia. ¡Ah, señores! Lleno está el mundo de historias y las historias llenas de sucesos que nos encaminan á la templanza: advertid que aquel que excesivamente sigue un afecto, necesita después de un exceso mayor para deshacer el primero. ¡Oh! No sea así que vuestra impaciencia os traiga á tal desdicha que vengáis á sufrir en algún tiempo mucho más de lo que no queréis tolerar ahora. Benigno Rey tenemos, y tan piadoso, que sólo extrañará los consejos de la ira, no los de la clemencia,

sólo porque casi no los conoce. Ninguno subió tan presto á la inmortalidad por la venganza como por el perdón, porque siendo en los hombres lo más dificultoso, así debe ser lo más estimable. ¿Llora Cataluña? No la desesperemos. ¿Gimen los catalanes? Oigámosles. Este es el mayor artificio de los físicos, ayudar á la naturaleza con beneficios, por llevarla allí donde muestra inclinarse. Salga el Rey de su corte; acuda á los que le llaman y le han menester; ponga su autoridad y su persona en medio de los que le aman y le temen, y luego le amarán todos, sin dejar de temerle ninguno. Infórmese y castigue, consuele y reprenda. Buen ejemplar hallará en su augusto bisabuelo, cuando por moderar la inquietud de Flandes, con pompa indigna de César, mas con corazón de César, pasó á los Países, y acompañado de su solo valor entró en Gante amotinado y furioso, y lo redujo á obediencia sin otra fuerza que su vista. Salga Su Majestad, vuelvo á decir; llegue á Aragón, pise Cataluña, muéstrese á sus vasallos, satisfágalos, míre-los y consuélelos; que más acaban y más fácilmente triunfan los ojos del Príncipe que los más poderosos ejércitos.»

67 Era tan grande la autoridad del Oñate, que, ayudada entonces de la suavidad de sus razones y eficacia de los afectos con que las propuso, casi tuvo vueltos los ánimos de aquellos mismos que interiormente sentían ó determinaban lo contrario. El Conde-Duque mostró algún desplacer de su razonamiento, y pudo moderarle, confiando en el otro voto, que

esperaba habría de desvanecer todo lo dicho. Siguióse al de Oñate el cardenal Don Gaspar de Borja y Velasco, presidente de Aragón, hombre de grande dignidad y fortuna, que pudiera hacer mayor si gozara su felicidad independiente: habló, dicen que de esta manera:

68 «Si otro fuera el estado de nuestras cosas, yo, señores, sería el primero que os pidiera clemencia; empero llegando los sucesos al extremo en que los vemos, parece ajeno de nuestro poder discurrir ó variar sobre la naturaleza del remedio; sino, entendiendo debe ser sólo éste, aplicarnos todos á disponerle con ejecución igual al peligro. Ya no es posible usar de más templanza, ni siempre el perdón se cuenta por virtud. ¿Quién duda que la real benignidad de nuestro Monarca, mal recibida del atrevimiento de los sediciosos, en vez de reducir á la enmienda, haya esforzado á la osadía? No tengo que satisfaceros de que no me obliga á tanta severidad alguna pasión humana; antes, si fuera lícito dar entrada en mi ánimo á los afectos particulares, no hay en mí cosa que no me obligue á moderación; mas, ó sea que no hay respeto comparado con la fidelidad, ó que verdaderamente nuestra justicia pese mucho más que su queja, puedo decir sin temor que después de conocer unos y otros motivos y ambas justificaciones, nunca tuve por dudosa la culpa ó excusable el castigo. Terrible es en todas leyes la inobediencia; y de la misma suerte que el contagio no tiene otra cura sino el fuego, no se halla á la infidelidad otro acomodamiento

que la muerte. Todas las dignidades del mundo asientan sobre obediencia; no tiene otros cimientos el trono de los monarcas sino la misma permisión y conformidad de los súbditos. Pues ¿de qué suerte, decidme, se podía hacer permaneciente el imperio, afirmándose en hombres fáciles é inquietos? ¿Cómo podría administrar justicia y premio aquel rey que estuviese dependiente del enojo de sus vasallos? Miserable llamáramos al príncipe cuyos aciertos necesitasen de la aprobación del vulgo, que por naturaleza aborrece el profundo entender de los mayores. Reloj es la república, cuyas ruedas y volantes son los ministros de ella; el peso es quien la rige ó manda; de esta oficiosa concordia procede la medida de los días y cuenta de los tiempos: así del mando de los reyes y obediencia de los vasallos sale hermosamente medido y gobernado el mundo, y en habiéndose parado este ó aquel movimiento, ese es el desconcierto de la república. No tienen los reyes otro superior que la razón, y ésta no es menester que sea de todos; basta que sea suya. Aquél ignora el ser de las cosas que no comprende todas sus partes; y comúnmente en las materias de estado, que vistas á diferentes luces y en diversos aspectos, unas veces parecen justas y otras injustas. No es lícito al vulgo juzgar de las ocasiones supremas; conténtese con mirarlas; ni á la majestad es decente satisfacer á la ignorancia del pueblo; importantísima cosa fué siempre á los monarcas castigar agravios de la corona. Aquel vasallo se puede llamar idólatra que, despreciando la majes-

tad de su Rey, adora en el poder de la unión; aquél le usurpa tanta parte de imperio cuanto ó le niega ó le duda de vasallaje. Vuelvo á decir que no sólo entiendo merecen estos hombres el castigo por los excesos que han hecho, sino que bastaba la misma razón de su disculpa para que los contásemos como delincuentes. Verdaderamente, señores, ése no es vasallo, criado ó amigo que os pretende obedecer, servir ó amar en oficio determinado; porque así como no hay caso en que el Príncipe pueda faltar á sus vasallos por verles miserables, no le hay también en que el súbdito deba excusarse de servir al señor por verle afligido: entonces el imperio fuera mayorazgo de la Fortuna, no de la Naturaleza: sirviéramos los más dichosos, no los más dignos. Si preguntásemos al Príncipe su ánimo cerca del privilegio, responderá que pensó pagar el servicio hecho y asegurar el agradecimiento para otros mayores. ¿Cuál podrá ser ahora el señor liberal con su vasallo, si llegare á entender le desobliga con el beneficio? Terrible y lamentable cosa sea que, en medio de las fatigas comunes y cuando ninguno recata la misma sangre en obsequio de la salud pública, estos hombres quieran atar sus acciones á la dudosa interpretación de sus pergaminos; y que la grandeza de sus reyes haya de ser fundamento de su terquedad. Aman sobre todo sus intereses; tienen por ajena la causa de la Monarquía; aborrecen la gallardía española; no penetran hasta dónde está la necesidad ó conveniencia de nuestras guerras, y apropiándose en juzgar del ánimo de nues-

tro monarca, ellos consigo mismo quieren aprobar y reprobar sus mayores acuerdos; esto bastaba para ser grande culpa. Tras de esto, fortalecidos en la piedad de nuestro dueño, piensan máquinas asaz peligrosas á la conservación de su Majestad, introducen tratos y partidos con su Rey, y pretendiendo capitular como con iguales, á un mismo tiempo y en una misma acción hacen deuda de la clemencia y justicia del atrevimiento, dándole á entender al mundo que se le debe de derecho la mayor abundancia á que llega la gracia del Príncipe: y porque la violencia de los casos no da lugar estos tiempos para que sean tratados como en aquéllos, sin que dejen espacio alguno al agradecimiento (porque es costumbre de los hombres no acordarse sino de lo postrero), todos sus ánimos ahora son ocupados de la queja, siendo cierto que la misma Naturaleza nos previene con ejemplos, pues el mismo sol una vez nos calienta y otras nos abrasa; el mismo aire ahora nos regala, ahora nos castiga. Pretendió el Principado que se le guardase la inmunidad de sus fueros, y se cumplió mientras lo quiso nuestro estado; hubo, en fin, de turbarse, habiendo mojado aquellas olas las más soberbias y remotas naciones. ¿Cuando el mundo se estremece, sólo los catalanes pretenden gozar de reposo? Ciertamente yo me persuado que este su crimen toca antes en inhumanidad que en desobediencia; no es menester valernos aquí de la razón de vasallos, bastando la de hombres. Con esto conoceréis ahora que su culpa hace pequeña cualquier ven-

ganza; y pues la guerra es remedio de las cosas sin remedio, ¿qué nos falta por hacer después que la clemencia, ni la amenaza, ni la industria han sido bastantes? Atento podemos considerar el mundo todo á nuestras acciones. ¿Sería buena satisfacción para los extraños ver que los españoles que así han sabido superar á los otros, no tengan brío para moderarse á sí mismos? Decís que os teméis del ruin ejemplar de la futura desdicha, y ¿no queréis temeros de ese mismo en la libertad presente? Si esta gente, roto tantas veces el freno de la obediencia, discurriese libre y sin castigo, esto fuera mostrarles á los otros cuál era el camino de la rebelión, por el cual no hubiera nación tan cobarde que no probase á repetir las venturosas huellas. Si el error no tuviera otra pena que haber obrado mal, sólo los justos llegarían á temer las obras ruines; empero para que buenos y malos teman el delito, ordenó la Providencia del Derecho que la pena siga á la culpa como infalible consecuencia; por eso el suplicio se ejecuta en lugar público, porque llegue el escarmiento donde llegó el escándalo. ¿Qué tales quedaran los ánimos de nuestros enemigos, habiendo visto Cataluña como plaza de nuestras injurias, robos, muertes é incendios, sin que de otra parte miren también los azotes y los castigos? De gran consuelo, sin duda, les habría de ser, si los consideran como flojedad; de gran ánimo, por cierto, si lo juzgan como cobardía. Yo lo entiendo así de estos mismos catalanes, que ellos jamás habrán esperado tanto de su furia como nuestra detención

les ha ofrecido. Aprendamos siquiera de ellos, que para acomodar sus cosas injustas es fama que se previnieron primero de la potencia; tal debe ser nuestra resolución. Empuñe Su Majestad la espada, ó por ella su ejército. Así les oiga, si aun se sirve de oirles; así les responda, si aun se sirve de responderles. Vana es sin duda la majestad sin el poder; el que quiera ser estimado, muéstrese poderoso: salga nuestro Rey si conviene; empero salga acompañado de famosos escuadrones, de antiguos capitanes. No ha de salir el César sino para triunfar, ni ha de llevar la victoria dependiente del arrepentimiento ajeno: en sí mismo, en su justicia, en su poder ha de fundar la esperanza del vencimiento, no en la cortesía de sus enemigos: mande tocar sus cajas, enarbole sus banderas, y los que oyeron los clamores de los miserables, escuchen ahora los ecos de los clarines vengativos. Vean los españoles que tienen príncipe que así sabe volver por los afligidos; y las provincias de Europa, que tenemos Rey que no tarda más en abrazar las ocasiones de valor que lo que tardan ellas en ofrecérsele delante.»

69 Al silencio del Cardenal sucedió un lento y misterioso ruido entre los circunstantes; porque si bien los más, advertidos del semblante del valido, estaban dispuestos á convenir con su sentimiento, todavía no acababan algunos de entregarse á sus razones, detenidos de su propio dictamen y acordados de la eficacia del Oñate. Parecióle al Conde interponer su autoridad antes que se esforzase la duda, y en pocas razones dijo:

70 «Que á él no le quedaba qué decir en aquella materia; que sentir sí, mucho; porque aunque su vida fuese larguísima (que no podría ser, atropellada de tantos sentimientos), no acabaría de llorar ver en sus días una desdicha tan grande, de la cual no se hallaría en las historias ejemplar antiguo ni moderno que se ajustase con aquel caso tan desmerecido de parte del Rey y de sus ministros: que podría contarse (mas que mejor era no contarse) como rarísimo á todo el mundo, que pocos hombres viles y desarmados perturbasen su república llena de varones y de nobleza, hacer cuerpo y amotinarse, poniendo las manos en lo más soberano de su gobierno natural, y obligasen después la gente escogida y atenta á imitar y favorecer sus desaciertos: que en los negocios de aquella calidad en otras partes suelen muchos nobles, ó á veces pocos, llevar tras sí la plebe; pero que aquí la nobleza había servido á la villanía; y que, en fin, se resolviesen á pretender capitular con su Rey, que tantas veces le despreciasen el perdón, forzándole á derramar sangre de vasallos y poner nota en la antigua fidelidad de los suyos. Que una hora más de disimulación no era posible ni conveniente: que los cuidados de afuera obligaban á no dejar aquella obra imperfecta; antes ponerla en toda quietud y olvido, porque los intentos mayores del Monarca pudiesen lograrse el año siguiente, pues con la alteración de aquella provincia se habían también alterado tantas diversiones provechosas que á Flandes é Italia estaban apercibidas: que ya era tiempo de mostrarles

á los catalanes el camino de su perdición: que el Rey no debía castigar tanto aquella nación por remediar su culpa, cuanto por excusar con aquel espanto la ruina de otras: que á Dios llamaba por testigo de que á costa de su sangre propia tomara excusar el menor derramamiento ó venganza, que ya parecía inexcusable: que interiormente lloraba de que en su tiempo hubiese podido tanto la malicia que osase á á obscurecer las luces de la verdad y justificación del Rey, suya y de sus ministros. Que él esperaba en el suceso mostrase á los venideros de qué parte estaba la razón. Que esto así venía á tocar en desdicha más que en demérito, que era sólo lo que podía darle consuelo en aquella aflicción; que le parecía que el castigo se ordenase luego, y que sobre todo seguía el parecer de los más.»

71 No aguardaban los presentes otra diligencia ó discurso que el breve razonamiento del Conde, para ajustarse todos en un solo pensamiento, y de la misma suerte que sucede debajo (1) la Equinoccial levantarse poderosos nublados en partes opuestas, hasta que de otro lugar comienza á soplar y prevalecer el viento que los humilla á todos, así la voz del Conde abatió las diferencias de éstos y aquéllos, recogiendo sus opiniones á su parecer solo, con indubitable aplauso de los circunstantes.

72 Resolvieron que el Rey debía salir de Madrid con pretexto de hacer Cortes á la corona aragonesa: que

---

(1) En la edición de 1808, *baio la.*

se publicase quería dar consuelo y satisfacción á aquellos vasallos, ayudando juntamente la restitución de la justicia y castigo de los perturbadores del bien de Cataluña: que como al Rey era indecente pedir lo que podía mandar, llevase delante su ejército, el más copioso que pudiese juntarse: que ajustadas las cosas del Principado por manos del temor, como esperaban, se podía después emplear en las fronteras de Francia, cogiendo la ocasión que en la primavera se había perdido: que si los catalanes se pusiesen en defensa, no faltaría qué hacer en su daño y castigo, acabando de una vez con el orgullo y libertad de aquella nación: que estando formado el ejército, se le ordenase al gobernador de las armas de Rosellón tentase á los paisanos hasta descubrir sus intentos: que para que el Rey pudiese salir la primera vez, como convenía á su autoridad y al negocio que empezaba, llamase al punto las partes de ejército que se hallaban en las provincias de Guipúzcoa, Álava y tierra de Campos, reliquias de los soldados vencedores de Fuenterrabía: que se sacasen todos los tercios, compañías y capitanes de los presidios de España, particularmente de Portugal, Galicia y Aragón, con todos los oficiales entretenidos y personas de puesto: que se publicasen bandos para que los hombres que alguna vez hubiesen recibido sueldo real acudiesen á servir: que se despachasen decretos á los Consejos y Tribunales, no admitiesen memorial ninguno de soldado: que se hiciese lista de los que se hallaban en la corte, y fuesen echados violentamente por las jus-

ticias en caso que ellos dudasen obedecer los bandos: que los seis mil hombres que se habían repartido á los señores de Portugal fuesen pedidos luego, y los trajesen indispensablemente: que de las milicias de Castilla, León, Andalucía, Extremadura, Granada y Murcia, se entresacasen las dos de cinco partes: que se llamasen de Navarra dos de los cuatro tercios en que se divide: que se pidiese gente voluntaria á Aragón y Valencia: que pasasen á España el tercio de Mallorca con su virrey y nobleza: que las levas de asientos hechas por todos los distritos tratasen de acabarlas con suma brevedad: que toda la caballería derrotada de Cataluña, y la que se hallaba en las provincias, se juntase luego: que los jinetes de la costa fuesen también á incorporarse con ella: que las guardias viejas de Castilla se remontasen, y marchasen las que se habían excusado los años antes: que se avisase al capitán de los continuos (1) estuviese pronto, y los suyos, para campear: que la caballería de las órdenes militares, pedida para la guerra de Francia, se obligase á salir, usando para ello de cualquier medio: que la otra repartida á los Tribunales se les pidiese con vivísima instancia: que marchase alguna parte de la artillería que se hallaba en el castillo de Pamplona:

(1) *Continuo.* Cada uno de los guardias que en número de ciento velaban por la seguridad personal del Rey. «Otrosí mandamos que en el aposento que los *continuos*, hombres de armas, han de tener en nuestra Corte, y fuera de ella, se guarde de aquí adelante la orden siguiente...» Leyes de la Nueva Recopilación no comprendidas en la Novísima. Libro 3.º, título 15, ley 23.

que la que estaba en Segovia saliese también: que el marqués de las Navas diese las piezas que tenía en aquella villa, para juntarse con las de Segovia: que toda la gente de guerra, así infantes como caballos, entrase en Aragón y parte de Valencia, haciendo frente á Cataluña, acuartelada por las riberas del Ebro, hacia la mar: que se nombrase por plaza de armas general Zaragoza: que las galeras de España acudiesen á Vinaroz para dar calor al ejército, y los bergantines de Mallorca para servir al manejo de los víveres: que el tren y los oficiales de sueldo acudiesen á Aragón á esperar la formación del ejército: que allí podría ir á tomar su gobierno la persona á quien el Rey lo encargase.

73 Esta fué la resolución de aquella gran Junta y de aquella gran cosa, medida casi por las mismas pasiones y respetos con que se trataban los negocios humildes. Por infalible se puede contar la perdición del reino donde los negocios se han de acomodar al ánimo del que manda, habiendo siempre el ánimo de acomodarse á ellos. Llaman traición á aquel delito que se encamina al daño particular del Príncipe ó del Estado, y no llaman traidor á aquel hombre que por sus respetos descamina el Príncipe y pone el Estado á peligro.

FIN DEL SEGUNDO LIBRO

LIBRO TERCERO

Elección de general del ejército del Rey Católico. — Examen de los sujetos suficientes. —Junta de la generalidad en Barcelona. — Ventílase de la paz ó defensa. — Llámanse los títulos catalanes. — Embajada y rehenes á Francia. — Juicios de aquel reino. — Capitulaciones y ajustamiento con el Cristianísimo. — Rompe el Garay con hostilidad en Rosellón. — Sucesos de sus armas.—Redúcese Tortosa. — Ocúpanla los reales. — Entra en ella el marqués de los Vélez. — Jura de virrey del Principado.

1 Resoluta (1) la guerra, lo que daba mayor cuidado á los ministros reales era la elección de persona que debía gobernar las armas, porque siendo la ocasión tan grande ó mayor que las antiguas de España, no alcanzó aquella suerte que las pasadas, en haber de concurrir con ella los famosos hombres de que su nación fué tan abundante: todavía se nombraban algunos sujetos dignos de gran confianza, particularmente cuatro, que entre todos, según el discurso común, merecían sobre los más el cuidado de aquel gran negocio. Era el primero el Marqués Espínola, en quien se hallaban muchas calidades de capitán; empero como aun entonces no se había perdido la esperanza de algún ajustamiento, pareció que por sus manos se

(1) En la edición de 1808, *resuelta.*

dificultaba toda concordia, por ser el Marqués á los catalanes, desde la guerra de Salses, en todo extremo aborrecible. Créese que el mismo Espínola, temeroso de que la empresa parase en su poder, acordaba diestramente sus inhabilidades; otros daban en que no parecía conveniente que españoles fuesen castigados por el arbitrio de un extranjero; que el padre enmienda y disciplina sin injuria al hijo inquieto, no le manda corregir por el esclavo ó criado. Muchos salían á contradecir la elección del Espínola, y ninguno la deseaba menos que el Espínola.

2 El Almirante de Castilla era, después de éste, aquel donde luego se encaminaban los ojos, y muchos le anteponían al primero. Era el Almirante hombre con principios de grande, y en sangre y ánimo asaz ilustre, amado sobre los más de su orden; había vencido tantas veces como peleado; fueron pocas sus victorias, porque lo fueron sus ocasiones; mas como la grandeza de los validos se desplace naturalmente de aquellos que por algún otro medio suben á la eminencia de la autoridad, no le pareció al Conde conveniente darle nueva materia para añadir á su buena fama otros aplausos. Así, con algún honesto desvío, no fué dificultoso apartarle de la consideración de los que lo deseaban; y á la verdad, medida su suficiencia con el valor de la empresa, no eran iguales.

3 Creyeron algunos que le lisonjeaban en proponerle á Don Francisco de Acevedo y Zúñiga, Conde de Monterrey, que poco antes había gobernado á Nápoles con más dicha que providencia. Servía entonces

el cargo de Presidente de Italia, sobre consejero de Estado de España, en mediano aplauso de los políticos: era su primo y su cuñado dos veces el Conde; empero como no es cierto que la naturaleza ate siempre los ánimos de los hombres con los vínculos de la sangre, trayéndoles á unas mismas inclinaciones, hacían en los dos, el uno muy severo, el otro muy festivo, antes disonancia que armonía. Era éste, según fama, el que menos adoraba la majestad de aquél: subido ya á gran estado, y sin hijos á quienes desease buenas correspondencias, así como no miraba á la esperanza, sólo atendía á gozar lo que había alcanzado de su fortuna. Tampoco el Conde-Duque quiso fiar al descuello y capricho del cuñado cosas tan grandes, porque cuanto era más suyo, temía más que en los otros el yerro contingente; pretendía poner en aquel lugar un tal sujeto que siendo la elección sólo suya, fuesen los peligros ajenos. Con esto fué forzoso pasar con el discurso á buscar otro.

4 Hallábase á esta sazón en la corte el Marqués de los Vélez, adelantado mayor del reino de Murcia, hijo y nieto de ministros, biznieto de grandes capitanes, hombre en quien la naturaleza anticipó la cordura á las experiencias; ornó la juventud con el consulado, siendo virrey tres veces, y tres general en Valencia, Aragón y Navarra, de cuyo gobierno militar y civil aun no despedido asistía en la corte, reputado por digno de mayores empleos. No desayudaba al Marqués su fortuna, aunque naturalmente modesto, porque también idolatraba aquella admirable es-

tatua de la soberanía; pero con tales modos y afectos, que en los ojos del mundo pareciese su devoción más atenta al conservar que al crecer. Habíale alabado el Conde públicamente en otras ocasiones, y acordados de aquella alabanza, más que de sus méritos, acudieron todos con la memoria á su persona; este fué el primer motivo para nombrarle: después, viéndole bien recibido, fueron con ingenio arrimándole otras consideraciones de gran peso, que todas le hacían asaz á propósito para el mando; como era ser descendiente y heredero de la casa del comendador mayor Don Luis de Requeséns, estimado por hijo en Cataluña; conservar en aquella provincia deudo, amistad y alianza con muchas casas ilustres, por el estado de Martorell, que poseía; haber gobernado reinos muy parecidos en leyes y costumbres á los catalanes; y principalmente, la buena fama con que lo trataban las tres naciones vecinas.

5 Ejecutóse lo propuesto, habiéndosele encargado el manejo de aquellos negocios con segundo título de Virrey de Arâgón y general del ejército que en él se formase; y por acomodarle en sus conveniencias, le fué hecha merced de la plaza de mayordomo mayor del infante Don Fernando, con el puesto de capitán general del mar de Flandes, y una de las más gruesas encomiendas de Castilla, sin el sueldo de mil y quinientos escudos cada mes.

6 Aceptólo con satisfacción el Vélez, porque se hallaba igualmente engañado que los otros ministros en aquel negocio: no llegó jamás á creer que los catala-

nes se sustentasen en su entereza, y como juzgaba contingente la necesidad de las armas, no se excusó la alegría de habérselas confiado su señor; considerábase igual con la dicha de algunos, que sin lidiar triunfan. Esta imaginación le hizo ligero aquel peso, que poco después le cargó tanto, que le puso en aprieto de dejar la reputación ó el mando.

7 Buena ocasión nos daría este suceso para avisar á las ambiciones de algunos que procuran los puestos y lugares que no merecen, si el oficio de historiador fuese tanto moralizar como decir. La Historia aconseja y reprende sin más razones que los mismos casos; aquí entra la enseñanza por el entendimiento, no por los oídos: note cada cual en las acciones ajenas su aprovechamiento. Es la experiencia estudio de brutos : para el hombre cuerdo debe bastar el aviso de lo que sucedió á otro; no es menester que le busque por el mismo daño. El Vélez, engañado de sí propio, pagó después, no sin injuria, la facilidad con que discurrió al principio. Ningún sabio debe asentar sus discursos sobre materias inciertas, pues por firmes que las considere, si profiriendo la esperanza de más dichosos fines camina á la felicidad, temblando ó mudándose después los cimientos de las cosas á la violencia de accidentes imperceptibles, viene á hallarse sepultado él y sus pensamientos entre las ruinas de su edificio.

8 Mientras en Castilla se procedía en consejos, tratados y expedientes, no descansaban también los catalanes en disponer lo necesario. Luego que faltó

el de Cardona á su gobierno, quisieron juntarse para dar forma á su república, porque si bien los imperios se conservan por aquellos mismos medios que se han han adquirido, no es así todavía en aquellos donde el movimiento común de las gentes se aparta de un cetro por seguir á otro; porque el furor y unión de los muchos, raras veces constante, siendo acomodado á la naturaleza del emprender, no alcanza la virtud del conservar: lo uno se puede conseguir con la fuerza, y lo otro no se halla sino en la templanza.

9 Esta máxima de estado, siendo bien entendida por los catalanes, los obligó á poner luego las manos y entendimiento en buscar los modos de su conservación. Pareció lo primero debían convocar generalmente sus estamentos, y los llamaron por aquella autoridad que les daba la ocasión, y alguna que ellos creían se les derivaba de sus propios oficios, en defecto de los lugartenientes de su príncipe. Llamaron por su antigua forma todos aquellos que tenían voto en la congregación, no olvidando, artificiosamente, los mismos de quienes esperaban no obedecerían por los intereses del Rey. Escribieron cartas al nuevo Duque de Cardona, á los Marqueses de Aytona y de los Vélez, al Conde de Santa Coloma, hijo del difunto, y á todos cuantos señores castellanos y extranjeros tenían en el Principado estados ó baronías; llamaron á los obispos y prelados, á todos los ministros y tribunales, sin reservar al Santo Oficio: declaraban á todos el aprieto de su Patria, la común miseria de su república, su justificación, el enojo de su Rey y

la indignación de sus ministros; decían de las prevenciones de Castilla, encaminadas á su destrucción; pedían les viniesen á aconsejar, ayudar y advertir.

10 Algunos de los llamados ofrecían sus excusas, temerosos de hallarse en obra de tanto peligro; porque como en las monarquías es cierto que el bien y conservación de cada cual se incluye naturalmente en el cuidado del Príncipe, aquel ofende su providencia que por sí solo, ó con sus iguales, ó por sus medios, pretende juntarse para tratar de su remedio.

11 Este mismo recelo de algunos partidarios obligó á la Diputación á reescribirlos usando todo el poder de madre y señora del estado político: quitóles la duda, satisfizo á su temor, dióles término y día señalado, y envolviendo amenazas entre lástimas, así como les aseguraba del peligro cuanto al enojo del Rey, prometía severos castigos á los desobedientes á su autoridad. Pudo esta diligencia vencer la cautela y temor en los más prudentes y respetuosos; así, faltando pocos, formaron la congregación en su antigua forma.

12 Cierto podemos afirmar que su intención de los catalanes no fué otra que juntarse para discurrir sobre los medios acomodados á su estado, porque verdaderamente ellos amaban la persona del Rey Católico; empero, aborrecidos y temerosos de sus dos ministros, Conde y Protonotario, de tal suerte deseaban el servicio del Rey, que si el Principado pudiese hallar venganza contra los dos, ó por lo menos quietud sin ellos, fácilmente se dispondría á vivir obediente; mas no con tal obligación y apremio que se

redujesen al gobierno pasado, habiendo de quedar sus cosas en poder de los dos acusados. Hacían estas consideraciones porque, pesado el odio que tenían al Conde y su Protonotario, con la afición que no negaban al Rey, aquél era sin comparación superior á esotra y de fundamentos más fuertes, siendo constante entre todos que por manos y consejo de aquellos ministros habían recibido muchos agravios; mas por las del Príncipe ningún beneficio. Y como lo uno se fundaba en sus intereses y lo otro no era más de una obediencia á la virtuosa costumbre que nos obliga á amar á los mayores, ninguna vez se oponían entre sí las dos causas que no quedase victoriosa la segunda y ésta no llevase tras sí las acciones que estaban dedicadas á la primera. Juntáronse, en fin, sus cortes en Barcelona, precediendo en todo el consistorio de la Diputación.

13 Es entre los catalanes Diputación general el supremo magistrado, que representa la unión y libertad pública, como ya entre los romanos sus cónsules antes del imperio, y después del imperio sus senadores ó conscriptos. En varias provincias de España se gobiernan á este modo; en algunas se llama cabildo, en otras cámara, y en otras ayuntamiento: esto mismo vienen á ser los esclavinos (1) en Flandes, en Holanda los burgomaestres y en Milán los senadores: lo más

(1) *Esclavino*, voz que no está en el Diccionario de la Academia; viene de *echevín*, nombre que se daba á los regidores en algunos municipios de Francia y de Flandes.

en Italia algo se desvía de esta forma (no hablo de las repúblicas). Asiste la Diputación general en Barcelona, metrópoli del Principado: consta de tres diputados, como hemos dicho, que nombran cada año por elección común el día de San Andrés: es cada cual voz de su estado, y ellos tres, sagrado, militar y real; y en cada uno concurren los votos de la gente de su orden, que escogiendo por suerte aquellos que deben ser nombrados, van apurando sus nóminas de los números mayores á los menores, hasta que aquellos pocos electos por la comunidad eligen aquel uno que los significa todos: sagrado es la iglesia, militar la nobleza, real la plebe.

14 A estos tres se juntan otros tantos jueces, hombres de profesión jurisprudentes, cuya dignidad no como los diputados es anual, antes dura hasta otra promoción: asiste cada cual al diputado de su estamento, habiendo en los jueces también la misma diferencia de órdenes, si no en la calidad, en el oficio y negocios; porque, aunque juntos en la Diputación mandan en todo, todavía ellos por sí solos no se entremeten en más de las cosas de su estado.

15 Esta Diputación, llamada general, no sólo gobierna en la ciudad superiormente, empero se extiende cuanto se dilatan sus provincias: todas las villas y ciudades tienen de esta suerte gobierno natural, que representa el cuerpo de sólo su pueblo, como la Diputación representa el de toda la provincia: en unas los llaman cónsules, en otras procuradores, en otras jurados; mas en todas viene á ser igual su autoridad

y casi conforme su hábito, que se mejora ó humilla según el caudal de cada pueblo. Vístense ropas largas, dichas gramallas coloradas, de paño ó seda, de extrañísima hechura; de ordinario son de damasco, sus orlas de terciopelo, y sobre ellas una faja de lo mismo; ésta viene á ser el propio hábito, porque sin él no pueden entrar en su magistrado, y con él se suplen la falta de la ropa. Usan la gorra y cuello español, y en sus acompañamientos públicos se sirven de mulas más que de caballos, llevándolas pomposamente aderezadas: traen delante sus porteros y maceros, como los ediles ó tribunos de los romanos, significando la gran autoridad de su oficio.

16 Todos los pueblos y su gobierno guardan entre sí la propia correspondencia con el magistrado de su provincia superior á toda ella, que éste tiene y guarda con la Diputación general, donde todos se unen conformemente por sus procuradores. Este es el modo por que se gobiernan en sus cosas públicas, y por el mismo se distribuyen los servicios y contribuciones de todo el Principado, y se administran todas las rentas comunes, aquellas cuyos efectos se disponen en propio beneficio de la provincia, sin intervención alguna del Príncipe.

17 Era á este tiempo diputado eclesiástico Pau Claris, canónigo de la iglesia de Urgel; militar, Francisco de Tamarit, caballero de Barcelona; real, Josef Miguel Quintana, ciudadano. Jueces, Jaime Ferrán, Rafael Antic y Rafael Cerdá: los conselleres de Barcelona, Luis de Caldés Doncell, Antic Saleta y Morgades,

Josef Massana, ciudadanos; Pedro Juan Girau y Antonio Carreras, oficiales; y porque en muchas partes habremos de nombrarlos, entonces daremos razón de sus inclinaciones, según nuestra costumbre, cuando los acontecimientos nos den ocasión de hacer juicio de sus espíritus.

18 En los casos de suma importancia forman otro consejo que llaman Sabio: consta de cien personas diferentes, incluyendo en ellas todos los ministros, todos los estados y calidades de la república. Este es por mayor su gobierno natural, de que me pareció debía dar esta breve noticia, por satisfacer la curiosidad ó duda del que llegare á leer.

19 Juntos los catalanes en sus Cortes, entonces se comenzó á tratar generalmente del miserable estado de su Patria, diciendo que sobre verse ofendida de un mal interior, que como veneno implacable abrasaba sus entrañas, la volvían á ver amenazada de otro mayor accidente, á cuyas manos sin falta acabaría la salud pública; que tanto era mayor el trabajo, cuantas más fuerzas añadía el primero. Descogían (1) otra vez las memorias de obligaciones y de lástimas pasadas; volvían á contar los robos, los incendios, los estupros y los adulterios: aquel parecía más celoso del bien público, que los afligía con la recordación de sus más horrendos sacrilegios y alevosías: hablaron de su gran justificación, de la piedad de su causa, del socorro que podían esperar de Dios, siendo su

(1) En la edición de 1808, *escogían*.

desagravio su mayor motivo; no olvidaron la industria con que los ministros contrarios de su quietud desviaban los remedios que en la clemencia de su Rey podían prometerse, y aun sobre la persona del mismo príncipe hacían juicio, diciendo: ¿qué les importaba fuese su corazón lleno de piedad, si no vivía con su propio espíritu, sino con aquel de los que amaba? Que la bondad en los príncipes, si no se ejercita, es como las riquezas del fondo del mar, que aunque es cierto que las hay, no aprovechan á ninguno: que las virtudes que están ahogadas de la omisión ó pereza, son como prisioneras del vicio, y antes son dignas de lástima que de loa: que el príncipe no cumple con poseer las buenas costumbres de hombre, si no las acompaña con el valor de príncipe: que aquel rey sin duda reprueba la elección que Dios hizo en su persona á la dignidad real, cuando pone su mismo oficio en manos de otro, pues al sumo poder tan fácil fuera hacer rey al valido como al señor, y él deshace en sí propio la obra de la sabiduría; en fin, que del natural de su monarca no había que esperar acción alguna, cuando su bien estaba opuesto á la voluntad de sus favorecidos.

Por aquí caminaban á la mayor desesperación: alentábanse con lo que se prometían seguro en Francia y aun en otras naciones; en esto que creían, ó mostraban creer, fundaban vanamente todas las esperanzas de su remedio. Lleva el apetito de ordinario los hombres á grandes peligros, y aun no contento de llevarlos hacia el trance, también allí acostum-

bra deslumbrarlos, haciéndolos creer fácilmente y obligándolos á usar de medios incapaces ó ilícitos: donde viene que yerran lo que podían enmendar quizá con el sufrimiento, porque el vivísimo deseo de salir del aprieto no da lugar á que examinen si son ó no son justos ó posibles los remedios y las esperanzas que se les ofrecen delante.

21 De otra parte, les parecía la guerra inexcusable, según juzgaban por las deliberaciones del Rey, de que recibían continuados avisos: cada día llegaban nuevas de las grandes prevenciones que se hacían contra su provincia.

22 No se olvidaban también en la propuesta á los Estados de pedir se les buscasen algunos medios suficientes para poder alcanzar la paz, que habían perdido, la restauración de la justicia, que se había estragado, el desenojo del Rey, que los amenazaba, la satisfacción de los pueblos quejosos, la seguridad de la mayor parte de los hombres, á quienes había tocado la inquietud.

23 En estas y semejantes razones se incluía toda la propuesta de los catalanes en su congregación: duraron las juntas muchos días, recusando algunos pareceres y escogiendo otros, y después dejando estos escogidos, y volviendo á platicar los mismos que poco antes habían reprobado, ú otros introducidos nuevamente, porque todos los caminos por donde se salía el discurso, paraban en confusión y desconsuelo.

24 Después, volviendo á juntarse á la última acción (cuando parece que ya los ánimos estaban firmes y

resolutos (1) en un pensamiento), comenzaron su nueva plática, votando más regularmente que hasta entonces, desengañados de que por el modo de conferencia no podrían conseguir la resolución. Este es vicio común en los grandes concursos, donde siempre se hallan hombres que, ambiciosos del aplauso aún más que del acierto, ó con exquisitas palabras, misteriosas á los ignorantes, ó con demostraciones de afecto, persuaden ó turban la gente fácil, hasta traer algunos á la idolatría de sus vanidades.

25 Habíase discurrido indiferentemente en todos los circunstantes sobre la proposición de los diputados: la mayor parte de los votos, con poca variedad de razones, se inclinaba á la defensa de las armas. Si alguno añadía, no era sino circunstancias de dolor á la causa pública: si otro moderaba en algo el sentimiento anterior, en vano persuadía.

26 Llegó entonces la ocasión de hablar á monseñor Juan, obispo de Urgel, hombre que nació más felizmente de la virtud que de la naturaleza, letrado de opinión entre los suyos, práctico en los negocios de la corte romana, donde ocupó la plaza de auditor de Rota, y de presente la de canciller de Cataluña: interrumpió el silencio, y (según de su boca le escuchamos después) habló en este sentido:

27 «Por cierto, señores, compañeros y hermanos míos, yo no puedo negar que empiezo á hablaros lleno de espanto y desconsuelo, considerando que, siendo ya

(1) En la edición de 1808, *resueltos*.

de los últimos votos en esta junta, habéis pasado por la razón sin que ninguno de vosotros la haya conocido. Violentamente me sacasteis de mi iglesia para que os acompañase en esta congregación : yo me llamara mil veces mal afortunado si mi resistencia me hubiese valido; tanto estimo ahora el servicio que puedo haceros hablándoos como se debe. Casi os estoy viendo todos cubiertos de la sombra de vuestra pasión : esto me pone en temor de vuestro descamino, y esto mismo me obliga á que os dé voces que os avisen del precipicio. Véome igual á vosotros en la naturaleza, superior á algunos en la fortuna, y á mis méritos primero : á aquellas obligaciones antiguas de la sangre y de la Patria se añaden éstas del premio que entre vosotros he hallado contra el uso de los tiempos : no sabré determinarme en cuáles son mayores; sé por lo menos que todas son amables. Ya digo, señores, mi Patria afligida, mi estado exento de ficción, mi experiencia provecta de algunas observaciones, mi edad incapaz de toda esperanza y por eso más acomodada al desengaño, todo junto me hace cargo para que yo os sea constante compañero y consejero fiel. Veo que constantemente entendéis todos que para reparar las miserias é infortunios que hoy padecemos, originadas de la insolencia de los soldados forasteros, conviene tomar las armas en defensa de los naturales y de los famosos privilegios que nos han dejado nuestros antecesores. Primeramente yo no puedo negar que vuestra causa es justísima; confieso el peso que ha caído sobre nuestra república;

también yo he oído muchas veces las lástimas y quejas de nuestros patricios; también conozco la libertad de las legiones; pero ¿por qué razón no probaremos primero otros remedios más suaves y proporcionados que ese que determináis, tan violento, y de que podéis usar á cualquier hora? No es el cauterio ó la lanceta la primer cura de la apostema; antes que ésta instituyó la medicina los que llama madurativos, y muchos males rebeldes á la dureza del acero obedecieron á la facilidad de los polvos. Pretendéis vengar vuestra Patria de la insolencia de los soldados, y ¿queréis poblarla de nuevo de otros tantos? ¿Quién os ha de vengar á vosotros de estos segundos? La soberbia de estas gentes no consiste en su nación, sino en su oficio; no son éstos insolentes porque son castellanos (tales han sido ya romanos y griegos); muchos hay y de varias naciones, y todos se conforman en las costumbres licenciosas; luego no es mal fundado el recelo de que los mismos catalanes que habéis de ocupar en este ejercicio os salgan tan molestos á la república como los castellanos, que no podéis sufrir. Ya veréis ahora en vuestra necesidad vuestro peligro, pues no es tan suave el natural de los nuestros que no nos dé mucho que temer de su orgullo. Vamos á los extranjeros : ¿cuáles han de ser éstos? No hay en España nación qne no sea parcial, y apenas hay provincia en Europa donde no llegue ó el imperio ó el respeto del que tenemos por señor. Francia entre todas animará vuestra flaqueza; muchos días ha que triunfa : eso que á vosotros os puede

alentar á mí me desanima. Si la fortuna no ha mudado sus antiguas costumbres, ya la podemos contar en las horas de su declinación; pero yo no quiero valerme de este accidente; decidme, ¿qué certeza tendréis que aquellos contra quien ayer os armasteis se querrán armar hoy por vuestra defensa? Y cuando sea cierto que os ayuden, ¿con qué gravámenes os enviarán ese socorro? ¿Cuándo llegará? Y ¿cuál será? Y ¿qué podréis vosotros obrar sin él? La nación francesa, así como ninguno le ha negado el valor, ¿deja de confesar su inconstancia? ¿Sería por ventura conveniente que una vez empeñados en la guerra y declarados contra vuestro Rey os faltasen sus asistencias? Mirad bien á qué cosa os ofrecéis, y cómo por cuenta de vuestro juicio corre el peligro común; en vuestras voluntades están las de todo el pueblo: ¡oh!, no se corrompa su inocencia en vuestra pasión. Mas cuando todo suceda prósperamente, ¿qué es lo que determináis? Si pretendéis quedar libre república, claro está es imposible en medio de dos monarcas tan grandes, como se dice de aquel miserable pez que, deseando volar, ó le traga una ballena ó le despedaza un águila. Si pretendéis nuevo príncipe, ¿cuál hay entre vosotros más digno de imperio? Si le queréis extraño, ¿por qué le esperáis propicio? Decís que la libertad de vuestros fueros os permite tomar las armas por defensa della; todavía á vista de una demostración tan contraria al uso de las gentes, ¿cómo os podréis excusar de ingratísimos, viendo que os queréis vengar de la misma magnificencia? Yo no me

atrevo á afirmar que os sea ilícito; empero pregunto si os es conveniente. Lícito es al ciudadano el pasearse en la dorada carroza; pero si esa excusada pompa le trajese á un costoso empeño, no le excusaría la justificación de la imprudencia. Dos cosas son precisamente necesarias al que emprende la guerra: la primera es conocerse, la segunda conocer á su contrario. Cotejad ahora brevemente esta diferencia: quién somos, señores, y contra quién nos armamos. ¿Quién, como cada cual de los presentes, conoce el asiento de nuestra región, ocasionada por mar y tierra á invasiones que quizá para templarnos nos puso así naturaleza? ¿Quién mejor que vosotros ha tocado lo tenue de vuestros caudales? La moderación, no la prosperidad, nos hace ricos; vuestra prudencia son vuestras minas: ¿no veis hasta dónde se extienden los términos de nuestra república? ¿Dónde están los comercios? ¿Dónde los tratos y navegaciones? Estos son los nervios que manejan la potencia del imperio. ¿Hacia qué parte son vuestras conquistas? Ahora digo, lo pasado no nos hace más que envidia ó por ventura cargo de que lo olvidemos. ¿Cuáles son los famosos capitanes que han de gobernar vuestras huestes? No dudo yo que la sangre de los ilustres que nos acompañan rehusará cualquier peligro en obsequio de la Patria; empero es menester que sepáis que entre el valor y la ciencia hay grande desproporción. ¿Cómo se llama el puerto en que asisten vuestras armadas para guardar vuestras costas? ¿En qué campañas se apacientan los briosos jinetes de

que habéis de formar vuestros batallones? ¿Cuáles son entre vosotros los industriosos ingenieros que han de delinear vuestros fuertes? Pues si yo que soy un humilde é ignorante hombre, á sólo la luz de la razón hallo tan fallidos vuestros designios, ¿cuántas más faltas podrá descubrirles la consideración de los varones prácticos en la guerra, cuales debían ser aquellos que os aconsejasen? Mirad, señores, atentamente dónde os lleva vuestro enojo; y pues os habéis visto, volved ahora los ojos al que queréis tener por enemigo. Felipe IV se llama rey de las Españas, y le podremos llamar mayorazgo de las riquezas del mundo; pocos son aquellos que le ignoran el nombre y la grandeza: ¿qué gentes se moverán contra vosotros á la muda voz de un despacho suyo? ¿Qué estudio le costará juntar sus fuerzas contra vuestro atrevimiento? Á porfía se le ofrecerán los vasallos fieles para servir de instrumento á vuestro castigo; ¿qué descomodidad se les seguirá á sus ejércitos en que saque de Flandes, Lombardía, Sicilia y Nápoles algunos famosos tercios de soldados veteranos? ¿Con qué voluntad vendrán éstos á libertar y vengar sus hermanos, oprimidos de nuestra furia? ¿Qué de capitanes pasearán hoy en su corte en pretensión de que les fíe alguna parte de vuestra ruina? Vosotros habéis de rogar á quien os defienda; él ha de ser rogado por los que quieren vengarle: las armadas de uno y otro mar poco trabajo les costará infestar vuestras costas; suyas son todas las fuerzas marítimas de Rosellón. Cuando otros tiempos tuvisteis famosas contiendas

con Don Juan el Segundo de Aragón, estaba entonces España repartida en muchos brazos; los más fuertes ayudaban á levantar el débil cuerpo de vuestra república; hallasteis un Don Enrique en Castilla, que os ayudó con socorros; un Don Pedro en Portugal, que se puso en vuestras manos; un Renato en Francia, que también no os desdeñó de vasallos; y á todos ofrecisteis nueva servidumbre, que no os salía tan barato el auxilio; ahora está el juego del mundo y de la fortuna armado de otra suerte. Advertid que no perdáis de un solo lance la justa libertad que habéis gozado hasta ahora : un solo Rey es para la ofensa, y muchos os parecerá para el castigo. Mirad en qué paró una ligera inquietud de los vizcaínos el año de treinta y tres: antes estaban castigados que se entendiese en España la culpa. Volved hora la vista á los portugueses, que tenéis por hermanos, que fácilmente templaron su orgullo á vista de las armas de Mérida, año de treinta y siete. Ved los aragoneses, nuestros vecinos y amigos, cómo se humillan al precepto después que Don Alonso de Vargas les hizo besar el látigo: los valencianos se contentan con sólo el nombre de reino que poseen. Navarra, ni su vecindad y deudo con Francia, ni la antigua contienda de su derecho, contaminó su obediencia, ni la movió la guerra ni la alteró la fatiga. De todos los vasallos nosotros somos los que llevamos menos cargas, ó sea que nuestro apartamiento las desvíe ó que las modere la buena opinión en que estamos de briosos. Rey tenemos, señores; Rey y padre, no sólo cristiano, sino católico por renombre :

cuanto es mayor nuestra justicia, así debe crecer nuestra confianza: representémosle postrados nuestra miseria; hable sólo nuestra fidelidad: el vasallo ó el siervo que pide inmodestamente, ya lleva la negación escrita en el descomedimiento. Informemos á nuestro Rey con una persona llena de verdad y celo, desnuda de todos respetos humanos; justifiquemos nuestra causa con Dios, con Su Majestad y con las gentes; este es el medio del sosiego, de la paz y de la enmienda: entonces podemos esperar el verdadero é infalible socorro del Omnipotente Señor, Rey de los reyes, amparo de los afligidos, Dios de los ejércitos. Yo, por lo menos, tomando su Divinidad por juez de mis acciones, protesto que siempre os hablaré en este sentido y con este sentimiento.»

28 Calló entonces el Obispo y acabó el llanto su razonamiento. La elocuencia, ordinariamente superior á los ánimos, no dejó de hacer en los presentes algunos inferiores efectos: ninguno osó á retractarse, juzgándolo á delito; los más libres le escucharon con desprecio. Continuóse la materia, reiterándose todos en la opinón primera, hasta que hablando los diputados generales Quintana, el real, en representación del pueblo, y Tamarit, el militar, en nombre de la nobleza, dijeron su parecer casi en una misma sentencia, difiriendo tan poco en las palabras como en los afectos.

29 Faltaba solamente por declararse el diputado Claris, de superior autoridad entre los tres, no menos por su dignidad que por su espíritu atentísimo á las

cosas públicas. Era Claris hombre que, habiendo sido antes olvidado, deseaba de hacerse conocido, sin pesar mucho los medios que se le ofrecerían á la fama; aspiraba al mando, que no pudo conseguir antes de la inquietud; y después puso todo su mérito en la libertad, de la que se inculcaba por celoso. Aborrecía de otros tiempos su obispo, y aunque su sentimiento fuera igual, por sólo no convenir en su opinión mudara de ánimo. Había callado con suma observación hasta entonces, si bien las demostraciones informaban del fuego que guardaba en el pecho. Suspendióse gran espacio, y revolviendo la vista melancólicamente, pidió atención con los ojos, y habló así:

«Nobilísimo y afligidísimo concurso: Ni mis lágrimas ni vuestro dolor dan lugar á que me dilate; mas aun así es la materia tan grave, que no podré ceñirla tan brevemente como deseo, pues el espíritu que mueve mi lengua, todo aquello que tardare en explicarse, le parece que os debe de tiempo en la afanosa ejecución que os espera. Habéis oído atentos la plática de ese docto prelado mío; ahora os suplico como particular ciudadano escuchéis mis razones, y como cabeza de vuestra junta os encargo examinéis la substancia de estas y aquellas palabras, que yo sé de mi opinión no tomará fuerzas en mi autoridad para persuadiros, sino en sí misma. No creo que este varón que escuchasteis siente con diferencia del consejo que os ofrece; no pienso yo tan impíamente, ni me ajustaré á entender que el mismo pastor es quien conduce las ovejas á la estación del lobo; antes ven-

go á persuadirme que los hombres criados á la leche de la servidumbre ignoran del todo aquella bizarría y libertad de ánimo de que necesita el verdadero repúblico. ¿Por ventura es más prudente ó más templado que todos los que aquí estáis? No por cierto; la ventaja que nos lleva no es otra que haber perdido el sentimiento, de puro ejercitada la paciencia en otros oprobios; pues ¿cómo, nobilísimos catalanes, queréis vosotros regular vuestras acciones por la pauta de las humildades ó lisonjas de un hombre antiguo cortesano? Está Cataluña esclava de insolentes, nuestros pueblos como anfiteatros de sus espectáculos, nuestras haciendas despojo de su ambición, nuestros edificios materia de su ira; los caminos, ya seguros por la industria de nuestras justicias, ahora se hallan nuevamente infestados; las casas de los nobles les sirven de fáciles hosterías, sus techos de oro y preciosas pinturas arden lastimosamente en sus hogares; mas ¿cómo tratarán con reverencia los palacios los que no se desdeñan de ser incendiarios de los templos? Pues á vista de todas estas lástimas, ¿hay quien pretenda ahora persuadirnos espacios, negociaciones y mansedumbres? Verdaderamente el que corrige el fuego con delicadas varas, antes le ayuda que le castiga. Divina cosa es la clemencia; pero en las materias de la honra de su casa, el mismo Cristo nos enseña á desceñirse el cordel contra sus enemigos hasta arrojarlos de ella. Dice que usemos de medios suaves; esto es sin duda acusar nuestra justificación. ¿Cuánto ha, señores, que padecemos? Desde el año de

veinte y seis está nuestra provincia sirviendo de cuartel de soldados: pensamos que el de treinta y dos con la presencia de nuestro príncipe se mejorasen las cosas, y nos ha dejado en mayor confusión y tristeza; suspensa la república é imperfectas las Cortes. Ya los medios suaves se acabaron: largos días rogamos, lloramos y escribimos; pero ni los ruegos hallaron clemencia, ni las lágrimas consuelo, ni respuesta las letras. Romper las venas al primer latido de los pulsos, no lo apruebo; con todo, mirad, señores, que el mucho disimular con los males es aumentar su malicia; lo que ahora quizá podéis atajar con una demostración generosa, no remediaréis después con muchos años de resistencia. Cuanto más se os encarece la piedad de vuestro príncipe, tanto debemos asegurarnos no castigará la defensa como delito. No porque el águila es la soberana entre las aves dejó la naturaleza de armar de uñas y pico á los otros pájaros inferiores; yo creo que no para que la compitan, mas para que puedan conservarse: los hombres hicieron á los reyes, que no los reyes á los hombres; los hombres los hicieron hombres, porque si ellos mismos se hubieran hecho, más altamente se fabricaran; claro está, pues siendo ellos en fin hombres, hechos por ellos y para ellos, algunos olvidados de su principio y de su fin, les parece que con la púrpura se han revestido otra naturaleza. Yo no comprendo en esta generalidad todos los príncipes, ni propiamente nuestro Rey; antes reconozco en su real persona virtudes dignas de amor y reverencia; pero séame lícito decir

que para el vasallo afligido viene á ser lo mismo que el gobierno se estrague por malicia ó ignorancia. Para nosotros, señores, tales son los efectos; aquí no disputamos de la causa. Pues si vemos que por los modos fáciles caminamos á nuestra perdición, mudemos la vía. Ya no es menester ventilar si debemos defendernos (eso tiene determinado la furia del que viene á buscarnos), sino creer que no solamente es conveniencia temporal, más antes obligación en que la naturaleza nos ha puesto; los medios parece es ahora lo más difícil de hallarse. Entended, señores, que ninguno topa la perla en la superficie del mar; no faltéis vosotros de vuestra parte con la diligencia, que no faltará la fortuna de la suya con la dicha; sino, demos con el discurso una brevísima vuelta á los negocios del mundo, y á pocos pasos veréis cómo no nos podrán faltar amigos y auxiliares. Decidme, si es verdad que en toda España son comunes las fatigas de este imperio, ¿cómo dudaremos que también sea común el desplacer de todas sus provincias? Una debe ser la primera que se queje, y una la primera que rompa los lazos de la esclavitud; á ésta seguirán las más: ¡oh, no os excuséis vosotros de la gloria de comenzar primero! Vizcaya y Portugal ya os han hecho señas; no es de creer callen ahora de satisfechos, sino de respetosos; también su redención está á cargo de vuestra osadía: Aragón, Valencia y Navarra bien es verdad que disimulan las voces, mas no los suspiros. Lloran tácitamente su ruina; y ¿quién duda que cuando parece están más humildes estén

más cerca de la desesperación? Castilla, soberbia y miserable, no logra un pequeño triunfo sin largas opresiones; preguntad á sus moradores si viven envidiosos de la acción que tenemos á nuestra libertad y defensa. Pues si esta consideración os promete aplauso y alianza de los reinos de España, no tengo por más difícil la de los auxiliares. ¿Dudáis del amparo de Francia, siendo cosa indubitable? Decid, ¿de qué parte consideráis la duda? El pueblo, inclinado á vivir exento, bien favorecerá la opinión que sigue. El Rey (cuya fortuna naturalmente se ofende con la grandeza de España), prosiguiendo la guerra comenzada, ¿qué mayor felicidad se le puede entrar por sus puertas que hallar de par en par las de nuestra provincia á la entrada de Castilla? Si de eso os queréis temer, os anticiparéis el peligro; que observar desordenadamente los accidentes venideros no es prudencia: bastará conocerlos para remediarlos, sin estorbar con ese recelo las acciones convenientes. Ingleses, venecianos y genoveses sólo aman su interés en Castilla; búscanla como puente por donde pasan á sus repúblicas el oro y plata; si sus tesoros tomasen otro camino, en ese mismo día habrían de cesar su amistad y alianza. Los atentísimos holandeses no habrán de aborrecer en nosotros el repetir las pisadas por donde gloriosamente caminaron á su libertad, ni nos negarán tampoco las asistencias (si se las pedimos) suministradas estos días á otras naciones, pues introducida una vez la guerra dentro en España, los socorros de Flandes habrían de ser más con-

tingentes, lo que todo es favorable á sus designios. Notáis nuestra provincia de apretada entre España y Francia; eso es ser ingratos á la Naturaleza, á quien debéis la mar enfrente, que nos enriquece con puertos, la montaña á las espaldas, que nos asegura con asperezas, pues los dos lados que miran á las dos mayores potencias de Europa, con su oposición nos fortalecen. ¿Qué es lo que os falta, catalanes, sino la voluntad? ¿No sois vosotros descendientes de aquellos famosos hombres que, después de haber sido obstáculo á la soberbia romana, fueron también azote á la felicidad de los africanos? ¿No guardáis todavía reliquias de aquella famosa sangre de vuestros antepasados, que vengaron las injurias del imperio oriental domando la Grecia? ¿Y de los mismos que después, contra la ingratitud de los Paleólogos, en corto número os dilatasteis á dar leyes segunda vez á Atenas? ¿Quién os ha hecho otros? Yo no lo creo por cierto, sino que sois los mismos, y que no tardaréis más en parecerlo que lo que tardare la fortuna en dar justa ocasión á vuestro enojo. Pues ¿qué más justa la esperáis que redimir vuestra Patria? Fuisteis á vengar agravios de extranjeros, ¿y no seréis para satisfaceros de los propios? Mirad los cantones de esguízaros, gente innoble, faltos de policía y de religión incierta, ¿cómo dejaran la sombra de la diadema imperial? Mirad cómo ahora solicitan ó compran su aplauso los príncipes mayores. Ved los bátavos ó provincias unidas, sin la justificación de vuestra causa, cómo la fortuna les ha dado la mano hasta

subirlos en su propio trono. Si no queréis creer ninguno de estos ejemplares, y el temor por ventura os fuerza á que os imaginéis menos dichosos, revolved cualquier piedra de esta vuestra ciudad, que cada cual de ellas no se excusará de contaros la famosa resistencia que hizo al sitio de Don Juan el Segundo de Aragón, hasta que capitulando á nuestro arbitrio en los ojos del mundo, él entró como vencido y nosotros le recibimos como triunfantes. Si os detiene la grandeza del Rey Católico, acercaos á ella con la consideración, y la perderéis el temor; no hay estatua de metales preciosos á quien el barro no enflaquezca, ni bastan las fatales armas á Aquiles si pisa con planta desarmada. ¿Veis la potencia de vuestro Rey cuántos años ha que padece? Cierto podemos decir, á vista de sus ruinas, que mejor se medirá su grandeza por lo que ha perdido que por lo que ha gozado; tanto es lo que cada día se le va perdiendo de nuevo. Si queréis plazas, muchas os ofrecerá Flandes y Lombardía, apartadas ya de su obediencia. Si queréis regiones, preguntadlo á unas y otras Indias. Si queréis armadas, el mar y fuego os darán razón de ellas. Si capitanes, responderá por ellos la muerte ó el desengaño. Algunos filósofos pensaron con Pitágoras que las almas se pasaban de unos cuerpos á otros; más ciertamente lo pueden afirmar los políticos en las monarquías, donde parece que la felicidad que anima sus cuerpos, dejándolos cadáveres, se pasa á dar espíritu y aliento á otras olvidadas naciones; tal podemos esperar nos suceda. Pero si además

de lo referido llegáis á temer la confusión que os puede dar la real presencia de vuestro príncipe, no dudo que tenéis razón; pero dudo que os dé causa: no sois vosotros de tanta estimación en los ojos de los que le aconsejan, que el Rey de España, por sí propio, altere la serenidad de su imperio por haceros guerra; yo me atrevo á afirmar que ya todos estáis destinados al despojo de algún vasallo; no será mayor el instrumento. Éste es, en fin, señores, el verdadero juicio de nuestras cosas; si el estado de ellas os parece digno de nueva paciencia, el que se hallare más abundante desta virtud reparta con los otros, no con razones artificiosas, sino con medios convenientes á la moderación de vuestro mal. Yo no soy de opinión que arméis vuestros naturales para que, siguiendo su enojo, representéis batallas contingentes; no digo que con demasías solicitéis la indignación del Rey; no digo que á Su Majestad neguéis el nombre de señor; empero digo que, tomando las armas briosamente, procuréis defender con ellas vuestra justísima libertad, vuestros honrados fueros; que guarnezcáis vuestras villas y ciudades, que fortifiquéis lo flaco, que reparéis lo fuerte, que generosamente pidáis satisfacción de los delitos destos bárbaros que nos oprimen; que alcancéis su apartamiento de nuestra región y el descanso de la Patria; y que si no lo alcanzárades (1), lo ejecutéis vosotros: este es mi parecer; ó que, si también hallareis dura esta

(1) En la edición de 1808, *alcanzarais.*

resolución, á ese punto tratemos todos juntos de desamparar y dejar de una vez la miserable provincia á otros hombres dichosos. Y si á mí (como aquel que más tiernamente vive sintiendo vuestras lástimas) me tenéis por pesado compañero cuando con esta libertad llego á hablaros, ó si alguno le parece que por más exento del peligro os llevo á él más fácilmente, digo, señores, que yo cedo de toda la acción que tengo á vuestro gobierno. Volved enhorabuena á los pies de vuestro príncipe, llorad allí, acrecentad con vuestra humildad la insolencia de los que os persiguen, y sea yo el primero acusado en sus tribunales; arrojad al fierísimo mar de su enojo este pernicioso Jonás; que si con mi muerte hubiere de cesar la tempestad y peligro de la Patria, yo propio, desde este lugar donde me pusisteis para mirar por el bien de la república, caminaré á la presencia del enojado Monarca arrastrando cadenas, porque sea delante de ella odiosísimo fiscal y acusador de mis propias acciones. Muera yo, muera infamadamente, y respire y viva la afligida Cataluña.»

31 Apenas habían escuchado los congregados las últimas razones de Claris, cuando en común aplauso fué aclamada su opinión como salud de la Patria, disponiendo sus ánimos de manera que cada uno parecía haber recibido nuevos espíritus para emplear en su obsequio. Conciliáronse, en fin, los pareceres de todos y cuerdamente caminaron á infatigable paso tras de aquellas cosas convenientes al establecimiento de sus armas y resistencia de las enemigas.

32 Nombraron sus plazas de armas, según las partes por donde podían ser acometidos, que fueron Cambrils, Bellpuig, Granollers y Figueras; repartieron sus veguerías (1) en tercios distintos (es veguería en Cataluña lo que en lo más de España se suele llamar distrito, partido ó comarca); nombraron sus oficiales, dejando á la Diputación el militar dominio: alistaron gente capaz de aquel ejercicio: visitaron sus villas atentos á la fortificación: buscaron con desvelo y premio los hombres prácticos en la guerra que tenían entre sí; pocos eran en número, porque el ocio de la larguísima paz en que se hallaban, así como les había quitado las esperanzas, les quitó el precio: otros hicieron llamar de nuevo desde las provincias donde asistían. El médico, que en salud es aborrecible, al tiempo de la enfermedad es agradable.

33 Con esto, juzgando que ellos por sí solos no eran capaces de resistir las desiguales fuerzas de tan grande monarca, miraron en su corazón por todo el mundo qué príncipe les podía dar ayuda y consuelo, y después de haberle corrido con el discurso, no hallaron otro que el cristianísimo Luis XIII, rey de Francia, cognominado *el Justo;* su clemencia les prometía amparo, su poder defensa. Esta era la razón común; empero sobre ésta se alegraban interiormente en la consideración de que para las conveniencias del Estado de Francia fuesen tan propicios los accidentes

(1) *Veguería* es lo mismo que corregimiento en Castilla. (Nota de la edición de 1808.)

de España, que ningún juicio dejaría de abrazar sus intereses; que era preciso el echar mano de las turbaciones del enemigo, como de materiales utilísimos para la serenidad propia. ¡Miserable condición, por cierto, de la Fortuna, que no tiene caudal para fabricar gran imperio á un príncipe, sino con las ruinas de otro!

34 Así resolutos, eligieron entre todos á Francisco Vilaplana, caballero perpiñanés, práctico y conocido en las fronteras de Francia, para haber de pasar á aquella corte con su embajada al Cristianísimo (pocas otras calidades tenía de embajador; no buscaban entonces más de la fidelidad; ella lo suplía todo). Partió brevemente lleno de lastimosas cartas al Rey y la Reina, al Cardenal-Duque y otros ministros: en todas referían los catalanes su miseria, su razón y su peligro.

35 Llegó en pocos días, festejólo el vulgo, que sin discurso ama y aborrece aquellas mismas cosas que ignora. Entre los políticos fué diverso el juicio con que se recibió aquella novedad: los ambiciosos de gloria ó de venganza, creyeron haber topado el hilo porque podían penetrar los laberintos de España á pesar de su arquitecto: prometíanse larguísimos intereses en la nueva guerra, considerando que allá de la felicidad y reputación en que estaban sus armas, habrían de crecer sus triunfos por aquel medio. Los hombres llanos y civiles temían que por aquel alborozo se empeñase la Francia en otros sucesos, al tiempo que su fortuna los había regalado tanto, que

no sin gran honra se podían acomodar á la quietud. Los templados y medianos, ni deseaban más glorias ni las rehusaban tampoco; procuraban verlas seguras.

36 Los ministros del Rey, y sobre todos el Cardenal-Duque, juzgaron por cosa digna de príncipe justo y cristianísimo amparar una nación cristiana y oprimida: no se les dificultó con la consideración de algunos que decían que á los reyes no es lícito ni conveniente favorecer facciones ó sediciones de vasallos de otro príncipe, por la ruin correspondencia que podían hallar en sus ocasiones, y también por el mal ejemplo que forzosamente daban á sus descontentos, viéndolos amparar los escándalos ó quejas de otros.

37 Á esto se respondía que la cortesía de los grandes no llega á quebrantar sus conveniencias; que el Príncipe no puede ser liberal del bien de sus vasallos; que ninguno debe guardar igualdad á aquel que no se la guarda; que los pretextos de la inquietud pasada de Francia el año de treinta y cinco, fundaban todos en las negociaciones del Rey Católico y en la cautela de su valido; que el Rey Cristianísimo, en favorecer los catalanes no hacía otra cosa que reconvenir, ó desforzarse de los movimientos del Poitú, introducidos de los españoles; que no había disculpa con que satisfacer la posteridad, si estando la guerra tan sangrienta en ambas provincias, Francia olvidase la mayor ocasión de sus mejoras; que de ordinario en los acontecimientos de la guerra, el que excusa el daño de su enemigo viene á pagar después con su ruina su inconsiderada confianza.

38 Por estos motivos y otros que le serían presentes al espíritu del Cardenal (por ventura no comprensibles á nuestra cortedad), se dispuso á introducir su industria, las fuerzas de su reino y la autoridad de su Rey en el manejo de las cosas de Cataluña.

39 Al punto fueron enviados á Barcelona Mr. de Seriñan (á quien algunos papeles catalanes llaman de Serniá), mariscal de campo, y Mr. de Plesís Besanzon, sargento mayor de batalla; dos tales hombres cuales pedía el gran hecho para que fueron escogidos, y que así hacían proporción con aquel fin como con la elección de quien los había nombrado.

40 Volvió Vilaplana, y los dos á su ciudad, donde fueron alegrísimamente recibidos. Tratóse luego de ajustar con brevedad su negociación en varias juntas que hacían la Diputación, la ciudad y los enviados: fué fácil el acomodamiento, porque como todos se encaminaban á una razón, ella misma vencía las dificultades. No se duda que en algunos podía hallarse parte de temor, y en otros de negocio; mas como es destreza de los políticos encubrir el miserable la desconfianza y el poderoso la soberbia, unos y otros lo dispusieron de suerte que ni la fe ni la prudencia parece que padecían fuerza ó duda.

41 Ajustáronse, finalmente, en que el Principado haría el mayor esfuerzo posible por arrojar y resistir las armas castellanas; que el Rey Cristianísimo les socorrería en espacio de dos meses con dos mil caballos y seis mil infantes; que lo uno y lo otro sería pagado por cuenta de la generalidad; que el Rey sólo envia-

ría los cabos y oficiales que le fuesen pedidos, y no más; que mientras durase la resistencia de Cataluña, Su Majestad no mandaría invadir algunos lugares de catalanes como enemigos del Rey Católico, salvo aquellos en que hubiese presidio y armas españolas; que el Principado pondría en manos del Rey Cristianísimo nueve rehenes, tres de cada orden, y que no haría ajustamiento con su Rey sin intervención de Francia.

42 Con este breve tratado y larguísimas demostraciones de amistad, se partieron á París el Plesís y Seriñan, con la misma satisfacción que habían dejado; unos y otros llenos de diferentes esperanzas.

43 Ahora será conveniente dar razón de las armas y progresos tocantes al Rey Católico, bien que en orden del tiempo nos habemos adelantado alguna parte, por seguir las cosas de Cataluña sin intermisión de otros acontecimientos, porque más claramente se entiendan unos y otros.

44 Asentada ya la guerra contra Cataluña, como hemos dicho, fueron luego despachadas órdenes por el Rey Católico á todas las plazas marítimas del Principado, avisando sus gobernadores de la resolución de su consejo, y encomendándoles grandemente las prevenciones de la guerra que podían esperar cada día; y en particular se encargó este cuidado á Don Juan de Garay, gobernador de las armas del Rosellón, que en aquel tiempo se hallaba en Perpiñán, después de la muerte de Cardona. Es el Garay hombre que por la vía de las armas pudo juntar el mérito y la dicha:

comenzó por los pequeños puestos de la guerra, pasó por ellos con velocidad tan grande, que en algunos vino á mandar los mismos que poco antes había obedecido: ama la industria sin aborrecer el trabajo, presume de lo que obra, y tiene más dicha para sí que para los suyos.

45 Á este tiempo había llegado á Zaragoza el Marqués de los Vélez, de donde ministraba sus negociaciones en Cataluña. Comenzó solicitando correspondencias en las plazas que todavía estaban en obediencia del Rey: encomendaba á sus gobernadores el vivísimo cuidado que le convenía de adelantar su partido. Á los catalanes exhortaba al arrepentimiento, prometiéndoles perdón y conveniencias. Ayudaba mucho en estas diligencias la persona del baile general Don Luis de Monsuar, retirado de Tortosa, donde entre parientes y amigos y con algunas personas de religión, había tratado el cobro y reducción de aquella ciudad. Vino oculto á Zaragoza, y dando buena razón de su industria, hizo cómo el magistrado en nombre de todos escribiese al Vélez, pidiéndole juntamente piedad y socorro. Estaban de secreto dispuestas las cosas de tal suerte, que aún no había salido la carta de la ciudad cuando sobre el puente de Ebro, que la baña, se hallaban dos mil infantes españoles y cuatrocientos caballos, á cargo todo del maestre de campo Don Fernando Miguel de Tejada, soldado práctico y cuidadoso, que siguiendo con todo el orden del magistrado, contra el aplauso del vulgo que ya le miraba como arrepentido, entró en Tortosa, causando des-

iguales efectos (1) en los corazones de sus naturales, según era en ellos diferente la razón con que miraban sus movimientos. Muchos se retiraron medrosos ó aborrecidos, y aun ni de todos los que quedaron se podía hacer confianza.

46 Con esta observación trató Don Fernando de fortificar la ciudad (que por su sitio y un castillo no muy antiguo, que todavía conserva, pareció fácil), por lo menos de suerte que quedase reparada á una interpresa y motín. Pocos días después se descubrieron algunos cabezas de los sediciosos, y fueron condenados á muerte por la justicia hasta cinco ó seis hombres plebeyos, no sin lástima de todos.

47 Con la impensada entrega de Tortosa tomaron las cosas del Rey mejor semblante, no sólo por la importancia de la plaza, de asaz utilidad á sus intereses, pues por ella se facilitaba el paso de Ebro á las armas católicas, mas también porque su reducción inducía á la esperanza de otras, y ponía en los catalanes gran duda y temor, viendo que ellos mismos se faltaban primero que su fortuna.

48 En Rosellón se movían las armas con más presteza, porque entendiendo Don Juan de Garay que los moradores de Illa (lugar mediano en el condado de la Cerdaña, asaz vecino á Francia, á quien sirve de paso) tenían trato con vasallos del Rey Cristianísimo y determinaban ayudarse de ellos contra los españoles, dándoles entrada en la villa, quiso reconocer y

(1) En la edición de 1808, *afectos*.

castigar personalmente sus excesos, poniendo toda aquella frontera en mejor orden. Salió el Garay de Perpiñán á los últimos de septiembre con suficiente número de infantería, algunos caballos y cuatro piezas de campaña. Llegó á Millas, hízose reconocer en aquel lugar sin resistencia; tomó las llaves de sus puertas á su propio dueño Don Felipe Asbert, dejándole con temor y escándalo; llamó desde allí los cónsules y baile de Illa; tardaron en obedecerle, temiendo con más razón de la severidad que se usaba con sus vecinos. Salió de Millas prontamente contra Illa en intención de embestirla y castigarla, abominando con palabras feas el hecho de sus moradores: no debía ofrecerlas al espanto, sino al remedio, porque á veces el caballo detenido en la carrera sale más pronto al grito que al azote. Amaneció sobre el lugar, batióle sin efecto; pretendió romper una puerta por la furia de un petardo, nada salió como se esperaba; bien que Juan de Arce gobernaba aquella facción: defendiéronse briosamente los de adentro. Retiróse el Arce herido del golpe de una piedra, y el Garay, reconociendo en la resistencia de tan pequeño lugar la industria de Mr. de Aubiñí (de quien trataremos adelante), que la defendía con hasta seiscientos hombres franceses y catalanes, no quiso proseguir en la venganza por entonces, mirando ya en aquel estado más por la opinión que podía perder que por la plaza que juzgaba perdida: dejó el negocio para mejor tiempo, aunque no pensó diferirlo mucho, por no dar lugar á que se engrosase el enemigo. Con este

pensamiento, ayudado también de una voz, que sin causa se esparció entre la gente, de que los franceses entraban por el Grao en el estado de Rosellón (algunos piensan que el mismo Don Juan hizo introducir esta voz para dar mejor pretexto á su retirada), volvióse, en fin, y haciendo alto en San Felíu, mandó reconocer los puestos acomodados á la entrada del enemigo. En este tiempo hizo venir de Perpiñán cuatro cañones enteros y dos cuartos; aumentó sus tropas hasta el número de seis mil infantes y seiscientos caballos, y con los tercios de la guardia del Rey, que gobernaba el Arce y Don Felipe de Guevara, y el de Don Leonardo Moles, llenos de la mejor infantería que entonces tenía España en ningún ejército. Volvió segunda vez sobre Illa pocos días después de haberse levantado de ella, dispuso sus baterías, y la batió furiosamente.

49 Es Illa cercada de un casamuro antiguo, acomodado al modo de las primeras defensas. Continuóse por algunas horas la batería, y habiendo con poca resistencia abierto más de veinte varas de brecha (quieren así llamar los soldados á la rotura ó portillo que hace la artillería en las murallas), trató Don Juan de que el tercio gobernado por el Guevara embistiese al lugar, ganando la entrada; pero desórdenes no dignos de escritura lo dificultaron. Tardóse más en disponer el asalto de lo que tardaron los sitiados en acudir al reparo animosamente: los capitanes y soldados del tercio, suspensos con el desorden, no se determinaban á embestir: impaciente entonces el Ga-

ray, dicen que bajó desde donde estaba mandando, y, poniéndose delante dellos, con las voces, y más con el ejemplo (que en tales casos es la voz más eficaz y obedecida), los persuadía y ordenaba la escalada: moviéronse tardemente (1), como aquellos que no llevaba la voluntad: recibió Don Juan un mosquetazo en la mano derecha y otro en el peto, de que cayó herido; bastante ocasión para descomponer gentes más osadas, cuanto y más aquellas, enfermas ya del miedo. Todo esto ayudaba á los contrarios, siendo cierto que no hay mayor socorro para unos que el temor de otros, pues á éstos se les añade de esfuerzo el vigor que huye del ánimo de aquéllos. Crecían las rociadas de mosquetería desde la plaza, con que á un mismo paso se aumentaba el daño y desfallecía la esperanza. El Garay, empachado de los suyos, mostró querer apartarse del lugar, igualmente obligado del peligro y de la vergüenza: mandó tocar á recoger, y entonces fué fácilmente obedecido. Retiróse con pérdida considerable á Perpiñán, melancólico y temeroso de lo venidero.

50 Todavía los ministros del Rey Católico no se excusaban de seguir alguna esperanza de concierto, y lo deseaban, sin reparar mucho en su calidad: pensaban que, puestos una vez los catalanes en sus manos, después enmendaría la fuerza cualquiera condición poco honrosa, á que la necesidad primero se acomo-

---

(1) *Tardemente* no está en el Diccionario. Es lo mismo que *tardíamente*.

dase: intentaron muchas cosas, algunas con poco fundamento, como suele el enfermo no examinar la virtud del remedio, creyendo que entre muchos topará alguno conveniente. Parecióle al Conde-Duque medio acomodado valerse de los poderes de la Iglesia contra la dureza de los eclesiásticos, en cuyo estado, más que en ninguno, ardía el celo de la libertad de su Patria.

51 Llamó al Nuncio apostólico, residente en la corte, é intentó persuadirle pasase á Cataluña para que unas veces con su autoridad y otras valiéndose de los poderes pontificios, trabajase en la reducción de aquella gente. No fué posible conseguirlo, defendiéndose el Nuncio con que sin consentimiento del Pontífice no podía dejar su legacía y emplearse en negocios ajenos, para que no tenía jurisdicción: todavía, por convenir en parte con su capricho y mostrar el deseo de la paz y servicio del Rey Católico, temeroso quizá de la no bien pasada tragedia de su antecesor, vino en escribir á la provincia llamando benignamente al diputado Claris: envió la carta con su confesor, por si hallase algún medio de introducir la voluntad del Rey, lo ejecutase y dispusiese según su orden.

52 Llegó á Lérida el enviado, avisó de su comisión, respondiósele que remitiese las cartas y se detuviese en aquella ciudad: cumpliólo así, y en pocos días volvió á la corte sin haber negociado más que nuevas esperanzas á los catalanes, fundadas en el temor que ya se tenía de sus resoluciones, pues por tantos medios se solicitaba la concordia.

53 Este mismo juicio había hecho el Nuncio, y se lo representó al Conde cuando discurrían en el negocio; empero, vencido de su respeto, vino á aprobar en parte su opinión. Permítasenos ahora decir qué poco atentos proceden los ministros, de cuya prudencia fía la Iglesia su autoridad, cuando se intermeten á esforzar sentimientos de príncipes, arrimándose á sus facciones. Raras veces los intereses políticos siguen la razón, y entonces sería fuerza, si ella los ha de seguir, doblar la justicia á la parte más poderosa, con escándalo del universo. Á la gran dignidad pontifical y paternal sobre toda la tierra, al Vicario de Cristo, suma verdad, suma entereza, ¿cómo le puede ser lícito negar su agasajo igualmente á alguna de las ovejas que le han sido entregadas en el rebaño espiritual?

54 No desmayó el Conde-Duque con este desengaño; antes por sí propio volvió á escribir y dar á entender al Principado que el Rey apartaría sus armas de la provincia si la ciudad de Barcelona se acomodase á dejar fabricar dos fuertes reales, uno en Monjuich y otro en la casa de la Inquisición; entrambos sitios acomodados á la defensa, pues era cierto que de la seguridad de aquel pueblo, como cabeza de su provincia, pendía toda la quietud y conservación pública. Tampoco esta plática tuvo efecto, y antes los irritó de nuevo, porque esto de fortificarse los españoles fué siempre lo que más temían.

55 Prosiguió buscando otros caminos acomodados á sus pensamientos, é hizo como Don Pedro de Aragón,

Marqués de Pobar (hijo segundo del Cardona, y que había acompañado á su padre en las primeras guerras contra Francia), con pretexto de haber sido llamado á las cortes de Cataluña, se fuese á Barcelona, publicando también acudía al desconsuelo y soledad de su madre viuda y de su Patria afligida. Corrió la posta más rico de industria que de prudencia; bien que llevó promesas para sí y los que quisiesen seguirle.

56 Era la casa de Cardona (como hemos dicho) estimada sobre todas las del Principado; mas después de la muerte del Duque, y desde aquel punto que comenzó á resonar el nombre de libertad, fué desfalleciendo su autoridad de tal suerte, que la Duquesa hubo de retirarse en un convento, donde se hallaba al tiempo que llegó el Marqués su hijo.

57 Esta visita, por tantas razones sospechosa, fué en extremo desagradable á cuantos la consideraban, ó porque verdaderamente no estaban ya las cosas en estado de remedio, ó porque la industria del Pobar no alcanzó á confiarlos, que era el primer paso de aquel negocio. Ellos miraban sus acciones con suma observación, y pocos días después lo encerraron en prisión áspera, dándole á entender que con menor retiro no estaba seguro á la furia del pueblo, que había concebido mala opinión de su jornada y trazaba su muerte. Así dispusieron asegurarse de sus designios; cosa á que los príncipes deben mirar mucho hallándose en tal estado, y trabajar por elegir un medio para que ni la credulidad ni la desconfianza les

pongan en peligro, abrazando ó despreciando cuantos le buscan.

58 Trabajaba continuamente el Vélez en acomodar las tropas que bajaban por los reinos de Valencia y Aragón : había enviado á Don Pedro Pablo Fernández de Heredia, Gobernador de Aragón (es Gobernador en aquel reino casi presidente de Justicia), con muchos otros comisarios, para que recibiese el mayor grueso de gente que entraba por la villa de Molina; empero el negocio que más ocupaba su ánimo era disponer los aragoneses á algún fin provechoso al servicio del Rey, haciendo todo lo posible por apartarlos del sentimiento de los catalanes, sus vecinos y deudos : por otra parte los persuadía á que ellos tomasen la mano en el ajustamiento de sus cosas, como ya en tiempos pasados la ciudad de Zaragoza llegó á ser medianera entre su rey Don Juan el Segundo y el mismo Principado. No era otro su fin que procurar obrasen los de Aragón de tal manera que pusiesen en desconfianza de su hermandad á los catalanes, de cuyas correspondencias se temía.

59 Ya los jurados de Zaragoza (supremo magistrado de aquella ciudad) habían comenzado á mover estas pláticas con el Rey, á que se les respondió de suerte que ellos descifraron de las palabras de la carta más amenazas que agradecimiento. Y á la verdad, los aragoneses no aborrecían la libertad catalana, que disimulaban con cautela : el Vélez, que los miraba profundamente, en lo poco que habían obrado reconocía lo poco que querían obrar; esto mismo le dispuso á

que incitase segunda vez con mayores bríos lo tratado cerca del acomodamiento, y platicándolo con algunos caballeros que tenían mano entre el gobierno de Zaragoza, no fué dificultoso acabar con los jurados y ciudadanos volver á la plática: también porque entendiendo los celos del Vélez cerca de su ánimo, no les parecía conveniente rehusar ni excusarse de aquellas cosas en que no les era costoso el empeño, pensando que así lo llevarían confiado y seguro de que les pidiese otras mayores.

60 A este fin trataron de enviar su embajada á Barcelona con toda brevedad, antes que la guerra, que ya comenzaba á encenderse en Rosellón, abrasase aquella frontera y quedase suspenso lo tratado. Dispúsose entre ellos si podría ó no ser conveniente enviar la persona del Jurado en Cap, que era á esta sazón Don Lupercio Contamina (es jurado en cap en Aragón la cabeza de su gobierno civil; oficio entre los aragoneses de asaz estimación, aunque anual): no pareció acomodado empeñar al primer paso la mayor autoridad de su república: fué elegido en su lugar Don Antonio Francés, caballero noble y suficiente. Partió á Barcelona por la posta; fué recibido no sin cortesía; negoció cercado siempre de asechanzas, porque los catalanes, con algún escándalo del reposo de Aragón, á quien habían convidado, sospechaban mal de aquellos oficios con que nuevamente se les ofrecían; y con mayor exceso cuando llegaron á entender que los aragoneses, como pretendientes á la primogenitura de la corona de Aragón (en que se

comprehende el Principado), intentaban ingerirse en aquellas negociaciones con algún otro derecho más que el de amistad; cosa insufrible á la entereza de los catalanes.

61 Fué escuchado Don Antonio en la Diputación, presente el Sabio Consejo: dió sus cartas, habló con templanza, introduciendo sus razones con que su reino de Aragón, y en particular su ciudad de Zaragoza, les pedían como á hermanos y amigos tuviesen por bien admitirles por medianeros entre su razón y la queja de su Majestad Católica; que fiasen de su amor les haría descubrir un medio acomodado á la quietud y satisfacción; que á los intereses y castigos que se podían pretender de ambas partes se daría un expediente tal, que todos quedasen acomodados y pacíficos.

62 Respondiéronle con grandes muestras de agradecimiento, diciéndole que no se trataban bien las cosas de la paz entre el estruendo de la guerra; que no se compadecían bien oficios y ejércitos, medianeros y generales; que ellos deseaban la concordia más que ningunos; que el Rey apartase luego las armas con que les amenazaba, y mandase cesar las que fatigaban Rosellón, y entonces se conocería que allí se pretendía la quietud sencillamente, y no la mejora con artificios; que desta suerte estaban prontos, no sólo para aceptar, sino para suplicar partidos á su Majestad Católica convenientes al bien público. Con esta resolución, llena de brío y constancia, se volvió Don Antonio á Zaragoza, con cuya

venida se excusaron por entonces otros algunos medios que se habían prevenido, encaminados á este propósito.

63 Fundaban todas las resoluciones del Rey y sus ministros sobre haberse entendido que la gente junta para la guerra llegaría á cincuenta mil hombres y seis mil caballos; no era excesivo el número, según habían sido copiosas las preparaciones. Sobre esta certeza, que después convenció de vana la experiencia, fabricaban los ministros todo su discurso; tales salían las provisiones y acuerdos, como asentados sobre fundamentos vanos.

64 Disponíasele al Vélez que todo el grueso se repartiese en tres partes: que la una entrase por la plaza Plana de Urgel, que era el país más acomodado á campear, haciendo frente á Lérida, y caminando á Balaguer y Urgel bajase por Monserrate hasta caerse sobre Barcelona. Que la otra parte del ejército, pasando el Ebro en Tortosa, ocupase el Coll de Balaguer y allanase todos los lugares del campo de Tarragona, llevando siempre la mar por el lado diestro, donde podía ayudarse en la falta de víveres; que ganase á Martorell, que se fortificaba, y por las costas de Garraf bajase á Barcelona. Que el último trozo se quedase en Aragón, mirando á Cataluña, para acudir ó entrar, según el caso lo pidiese; y que éste sería llamado ejército real, y por eso más copioso y de mejor gente, pues el Rey lo había de gobernar por su propia persona. De la misma suerte se le ordenaba á Don Juan de Garay que con la gente de

Rosellón se moviese contra Barcelona, para que todos juntos obrasen la expugnación de ella.

65 Fué así que el Garay había recibido las órdenes; pero era de diferente parecer, habiendo escrito que las fuerzas se uniesen todas; que juntas atravesasen la provincia, sin detenerse en sitiar plaza; que llegasen á incorporarse con su trozo; que así ocupasen el Conflent (es el Conflent país fértil, no muy largo, contenido entre el Rosellón, Cerdaña y Ampurdán, casi corazón del Principado); que desde allí bajasen á socorrer y ser socorridos de las plazas marítimas; que el mayor esfuerzo se debía poner, no entre Aragón y Cataluña, donde no podía temerse cosa importante, sino entre catalanes y franceses, por el peligro que había de que el Cristianísimo engrosase sus tropas, como ya hacía por aquella parte; que el invierno no era acomodado á sitios; que el ejército vagando por los lugares pequeños, se podía sustentar sin gasto, sin peligro y sin trabajo.

66 No fué recibido este parecer de Don Juan; desdicha ordinaria en las grandes resoluciones de los príncipes, ó aconsejarse con personas extrañas de aquella profesión, ó no seguir las opiniones de los mismos á quienes confían las empresas. Respondiósele que, dejando guarnecidas las plazas de gobierno, se embarcase en las galeras que allí se enviaban con toda la infantería que pudiese sacar; que en Castilla era estimada en número de seis mil infantes: que con ellos y todo el tren que se hallaba en Perpiñán prevenido para la invasión de Francia, viniese á unirse con el

ejército que había de marchar hacia Tarragona por junto á la mar, cuyo gobierno le estaba aguardando.

67 Y porque el mando de las armas en Rosellón no quedase sin persona conveniente, se le ordenaba al Conde Jerónimo Rho, maestre de campo general del reino de Navarra, soldado más antiguo que grande, de nación milanés, que desde Zaragoza, donde asistía esperando su empleo, pasase á Vinaroz; y de allí, en las galeras que habían de traer al Garay, navegase á Rosellón con dos mil infantes bisoños que se mandaban en su compañía para tripulación de aquellas plazas, entresacados de las levas prevenidas al ejército.

68 Casi en estos días llegó de Madrid á Zaragoza, donde se juntaban los cabos españoles, Carlos Caraciolo, Marqués de Torrecusa, caballero napolitano, capitán práctico, aunque de más valor que prudencia: venía á servir el cargo de maestre de campo general del ejército llamado de la vanguardia; entendíase el de Lérida, porque por aquella parte se juzgaba la primera entrada. Poco después vino Carlos María Caraciolo, su hijo, Duque de San Jorge, mozo en quien resplandecían grandes virtudes, dignas de mejor suerte: gozaba el San Jorge el gobierno de la caballería ligera; así diferenciaban unas de otras tropas, llamando de las Órdenes, con nombre y oficiales diferentes, aquella que constaba de los caballeros cruzados ó sus substitutos: ésta gobernaba por sí solo, sin dependencia del San Jorge, Don Álvaro de Quiñones, del Consejo de Guerra de España, hombre en quien los muchos años de servicio dejaron poco más de una gran

vanidad de haber servido mucho: ejercía en Rosellón la tenencia general de aquella caballería; de allí bajó á Zaragoza por incorporarse en su nuevo oficio.

69 Llegó á este tiempo el Marqués Xeli de la Reina, general propietario de la artillería en la Alsacia, para que con aquel título se emplease en la guerra de Cataluña, donde habría de ser el segundo cabo en el trozo mandado por el Garay.

70 El de los Vélez se hallaba dueño de todas las armas, sin que hasta aquel punto se le diese otra autoridad para mandarlas que el título de virrey de Aragón: habíanle nombrado, como dijimos, en consideración de Cataluña; mas después los varios accidentes del negocio tenían á los ministros como dudosos en la satisfacción cerca de su ingenio en materia tan importante: prefiriéronle á otros por un discurso que todo se encaminaba á conveniencias de la quietud; pero ya desesperados de ella, deseaban hallar algún modo de introducir en aquel mando un sujeto de mayor experiencia en las armas; tan presto se traen el arrepentimiento como el peligro las elecciones á quien guía el respeto.

71 Esforzábase esta confusión con que desde la corte se daba á entender por manos de personas prácticas en los negocios, unas veces que el Marqués de los Balbases venía á gobernar aquella guerra, otras que el Almirante de Castilla, á quien entonces se había dado el título de teniente real, á imitación del imperio; cosa hasta entonces no oída en España, y en que luego faltó, como la razón, el efecto della; no se al-

canza con qué necesidad ó con qué industria. Tiempo fué aquel de novedades, las más de poco crédito á la esencia del mando. Algunos querían que otra vez se platicase la venida del Monterrey: cada cual inculcaba con su propio pregón la suficiencia del amigo, con que ningún ánimo desapasionado sabía afirmarse en nada, ni los hombres acababan de entender á cúya obediencia les dedicaban : de otra parte, las provisiones y despachos que venían de la corte se hallaban tan encontradas, ahora hablando en muchos ejércitos, ahora con diferentes generales, que apenas por entre las dudas se podía atinar con la resolución, y por eso caminaban más tardamente (1) las ejecuciones.

72 Gran daño, ó casi inevitable, que los expedientes de graves negocios no se traten con aquella claridad y llaneza que conviene, siquiera por quitarles la ocasión del yerro á los que les tienen á su cargo. Dos son los modos de obedecer y servir á los reyes: unos que ciegamente se atan á cumplir la resolución; otros que la moderan y mudan según los accidentes : lo primero es más seguro para los siervos, lo segundo más provechoso para los señores. Yo juzgo por cosa impía que el ministro aventure á perder el negocio por obedecer irracionablemente á su orden, pudiendo remediarle con alterar en alguna circunstancia la resolución : nada tengo por firme para caminar al establecimiento de la gracia, siendo cierto que muchos

(1) *Tardamente,* voz que no está en el Diccionario de la Academia.

príncipes habemos visto dejarse obligar por la entereza del vasallo, y algunos ofenderse por haber sido bien obedecidos; escoja el que navega el rumbo, según le aconsejare su prudencia: no camine sin temor á ninguna parte, que cada uno puede llegar al puerto y al escollo.

73 Fatigábase el Vélez con el embarazo de las órdenes, que cada día crecía; sobre todo le era de suma aflicción ver que se pasaba el tiempo sin fruto, y que pidiendo al Rey vivamente la explicación de las cosas, se despachaban con mayor duda, cuando al mismo tiempo se le daba gran priesa porque formase los ejércitos, que de ninguna mano dependían menos. Obraba con espíritu amedrentado; así buscaba el modo de acabar las cosas, no el de acabarlas con perfección; tropezábase de unas en otras, y á veces se caía en dificultades donde no había salida; como el que huyendo de la amenaza, se precipita: á paso igual se suben las altas cuestas; el que las atropella se rinde antes de lo áspero.

74 Era la mejor parte del ejército aquellos tercios viejos que habían bajado de la Cantabria, y sus maestres de campo Don Fernando de Ribera, teniente coronel del regimiento de la guardia del Rey; Don Fernando Miguel, que ya se hallaba en Tortosa, y Don Diego de Toledo; los dos tercios de irlandeses y valones, sus maestres de campo Hugo Onelli, Conde de Tirón, y Felipe de Gante y Merode, Conde de Isinguien; y el tercio llamado de los hijosdalgo de Castilla, á cargo de Don Pedro Fernández Portoca-

rrero, Conde de Montijo y Fuentidueña, á quienes seguían algunas tropas de gente suelta para efecto de reclutar los otros tercios, según pidiese su necesidad.

75 Es Fraga último pueblo de Aragón, puesto entre los Ilergites de Ptolomeo, y llamada de los antiguos Flavia; otros con más semejanza deducen el nombre de su aspereza. Riégala el río Cinca ó Cinga, que la divide de los celtíberos. Su vecindad á Lérida la hizo necesitar de fuerzas capaces á defensa y ofensa, porque el enemigo se mostraba en aquella frontera demasiadamente orgulloso: con esta ocasión envió el Vélez al Conde de Montijo y otro tercio de infantería portuguesa, su maestre de campo Pablo de Parada, para que guarneciesen la ciudad y su partido. Deseaba el Vélez apartar de sí al Montijo, porque su estado y las vanas prerrogativas de su regimiento, incompatible con los más, se lo hacían molesto. Juntóle también alguna parte de la caballería remontada en Aragón, con lo que por entonces pareció que estaba guarnecida en proporción á su peligro, y se dispuso aquel cuidado.

76 Los aragoneses, y entre ellos la gente vulgar, que no miraban la guerra sin despecho de alguna suerte, favorecían el partido de sus vecinos tácitamente, y como les era posible; persuadían y ayudaban los soldados, conducidos casi todos con violencia, para que se escapasen y volviesen á sus tierras, con lo que conseguían, sin contar los intereses de los catalanes, para sí mismos gran conveniencia, aliviando sus pueblos de tantos hospedajes y alojamientos.

77 No fué esto tan poco sensible que dejase de dar gran cuidado al Vélez; y mayor cuando le certificaban los cabos y oficiales del sueldo que de la misma suerte que llegaban las tropas se volvían, y que del número de gente señalada faltaba casi la tercera parte. Los lugares de Castilla, obligados á la contribución de los quintados, ofrecían sus quejas, diciendo que por allá no se guardaba la gente, pues en breves días volvían á sus pueblos los mismos á quien había tocado la suerte de acudir á la guerra; con que ellos jamás se podrían desobligar del número.

78 Pareció conveniente atajar este desorden con todo cuidado, y se despachó luego la persona del Marqués de Torrecusa, maestre de campo general del ejército, á la villa de Alcañiz, donde, como más cerca á todos los cuarteles de él, pudiese atender al reparo de aquellos daños; también para que fuese ejecutando la formación de los tercios y regimientos que llegaban, porque hasta aquel tiempo nada tenía forma militar sino el ejército de Cantabria. Partió Torrecusa, y fué disponiendo las cosas conforme al estado en que se hallaban, dándole continuos avisos al Vélez, así de lo que obraba como de lo que entendía del enemigo; certificábase en que la gente que se hallaba en los cuarteles por ninguna diligencia llegaría al número prometido; que así convenía acomodar las disposiciones y juicios. El Vélez lo avisaba al Rey, el Rey á los tribunales, ellos escribían al Vélez con sequedad y admiración.

79 Entonces los catalanes, habiendo reconocido la

grandeza y poder del Rey Católico, que ya se descubría por unas y otras fronteras, entendieron en repartir sus fuerzas acomodadamente, según parecía las llamaban los designios de su enemigo.

80 Habían ordenado mucho de antes á Don Guillén de Armengol, castellano de Portús, se recogiese á su fuerza, como hizo con buen número de infantería y víveres; con lo cual quedaban imposibilitadas para poder unirse [á] las armas católicas que se hallaban en Rosellón, estotras que pretendían invadir Cataluña, ó bajar aquéllas á darse la mano con Rosas y Colibre.

81 Es el Portús antiguo castillo y lugar corto en los pasos llamados de los geógrafos Bergusios, situado en la cumbre de una gran serranía, dicha Coll de la Mazanā, ramo de los Pirineos que, bajando desde el septentrión, corre al mar de Mediodía por entre los países del Ampurdán y Conflent, cuyas impenetrables fraguras sólo en aquel espacio consienten camino, pero tan dificultoso, que, defendido de pocos, como se ejecute con valor, se juzga inexpugnable. Á una legua del mismo paso dicho Portús se halla la Bellaguarda, fortaleza edificada de los antiguos señores de Barcelona para defensa de unas y otras provincias.

82 Los de Rosellón al mismo paso hacían sus correrías ó las estorbaban, acompañando la caballería del país con alguna francesa, que cada día se les entraba por Illa y otros puestos; con que los reales tenían poco lugar de hacer salidas, bien que las intentaban, no juzgando la campaña por segura.

83 En este tiempo, entendiendo la Diputación cómo la ciudad de Tortosa se había puesto en manos del Rey Católico y recibido sus armas contra el sentir universal del Principado, envió prontamente sobre ella al diputado real Miguel Juan Quintana, para que, juntando las gentes convecinas, ya por industria, ya por fuerza, tratase de su recuperación. Era Tortosa asaz conveniente á cualquier partido, por ser paso del Ebro: á aquéllos para defender entera su provincia, y á éstos para tener un puente y una puerta que les aseguraba la entrada en ella.

84 Introdujo el diputado sus negocios, despachó sus convocatorias; pero habiendo llegado tarde y poco apercibido, finalmente, por obrar en cosa de que no tenía experiencia, tan presto se desconfió del artificio como del poder, siendo certificado en que los de adentro le armaban traición por consejo del Tejada, dándole muestras de quererle recibir pacífico, sólo á fin de haberle á las manos y entregarle á los ministros reales, que, oficiosos, les daban á entender era la suma fineza y obligación en que ponían á su príncipe.

85 Retiróse luego, y volvió poco después el Conseller en Cap de Barcelona Don Ramón Caldés, con grueso número de infantería y algunos caballos á orden de Josef Dardena: no les fué posible, ó no pensaron que les podría ser, embestir á Tortosa, espantados de su gran presidio; pero la corta fortificación pudiera dar osadía á otra gente más práctica, siquiera para emprenderlo. Retiráronse á la sierra, desde donde ba-

jaban hacia el Coll del Alba, distante de la ciudad media legua. De esta suerte la fatigaban con escaramuzas de día y armas (1) de noche, sin daño ni provecho de ninguna parte.

86 Pocos días después intentaron con algunas compañías de gente suelta quemar de noche el puente por esotra parte del río; es de madera, fabricado sobre barcas: prendió el fuego en algunas; pero siendo sentidos en la ciudad, salieron con gran valor y cuidado á defendérselo. Obraban los catalanes como ignorando: no sabían hasta dónde el peligro se deja llevar de la suerte, ó dónde ésta se ha de trocar por aquél; desmayaron luego, pudiendo haber obrado mucho. En fin, se retiraron rechazados por la mosquetería del presidio.

87 Los bergantines de Don Pedro de Santa Cilia, que en aquella sazón se hallaban en los Alfaques, avisados por el estruendo de las rociadas, subieron por el río y llegaron á tiempo de poner mayor espanto á los contrarios: arrimáronse á la orilla opuesta á la ciudad, y desde allí hicieron apartar las mangas que venían en socorro de los incendiarios.

88 Dió la embestida causa á la fortificación del puente, y trataron de recogerle por la parte de afuera dentro de una media luna, defendida de traveses á un lado y otro, que venían á servir como de trinchera á ambos costados de la orilla, quedando por entonces reparada contra otro acometimiento.

---

(1) La edición de 1808, *alarmas*.

89 Tortosa, de quien hemos dicho y hablaremos adelante, es la primer ciudad y pueblo de Cataluña, y no siendo de las mayores de su provincia, goza el mayor obispado, porque se entra en mucha tierra de Aragón y Valencia (célebre ya con la persona de Adriano, pontífice): no pasa su vecindad de dos mil moradores, es fértil y antigua; dícese ser fabricada de las ruinas de otra más antigua población, nombrada Iberia, y fué uno de los lugares llamados de los romanos Ilarcaones. No lejos le hacen espaldas los montes Idubedas, denominados así de Idubeda, hijo de Ibero. Después de varias vueltas y desvíos fenecen antes de mojarse en el Mediterráneo. El lado occidental de Tortosa se termina y extiende en la orilla del Ebro, famoso río de España, casi padre de sus aguas, como de su nombre: nace en las montañas de León, junto á las Asturias de Santillana, entre Reinosa y Aguilar de Campóo, donde dicen Fuentibre (que vale como Fuente de Ebro); sale, y bebiéndose las aguas de la provincia de Campos y los reinos de Navarra, Aragón y Castilla, se da á la mar en los Alfaques, distantes cuatro leguas de Tortosa, llevando siempre su corriente apartada por igual de los Pirineos.

90 Deseaba el marqués de los Vélez llegar con las cosas á estado que le fuese posible salir de Zaragoza: era lo que por entonces le detenía más el despacho del tren y la artillería, para cuyo avío faltaban muchos géneros necesarios; porque como en España se hallase ya tan olvidado (ó por mejor decir perdido)

el modo de la guerra, no sirviese el antiguo, y del moderno no gozasen todavía la provechosa disciplina, costaba mucho más trabajo y precio hallar aquellas cosas pertenecientes al nuevo instituto militar, que en otras menores provincias acostumbradas á ejércitos. No había carros, y fué necesario fabricar unos y remediar otros: no había caballos, fué menester comprar mulas en gran cantidad: buscáronse en toda España, y aun de Francia fueron traídas algunas por Aragón y Navarra: faltaban condestables, minadores, petarderos y artilleros diestros: faltaba balería de todas suertes, tablazón, barcas, puentes, grúas, alquitrán, brea, salitre, canfora, azufre, azogue, mazas y confecciones sulfúrcas; granadas, lanzas, bombas, morteros, yunques, hierro, plomo, acero, cobre, clavos, barras, vigas, escalas, zapas, palas, espuertás; en fin, todo género de maestranza competente al gran manejo de la artillería. Lo uno se esperaba de Flandes, Holanda, Inglaterra y Hamburgo, donde se había contratado: lo otro se buscaba en lo más apartado de España, y había menester largo tiempo para llegar: salir sin ello no era conveniente: el invierno ya entrado, los enemigos cuidadosos, prontos los auxiliares, marchando los socorros; todo lo consideraba el Marqués, y todo lo sentía más que lo remediaba; porque lo uno era propio, lo otro ajeno.

91 Llegó alguna parte de las cosas esperadas con la venida del Xeli; pero él, como extranjero ó poco activo, en todo procedía lentísimamente; con que al

Vélez se le añadían cada día los cuidados de otros: hizo, en fin, marchar la artillería la vuelta de Valencia, por donde el camino era más llano, aunque poco acomodado por su esterilidad: dividióla en dos trozos; el primero á cargo del teniente Arteaga; el segundo á orden de Hortelano, que ejercía el mismo oficio en el castillo de Pamplona: siguiólos el Xeli con los más oficiales de artillería. Sucedió que marchando por los páramos de Valencia, como la tierra estuviese ya humedecida de las primeras aguas, hallábase en partes pantanosa: faltaron tablones para explanar ciertos pasos; rindiéronse á la violencia del tirar algunos carromatos; no se hallaban entre ellos sobresalientes de pinas, llantas y ejes. Detúvose el tren mientras se acomodaron, y tardóse en remediarlo muchos días: perdióse el tiempo de la marcha, notable suma de dineros en los fletes y sueldos de los que servían en los bagajes: estimóse la pérdida en gran precio; la detención no fué de menor costa á los designios. Escribióse este suceso, casi indigno de historia, porque les sirva de enseñanza á ministros y cabos que tienen el mando de las armas; donde se reconocerá fácilmente de cuánta importancia sea en la guerra la prevención aun de cosas tan pequeñas.

92 Dentro de pocos días salió el Vélez de Zaragoza; era el 8 de octubre: había despachado antes de salir todos los oficiales del ejército á sus tropas, que entre vivos y reformados hacían un copioso y lustroso número.

93 Goza el reino de Aragón, por antiguos fueros, algunos privilegios, que antes parecen acuerdos que gracias: es uno, que ausente de la ciudad de Zaragoza el virrey de Aragón, suceda inmediatamente en el mando universal el gobernador (de cuyo oficio habemos dado breve noticia). Dejaba el Vélez grandes dependencias en el reino de cosas pertenecientes todavía al buen despacho del ejército, y no dejaba de temer que, puesto el gobierno en mano de natural, se procediese flojamente. Era el gobernador, sobre mozo y no muy experto, asaz interesado en sangre y amistad con la nobleza catalana; todo le fué presente al Vélez; y buscando modo de concertar la justicia y desconfianza del otro y suya, resolvió llevarle, inventando alguna vana ocurrencia competente á su persona, para que su jornada se disculpase debajo de un honesto motivo; no quiso comunicarle su resolución sino casi en aquella hora en que había de partirse, por no dar lugar á su excusa; obrólo con estudio, y le salió como quería. Tócale al virrey nombrar lugarteniente cuando no asiste el gobernador en la ciudad: dejó su poder al juez más antiguo de la Audiencia real; partióse con pequeña compañía y sin oficial alguno de la guerra ú otra persona particular, más del maestre de campo Don Francisco Manuel (1), á quien el Rey había enviado desde el ejército de Cantabria para que le asistiese.

94 Visitó algunos cuarteles que se hallaban en el ca-

(1) Don Francisco Manuel de Melo, autor de esta obra.

mino de Alcañiz, como Samper, Calanda y otros: el primer tercio que le ofreció obediencia fué el de portugueses, su maestre de campo Don Simón Mascareñas, caballero del hábito de San Juan, mozo en quien se anticiparon los frutos á las flores, tan temprano capitán como soldado: fueron los portugueses los primeros á obedecerle, quizá no sin misterio, porque lo habían de ser también en despreciar su mando, como sucedió poco después.

95 No paró el Vélez por atender á ningún negocio, y en tres días llegó á Alcañiz, famosa villa de Aragón y uno de los antiguos pueblos edetanos, célebre en aquellas edades por vecino al campo donde por españoles fué muerto el capitán Hamílcar. Yace en una eminencia, sirviéndole de espaldas el río Guadalope, y frontero á las rayas de Cataluña y Valencia. Por merced de los reyes de Aragón le goza hoy la orden militar de Calatrava en Castilla: era Alcañiz lugar deputado para las Cortes convocadas á su corona, donde juntos residían esperándolas los ministros, así de aquel reino como de su consejo, que asiste junto al Rey.

96 Halló el Vélez los negocios tocantes á las Cortes de tal suerte, como si verdaderamente el Rey las hubiese de celebrar por su persona; cosa en que por entonces no se pensaba, ni se atendía á más que entretener con aquella esperanza los ánimos de aragoneses y valencianos; con esto, fué la primera diligencia del Marqués prorrogar el término de la convocación. Luego se comenzó á tratar en el ejército,

disponiéndose una muestra general, para que con entereza se entendiese la calidad y cantidad de las fuerzas, y se usase de ellas según su conocimiento.

97 De pocos días llegado á Alcañiz, el Marqués recibió aviso y despachos reales, por donde se le encargaba el oficio de virrey, lugarteniente y capitán general del Principado de Cataluña. Fué éste el medio que se tomó para concertar diferencias y jurisdicciones de otros cabos, que habían de concurrir en diversos gobiernos, y era menester se uniesen todos debajo de un solo imperio. Ordenábale también el Rey que despachase aviso en su nombre á Barcelona de su nuevo oficio; no pareció decente escribir el Príncipe á los que le desobedecían, ni tampoco olvidar la posesión de su dominio.

98 Á este mismo tiempo se dispuso que Don Francisco Garraf, duque de Nochera, virrey entonces de Navarra, pasase luego á suceder al Vélez en Aragón y alojase en Fraga, donde asistía el Montijo, para hacer opósito á Lérida, entretanto que no se resolvía la segunda forma que ya pretendían dar á la guerra, y que de Navarra bajasen los tercios del señor de Ablitas y Don Fausto Francisco de Lodosa, á cargo de Don Martín de Redín y Cruzate, gran prior de San Juan y maestre de campo general de aquel reino en ausencia del Rho, pasado á Rosellón; que el Vélez dejase en Aragón los mismos dos tercios que ya se estaban en Fraga para engrosar aquel trozo; que le acompañase la misma caballería que bajara desde Navarra poco antes, á cargo del comisario

general Octavio Márquez; que su persona del Vélez con todas las tropas y tercios entrasen en Tortosa; que allí se jurase virrey del Principado; que alojase el ejército en los lugares vecinos, y pudiendo ser, en los inquietos; que todo se ejecutase con suma brevedad, porque de ella dependían los buenos sucesos.

99 Recibió el Marqués la nueva dignidad con poca alegría, por sacrificarse á la obediencia real; tales son las dichas de los grandes, que luego comienzan perdiendo el querer y el entender. Despachó al punto á Barcelona su pliego con cartas llenas de comedimiento : todos juzgaron la diligencia por vana, y él más que ninguno, como mejor informado de los ánimos; disculpábase con ser mandado; y así, continuaba su obra en lo tocante al ejército con aquel exceso con que se aventaja el cuidado del dueño á los del siervo.

100 Entretanto el Rey Católico, avisado del Vélez desde Aragón, y de Federico Colona, príncipe de Butera y condestable de Nápoles, que gobernaba en Valencia, de cómo la salud pública de aquellos reinos pendía de la fe con que se esperaba y creía la venida de Su Majestad á la función de sus Cortes, juzgó por conveniencia real fomentar la credulidad de aquellos vasallos, dando muestras más eficaces de partir. Á este fin se ordenó marchase su caballeriza á Zaragoza con la acostumbrada pompa y ceremonias; no había otro pensamiento que abonar con las demostraciones sus promesas; empero como faltaba el espíritu de la voluntad para moverlas (espíritu sin quien no saben

regirse los poderosos), todo se obraba sin brío ni sazón; por esto, en un mismo tiempo y en unas mismas acciones se entendió fácilmente que todo había de parar en amagos.

101 Era plática entonces constante en todos los hombres de discurso que á la grandeza del Rey Católico no podía ser decente salir y empeñarse en un negocio tan grande, sin que las cosas mostrasen primero á qué parte se inclinaban; porque se podía contar, decían ellos, por miserable suceso en un príncipe llegar á ser testigo de sus propias injurias. Muchos casos no comprende el juicio humano, en los cuales obrándose contrariamente se topa con el acierto (este fué el uno); porque, según después lo mostraron los acontecimientos, se conoce que si el Rey Católico saliera en medio de todas las dudas, los negocios de aquellos reinos se acomodaran á su arbitrio.

102 Mientras esto se pasaba en Aragón, recibieron los catalanes aviso de que las tropas enemigas que estaban en Fraga, Tamarit y por toda la frontera en oposición á Lérida y Balaguer, se habían retirado la tierra adentro, juzgando de ahí los hombres fáciles que el Rey, persuadido de su razón, ó por ventura de su temor, disponía las cosas como se habían pedido en el tratado de la paz. Esta nueva, de gran gusto y honor á los principios, se desvaneció en breve; porque volviendo á ser vistas las mismas tropas en la campaña, se entendió habían acudido á alguna orden particular; y fué la verdad de este suceso que, llamadas á la muestra general, dejaron los cuarteles

con la guarnición necesaria. Esta es costumbre natural en todos aquellos que no han pasado por grandes cosas, alegrarse ó entristecerse fácilmente con los movimientos de su contrario; no puede ser mayor la miseria que llegar una provincia á estado que su bien ó mal esté pendiente de la prosperidad ó fatiga de sus vecinos, y que aquel que pretende hacer la guerra á su enemigo, no fíe en otras fuerzas que en la flaqueza del contrario: no aconsejo se desprecie aquella observación; mas que no funde en sólo accidentes ajenos la confianza de cada uno.

103 Dispuestas las cosas según la ocasión, y dejando algunas á cargo de Don Vicencio Ram de Montoro, señor de Montoro, comisario general de la infantería de aquella frontera, hombre de asaz industria y bondad, se partió el de los Vélez á Aguasvivas (distante cuatro leguas de Alcañiz), pequeño lugar de Aragón, puesto á la falda de aquella montaña que le divide de Valencia; pequeño, mas famoso por el gran milagro que Dios obró en él reservando sobrenaturalmente la Sacrosanta Hostia de un incendio terrible que abrasó todo el templo, donde hoy se venera reedificado, y conservándola pura y cándida contra el orden natural por más de doscientos años.

104 En este lugar asistió el Vélez algunos días mientras que la infantería daba muestra, en lo que no se perdía instante, dándose despacho á dos tercios cada día sin reparar en el tiempo, que con todo rigor lo estorbaba; no bastaba con todo su diligencia para que en la corte se creyese que en aquel manejo se proce-

día con la actividad posible; antigua costumbre de los grandes, pensar que sus obras no deben respeto al tiempo, y que las ejecuciones son consecuencias de su arbitrio, en que jamás puede haber falta. Con esta desconfianza fué despachado á Aragón Don Jerónimo de Fuenmayor, alcalde de corte de Valladolid, hombre agudo, para que, ofreciéndose al Vélez como enviado á ayudarle en el ministerio de reducir y castigar la gente que se huía del ejército, sirviese juntamente de despertador á su condición, que los que le enviaban allá juzgaban por un poco detenida, y también fuese informando al Conde-Duque de todo lo sucedido. Hízolo Don Jerónimo, y si bien quisiera haber hallado algún desconcierto ó descuido de que poder asirse, llegó á entender con experiencia que el monstruoso cuerpo de un ejército no puede moverse con ligeros pasos. El Vélez conoció su comisión y aun su artificio, y no sin industria le metía en las mismas dificultades que quizá ya tenía vencidas, dejándole luchar con las dudas con que había peleado. Fuenmayor, confuso entre los estruendos y violencias de cosas que jamás había pensado, por instantes iba trocando el celo con que allí era venido. Suma maldad es la de aquel que siente la inocencia de otro porque le excusa del mérito de la acusación, y frecuentísima en casi todos los que fiscalizan acciones ajenas: juzgan por inútil su severidad si no hallan materia de parecer justicieros, como el médico ó el piloto no se prueban sin dolor ó sin borrasca.

105 Ya el Marqués trataba de partirse, porque la mu-

cha tardanza de la respuesta de los catalanes, en su mismo espacio daba á entender la flojedad de su obediencia; llegó, en fin, al cabo de veintidós días.

106 Decían que habiendo hecho entre sí junta de estados, hallaban ser cosa de gran peligro haber de entrar el nuevo gobernador con armas, y de no menor el entrar sin ellas : que el Rey les había dado por su virrey al obispo : que parecería acción de poca autoridad rehusar sin causa su elección : que ellos no habían pedido otro ni se excusaban de obedecer á aquél: que los rumores públicos no estaban todavía olvidados : que era mucho de temer en tiempos de inquietud mudar tantas veces de forma de gobierno : que se suplicase á Su Majestad lo quisiese mirar y mandar detener algo más, porque entretanto tomarían las cosas mejor camino.

107 Intentaban con esto los catalanes detener algún espacio la furia de las armas, enseñándoles aquella distante esperanza de concordia para ganar tiempo y mejorar sus prevenciones, mientras que no llegase el desengaño.

108 Empero el Vélez, que ya no aguardaba su obstinación ó su aplauso, mandó marchar los tercios en buen orden, sucediéndose unos á otros, y al costado izquierdo la caballería : mandó que entrando en Valencia volviesen después sobre la una orilla del Ebro, y que sin pasarlo aguardasen su llegada á Tortosa, como luego se ejecutó, llevando la vanguardia el regimiento real que gobernaba el Ribera. Es privilegio particular de aquellos regimientos ser los pri-

meros en todos los casos, contra el orden militar de los más ejércitos de España; pudo fundarse en que siempre se forman de la mejor gente.

109 Como primero en las marchas, lo fué también en las ocasiones. Caminaba Don Fernando de Ribera, su teniente coronel, por junto al río Algas, que en aquella parte divide Aragón de Cataluña, y se entra en Ebro junto al lugar dicho Fayo. Viéronle temerosos los catalanes de la otra parte, recelándose de la vecindad de su enemigo; comenzaron á juntarse en tal número que podían provocarlos, pero no resistirlos; bajaron á la orilla disparando á los soldados algunas rociadas de mosquetería, y mucho mayor ruido de injurias y feas palabras contra la persona del Rey y ministros. Menos ocasión era bastante para despertar la ira de aquellos que ya les oían coléricos; la codicia también concitaba como la queja; arrojáronse al agua muchos sin orden ni respeto á sus oficiales, y esguazando el río entraron en los lugares opuestos con poca dificultad: mataron, robaron y abrasaron gentes, casas y pueblos; escapó mal de las llamas la iglesia. Acudió Don Fernando á recoger los suyos, más con temor de lo venidero que escandalizado de lo sucedido: redújolos á estotra parte del río, [y] marchó á sus cuarteles, no sin alguna vanidad de que sus gentes fuesen las primeras que hubiesen derramado sangre del enemigo en esta corta ocasión.

110 Siguieron á éste los otros tercios, y alojados todos según la cortedad del país, faltaba sólo la entrada del Marqués en Tortosa para dar principio á la gue-

rra. Esto mismo le llevaba por las cosas con gran deseo de darles fin: salió de Aguasvivas y de Aragón, entró en Valencia por San Mateo, dió orden que le siguiese el tren que allí había hecho alto, se alojó en Morella, pasó á Triguera, y desde allí á Ulldecona, primer lugar del Principado: detúvose en él pocos días, previniendo su entrada en Tortosa: vinieron á Ulldecona el baile general, el obispo de Urgel y otros algunos caballeros de la devoción del Rey; y porque luego quería mostrar á los catalanes fieles é infieles el poder de su príncipe, determinó entrar acompañado de armas. Esperábanle en unos llanos que yacen entre aquel lugar y Tortosa el comisario general de la caballería ligera, Filangieri, con quinientos caballos, formados sus batallones: eran aquellas tropas las mejor montadas y gobernadas del ejército, y con su bizarría y ceremonias de la guerra hacían una agradable y temerosa vista, según los ojos de los que las miraban. Pasó el Vélez, y repartiéndose en varias formas militares todo aquel cuerpo de gente, ocupando vanguardia, retaguardia y costados, le llevaron en medio hasta junto al puente, donde lo aguardaba el magistrado de la ciudad (es de tres diputados de diferentes suertes) con los oficiales de su cabildo, y con toda aquella pompa á que se extiende la autoridad de una pequeña república.

111 Recibiólos el Marqués á caballo y con gran demostración de alegría; habló uno de ellos brevemente, alabando la fidelidad de su ciudad, el amor y reverencia que en medio de los alborotos pasados habían

conservado á su Rey; dijo de lo que ofrecían hacer y padecer por su causa; encomendó la templanza de parte de los soldados, y sobre todo pidió misericordia á su Patria, perturbada de algunos.

112 Á todo satisfizo el Vélez con gravedad y compasión; afectos que le costaban poco, siéndole naturales. Agradecióles su ánimo, empeñóles la grandeza de su Rey para la satisfacción y su diligencia para procurársela; trájoles á la memoria la sangre catalana con que se honraba; habló de la estimación del nuevo cargo de su Principado, y difiriendo lo más para su tiempo, hizo su entrada acompañado de los suyos, y atravesando el puente ocupó la ciudad. Eran muchas las gentes que concurrían á verle; bien que con diferentes corazones, porque unos le miraban como salud, otros como muerte. Caminó á la sede, donde le aguardaban el cabildo eclesiástico y su obispo electo, fray Juan Bautista Campaña, general que había sido de la familia franciscana, á quien el Rey enviara antes de consagrado por que ayudase á la reducción de aquel pueblo.

113 Habíanse convocado, según costumbre de los catalanes, con edictos públicos los síndicos y procuradores del Principado para el acto del juramento en Tortosa: acudieron solamente aquellos cuyos lugares estaban más expuestos al castigo de la desobediencia; y aun en ellos se conocía que no los trajera el amor, sino el miedo. Con éstos y algunos jueces naturales, que desde la corte venían á este efecto, y con las personas del obispo de Urgel, prelado y ministro,

el baile general y el magistrado de Tortosa, hicieron cómo se representase todo el cuerpo y estados de la provincia, supliendo la regalía del Príncipe cualquier defecto ó nulidad que los ausentes repitiesen; y con las ceremonias usadas entre ellos, delante de notario y testigos juró el Vélez en manos del Urgel en la misma forma que los virreyes pasados, prometiendo de guardar sus fueros, sin quebrantar ninguno, como en tiempos de la paz lo hacían sus antecesores.

114 La forma de aquel juramento había sido ventilada de muchos días antes; porque, siendo constante que el ánimo de los ministros reales y sus disposiciones parecía encontrado á lo que era fuerza prometerse, paraba toda esta duda en un escrúpulo vivo que el Vélez padecía con grande afecto, y como si sólo sobre su conciencia cargase el peso de aquella cautela, varias veces lo trató y propuso á su confesor fray Gaspar Catalán, religioso de Santo Domingo, varón de estimadas letras y virtudes en Aragón; en fin se halló modo decente para concertar aquellos puntos que parecían contrarios, jurando de guardar (como se ha dicho) sus libertades y privilegios al Principado, mientras el Principado siguiese obediente las órdenes de su Rey. Sobre esta cláusula, tácita ó expresa, asentó la forma del juramento sobredicho, con que el Vélez se dió por seguro, y los ministros de la provincia entonces por satisfechos.

FIN DEL TERCERO LIBRO

LIBRO CUARTO

Progresos de las armas mientras el Vélez asistía en Tortosa. — Tomas de las villas y pasos de Cherta, Aldover y Tivenys. — Primera forma del ejército en campaña. — Gánase el Perelló.— Embestida y toma del Coll de Balaguer. — Retírase el conde de Zavallá. — Sitio de Cambrils. — Razón del caso de los rendidos.—Muerte del barón de Rocafort.— Ocúpase el campo de Tarragona.—Asalto de Villaseca.— Sitio del fuerte de Salou.— Frente sobre Tarragona.— Negociaciones con Espernán.— Retirada del pendón y Conseller.— Entrega de la ciudad.— Suceso de Portugal. — Alojamiento del ejército.

1 Érales notoria á los catalanes la orden real de que el Marqués de los Vélez se jurase en Tortosa de virrey del Principado, y juzgando que con todas sus fuerzas é industria debían obstar la celebración y justificación de aquel acto, declarando su violencia, juntáronse en consistorio la Diputación, Consejo Sabio y conselleres, donde resolvieron que la ciudad de Tortosa y todos los pueblos que siguiesen su parecer fuesen solemnemente segregados del Principado y reputados como extraños y enemigos, privando [á] los moradores de sus privilegios y unión de su república, inhabilitándolos para cualquier oficio de guerra ó paz. De esta suerte comenzaron á obrar, no tan solamente por castigo del apartamiento de Tortosa, sino tam-

bién para que con esta prevención se excusase el derecho que el Vélez podía alegar en su juramento, como si las grandes contiendas de príncipes ó naciones pudiesen sujetarse á los términos legales, siendo cierto que los intereses del imperio pocas veces obedecen sino á otro mayor.

2 No olvidaban por estas diligencias políticas otras que más prácticamente miraban á la defensa; antes con prontitud, por atajar los progresos de los invasores, ordenaron que el maestre de campo Don Ramón de Guimerá, con el tercio de Montblanc, que gobernaba, fortificase la villa de Cherta y los pasos de Aldover, junto á Ebro, en el margen opuesto á Tortosa, con que se quitaba á los reales la comunicación por agua y tierra con los lugares de Aragón: y de la misma suerte fué enviado Don José de Biure y Margarit con el tercio de Villafranca para guardar el paso de Tivisa, que era el segundo puerto después del Coll de Balaguer, y que Don Juan Copons, caballero de San Juan, con el regimiento de la veguería de Tortosa guarneciese áTivenys, lugar casi enfrente de Cherta, del mismo lado de la ciudad y distante de ella dos leguas: que los tres se socorriesen en los casos de necesidad, á quienes habían de ayudar y seguir algunas compañías de los que llaman miquelets, á cargo de los capitanes Cabañas y Casellas. Eran entre ellos los miquelets al principio de la guerra la gente de mayor confianza y valor; bien que sus compañías no parecían más de una junta de hombres facinerosos, sin otra disciplina militar que la dureza alcanza-

da en los insultos, terribles por ellos á los ojos de los pacíficos: tomaron el nombre de miquelets en memoria de su antiguo Miquelot de Prats, compañero y cómplice del Duque de Valentinois y sus hechos, hombre notable en aquellos tiempos de Alejandro VI y Don Fernando el Católico en la guerra de Nápoles. Antes fueron llamados almogávares, que en antiguo lenguaje castellano ó mezcla de arábigo dice gente del campo, hombres todos prácticos en montes y caminos, y que profesaban conocer por señales ciertas, aunque bárbaros, el rastro de personas y animales.

3 Parecióles á los catalanes, en medio de todos los movimientos referidos, que el más cierto camino para asegurar la defensa de su república era acudir á Dios, á cuyo desagravio ofrecían sus peligros; y bien que fuese piedad ó artificio, ó todo junto, ellos mostraban que en sus cosas la honra de Cristo tenía el primer lugar. Con esta voz se alentaban y prevenían á la venganza.

Son los catalanes, aunque de ánimo recio, gente inclinada al culto divino, y señaladamente entre todas las naciones de España, reverentes al Santísimo Sacramento del Altar. Sentían con celo cristiano sus ofensas: con este motivo, y también por hacer su causa más agradable á la cristiandad, previniendo excusar el pregón de desleales, exageraban su dolor en declamaciones y papeles. Pretendieron hacerle más solemne y á este fin celebraron fiestas en todas las iglesias de su ciudad por desagravio y alabanza de Dios Sacramentado y ofendido: juzgaron por cosa muy

á propósito dar á entender al mundo que al mismo tiempo que las banderas del Rey Católico y sus armas les intimaban guerra, se ocupaban ellos en alabar y reverenciar los misterios de nuestra fe, porque cotejándose entonces en el juicio público unas y otras ocupaciones, se conociese por la diferencia de los asuntos la mejor de las causas.

5 Proseguían en sus festividades, cuando el tiempo les trajo otra ocasión asaz útil á sus justificaciones. Llegó el día de San Andrés, el 30 de noviembre, en el cual, por uso antiguo, la ciudad de Barcelona muda y elige cada año los conselleres, de quienes se forma, como dijimos, su gobierno político. Muchos eran de opinión se disimulase aquella vez la nueva elección, atento á los accidentes de la república, entre los cuales, como en el cuerpo enfermo, parecía cosa peligrosa introducir mudanzas y nuevos remedios: añadían que se debía prorrogar el año sucesivo á los mismos conselleres que acababan, de cuyos ánimos ya la Patria había hecho experiencia: que era un nuevo modo de tentación á la fortuna ó á la Providencia, estando sus negocios conformes y bien acomodados, desechar los instrumentos con que habían obrado felizmente, y buscar otros de cuya bondad no tenían más fiador que su confianza. Pero los más eran de parecer que en tiempo que tanto afectaban la entereza de sus estatutos y ordenanzas, por cuya libertad ofrecían la salud común, no habían de ser ellos mismos los que comenzasen á interrumpir sus buenos usos: que entonces les quedaba justa defensa á los

castellanos, diciendo que la misma necesidad que les obligaba á mudar la forma de su gobierno los había forzado á ellos á que se la alterasen: que los ánimos de los naturales eran así en el servicio de la Patria, que no podría la suerte caer en ninguno que dejase de parecer el que espiraba: que los presentes estaban ya seguros, aunque no fuese tanto por su virtud como por lo que habían obrado: que era necesario eslabonar otros en aquella cadena de la unión, para hacerla más fuerte y dilatada: que los que nuevamente entran en el combate sacan mayores alientos para emplear en la lid: que esos que seguían sus conveniencias dependientes de las dignidades, por ventura aflojaban, ó con lo que ya poseían, ó por lo que no esperaban; como es cierto que al sol adoran más hombres en el oriente que en el ocaso. Esta voz, arrimándose al uso, que en ellos se convierte [en] naturaleza, templó la consideración de los primeros; celebróse, en fin, la ceremonia sin alterar de su costumbre antigüa.

6 Fueron nombrados en suerte por nuevos conselleres de Barcelona Juan Pedro Fontanella, Francisco Soler, Pedro Juan Rosel, Juan Francisco Ferrer, Pablo Salinas; el primero y tercero, ciudadanos; el segundo, caballero; el cuarto, mercader, y oficial el quinto: también en el Consejo de Ciento se acomodaron algunos sujetos capaces según las materias presentes, con que la ciudad quedó satisfecha y gozosa.

7 Hecha la elección, se vino á tocar una dificultad

grande, en que no habían reparado á los principios: era costumbre no introducirse los electos en el nuevo mando sin la aprobación del Rey: parecía cosa impracticable, en medio de las discordias que se padecían, cumplir con aquella costumbre, en que se consideraba mucho más de vanidad que de justificación: todavía resolvieron en enviar despachando su correo á la corte, de la misma suerte que lo hacían en los años de quietud; de este modo daban á entender que sólo se desviaban de la voluntad de su Rey en aquella parte tocante á la defensa natural, que hace lícito al esclavo detener el cuchillo con que el señor pretende herirle; pero que en lo más el Rey Católico era su príncipe y ellos sus vasallos. Llegó el correo á Madrid, y su humillación, tampoco esperada de los castellanos, no dejó de renovar algunas esperanzas de remedio; confirmóseles en todo su propuesta también en la forma antigua, y en pocos días volvió á Barcelona respondido.

8 No dejaban los cabos catalanes, fortificados en los lugares vecinos á Tortosa, de molestar toda aquella tierra con correrías y asaltos, impidiendo particularmente la conducción de víveres á la ciudad, y el despacho de los correos que se encaminaban á diferentes partes de Aragón y Valencia; era esto lo que le daba más cuidado al Tejada, que gobernaba la plaza. Llegó el Vélez, y le propuso cómo se debía remediar aquel daño con prontitud antes que el enemigo se engrosase: pareció conveniente á los generales su advertimiento, y que el mismo gobernador de la pla-

za se debía emplear en aquella primera facción, por la ventaja que tenía en sus noticias, también por ser Don Fernando uno de los maestres de campo más prácticos del ejército: con esto se satisfizo á la pretensión de Don Fernando de Ribera, que, como dueño de las vanguardias, entendía ser el que primero fuese empleado.

9 Salió el Tejada de Tortosa al anochecer con mil y quinientos infantes escogidos de su tercio, y otros muchos aventureros ó voluntarios y doscientos caballos, cuyos capitanes eran Don Antonio Salgado y Don Francisco de Ibarra; pasó el puente del Ebro, y en buena ordenanza, conducidos por el sargento mayor de Tortosa, José Cintis, de nación catalán, marcharon la vuelta de Cherta: movióse la gente con espacio, midiendo el paso, el tiempo y el camino (primera observación de los grandes soldados en las interpresas): llegaron los batidores á encontrarse con las centinelas del enemigo: tocóse arma en el cuerpo de guardia vecino al lugar de Aldover, distante de Cherta media legua, y reconocido el poder de [los] españoles, á quien hacía más horrible su temor y la confusión de la noche, desampararon unas y otras trincheras los catalanes, subiéndose á la eminencia que por parte de mano izquierda les cubre y ciñe la estrada. Eran bajas las fortificaciones en aquel paso, y sobre bajas, mal defendidas; no hubo dificultad en ganárselas; saltólas sin trabajo la infantería y con un poco más la caballería; tocábanse vivamente armas por toda la montaña: Don Fernando, juzgando ser ya

descubierto, mandó se marchase más aceleradamente, por no dar lugar [á] que el enemigo se previniese ó se escapase. Llegaron primero los catalanes que se retiraban de los puestos que no habían defendido, y haciendo creer á los de Cherta que todo el ejército contrario les embestía, por dar mejor disculpa á su miedo, acordaron de retirarse á gran priesa: hicieron fuegos (señal constituída entre ellos para avisarse del peligro, y ordinaria en las retiradas): pasaron el río los más en barcos, con que se hallaban temerosos de aquel suceso. Llegó el Tejada sobre la villa á tiempo que el Guimerá, que la gobernaba, y casi todo el presidio se había retirado á esotra parte: constaba su defensa de trincheras cortas é informes, de algunas zanjas y árboles cortados esparcidos por la campaña; todo cosa de más confianza á los bisoños que de embarazo á los soldados diestros. Don Fernando, que ignoraba lo que los de adentro disponían, hizo tomar las avenidas, dobló allí su gente, dió orden de embestir á algunas mangas, abriólas á los lados, y metió la caballería en medio por atropellar la puerta, si acaso la abriesen [para] alguna salida; embistió el lugar, nunca murado, y entonces sin presidio; ganóle como le quiso ganar; perecieron muchos de los que su olvido ó su valor había dejado dentro; retiráronse algunos moradores á la iglesia, y fueron guardados en ella salvas las vidas; robóse la hacienda sin reparar en lo sagrado, porque la furia de los soldados no obedeció á la religión en la codicia, como ya en la ira le había obedecido; parece que aun es-

totro es más poderoso afecto en los hombres. Ardió brevemente gran parte de la villa; fué considerable el despojo. Era Cherta lugar rico, y sobre todos los de aquella ribera ameno y deleitable, bañado de las aguas de Ebro. Parecióle á Don Fernando pasar adelante, dejándole guarnecido, por ver si acaso topaba al enemigo en la campaña; pero los soldados, más atentos á la pecorea que al son de las cajas y trompetas, siguieron pocos y en desorden; bajaron algunos catalanes á la orilla opuesta, y desde las matas con que se cubrían daban cargas, con pequeño daño de los que las recibían. Volvióse á Cherta Don Fernando, donde halló ya quinientos valones que se le enviaban de socorro y habían de quedar de guarnición; acomodólos, y sin esperar orden del Vélez, tocó á recoger y encaminó su marcha hacia Tortosa.

Era grande el enojo con que los catalanes miraban arder su pueblo: deseaban vengarse; y notando que la gente se había retirado, quisieron que el Guimerá pasase otra vez sobre Cherta: no le pareció conveniente sin otra prevención, y era sin duda que la hubieran perdido y cobrado, si pasasen en el mismo día. Ordenó á Don Ramón de Aguaviva que con cien hombres de los miquelets atravesase la ribera y descubriese al enemigo, reconociendo el modo de guarnición y fuerza del lugar: ejecutólo con valor y tan buen orden, que el capitán y los suyos se entraron en la villa por varias puertas que salían á la campaña, sin que fuese sentido de los valones, que, ocupados todos en la rebusca de los despojos, no advertían

su peligro. Ocuparon los miquelets algunas casas, desde donde cargando súbitamente sobre los del presidio, mataron muchos: fué grande el espanto, y algunos se persuadían que era traición ó motín: tocaron arma con notable estruendo; volvió á socorrerlos el Tejada, que iba marchando: salieron los valones inadvertidamente á la campaña, donde ya se hallaban muchos de los catalanes que se retiraban, inferiores en número, aunque iguales en desorden. Entró en esto la caballería, y revolviéndose entre ellos con velocidad, jamás los dejó formar: embistiéronse los infantes unos á otros con asaz valor: murió Don Ramón de Aguaviva pasado de dos balazos, caballero ilustre catalán, y el primero que con su sangre compró la defensa y libertad de la Patria. Los otros puestos en huída, pocos alcanzaron el río, casi todos fueron muertos, y algunos cayeron en prisión.

11 Á los clamores de Cherta acudió la mayor parte de los soldados vecinos del cargo de Margarit, pero en tiempo que no podían servir á la venganza ni al remedio: los moradores de aquella tierra, oprimidos de la impaciencia ordinaria, en que son iguales cuantos ven perder sus bienes sin poder remediarlo, soltaron muchas razones contra los cabos catalanes: este escándalo y el temor de la causa de él los puso en cuidado de que podrían ser acometidos en sus mismas defensas: acudieron luego á engrosar la guarnición de Tivenys hasta dos mil hombres: sus mismas prevenciones servían de aviso á los cabos católicos, considerando también que los provinciales determi-

naban rehacerse, para que, saliendo el ejército de Tortosa, cargasen sobre ella y ofendiesen su retaguardia. Dispúsose prontamente el remedio, y se ordenó que el maestre de campo Don Diego Guardiola, teniente coronel del Gran Prior de Castilla, con su regimiento de la Mancha y algunas compañías de gente vieja y dos de caballos, sus capitanes Blas de Plaza y Don Ramón de Campo, obrase aquella interpresa. Ejecutóse, mas no con tanto secreto que los catalanes no recibiesen aviso de algún confidente: parecióles dejar el lugar de poca importancia, y por su sitio, irreparable contra la fuerza que esperaban: retiráronse á Tivisa un día antes de acometerle el Guardiola; pero él, creyendo lo mismo para que fuera mandado, aunque no le faltaban algunas señales por donde podía entenderse la retirada, repartió su gente en dos trozos; eran dos los caminos de Tivenys, y aun por junto al río mandó algunos caballos: tomó con su persona el camino real, formó su escuadrón antes de llegar á la villa, hasta que Don Carlos Buil, su sargento mayor, que gobernaba el segundo escuadrón, se asomó por unas colinas eminentes al lugar. Hizo señal de embestir, acometió, y ganó las trincheras desiertas; y Don Carlos, bajando por la cuesta, peleaba con la misma furia y estruendo como si verdaderamente el lugar se defendiese; no había otra resistencia que su propio antojo, porque no creyendo ó no esperando la retirada del enemigo, temían de la misma facilidad con que iban venciendo. Ocupóse la villa, y se dejó de allí á pocos días.

12 Entretanto el Vélez trabajaba grandemente por introducir en el Principado la noticia de un edicto real que le fuera enviado impreso desde la corte, sólo á fin de hacerlo público, contra la industria de los que mandaban en Cataluña, por donde la gente plebeya entrase en esperanzas del perdón y en temor del castigo.

13 Contenía que el Rey Católico, habiendo entendido que los pueblos del Principado, engañados y persuadidos de hombres inquietos, se habían congregado en deservicio de Su Majestad, por lo cual en Cataluña se experimentaban muchos daños costosos á la república, y que deseando como padre el buen efecto de la concordia, y certificado de la violencia con que habían sido llevados á aquel fin, quería dar castigo á los sediciosos, y á los más vasallos conservarlos en paz y justicia: que les ordenaba y mandaba que siéndoles notorio aquel bando se apartasen y segregasen luego, reduciéndose cada uno á su casa ó lugar, sin que obedeciesen más en aquella parte, ni en otra tocante á su unión, á los magistrados, conselleres ó diputación, ó á otra alguna persona, á cuyo respeto pensasen estar obligados: que no acudiesen á sus mandados ó llamamientos: que de la misma suerte no pagasen imposición ó derecho alguno antiguo ni moderno, de que Su Majestad les había por relevados: que realmente perdonaba todo delito ó movimiento pasado: que prometía debajo de su palabra satisfacerlos de cualquier persona de que tuviesen justa queja, pública ó particular. Y que haciendo lo con-

trario, siéndoles notoria su voluntad y clemencia, luego los declaraba por traidores y rebeldes, dignos de su indignación y condenados á muerte corporal, confiscación de sus bienes, desolación de sus pueblos, sin otra forma ni recurso más que el arbitrio de sus generales, y les intimaba guerra de fuego y sangre, como contra gente enemiga.

14 Este bando, introducido con industria en algunos lugares, no dejó de causar gran confusión, y más en aquellos que sólo amaban su conservación, sin otro respeto, y creían que el seguir á sus naturales era el mejor medio para vivir seguros. Algunos lugares vecinos á Tortosa, que miraban las armas más de cerca, temieron ser los primeros en los peligros: la villa de Orta y otros enviaron á dar su obediencia al Vélez, pidiéndole el perdón y excusándose de las culpas pasadas. Pudiera ser mayor el efecto de esta negociación si los catalanes, con vivísimo cuidado, no se previnieran de tal suerte, que totalmente se ahogó aquella voz del perdón que los españoles esparcían, porque no tocase los oídos de la gente popular, inclinada á novedades, y sobre todo á las que se encaminan al reposo. Consiguiéronlo felizmente, porque examinados después muchos de los rendidos, certificaban no haber jamás entendido tal perdón; antes todos, señales y ejemplos de impiedad y ven ganza.

15 Ellos también, no despreciando la astucia de los papeles, que algunas veces suele ser provechosa, hicieron publicar otro bando escrito en el ejército

católico, en que prometían que todo soldado que quisiese pasar á recibir servicios del Principado, no siendo castellano, sería bien recibido y pagado ventajosamente; y que á los extranjeros que deseasen libertad y paso para sus provincias, se les daría debajo de la fe natural con la comodidad posible; cosa que en alguna manera fué dañosa, y lo pudiera ser mucho más si, como sucede en otros ejércitos, el real constase de mayor número de naciones extrañas.

16 Después de esto se despacharon órdenes á todos los lugares de la ribera del Ebro porque estuviesen cuidadosos de acudir á defender los pasos donde podían ser acometidos; pero la gente vulgar, bárbaramente confiada en la noticia de que el ejército real era corto para grandes empresas, despreciaban ó mostraban despreciar sus avisos, lisonjeados de su pereza aún más que engañados de su ignorancia.

17 Entendía el Vélez entretanto en acomodar las cosas de la proveeduría del ejército: dábanle á entender hombres prácticos que aun después de ganado el Coll de Balaguer, les había de ser casi imposible la comunicación de Tortosa, porque no se podrían aprochar del manejo de los víveres sin gruesos convoyes ó guardias de gente, porque los catalanes, acostumbrados aun en la paz á aquel modo de guerra, no dejarían de usarla en gran daño de las provisiones. Habíase encargado el oficio de proveedor general á Jerónimo de Ambes, hombre inteligente en varios negocios de Aragón; pero como hasta entonces estuviese ignorante de la naturaleza de los ejércitos que

no había tratado, no sabía determinarse en hacer las larguísimas prevenciones de que ellos necesitan, que todas penden de la providencia de uno ó de pocos oficiales. No se puede llamar práctico en una materia aquel que sólo la ha tratado en los libros ó en los discursos: allí no se encuentran con los accidentes contrarios, que á veces mudan la naturaleza á los negocios; una cosa es leer la guerra, otra mandarla: ningún juicio la comprendió aun dentro en las experiencias, cuanto más sin ellas: tampoco guardan entre sí regulada proporción las cosas grandes con las pequeñas: el que es bueno para capitán, ni siempre sale bueno para gobernador; como el patrón de una chalupa no sería acomodado piloto de una nave: trabajosa ciencia aquella que se ha de adquirir á costa de las pérdidas de la república.

18 Habíase ofrecido Don Pedro de Santa Cilia para que con los bergantines de Mallorca, que gobernaba pocos menos de veinte, diese el avío necesario al ejército, pensando poderle ministrar los bastimentos desde Vinaroz y los Alfaques, principalmente el grano para sustento de la caballería; pero en esto se consideraban mayores dificultades por la natural contingencia de la navegación, y más propiamente en aquel tiempo, en que de ordinario cursan los levantes del todo contrarios para pasar de Valencia á Cataluña: después lo conocieron, cuando no podían remediarlo.

19 Faltaba sólo para salir á campaña la última muestra general, y se habían convocado los tercios á este

fin : desde los cuarteles donde se alojaban fueron traídos á la campaña de Tortosa, donde con trabajo grande se acomodaron mientras se pasaba la muestra: pasóse, y se hallaron veinte y tres mil infantes de servicio, tres mil y cien caballos, veinte y cuatro piezas, ochocientos carros del tren, dos mil mulas que los tiraban, doscientos y cincuenta oficiales pertenecientes al uso de la artillería.

La infantería constaba de nueve regimientos bisoños, encargados á los mayores señores de Castilla, cuatro tercios más de gente quintada, uno de portugueses, otro de irlandeses, otro de valones, el regimiento de la guardia del Rey, el tercio que llamaban de Castilla, el de la provincia de Guipúzcoa y el de los presidios de Portugal, con algunas compañías italianas en corto número. La caballería se repartía en dos partes : la de las órdenes militares de España (excepto las portuguesas) todas hacían un cuerpo, que gobernaba el Quiñones, su comisario general Don Rodrigo de Herrera, en número de mil y doscientos caballos, con oficios aparte, todos caballeros de diferentes órdenes. En las elecciones de capitanes no entró todo aquel respeto que parece se debía á cosa tan grande : eran mozos algunos, y otros inferiores á la grandeza del puesto, bien que algunos suficientes. Concurrían también con la caballería los estandartes de sus órdenes, llevados, no por los clavarios, á quienes tocaban, sino por caballeros particulares : Don Juan Pardo de Figueroa fué encargado del de Santiago; los dos no advertimos : después, por consi-

deraciones justas, se dejaron venerablemente depositadas aquellas insignias en un convento de San Bernardo en Valencia, y los tres caballeros seguían la persona de su gobernador.

21 La otra caballería mandaba el San Jorge, y Filangieri: asistíale Juan de Terrasa, el año antes su comisario general, que entonces se hallaba sin ejercicio.

22 La veeduría general del ejército ocupaba Don Juan de Benavides: la contaduría Martín de Velasco: la pagaduría Don Antonio Ortiz, y por tesorero general Pedro de León, secretario del Rey, en cuya mano se entregaba todo el dinero del ejército, y allí se separaba y salía dividido para los diferentes oficiales del sueldo que concurrían.

23 Pareció que con esto se hallaban vencidas las dificultades de aquella gran negociación, bien que la más poderosa se reconocía invencible: era la sazón del tiempo irrevocablemente desacomodada á la guerra que determinaban comenzar; pero fiando en la benignidad del clima español, ó lo que es más cierto, pensando que su poder no hallaría resistencia, temían poco la campaña y rigores del invierno, porque esperaban hallar agasajo en los pueblos y que la descomodidad no duraría más que lo que el ejército tardase en llegar á Barcelona.

24 Dispuesta ya la salida del ejército, llegó aviso de cómo el enemigo, previniendo sus intentos, había zanjado algunos pasos angostos en el camino real del Coll, á fin de impedir el tránsito de la caballería y bagajes: ordenó el Vélez que Felipe Vandestraten,

sargento mayor de valones, uno de los soldados de más opinión del ejército, y Clemente Soriano, español, en puesto y reputación nada inferior al primero, con doscientos gastadores, trescientos infantes y cincuenta caballos saliesen á reconocer los pasos, acomodar las cortaduras y desviar los árboles, porque la caballería y tren no hallasen embarazo.

25 Salieron y ejecutaron cumplidamente su orden: bajaron á impedírselo algunas pequeñas tropas de gente suelta que el enemigo traía esparcida por la montaña: fueron poco considerables las escaramuzas, acabaron su obra, y se volvieron dando razón y fin de lo que se les había encargado.

26 Entendióse con su venida cómo en el Perelló, lugar pequeño, mas cerrado, puesto en la mitad del camino, se alojaban con alguna fuerza los catalanes, que no debía ser poca, pues ellos mostraban querer aguardar allí al primer ímpetu del ejército. Con esta noticia fué segunda vez enviado el Vandestraten con mayor poder de infantería y caballería, para que ganase los puestos convenientes al paso del ejército, que había de mantener hasta su llegada; y si la ocasión fuese tal que sin perder su primer intento pudiese inquietar al enemigo, lo procurase; que el ejército seguía su marcha y le podía esperar consigo dentro de dos días.

27 Vandestraten tomó su primer camino, y topando algunas tropas de caballos catalanes, los rebatió sin daño: eligió los puestos y ocupó una eminencia superior al lugar y estrada que baja á Tortosa: mandó

que algunos caballos é infantes se adelantasen á ganar otra colina que, aunque desviada, divisaba toda la campaña hasta el pie del Coll, por donde era fuerza pasasen descubiertos los socorros á Perelló; en fin, disponiéndolo todo como práctico, avisó al Vélez de lo que había obrado.

28 Los catalanes, viendo ya las armas del Rey señoreando sus tierras, puestas como padrones que denotaban su posesión en los lugares altos, entraron en nuevo furor: despachaban correos á Barcelona, desde donde salían órdenes, avisos y prevenciones á toda la provincia: no se descuidaba el Vandestraten de inquietarlos, sólo á fin de saber qué fuerza tenían; pero ellos cuerdamente se retiraban, tanto á su noticia como á su daño. Algunos caballos catalanes de los que salían á la ronda embistieron el cuerpo de guardia puesto en la colina; fué socorrido de los españoles, y no se aventuraron otra vez, temerosos de su fuerza.

29 La guarnición del Perelló constaba de alguna gente colecticia de los lugares comarcanos, sin cabo de suficiencia, y ellos sin otra disciplina que su obstinación, más firme en unos que en otros: parte de ellos, esperando por instantes ser acometidos, se escaparon valiéndose de la noche: á éstos siguieron otros; todavía quedaron pocos, á quienes sin falta detuvo ó el temor ó ignorancia de la salida de los suyos.

30 Era el aviso del Vandestraten el último negocio que se esperaba para la salida del ejército; recibióle el Vélez con satisfacción, y señalóle el día viernes

7 de diciembre del año de 1640; día que por notable en el tiempo debe ser nombrado en todos siglos (cuya recordación será siempre lastimosa á los descendientes de Felipe), y año memorable de su imperio, vaticinado de los pasados, temido de los presentes; fatal el año, fatal el mes y la semana. El sábado primero de diciembre perdió la corona de España el reino de Portugal, como diremos adelante; el viernes 7 de diciembre perdió el Principado de Cataluña, porque desde aquella hora que se usó del poder por instrumento de la justificación, se puso la justicia en manos de la fuerza, y quedó la sentencia á sólo el derecho de la fortuna. Notable ejemplar á los reyes para poder templarse en sus afectos. Perdió Don Felipe el Cuarto antes de guerra ó batalla dos reinos en una semana.

31 Habíase pensado sobre si podría ser conveniente que desde Tortosa se repartiese el ejército en dos partes, llevando la una el camino del Coll, y la otra el de Tivisa, porque la marcha se hiciese más breve; pero cesó luego esta plática, entendiéndose que el enemigo estaba ventajosamente fortificado en el paso del Coll, y era más seguro embestirle con todo el grueso del ejército: de esta suerte, ajustándose en que la marcha siguiese el camino real de Barcelona, y recibiendo todos las órdenes del maestre de campo general, según lo que cada uno había de seguir, amaneció el viernes, día señalado, lluvioso y melancólico, como haciendo proporción con aquel fin á que servía de princiqio.

32 Comenzó á revolverse el ejército al eco de un cla-

rín, que fué la señal propuesta: movióse y marcharon en esta manera: era el primero el Duque de San Jorge, á quien tocó la vanguardia de aquel día: llevaba delante, como es uso, sus tropas pequeñas, y éstas sus batidores: constaba su batallón de quinientos caballos, que se doblaban ó deshilaban (1) según se les ofrecía el camino: á poco trecho de esta caballería siguió el regimiento de la guardia, su teniente coronel Don Fernando de Ribera: á éste el regimiento propio del Marqués de los Vélez, su teniente coronel Don Gonzalo Fajardo (ahora Conde de Castro): después el maestre de campo Martín de los Arcos, tras quien marchaba el regimiento del Conde de Oropesa, su teniente coronel Don Bernabé de Salazar: al Salazar seguían dos tercios que olvidamos (cuéntese entre los más defectos de esta historia); y de retaguardia el tercio de irlandeses, su maestre de campo el Conde de Tirón: de éstos se formaba la vanguardia del ejército, que propiamente gobernaba el Torrecusa.

33 Seguía poco después, aunque en partes distintas, el segundo trozo, llamado batalla en estilo militar: era de la batalla el primer tercio el de Pedro de Lesaca: al de Lesaca seguía el regimiento del Duque de Medinaceli, su teniente coronel Don Martín de Azlor, y á éste el del Duque de Infantado, su teniente coronel Don Íñigo de Mendoza: á Don Íñigo seguía el regimiento del Gran Prior de Castilla, su teniente

(1) En la edición de 1808, *desfilaban.*

coronel Don Diego Guardiola: tras de éste el del Marqués de Morata, su teniente coronel Don Luis Jerónino de Contreras: después del de Morata el del Duque de Pastrana, su teniente coronel Don Pedro de Cañaveral, á quien seguían los maestres de campo Don Alonso de Calatayud y Don Diego de Toledo, que llevaba la retaguardia de la batalla: gobernábala por su persona el Vélez, y marchaba entre ella, según la parte conveniente, con cien caballos continuos de la guarda de su persona, á cargo de Don Alonso Gaitán, capitán de lanzas españolas.

34 El costado derecho de la batalla guarnecía Don Álvaro de Quiñones con hasta seiscientos caballos de las órdenes, puestos también en aquella forma que el terreno les permitía: el siniestro con otros tantos cubría el comisario general de la caballería ligera, Filangieri.

35 Seguía la retaguardia á la batalla en la propia distancia que ésta seguía á la vanguardia: en primer lugar marchaba el tercio de los presidios de Portugal, su maestre de campo Don Tomás Mesía de Acevedo: seguíale el de Don Fernando de Tejada; luego empezaba la artillería en este orden: de vanguardia, los mansfelts (1) y algunas otras piezas pequeñas de campaña: á éstos seguían los cuartos, á los cuar-

---

(1) *Manfelts.* No está en el Diccionario. Según Almirante (*Diccionario Militar.* Madrid, 1869), era el *mansfelte* una pequeña pieza de artillería, así llamada en el siglo XVII del nombre de su inventor, y que hacía fuego entre los escuadrones, ó como ahora decimos batallones, esto es, entre las unidades tácticas.

tos los medios cañones, en medio los morteros: desta suerte se deshacía hacia la retaguardia, acabándose otra vez en los mansfelts. Tras de la artillería los carromatos, y tras ellos las municiones, según el uso de ellas. Lo último era el hospital y bagajes de particulares. Las compañías sueltas de italianos guarnecían los costados del tren, luego el tercio de valones, su maestre de campo el de Isinguien, y de retaguardia el de portugueses, su maestre de campo Don Simón Mascareñas.

36 Á los portugueses seguían otros quinientos caballos de las órdenes, mandados por Don Rodrigo de Herrera, su comisario general, y á los lados de la artillería marchaban algunas compañías de caballos que le servían de batidores á una y otra parte.

37 Y aunque el estilo común de los ejércitos de España hace que con todos se reparta igualmente del honor y del peligro, pasando los de adelante atrás, y éstos al lugar de aquéllos, todavía fué forzoso alterar este uso con atención á la angostura de los caminos y copia del ejército, porque se juzgaba impracticable, y lo era, que aquel tercio que un día llegase postrero se adelantase á todos para marchar al siguiente de vanguardia. Así, por obviar este daño, fué determinado que los tercios se remudasen, y sucediesen unos á otros, conforme aquel estilo, en sus mismos trozos, hasta que haciendo frente de banderas, se alterase la forma de la marcha, y que desta suerte se podía repartir con todos de la confianza y

del reposo: sólo el regimiento de la guardia no se mudaba con ninguno.

38 Así salió el ejército de Tortosa, y no sólo podemos contar por infeliz agüero la terribilidad del día, como algunos observaron entonces, sino también el haberse dispuesto las cosas en tal forma que el Vélez, dueño de la acción, saliendo de noche á la campaña, fué tan grande la confusión y obscuridad, que sin advertir en los fuegos del ejército ni en el camino anchísimo, le erraron las guías, y se perdió el Marqués con los que le seguían antes de llegar á su cuartel, que alcanzó tarde y trabajosamente: á veces con estas señales nos suele avisar la Providencia porque nos desviemos del daño.

39 Marchóse orillas del Ebro por gozar de sus aguas y de la leña que ofrecía el bosque vecino: hizo alto la vanguardia en un llano dos leguas de Tortosa, y aun habiéndose apartado tanto, no pudo la retaguardia seguirle aquel día: alojó fuera de la muralla, y comenzó su marcha la otra mañana.

40 Pretendía el Vélez alojar del segundo tránsito en Perelló, dos leguas distantes de su primer cuartel: madrugó el Ribera prevenido de artillería é instrumentos, llegó presto, y en sus espaldas los tercios de la vanguardia: salió el Vandestraten á recibirle con las noticias de lo que era el lugar, tardó poco el Torrecusa, y reconociendo la campaña, mandó que la caballería ocupase el puesto que para sí había elegido el Vandestraten, y con la infantería que llegaba fué ciñendo la villa por todas partes, alojando los

primeros tercios por esotra que miraba al país enemigo.

41 Era el Perelló pequeño pueblo, pero murado, según el antiguo uso de España: tenía dos puertas, y ésas guardadas de torres que las cubrían á caballero. Defendióse, llegó la artillería, y fué batido por casi un día entero, y resistiera otros si uno de los de adentro, temeroso por la vista de todo el ejército, que se hallaba ya junto, no se determinara á rendirse. Hizo llamada secretamente sin dar parte á los suyos: negoció la vida, y dió una puerta: fué entrado el lugar, y se hallaron solamente trece hombres, cosa digna de saberse, si es cierto que la ignorancia no se llevó la mayor parte de aquel hecho. Llegó el Vélez, y el lugar fué repartido á los que le seguían, más como cuartel que como despojo: el ejército alojó en campaña en torno de él, y aunque con gruesos cuerpos de guardia se estorbó la entrada á la multitud de la gente, ni por eso dejaron de pegarle fuego: ardieron muchas casas con tal violencia, que los cabos salieron arrojados de las llamas: todavía, por ser la villa cercada y en paso importante, pareció se debía guardar, y se dejó guarnecida de doscientos infantes y cincuenta caballos, á cargo de Don Pedro de la Barreda, capitán en el tercio de los presidios de Portugal.

42 Dispúsose la marcha en demanda del Coll, que era lo que por entonces daba mayor cuidado. Las guías y gente del campo exageraban el sitio de áspero y la fortificación de invencible; en la aspereza decían menos, en la defensa más; pero lo que causaba mayor

duda era saberse que en todo el camino desde Perelló al Coll no se hallarían otras aguas que las de unas lagunas ó charcos encenegados y casi enjutos, que los catalanes, sin trabajo, podían sangrar ó cegar, con lo cual se hacía consumadamente estéril el camino. No temían sin razón los españoles; pero temían inútilmente, porque ya en aquel tiempo el ejército no podía volver atrás, ni el remedio estaba en manos del recelo, sino de la industria.

43 Á este fin de imposibilitar el campo católico, intentaron los catalanes su ruina por otro más extraño medio, como pareció después en cartas del Conde de Zavallá, gobernador de las armas de aquella frontera: escribíalas á Metrola, que mandaba en el Coll, y le ordenaba envenenase las aguas de aquellos cenagales con ciertos polvos: enviábale el artífice y artificio, especificándole el modo de usarle con toda cautela y secreto. No me atreviera á escribir una resolución tan rara en el mundo, de que se hallan pocos ó ningún ejemplo en las historias, ni hiciera memoria de esta escandalosa novedad si con mis ojos no hubiera visto y leído los papeles que hablaban del caso repetidamente. César, sobre los campos de Lérida, embargó el agua en la guerra contra Afranio y Petreyo, detúvola y se la defendió; pero conservóla sana: venciólos con el arte y lícita industria; parece que ignoraban los antiguos otro modo de matar hombres sino á hierro: nosotros ahora, más peritos en la malicia, fuimos á revolver la naturaleza, haciendo practicables la pestífera calidad de algunas cosas que la Providen-

cia recató de nosotros, escondiéndolas en las entrañas de la tierra. Todavía no quiso Dios que este mandamiento se cumpliese, retardando su ejecución por sus secretos juicios ó porque prevenía á aquellas armas otro más notorio castigo.

44 Llegó el ejército á la campaña de las lagunas, y la gente, fatigada de la sequedad del camino, bebía con ansia y recelo porque temían lo que después vino á certificarse; pero desengañados unos con el atrevimiento de otros, perdieron el temor en que se hallaban, y los soldados salieron de la aflicción causada de la sed.

45 Dispusieron entonces la frente contra el Coll, repartiendo sus cuarteles con respecto á las avenidas poco más de una legua distantes de las fortificaciones contrarias, y porque los cabos no tenían otro conocimiento del país más de aquella incierta noticia que ministraban los naturales temerosos é ignorantes. Pareció mandar reconocer la campaña sin empeño de las mayores personas; salió á reconocerle Don Diego de Bustillos, teniente de maestre de campo general, y en su guarda una compañía de caballos y algunos voluntarios. Á poco más de media legua tuvieron vista de los batidores del enemigo, que discurrían por la campaña á la misma diligencia. Mandó Don Diego se adelantasen los aventureros, hiciéronlo; pero esperando los batidores, dieron la carga, y sin recibirla, se retiraron, dejando muerto, de los reales, á José de Agramonte, soldado particular. Fué el primero que dió la vida por su Rey en aquella guerra; no será justo dejar su nombre en olvido.

46 Baja desde el pie del Coll hacia la marina un valle ancho, que cuanto se acerca á la mar se allana y dilata, donde los antiguos fabricaron algunas torres para guarda de la costa y reparo de los ancones que allí forma la tierra: entendíase por las espías que los catalanes habían guarnecido las atalayas con intención de mantenerlas para todo suceso. Juzgábase en ello por información de los naturales, y se creía mucho más de lo que debía temerse: con esta noticia, en habiéndose acuartelado el campo, mandó el Torrecusa adelantar cuatrocientos infantes con orden de que ganasen ó quemasen las torres, y que después se incorporasen con el ejército.

47 Llaman los catalanes Coll á todas aquellas eminencias que los castellanos llaman collado, con alguna semejanza de los latinos; es célebre entre los más de la provincia este llamado Coll de Balaguer, ó porque le atraviesa el camino que baja desde Balaguer, ó porque se deduce de unas montañas junto á aquella ciudad, y desde allí corriendo hacia el Ginestar y otros pueblos fronteros á Ebro contra el Mediodía, viene á caerse en el mar por esotra parte de Torto sa. Es la tierra áspera y llena de piedras, partida de algunos valles profundos á un lado y otro del camino, que quebrando en muchas partes, se halla siempre difícil al paso de los caminantes: corre por la cima de un monte, á quien otro repecho que queda á la parte de Levante sirve de caballero: divídele un precipicio de otra montañuela no superior, que se va levantando hacia el Poniente. Habemos anticipado

su descripción porque se entiendan mejor las disposiciones, las defensas y los acometimientos.

48 Llegó el San Jorge y su caballería, y poco después el Torrecusa y la vanguardia; paróse en descubriendo el Coll por reconocer su fuerza y aquel terreno que no había visto jamás. Es observación precisa de capitán prudente el descubrir y entender la tierra en que se ha de campear, á que los prácticos llaman ojo de la campaña, y se cuenta como virtud particular en algunos hombres.

49 Los catalanes buscaban su defensa como les era posible, mas no por aquellos caminos que descubrió el arte: habíanse prevenido de grandes cavas, que de alguna manera ayudasen su fortificación, muchos árboles cortados y acomodados en los pasos angostos: era su mayor fuerza la de una trinchera de piedra y alguna fajina en forma cuadrada á semejanza de fuerte, pero sin ningún artificio, capaz de dos mil infantes, con que la tenían guarnecida. En la eminencia superior, algo á la trinchera y mucho al camino del mismo costado diestro, tenían una plataforma con dos cuartos de cañón, que descortinaba como través la ladera: en la cumbre opuesta á la mayor fortificación fabricaron un reducto, que no se daba la mano con las más defensas, por estorbárselo el valle que divide ambos montes; también en él tenían alguna parte de su infantería. Sus cuarteles estaban puestos en la tierra que va cayéndose hacia el campo de Tarragona; de tal suerte, que desde el pie del Coll no podían ser vistos ni ofendidos: eran capaces de mu-

cho mayor número de gente, y sin duda, si los catalanes se fortificaran así como habían sabido elegir los puestos de la fortificación, fuera cosa asaz dificultosa poder ganarles el paso sin gran pérdida ó detención.

50 No tardó el maestre de campo general en haberlo reconocido todo, haciendo lo más por su propia persona, y habiéndolo considerado como convenía, juzgando que allí el terror acabaría más que la fuerza, pues peleaban con gente bisoña, mandó adelantar las dos piezas que llevaba; y ordenando se formasen los escuadrones á la raíz del monte, ordenó que el tercio de Martín de los Arcos y el regimiento del Vélez marchasen abriendo camino todo lo que se pudiese junto al agua, porque ciñesen por aquella parte el Coll, que, como dijimos, se humilla en el mar, y prosiguiesen su camino hasta no poder pasar adelante, ó desembocar al campo de Tarragona. Entendía que sólo aquella retirada le podía quedar libre al enemigo, si quisiese embarazarse en la defensa: luego mandó á Don Fernando de Ribera que con trescientos mosqueteros en tres mangas subiese á paso vagaroso por el camino ordinario, y que en habiéndose mejorado jugase la artillería (que por su calidad y distancia no podía ser de algún efecto), y que todos los escuadrones se pusiesen en orden de marchar y acometer á la primer seña.

51 Pensaban los catalanes, con poca noticia de la guerra, que su multitud, su reparo y aspereza del lugar los hacía inexpugnables: parecíales cortísimo el ejér-

cito, de que hasta entonces no habían visto sino la menor parte: creció su confianza notando el pequeño número de los escuadrones reales: salieron algunos desde las trincheras mostrando despreciar su fuerza; sin embargo, marchaba Don Fernando, y se movían algo los que subían. Á este punto comenzó á disparar la artillería del Torrecusa sin ningún peligro, pero con grande espanto de los contrarios: quisieron valerse de sus cañones, mas estaban los españoles muy al pie del monte y no hacían puntería, ni podían ofenderles sus balas, menos á las mangas que [illegible] caban la escaramuza, porque se hallaban [illegible] que los escuadrones. Diéronse algunas [illegible] á otros; pero los castellanos, solda[illegible] cia, subían no obstante la defensa del enemigo y algunas muertes de los suyos. Dió la segunda y tercera carga la artillería española, cuando [illegible] de media hora de escaramuzas poco importan[illegible], adelantándose ya algunos pasos todo el cuerpo de la vanguardia, los catalanes desampararon las fortificaciones de una y otra parte, dejando todos las armas y muchos las vidas: avanzó el San Jorge lo posible con sus caballos, porque la infantería, fatigada de la cuesta y manejo de las armas, no podía aprovecharse de la fuga del enemigo para en más de ocupar los puestos, así como ellos los iban dejando: otros atendían con mayor prontitud al despojo de los alojamientos, en extremo regalados y llenos de toda vitualla.

52 Había el Conde de Zavallá recibido aquella maña-

na aviso del Metrola, gobernador del presidio, cómo el ejército se determinaba en subir al Coll, y salió de Cambríls, donde asistía, á socorrerle con alguna infantería y una compañía de caballos, pero á tiempo que topó muchos de los que se iban retirando; retiróse con ellos, participando tempranamente de aquel mismo temor, certificado de los suyos, que los españoles no paraban en cuanto vencían. Mandó todavía que sus caballos llegasen hasta descubrir al enemigo; mejoráronse á los cuarteles del Coll, cuando ya algunas tropas del San Jorge bajaban sobre ellos: duró poco la contienda, porque el poder era desigual: fué todo uno dar la carga, recibirla y tomar la vuelta. Escapáronse casi todos, por ser más prácticos en la tierra; la infantería se esparció por diferentes partes; salváronse cuantos dejaron el llano, y se subieron á la montaña, desde donde juntos hacían gran daño en los castellanos, que poco advertidamente se entregaban al saco: muchos pensaron retirarse sin peligro por la lengua del agua, y todos cayeron en manos de los tercios que marchaban por aquella parte; era esta la primer venganza de los soldados reales, tal fué el estrago: hallaban poca piedad los rendidos, y ni los muertos estaban seguros de la indignación de los victoriosos: son terribles los primeros golpes de la ira. Allí vengaba el uno la ausencia de su casa, el otro la violencia con que fué llevado á la guerra, aquél daba satisfacción al agravio, éste obedecía á su ferocidad, los más servían á la furia, los menos al castigo: fuera mayor el daño si se prosiguiera en su alcan-

ce: llegaban hambrientos y fatigados, y habiéndose hallado abundantes los cuarteles de todas provisiones, detúvolos el regalo; que no era la primer vez que estorbó las grandes victorias: entregáronse al vino y otras bebidas con desorden, y fué causa de que se detuviesen en su mayor ímpetu, venciéndose de su destemplanza los mismos que poco antes habían sido vencedores de la fuerza de su enemigo. Fué escandaloso aquel modo de aplauso; pero permitido de los cabos, que en los yerros comunes viene á ser remedio la disimulación, pues no los puede ahogar el castigo.

53 El Torrecusa, que por su persona acudía á todas las disposiciones, confiriendo consigo mismo las noticias que tenía de la fuerza del enemigo, y la facilidad con que le había postrado, entró en opinión de que no sería aquella su mayor defensa, y que sin falta podían tener adelante algún otro fuerte ó plaza, causa á la voz común de su admirable fortificación. En esto andaba ocupado su discurso.

54 Hallábase el Vélez con la batalla y retaguardia del ejército, sin moverse del lugar en que había hecho la frente, ni lo determinaba antes de acabar con las torres de la marina, temiendo que apartándose corriese algún peligro la infantería que había bajado á rendirlas: con esta duda envió por el maestre de campo Don Francisco Manuel (1) á comunicar su in-

(1) Vuelve el autor á nombrarse aquí, y más adelante, diciendo cómo interviene en los sucesos que describe.

tento al Torrecusa: hallólo antes de la subida del Coll, y como de aquel suceso pendía la resolución de su voto, no respondió sino después de todo acabado, siendo de parecer que el Vélez á toda priesa no quedase aquella noche desunido de su vanguardia. Fueron ganadas las torres casi á este tiempo, de que avisado el Vélez, no aguardó la respuesta de lo que preguntaba; antes mandó marchasen los tercios, y de esta suerte le alcanzó la nueva y el enviado. Promulgóse con alegría como primera victoria, y la cosa que más importaba acabar que todas las presentes: volvió luego á mandar al Torrecusa no parase hasta bajar al campo de Tarragona: cumplióle, y volviendo á marchar la vanguardia, hizo punta á una casa fuerte, llamada Hospitalet, que está junto al mar, donde hasta entonces había sido el alojamiento del Conde de Zavallá: llegáronse al pie de la muralla algunos caballos y gente suelta, á quien el vencimiento, ó quizá la embriaguez, habían dado más desorden que aliento: intentaron por fuerza la entrada, bien que la miraban dificultosa por aquella vía; los de adentro pidieron las vidas, y se las concedieron. Eran poco más de sesenta hombres los de la guarnición: entró primero Don Fernando de Ribera, después el Vélez, á quien siguió el ejército: acuartelóse, haciendo frente al camino real, que mostraba querer seguir: hallóse el sitio acomodado y tan abundante de todas cosas necesarias para alojar un ejército, que se obligó á descansar en él, aunque por pocos días, de las largas marchas y

armas (1) continuas con que se fatiga la gente inexperta.

55 Fué considerable el despojo del Hospitalet, midiéndose con su cortedad; pero hízolo más estimable haber topado un soldado entre las ropas del Conde de Zavallá el libro en que se registraban las órdenes que recibía y daba para la guerra: por el cual se entendieron fácilmente muchas cosas de que no había noticia, y fueron de gran utilidad á los pensamientos del Vélez; particularmente alcanzándose por algunos despachos que la Diputación no estaba segura en la fe de la ciudad de Tarragona, y que en ella se temían del ánimo y oficios de algunas personas conocidamente afectas al partido real; cosa que entonces fué á los españoles de gran consideración, porque se hallaban faltos de noticias de lo que se pasaba entre sus enemigos. El libro contenía tantos secretos y tan provechosos para el servicio del Rey Católico, que podemos decir que en él se halló un retrato de los ánimos de sus enemigos y un cofre de sus secretos: conociólo el Ribera de esta suerte, y recogiólo á su poder con destreza; demasiado político, pensó ganar gracia con el Conde-Duque enviándole aquel presente, por el cual, como el piloto en la carta, podía seguir sin peligro la navegación de aquel negocio. Fué avisado el Vélez, y pidió el libro como general á quien verdaderamente tocaban aquellas observaciones; pero el Ribera, ó bien de vanidad ó desconfian-

(1) En la edición de 1808, *alarmas*.

za, se excusaba de entregárselo: instaba el Vélez en haberlo, y porfiaba el Ribera vanamente en su excusa: ¡caso raro que pudiese tanto la apariencia de una pequeña lisonja, que le encaminase á faltar á un hombre de sangre y de juicio en las obligaciones de súbdito, de cuñado y de amigo!; que todas éstas quebrantaba Don Fernando en resistirse. Creció el enojo en el poderoso y la obstinación en el descontento, y llegóse cerca de un extraño suceso, porque aquél pensaba obrarlo todo por hacerse obedecer, y éste no rehusaba ninguna desesperación á trueco de no humillarse: quiso prenderlo el Vélez, y lo ordenó así; pero la industria de algún medianero á quien uno escuchaba con amor y otro no sin respeto, pudo acomodarlo todo. El libro fué traído al Vélez, y de él se sacaron noticias importantes á la guerra.

56 Corrió al instante la nueva á Barcelona de todo lo sucedido en Coll y Hospitalet, y fué recibida con gran sentimiento y no menor temor, considerando la facilidad con que habían perdido la mayor defensa; entonces llegaron á entender que la multitud desordenada por sí misma se enflaquece. Despacharon con gran prontitud correos á Mr. Espernan (de quien diremos adelante), á cuyo cargo pusiera el Rey Cristianísimo las armas auxiliares de Cataluña; dábanle cuenta de cómo habían perdido los mejores pasos: pedíanle no dilatase su venida, porque por instantes se les aumentaba el peligro, que á los contrarios igualmente crecían fuerzas y reputación, y se abatían

los ánimos de los naturales viéndolos comenzar victoriosos.

57 No se descuidó el francés, antes como hombre que verdaderamente deseaba acudir al remedio de aquellas cosas que tenía á su cargo, tomó la posta, y dejando orden á las tropas de que le siguiesen, entró en Barcelona, donde fué recibido con honra y alegría. Pocos días después llegaron hasta mil caballos de los suyos, dando razón de que á sus espaldas seguían los regimientos del duque de Anguien, del mismo Espernan y el de Seriñán: alentóse la ciudad con la primera esperanza de socorro, y se comenzaron á ejecutar las levas prevenidas en las cofradías (son allí cofradías lo que en Castilla gremios); de éstos se había de formar el tercio de la bandera de Santa Eulalia, debajo del mando de su tercero conseller Pedro Juan Rosell.

58 Dejólo ajustado el Espernan, fiando más que debiera en las promesas de gente necesitada: refrescó su caballería y marchó á Tarragona, donde el ejército católico se encaminaba, y donde su desconfianza de los catalanes lo temía.

59 Descansó el Vélez junto al Hospitalet los días que tardó en subir y bajar el Coll su artillería: deseaba vivamente marchar la vuelta de Cambríls, primera plaza de armas de los catalanes, antes que ellos tuviesen tiempo de acomodarse á la resistencia. Era grande la fama que corría en el ejército católico de la multitud de gente que había acudido á su defensa; aunque en medio de estas informaciones no faltaban

algunos que sospechaban y querían hacer creer á los otros hallarían la plaza desierta: esta voz tomó fuerzas en los ministros catalanes del partido del Rey, que sin otro motivo que lisonjear el poder católico, antes querían ocasionarle que ofrecerle una duda.

60 Había sacado el Vélez desde Aragón algunos religiosos capuchinos, de cuya autoridad pudiese ayudarse, por ser su hábito grandemente venerado en Cataluña: pareció conveniente enviar uno de aquellos varones á Cambríls, porque les amonestase el arrepentimiento y les comunicase el perdón: ofrecióse para este servicio fray Ambrosio: partió del ejército y en su guarda una compañía de caballos, que dejándole á vista de las primeras trincheras, y á un trompeta para hacer llamada, según uso de la guerra, se volvió luego: entró fray Ambrosio y le recibieron con reverencia y cautela, contra la esperanza ó temor de los castellanos, que ya por su demora interpretaban alguna barbaridad; pero al día siguiente llegó el enviado sin daño ni provecho de su jornada: dijo que los cabos de aquel presidio se determinaban á morir por su libertad; es calidad del miedo crecer las cantidades y disminuir las distancias de aquellas cosas que se temen. Dió con su información fray Ambrosio bastante obediencia á esta costumbre: contó que el lugar tenía gran multitud de gente; que los de adentro subían su número á quince mil hombres; pero que el ruido que había escuchado no parecía de menor multitud. Poco después aportó una barca en la marina, escapada aquella mañana desde el muelle

de Tarragona, y confirmó no menos la confusión que el temor de la ciudad y su campo: que en ella se recogía la riqueza de los lugares vecinos: que los socorros no habían llegado hasta entonces en número considerable, y que los ciudadanos no estaban desaficionados al concierto.

61 El Vélez, confiriéndolo con otros avisos, halló ser conveniente dar vista por aquellas plazas con la mayor brevedad posible, por gozar también de la ocasión de su duda; y aunque el campo se hallaba afligido por falta de víveres, no dando lugar el tiempo á su conducción por agua, todavía entendiendo que de cualquier suerte era una misma la necesidad, mandó marchar el ejército, habiendo primero condenado á muerte por los jueces catalanes que le seguían y su auditor general, nueve de los prisioneros, por dar cumplimiento al bando. Fueron ahorcados de las mismas almenas del Hospitalet, hasta entonces hospital de peregrinos, dedicado al descanso y clemencia de los miserables, y ahora lugar de suplicio y afrenta.

62 Ausente por la pérdida del Coll (con poca reputación) el de Zavallá, gobernaba la plaza de armas de Cambríls Don Antonio de Armengol, Barón de Rocafort: era cabo de la gente del campo de Tarragona, de que constaba el presidio, Jacinto Vilosa, y sargento mayor de la plaza Carlos Metrola y de Caldés; hombres todos de valor y fidelidad á su Patria. Estos tres mandaban, pero más podemos decir que obedecían á la furia y desorden de los súbditos; infeliz y

dificultoso gobierno aquel que se constituye sobre gente vil y bisoña, donde jamás la industria pudo hallar consonancia entre la multitud de sus voces y sentimientos.

63 Descubrióse el ejército á tiempo que los de la plaza se daban priesa, unos por salir y por entrar otros, porque la misma fama del peligro á unos hacía temer y á otros osar. De esta suerte se hallaba casi toda la campaña cubierta de gente del campo que concurría al socorro, cuando improvisamente fué asaltada de quinientos caballos de los cruzados, con que su teniente Don Álvaro llevaba aquel día la vanguardia.

64 Formó sus batallones, pensando que el enemigo le esperaba fuera de la fortificación por impedirle los puestos que pretendía ocupar; empero conociendo en su desorden la buena fortuna, dividió en tropillas los dos batallones de los lados, quedándose firme el de en medio: hizo señal de embestir, y se ejecutó con valor: los contrarios, inadvertidos de su daño, no sabían huir ni defenderse: deseaban la resistencia, mas no la concertaban. Fueron degollados hasta cuatrocientos hombres, no sin algún daño de los españoles, porque algunos catalanes, amparados de los troncos de los árboles, podían, tirando cubiertos, ofender los caballos: murieron y salieron heridos algunos soldados de las tropas, entre ellos la persona de más importancia, Don Miguel de Itúrbida, caballero navarro del orden de Santiago, capitán de caballos reformado.

65 Recibió el Marqués este confuso aviso en medio de

la marcha, y mandó que la vanguardia apresurase el paso por dar abrigo á la caballería; hízose, pero no de tal suerte que el ejército viniese en desorden, porque según las informaciones, cada instante se podía esperar el enemigo con su grueso, dando á este recelo más ocasión los bosques aún que los avisos.

66 Esto mismo les sucedía á los de la plaza, que viendo crecer tanto el número de los sitiadores, y conociendo por otra parte la desigualdad de sus fuerzas, sin llegar el socorro y artillería que esperaban, entendiendo ser su perdición irremediable, enviaron un religioso carmelita descalzo, pidiéndole al General mandase suspender la hostilidad por espacio de cuatro días, mientras daban aviso á Barcelona.

67 No era todo temor en los sitiados, sino tentar al Vélez con la promesa, por ver si podían dilatar su peligro hasta ser socorridos como lo esperaban; mas él, reconociendo sus ruegos, respondió que si libremente entregasen la villa á las armas de su Rey, les valdría las vidas esta diligencia, y que si se resistían, prometía de pasarlos á todos al filo de la espada, y que él no aguardaba más por su reducción que lo que sus tropas tardasen en ponerse sobre la villa.

68 El Quiñones, después de haber con su caballería apartado de la muralla la gente que no pereció en la campaña, repartió sus cuerpos de guardia á la larga por las avenidas, y con lo restante de sus caballos ocupó los puestos importantes. Era el más conveniente un convento de San Agustín, fundado al salir de la villa, frontero de la puerta principal, en parte don-

de las baterías podían ser provechosas á los sitiadores: procuró hacerse dueño de él, encomendándolo á algunos de los suyos. Entraron como armados, acudieron prontamente á la defensa los frailes; hacen aquellos casos lícitas las armas á todos; pero también hacen igual el peligro: hirió de un pistoletazo un religioso á un soldado, retiróse aquél y otro en su lugar vengó con la vida del que se defendía las heridas de su compañero: no paró allí la furia; mas ocasionada de la imprudencia, pasaron á mayor número las muertes, á mayor grado los escándalos; quedó, en fin, el convento en manos de los soldados.

69 Hallábase junto el ejército, y repartidos los cuarteles y ataques contra la villa; comenzóse la batería con las piezas menores sin algún efecto, de que tomaban ocasión los sitiados para defenderse con mayores bríos. Salió el Vélez, con pocos que le seguían, á ver una plataforma que batía la puerta principal de la plaza: era éste el lugar más empeñado con el enemigo, y donde se reconocía hasta el pie de la muralla; mas habiéndose descubierto con demasiado despejo, cargaron á aquella parte las rociadas de la mosquetería contraria, de que súbitamente cayó el Marqués y su caballo herido por la frente de un balazo. Todos pensaron haber aquella hora perdido su general, juzgándole muerto: volvió presto el Vélez, y con sosiego digno de gran capitán subió en otro caballo, templando maravillosamente en su semblante el temor y la alegría.

70 Hallábase el ejército en esta sazón por todo extre-

mo miserable y falto de vituallas; cosa que á los generales ponía en gran desconsuelo, porque la queja ó la lástima de los hambrientos no dejaba lugar seguro de sus voces: obedecían sin gana; no era tema ó desagrado, porque con la larga abstinencia se iban postrando las fuerzas: acordóse mandar la caballería á refrescar por los lugares del campo, y fueron entrados Monroig, Alcover, la Selva y otros que se hallaron abundantísimos de todos granos y bebidas. Reus, lugar mayor y más rico, se ofreció voluntario á la servidumbre por escaparse de la furia de los invasores: Valls y algunos más entrados á la montaña lo prometían también: fué todo de considerable alivio para la hambre del ejército; aunque este mismo remedio, usado desordenadamente, hubo de traer otro mayor daño, porque los soldados, sin respeto á ninguna disciplina, dejaban sus puestos y aun sus armas y caminaban á buscar lo que veían gozar á los otros. Este descuido despertó la indignación con que los paisanos miraban el estrago de sus pueblos y haciendas: salíanles á los caminos y hacían en ellos crueles presas: muchos se topaban cada día muertos por la campaña y algunos disformemente heridos.

71 Continuábase la batería de la plaza entretanto, y se mejoraban los aproches encargados á Don Fernando de Ribera y al Conde de Tirón; porque como los sitiados no tenían artillería gruesa con que detener al enemigo, ganábase fácilmente la tierra. Esto mismo hacía mayor el peligro de parte de los sitiadores, porque despreciando la defensa de la plaza se acer-

caban sin respeto á la mosquetería, con que los tercios cada instante recibían gran daño. Excusóles la facilidad de la empresa el trabajo de abrir trincheras; y así, como no había lugar reparado, no le había seguro. Defendiéronse con valor algunos días; pero viendo que por horas se les acercaba el enemigo y que ya no podían excusarse del asalto, comenzó la gente popular á inquietarse; á que la obligaba tanto como el poder del ejército el descuido de Barcelona, donde sucedía lo que suele á veces con la naturaleza, que no sin providencia se descuida de enviar espíritus á la parte del cuerpo ya mortificado. Así la Diputación, creyendo la pérdida de Cambríls, no disponía su socorro por no desperdiciarle, previniéndolo á otra defensa.

72 Algunos catalanes piensan, y lo han escrito, haber dentro en la plaza hombre que, sobornado del miedo ó del interés, tuvo orden de arrojar gran cantidad de pólvora en un pozo, porque su imposibilidad los trajese más brevemente al concierto. Ellos, en fin, lo deseaban, perdida toda esperanza de otro remedio: pusiéronlo en plática, y llamaron por el cuartel del Ribera: respondióseles, y se entendió querían introducir algún tratado: arrojaron poco después un papel abierto en que pedían tregua cuatro días, y se disponían á escuchar cualquier justo acomodamiento. Recibió Don Fernando el aviso, remitióle al Vélez con la persona del maestre de campo Don Luis de Ribera, porque le informase de todo lo sucedido: llegó Don Luis á tiempo que halló al General con casi

todos los cabos del ejército en su estancia: propuso á lo que venía, poniendo el pliego en manos del Vélez, que ni atendió cuidadosamente á recibirle, ni mostró despreciarle; pero el Torrecusa, que se hallaba presente, hombre de natural veloz y colérico, mostró gran desplacer de la proposición y aun de la embajada, hablando contra todo con aspereza. No era aquel su ánimo del Vélez, antes interiormente deseaba escuchar los sitiados; mas detenido en ver que el Torrecusa, no español, se declaraba tanto contra el atrevimiento de los catalanes, paróse cuerdamente pensando en cómo podría concertar aquellas contradicciones: hallábase á la mesa cuando llegó el aviso, mandó á Don Luis se volviese sin haberle respondido nada: platicó con los más, y encaminó el discurso á otras cosas.

73 No se divertía el Torrecusa; mas antes considerando profundamente el negocio, el estado en que se hallaban las armas del Rey y en la súbita resolución que había tomado en todo, vino á caer en gran silencio, y sin hablar, mirar ni oir á ninguno, se estuvo así un espacio, al cabo del cual, como si verdaderamente saliera de un parasismo, levantóse en pie y dijo al Vélez:

74 «Que él conocía de su natural ser más acomodado á la obra que no al consejo: que le suplicaba se sirviese antes de su corazón que de su discurso: que á veces procuraba huir de sus caprichos, pero que su mismo espíritu lo llevaba á encontrarse con exquisitas opiniones: que había hablado con poca conside-

ración en lo que dijera : que el haberlo pensado después le ponía en obligación de desdecirse por sí mismo, antes que el daño fuese irremediable : que ya se le estaba representando aquel ejército fatigado de la hambre, todas las esperanzas de su socorro puestas en los vientos, y ellos sin señales de compadecerse, según porfiaban : que el lugar se había defendido algunos días, y lo podía hacer otros tantos, siendo [así] que menos bastaban á caer su gente en desesperación : que el sitio de la miseria que el ejército padecía era más apretado que en el que se hallaba la plaza : que si aquella impaciencia les obligase á anticipar el asalto, forzosamente habrían de perder en él buena parte de gente principal, pues siendo la primera acción de su valor se arrojaría toda al temprano peligro : que no sólo les daban el lugar los que se lo entregaban, mas que también de sus manos recibían las vidas que excusaban de perder : que por la misma razón que eran vasallos, no se debían apartar del perdón, antes concedérseles á todos tiempos : que lo contrario parecería buscar la ruina y no el remedio : que su parecer era se oyesen los que llamaban, y se les hiciese todo el favor posible, recibiendo la plaza.»

75 Dijo, y dejó á todos admirados, no menos de su mudanza, siendo cosa contra su condición, que del gran valor que mostrara en reducirse sólo á las voces de la razón, pudiéndose notar como caso raro en siglos donde se practican las obstinaciones como grandeza de ánimo; principalmente en los poderosos,

cuyos errores parece que nacen ajenos de arrepentimiento, como si la terquedad fuera más decente á las púrpuras que la enmienda.

76 Escuchó el Vélez benignamente las palabras del Torrecusa, mas con gentil artificio no quiso seguirlas sin otras ponderaciones: mandó luego á todos los que podían votar dijesen lo que se les ofrecía. Fué común el aplauso en los circunstantes, y los que hablaron sólo engrandecieron el sentimiento del Torrecusa. Mostró que lo pensaba algo más el Vélez, y resoluto en lo mismo de que nunca había dudado, ordenó al maestre de campo Don Francisco Manuel se fuese á ver con el Ribera, y advirtiéndole de su voluntad (sin llamarle más de permisión), entrambos ajustasen el negocio, rehusando todo lo posible el modo común de capitulaciones, que los reales juzgaban por cosa indecente, pero que la plaza se recibiese de cualquier suerte.

77 Había Don Fernando ajustado con los sitiados una suspensión de armas por dos horas, porque como el Marqués alojaba distante, era necesario todo aquel espacio para darle y recibir el aviso. Duraba todavía la suspensión cuando llegó Don Francisco con la nueva orden; antes que los catalanes recibiesen el primer desengaño, hicieron llamada los sitiadores y salieron al pie de la muralla Don Fernando, Don Francisco, Don Luis de Ribera y Don Manuel de Aguiar, sargento mayor del regimiento de la guardia. Bajó de los sitiados el barón de Rocafort, Vilosa y Metrola, y cuando se comenzaba á introducir entre

ellos la plática de las cosas, se tocó arma (1) improvisamente en los cuarteles y villa : con esta ocasión, dejando el negocio imperfecto, se retiraron unos y otros con gran peligro de los de afuera, que pasaron á su ataque descubiertos á las bocas de los mosquetes contrarios. Fué que como los irlandeses, por estar más cerca y haber recibido mayor daño de la plaza, deseasen que por sus cuarteles se hiciesen las llamadas y negociaciones, celosos de los españoles, apenas se había acabado precisamente el término de las dos horas, cuando ignorante ó disimulando el Conde de Tirón las pláticas del tratado, hizo romper la tregua contra los que en aquella seguridad se asomaban descuidados por la muralla. Entendió Don Fernando el suceso y avisó al irlándés, que no acababa de reducirse; pero, en fin, habiéndose detenido, volvió á salir el Aguiar con muestras de gran valor á solicitar la segunda plática : continuóse la tregua y se volvió al tratado. Duró poco la negociación y sin otro papel ó ceremonia, como gente inexperta en aquel manejo, el Barón y los dos prometieron poner la plaza en manos del Marqués de los Vélez en nombre del Rey Don Felipe, sin más partido ó concierto que esperar toda clemencia y benignidad, como se podían prometer de un general del Rey Católico, casi natural, de sangre ilustre y de ánimo pío.

78 Con este ajustamiento, que se quedó en la verdad de unos y en la esperanza de otros, se partió Don

(1) En la de 1808, *se tocó al arma.*

Francisco á dar razón al Vélez de lo sucedido, que con mucho aplauso recibió la nueva, y aprobó todo lo que se había obrado, juzgándolo por conveniente al estado de las cosas, sin ofensa á la majestad del Rey y reputación de las armas.

79 Dejóse la entrega para el otro día, temiéndose que si luego se ejecutaba, podía causar gran turbación en el ejército, donde todos esperaban el saco, no con menos ira que ambición. Es uso de tales casos poner el ejército en arma (1), porque estando firme cada uno en su puesto, no dé ocasión al tumulto: olvidóse ó disimuló el Torrecusa esta diligencia; quizá por entender que la ocasión no merecía ser tratada con los mismos respetos que las grandes. Mandó que solas dos compañías de caballos ciñesen la puerta por donde habían de salir los rendidos; pero después de cerrada la media luna de la caballería, se comenzó á inquietar la gente y cargar allí con sumo desorden; en fin, se ejecutó la salida en presencia del Torrecusa y algunos maestres de campo.

80 Salían, y los soldados (gente que por su oficio piensa es obligada al daño común) hacían excesos por desvalijar los catalanes: algunos lo sufrían, según la miseria en que se hallaban; otros con entereza se defendían como les era lícito. Dió principio al lamentable caso que escribimos la codicia é insolencia, antiguo origen de los mayores males: metióse por entre los caballos un soldado á quitarle á un rendido la

---

(1) En la edición de 1808, *sobre las armas.*

capa gascona con que venía cubierto, forcejó el rendido en defenderla, y el soldado porfió en quitársela: sacó un alfanje el catalán, hirió al soldado, quisieron los de la caballería castigar su atrevimiento dándole algunas cuchilladas, por lo cual, temerosos aquellos que lo miraban más de cerca, pensando que la muerte les aguardaba engañosamente, procuraron escaparse por todas partes, sin más tino que el débil movimiento que les ministraba el temor. Otros soldados de la caballería que no habían sabido el principio de su alteración, sacaron las espadas, oponiéndose á la fuga de los que miserablemente huían del antojo á la muerte; esparcióse luego en el campo una maldita voz que clamaba traición repetidamente; de quien sin falta fué autor alguno de los heridos, porque entre ellos tenía más apariencia de poder pensarse y temerse que no dentro de un ejército armado y vencedor. Todos gritaban traición, cada uno la esperaba contra sí y no fiaba de otro ni se le acercaba sino cautelosamente; no se oían sino quejas, voces y llantos de los que sin razón se veían despedazar: no se miraban sino cabezas partidas, brazos rotos, entrañas palpitantes, todo el suelo era sangre, todo el aire clamores, lo que se escuchaba, ruido, lo que se advertía, confusión: la lástima andaba mezclada con el furor; todos mataban, todos se compadecían, ninguno sabía detenerse. Acudieron los cabos y oficiales al remedio, y aunque prontamente para la obligación, ya tan tarde para el daño, que yacían degollados en poco espacio de campaña casi en un instante más de

setecientos hombres, dándoles un miserable espectáculo á los ojos. Aumentó su turbación ver el ejército puesto en arma; atónitos, se preguntaban unos á otros la causa y el orden con que habían de haberse: sosegóse la furia de la caballería, porque faltaron presto vidas en qué emplearse: pasó aquel obscuro nublado de desastres, y se mostró la razón, y tras ella el dolor y la afrenta de haberla perdido.

81 Salía el Vélez de su cuartel á caballo cuando recibió la nueva del suceso, y aunque todos le disminuían á fin de templar su desconsuelo, todavía habiendo oído el lamentable caso, y juzgando por la gran inquietud de todos su violencia, volvióse atrás y se retiró á su aposento, donde ninguno le vió aquel día sino los muy suyos. Lloró el suceso cristianamente; abominó el hecho con palabras de grandísimo dolor, diciendo que si viera delante de sus ojos despedazar dos hijos que tenía, no igualara aquel sentimiento; que ofreciera con gran constancia las inocentes vidas de sus hijuelos, á trueco de que no se derramase la sangre de aquellos miserables; palabras cierto dignas de un caballero católico, y que yo escribo con entera fe, habiéndolas oído de su boca, y me hallo obligado á escribirlas, por la gran diferencia con que algunos papeles (de los que se han hecho públicos) hablan de este caso.

82 No descansaba el Torrecusa y los maestres de campo de sosegar el ejército, trabajando lo posible por reducir la gente á orden militar: consiguióse tarde: enterráronse los muertos con gran diligencia, disi-

mulando su número, como si verdaderamente con ellos se enterrase el escándolo: apartaron de los ojos los lastimosos cadáveres: cubrieron los cuerpos y la sangre, mas no la memoria de un tal hecho. (Semejante lo escribe en Jubiles nuestro Don Diego de Mendoza en la *Guerra de Granada* (1); parece que como nos dió la luz para escribir, nos suministra el ejemplo.) Después se entendió en el saco, repartiéndose la villa por cuarteles á los tercios, según uso de la guerra.

83 Habíase tratado en junta particular de los jueces catalanes que seguían al ejército qué género de castigo se daría á los comprendidos en el bando real impuesto al Principado; porque, según él, todos eran convencidos en crimen de traición y rebelión, y por esto dignos de muerte, porque el tratado no les concedía más de la esperanza del perdón, que no obligaba al Rey cuando la piedad se contraviniese con la conveniencia: que ellos se habían entregado á disposición y arbitrio de los vencedores: que sus vidas eran entonces dos veces de su señor, la una como vasallos, la otra como delincuentes. Determinóse que para poder satisfacer al castigo sin faltar á la clemencia, convenía una ejemplar demostración en las cabezas, ordenada al temor de los poderosos, en cuyas manos estaba el gobierno común; y que con los otros se podía usar misericordia, dándoles vida.

(1) *Guerra de Granada*, por Don Diego de Mendoza. Lisboa, 1627: folio 29, vuelto.

84 El Vélez no se atrevía á perdonar ni deseaba el castigo: parecióle más seguro, hallando dificultades en todo, dejar á la justicia que obrase; pero aquellos ministros, hombres de pequeña fortuna, ambiciosos de los frutos de su fidelidad, no descubrían otra satisfacción sino la sangre de sus miserables patricios. Con este pensamiento y la libertad en que el Vélez los había dejado para que ejecutasen sin dependencia las materias de justicia, prendieron al punto los cabos y magistrados de la villa: eran el Rocafort, Vilosa y Metrola, con los jurados y baile: fulminóseles el proceso aquella misma tarde, sin que se les diese noticia de sus cargos ó admitiese alguna defensa de ellos. Lo primero que entendieron, después de su temor, fué la sentencia de muerte, que se ejecutó aquella noche, dándoles garrote en secreto: amanecieron colgados de las almenas de la plaza, y con ellos sus insignias militares y políticas, porque la pena no parase en sólo la persona, antes se extendiese á la dignidad, amenazando de aquella suerte todos los que las ocupaban en deservicio de su Rey.

85 Miróse con gran espanto de todo el ejército, y se escuchó con excesivo enojo del Principado la muerte de los condenados. Entre los castellanos pensaban algunos se había hecho violencia á las palabras de su entrega, porque los catalanes verdaderamente, creyendo que negociaban con más liberalidad el perdón, no le especificaron en el tratado: es fácil cosa de entender que ninguno había de concertar su muerte, por mayor que fuese el peligro. De este parecer eran

todos los que manejaron la entrega; pero sentían, mas no remediaban.

86 Con los más rendidos se usó diversamente, según los diferentes pueblos de que eran naturales: salieron libres los vecinos de los que habían recibido las armas católicas, condenando á galeras los moradores de las villas que seguían la voz del Principado.

87 También á la plaza no quedó sólo el castigo de las baterías y el saco; mandóse arrasar la muralla; era grande la obra, pedía más largo tiempo de lo que el ejército podía detenerse; contentáronse de batir una cortina principal hasta ponerla por tierra, y volar con una mina la mayor torre.

88 Era Cambríls lugar de cuatrocientos vecinos, puesto casi junto al agua, en medio de una vega fértil de viñas y olivares; y así por esto como por su ancón, capaz de embarcaciones pequeñas, rico y nombrado entre los del famoso campo de Tarragona, plaza de armas principal de toda aquella frontera, desde entonces acá célebre por su estrago.

89 Alegrábanse en demasía los hombres fáciles é inconsiderados con los buenos sucesos del ejército, y juzgaban la guerra por acabada brevemente, según el paso á que caminaban venciendo. No se puede llamar buena suerte aquella que sólo favorece los cortos empleos; antes entre los prudentes causa algún género de temor ver que la felicidad se encamine á cosas pequeñas; porque, según la experiencia muestra, de ordinario se siguen grandes trabajos á las menores prosperidades. Así discurría el Vélez,

casi temeroso de lo sucedido, cuando pensaba en el valor de las cosas que le faltaban por emprender.

90 Hallábase junto á Tarragona, ciudad grande y fortificada (según los avisos), socorrida con armas auxiliares y cabos expertos: su ejército falto, particularmente de artillería conveniente para las baterías gruesas, pobrísimo de vituallas y casi cerrado el puerto que dejaba á las espaldas para ser socorrido. Ni el Garay y sus seis mil infantes, de que el Rey avisaba, ni las galeras para servicio del ejército habían llegado: conocíalo y lo temía todo, porque de la falta, y aun de la tardanza, de cualquiera de estas cosas pendía el acierto y dichoso fin de aquella guerra, en que todo el mundo tenía los ojos, y de que España esperaba su bien y quietud.

91 Entendió su cuidado el Duque de San Jorge, á quien la edad y gallardía de espíritu incitaba á que buscase una gran fama por medio de algún eminente suceso; cosa contra todas las reglas de la prudencia, porque á los famosos varones no será tan loable emprender los casos arduos voluntariamente, cuanto el llevar constantes aquellos en que los metió la fortuna.

92 Había, como dijimos, entendido sus pensamientos del Vélez, y ofreció fácilmente ganarle á Tarragona por interpresa la noche siguiente. Ni la había visto ni sabía de su defensa más de lo que le informaban: resolvióse temerario; mas aun así supo dar tales razones, que juntas á la necesidad y á lo que se fiaba de su valor, hacían apariencia de posibilidad, en que el deseo suele acudir á los ánimos que dejan atrope-

llarse de fantasmas. Tanto dijo el Duque y con tal afecto, que el Vélez intentó enviarle: detúvose admirablemente, difiriéndolo hasta el otro día; pero tratándolo después con personas de su consejo, salió de aquella inclinación, y mandó que marchase el ejército; y también sobre el camino que debía seguir se levantaron dudas.

93 Hacen el mar y tierra entre Cambríls y Tarragona un puerto asaz nombrado en toda la costa meridional de España, dicho Salóu (famoso antiguamente por el hospedaje de la armada de Cneo Escipión, donde la guardó y detuvo contra Aníbal). Allí, por conveniencia de las galeras, que desde Barcelona á Vinaroz no hallan otro abrigo acomodado, comenzó á fabricar Carlos V un fuerte pequeño de cuatro baluartes en la eminencia del puerto: llegó la obra casi á ponerse en defensa por la parte de la marina; pero en los dos caballeros que miran á la montaña, como cosa entonces menos necesaria, no igualó los más. En este estado la dejó aquel gran capitán y glorioso monarca, y lo conservó el descuido de las edades pacíficas que sucedieron á su imperio, hasta que, abiertas (como en Roma, en España) las puertas de Jano, volvió otra vez la guerra á levantar su edificio por manos de los catalanes con vivísimo cuidado de prevenir la defensa de aquel puerto, más que ningún otro dispuesto á sus designios, y peligroso por invasión de armadas. Habíanle puesto de tal suerte, que pareció capaz de recibir y conservar presidio: esta era la noticia de sus fuerzas con que el ejército se hallaba,

y si bien en lo más se habla siempre dudoso, todos creían que el fuerte se prevenía para la defensa.

94 Marco Antonio Gandolfo, teniente de maestre de campo general, ingeniero mayor del ejército, hombre de gran suficiencia en las fortificaciones, habiendo reconocido el fuerte, era de parecer no se embarazase el ejército en cosa de tan poca importancia, que á la vista de los escuadrones solamente esperaba se entregase: decía que no era conveniente, cuando sabían que Tarragona, plaza principal, hallaba corto el tiempo para sus preparaciones, se lo aumentasen ellos tardando muchos días en ir sobre ella: que esta tardanza vendría á ser el mayor socorro que le deseaban sus amigos: que hecha la frente sobre la ciudad, cuando el fuerte se resistiese, se podía entonces enviar alguna gente suelta á aquel servicio; cuanto y más que la costumbre de los ejércitos era postrar con la opinión todo lo que no podría defenderse.

95 Opúsose á su parecer el Torrecusa, ó porque entendiese lo contrario, como mostraba, ó porque naturalmente aborrecía al Marco Antonio, viéndole en suma estimación de soldado y mayor crédito cerca del Conde-Duque que ningún otro de su orden. Arrimábase el Torrecusa á aquella máxima de la guerra, á su parecer indispensable, de no dejar plaza á las espaldas: añadía que sobre ser plaza, era puerto capaz de recibir socorros dañosos al ejército, que no podía llegar á impedírselos de lejos: que si llegasen en aquella sazón las galeras de España y la gente que esperaban de Rosellón, se hallarían sin puerto en

que recogerlas: que el invierno riguroso no hacía fácil, sino imposible, la desembarcación en la marina: que entonces les sería forzoso volver atrás por ganar lo que habían despreciado primero.

96 El Vélez se inclinaba más al parecer del Gandolfo; mas viendo que su maestre de campo general lo impugnaba constante, mandó siguiesen su orden, y el ejército se fué á alojar en un llano que yace entre Salóu y Villaseca; ésta al septentrión y aquél á mediodía, distantes uno del otro poco más de media legua. Era Villaseca lugar corto, mas cerrado, fortalecido de una iglesia antigua y fuerte, eminente por su fábrica, no por su sitio, á todo el pueblo; con lo que se prevenía á la defensa, obligado de las órdenes de Tarragona.

97 Marchaba el Vélez la vuelta del puerto y villa, cuando en el camino recibió un pliego y mensajero de persona particular (cuyo nombre se calla por ser ajeno de mi intención dañar á ninguno con esta escritura, ofrecida solamente al aprovechamiento de todos). Dábale cuenta del estado de Barcelona, hacía juicio de los ánimos de sus moradores, avisaba y prevenía algunas cosas tocantes al partido real, pedía moderación en la hostilidad de algunos lugares. La atención del Vélez en recibir la carta y las cautelas con que fué agasajado el que la traía, hizo que de ella se esperasen mayores cosas de las que á la verdad contenía; si fueron otras, no llegaron entonces á nuestra noticia.

98 Continuóse la marcha, y el Torrecusa, con cuatro

tercios de la vanguardia, se puso sobre el fuerte, formando sus escuadrones al pie de la montaña, más dilatada que eminente, en que está fundado el castillo, y ocupando con el regimiento de la vanguardia el cuartel de la batería : compúsola de cuatro medios cañones, hizo cubrir la gente, repartió los cuerpos de guardia de caballería é infanteria á las partes por donde podía bajar el socorro, y habiéndolo dispuesto con suma brevedad, comenzó á batir al primer cuarto de la noche.

99 La retaguardia, gobernada del Xeli, avanzó todo lo posible, y fué á amanecer sobre Villaseca : defendíala monsieur de Santa Colomba, teniente de mariscal de campo, con trescientos naturales y algunos franceses que le acompañaban : habíale enviado (1) el Espernan el día antes para reconocer la capacidad del sitio y defensas, por si fuese conveniente embarazar allí al contrario cuando intentase Tarragona.

100 Batíale el Xeli furiosamente, como en oposición al Torrecusa, que había comenzado primero : continuáronse unas y otras baterías, hasta que casi en una hora misma Villaseca fué entrada por brecha y asalto con poca resistencia y menor daño del ejército, y Salóu se entregó por monsieur de Aubiñí, que la defendía. Fuera venido al mismo tiempo y servicio que el Santa Colomba á Villaseca: quedaron los dos prisioneros y un cónsul de Tarragona, que se hallaba dentro del castillo, y tratáronlos con gran diferencia, á

(1) En la edición de 1808, *convidado.*

que su natural dió causa. Al Santa Colomba se guardó aquel respeto que en la guerra se debe á tales hombres, porque el imperio no contradice la urbanidad, antes la engrandece. El Aubiñí fué llevado á prisión, retirándole con poca cortesía, después de haber hablado sin comedimiento á los generales en demanda de su libertad.

101 Enviara Espernan el día antes (no sin industria) un trompeta y carta al Torrecusa, en memoria del conocimiento que habían tenido desde la guerra de Salses: fundaba así la razón el haberle escrito; preciábase de tenerle por contrario (llega la vanidad de algunos á hacer gloria del odio, como la pudieran hacer de la amistad): decíale que se hallaba defendiendo aquella plaza, que deseaba entender el modo de hacer la guerra: que pareciéndole conveniente, podían asentar el cuartel y canje sin diferencia de catalanes y franceses, según el uso de las naciones políticas. Causó esta proposición gran cuidado en los ánimos de muchos: llamó el Vélez á consejo, y allí fué mayor la diferencia: después se redujeron todos al parecer del San Jorge: respondióse al Espernan que primero quisiese declarar por cuál razón se hallaba dentro de los reinos de España haciendo guerra, si como capitán del Rey Cristianísimo enemigo y quejoso del Católico, ó si como auxiliar de una nación rebelde á su señor natural. Á dos fines se encaminaba esta respuesta: el primero á excusarse de diferir luego en materia de tanta importancia, en que la experiencia podía aconsejar mejor que el dis-

curso: el segundo darle á conocer á Espernan que quien advertía la diferencia de los asuntos de la guerra, sabría no menos acomodarse á ellos en el modo de ella, según su resolución. Con esto pretendían también templar su orgullo, dándole á temer lo mismo que temían; aunque su intención era firmísima de conceder el cuartel, así como lo pedía el francés.

102 Tardó la respuesta de Espernan, porque igualmente esperaba le aconsejase el suceso para saberse determinar, y tomando esta ocasión el San Jorge, hombre aficionado á la nación y lengua francesa, introdujo su plática con el de Santa Colomba, diciéndole que extrañaba mucho que su general quisiese confundir las razones de aquella guerra, persuadiéndose que los españoles no distinguieran el tratamiento que se debe al contrario ó al rebelde: que no sabía con qué ocasión podía detenerse en la respuesta, siendo cierto que comenzándose las escaramuzas y reencuentros, había después la razón de seguir á la furia, que ninguno en la venganza es prudente. Entendióle el Santa Colomba, y que su razonamiento se encaminaba á algún partido; ofrecióse á tratarlo si gozaba libertad: pareció que convenía, y fué enviado cortésmente y con mejores noticias del poder del ejército, que los franceses no juzgaban por tal, según las erradas informaciones de los catalanes, que ó no lo creían ó lo disimulaban.

103 Entretanto monsieur de San Pol, que gobernaba las armas en Lérida, entendió que para estorbar alguna parte de los progresos del ejército en todo aquel distrito, sería conveniente hacer entrada en Aragón

y algunos lugares de la ribera que estaban á devoción del Rey Católico; y tratándolo con el magistrado, pareció se diese luego aviso á Don Juan Copons, para que con la gente de su cargo intentase al mismo tiempo alguna facción en Tortosa ó en la villa de Orta, que también seguía el bando real. Juntó el San-Pol su gente en copioso número: constaba todo el grueso de siete tercios de los partidos de Tárraga, Agramunt, Pallás, Manresa y Cervera, con la gente de Lérida; sus maestres de campo el paher (1) en cap de la misma ciudad, Don Luis de Peguera, Don José Pons de Monclar, Don Francisco de Villanueva, Don Miguel Gilbert, Don Pedro de Aymerich, Don Luis de Rejadell. Con esta infantería y algunos pocos caballos salieron á campaña, y discurriendo sobre qué lugar podrían acometer, hallaron ser más acomodado á sus designios Tamarit de Litera, puesto en la ribera del Cinca, que los españoles habían hecho cuartel de los tercios de Navarra, á cargo del Señor de Ablitas; pero el San Pol, por evitar la prevención con que el contrario podía esperarle, mostró mover sus tropas á otra parte. Revolvió al anochecer, y enderezóse á Tamarit: llegó sin ser sentido, y escaló improvisamente el cuartel, que no pudo resistirse, ayudando la buena ocasión al más poderoso: murieron algunos de los navarros, y fueron prisioneros hasta ciento y cincuenta, de que avisados los de Fraga, acudieron á su socorro el conde de Montijo y el Parada; llegaron

(1) Nombre que tenían los regidores en Lérida.

tarde, porque el San Pol, habiendo hecho su asalto, marchaba ya la vuelta de Lérida.

104 Es Lérida principal ciudad entre las de Cataluña, llamada de los geógrafos Ilerda (y Leyda bárbaramente): fué edificada de los antiquísimos sardones, pobladores de la Cerdaña, en la ribera del río dicho entonces Sicoris, y ahora de nosotros Segre, famoso en las historias romanas más que por su caudal por las batallas que se dieron en sus campos, cuando los romanos dominaron en España, Escipión y Aníbal, César y Afranio. No bastaron tiempos ni el diferente ejercicio, trocando las armas por las letras de su universidad, para que Lérida olvidase su belicoso principio, volviendo otra vez á ser presidio observantísimo de la disciplina militar.

105 El Copons con su tercio y algunas otras compañías de almogávares, ó miquelets, bajó sobre la villa de Orta, desesperado de que en Tortosa pudiese obrar cosa importante: sitióla y apretóla tanto, que los moradores, obligados de la necesidad, pidieron tiempo para entregarse: concedióselo el Copons, y habiéndose acabado el término, pidieron segundo y les fué dado: gastóse sin fruto una y otra tregua: tercera vez la intentaron los sitiados, esperando por instantes el socorro de Tortosa; pero el Copons, como despechado de sus irresoluciones, embistió la villa y la ganó. Dicen que pudiera defenderse más, por ser bien cercada de muro y fortalecida de un castillo; pero que el mismo temor que sin otra ocasión obligó sus moradores á entregarse á las armas católicas

cuando las tenían vecinas, hizo como ahora se postrasen á su enemigo.

106 El gobernador de Tortosa, Diego de Medina, soldado de larga experiencia, trabajaba en tanto por socorrer la villa; temió al principio el peligro, así como miraba contra sí la amenaza del poder contrario; no obstante, envió quinientos infantes á cargo del sargento mayor Don Diego de Mendoza, y le mandó que con ellos se adelantase todo lo posible hasta socorrer la villa. Llegó Don Diego y la halló atacada por el enemigo: no quiso tentar la fortuna ni haberle menester: volvióse otra vez, sin hacer más que darle aquella mayor circunstancia á la gloria del catalán, de ganar la plaza á vista del socorro. Con la pérdida de Orta y asalto de Tamarit creció la reputación á las armas provinciales, y las del Rey desfallecieron en el crédito que las ocasiones pasadas les habían dado.

107 Apenas el Vélez pudo acomodar las cosas del fuerte y puerto de Salóu, cuando mandó marchar el ejército la vuelta de Tarragona en tal concierto como si la esperanza del tratado no estuviese asegurando todo acomodamiento. Diósele cargo al Duque de San Jorge que con mil caballos y cuatrocientos mosqueteros fuese á ganar los puestos sobre Tarragona, y le seguían dos mil infantes para formarse en aquellas partes que eligiese. Previnose el San Jorge, como hombre ambicioso de una gran fama: sintió después que los negocios se encaminasen por otra vía que las armas.

108 Hallábase Espernan en la plaza afligido y engañado, porque mirando ya tan de cerca y tan poderoso al enemigo, no reconocía en los moradores verdadero ánimo de resistirle, ni tampoco medios para la resistencia. De los socorros prometidos por la Diputación, sólo había llegado el tercio dicho de Santa Eulalia, de ochocientos infantes bisoños : no se juntaba otra infantería, ni de los regimientos de Francia tenía seguras noticias. De otra parte, la ciudad, grande y sin defensa capaz, no prometía firme resistencia : el vulgo, dividido en bandos, sólo servía al temor; unos querían al Rey, otros la república; éstos y aquéllos se conformaban en disponer su daño. Hallábase Tarragona falta de forrajes y aun sin los víveres necesarios; falta de municiones, cosa que sobre todas se le representaba terrible á Espernan, por no ser visto jamás que una plaza comience á esperar sitio con menos caudal que otras cuando le acaban. Estas dificultades que reconocía cada hora, más que el horror del ejército, le ponían en desesperación de la victoria. Hacíasele dificultoso el haber entrado en la ciudad; empero llegó á creer que no estaba obligado á la defensa de los mismos hombres que se desayudaban en ella: que ninguno debe hacer más por otro que él hace por sí mismo, ni esperar de él más de lo que sabe ayudarse. Esforzó su desconfianza la plática del monsieur de Santa Colomba, que con verdad y experiencia le informaba del poder contrario, de la inclinación que hallara en sus cabos para el acomodamiento : pensólo, y halló no ser para despreciar el peligro. Otros

dicen que cotejándole con su instrucción secreta, juzgó ser éste el uno de los casos en que se le ordenaba la retirada: aficionóse al remedio y púsolo por obra.

109 Pretendía el Vélez que no sólo los franceses desamparasen la ciudad, sino que el mismo Espernan trabajase lo posible por reducir el magistrado á que se entregase modestamente en manos del Rey: dábale á entender con destreza lo mismo que el Espernan estaba experimentando, que la gente más principal de Tarragona no afectaba á la defensa, y el pueblo la temía; pero Espernan, no obstante que lo entendía, le excusó de aquel discurso; antes por cumplir la satisfacción de su ánimo, envió á proponer á los diputados la resistencia. Despachó á Francisco de Vilaplana, teniente general de la caballería del país: decíales cómo había llegado á Tarragona, y que si bien los medios no eran acomodados á la defensa, que él ofrecía su vida por el bien del Principado: que la infantería era poca, que le socorriesen de alguna, y que haría desmontar la mitad de la caballería para guarnecer y defender su muralla, y con la otra parte saldría á campaña por inquietar el enemigo: que esto era lo más que podía hacer de su parte; que ellos dispusiesen de la suya de tal suerte que su voluntad no se malograse.

110 Pero los diputados, ó con más reconocimiento de sus pocas fuerzas, ó con mayor deseo de emplearlas en cosas útiles y posibles, ó también persuadidos de algunos aficionados secretamente al Rey, se fueron

dilatando de tal suerte, que el Espernan descifró en su confusión su respuesta, juzgando que ellos no osaban á elegir su perdición, y antes se acomodaban á sufrirla. Resolvióse con esto y envió el Santa Colomba al ejército católico, que halló ya tendido hermosamente por la cima de un repecho opuesto á la mejor frente de la ciudad, que mira al ocaso.

111 Hallábase el ejército en bellísima forma, y tal, que visto desde la plaza parecía más numeroso. El arte sirve útilmente á la fuerza: la caballería se alojaba en lo llano, la artillería en la batalla, la vanguardia ocupó el cuerno derecho, la retaguardia el izquierdo. El Vélez hizo su cuartel en una casa de campo, fábrica del Groso, genovés, junto á la marina. Así recibió al Santa Colomba, á quien escuchaba y respondía el San Jorge, y después de haberse ajustado en algunas dudas se resolvieron los dos, en el nombre y fe de sus generales.

112 Que el maestre de campo general monsieur Espernan desocupase la ciudad de Tarragona de su persona y de las armas cristianísimas que se hallaban en ella. Que de la misma suerte retiraría todas las tropas de su cargo, así de caballería como de infantería, que en aquella sazón se hallasen entre Barcelona y Tarragona. Que su persona de Espernan no entrase en lugar fuerte ninguno del Principado, ni defendiese alguna plaza que le fuese encargada por la Diputación. Que haría todo lo posible por reducir al servicio del Rey Católico el tercer conseller de Barcelona, coronel del tercio de Santa Eulalia, y que su gente se incorpora-

se entre el ejército real. Que dispondría, mediante su autoridad y oficios, se entregase en manos del Marqués de los Vélez aquella venerable insignia y pendón que se hallaba dentro en la plaza. Que aconsejase á la ciudad cómo por sus diputados viniese á solicitar la gracia del Rey, pidiendo perdón de sus yerros.

113 Algunos papeles que se han escrito en Cataluña y han llegado á mis manos, impresos y manuscritos, quieren que Espernan capitulase con el Vélez sin dar noticia al magistrado de lo que pretendía hacer; pero no parece creíble que un hombre cuerdo y extranjero concertase la reducción de una ciudad sin consentimiento de sus ciudadanos.

114 Los naturales, atentos al peligo que les estaba esperando, recibían sin hostilidad al ejército, no impidiéndole el paso; cosa de que claramente se entendió que ellos aspiraban más al negocio que á la resistencia.

115 Volvió el Santa Colomba á la plaza, y aquella misma noche remitió el Espernan firmadas las capitulaciones por manos de monsieur de Boesac, general de su caballería. Recibióle el Vélez cortésmente, firmó lo capitulado con el francés, y á otro día se vieron en el campo español y comieron juntos unos y otros cabos castellanos y franceses.

116 No tardó la ciudad y cabildo eclesiástico en venir á humillarse á la majestad del Rey en la persona de su general: vino, y con aquella pompa y autoridad usada entre ellos á imitación de las repúblicas; pero

el Vélez, notándolo atentamente, les mandó dar á entender antes de escucharles cómo aquella era ocasión de toda humildad y reverencia; y que así se debían ofrecer delante su persona con la mayor postración posible, y no en aquella forma. Cumplieron los diputados la orden impuesta, no dejando de temer que topasen luego al primer paso de su congratulación efectos del enojo; empero juzgando por otra parte á buena suerte que sus castigos parasen en demostraciones vanas ó poco sensibles, obedecieron gustosamente, y entraron como les fué ordenado.

117 Recibiólos el Vélez á pie y descubierto poco espacio fuera de su cuartel: llegaron ellos de la misma suerte, y añadiendo algunas lágrimas y señales de temor, habló primero Don Antonio de Moncada, canónigo de su iglesia, por el estado eclesiástico: luego los diputados casi dijeron todos unas mismas cosas, y llevaron la misma respuesta, con gravedad y entereza pronunciada. Decía que en nombre de su Majestad Católica recibía aquella ciudad en su obediencia, por estar seguro de que sus ánimos se arrepentían mucho de los errores pasados, y que habían de dar al mundo en finezas y en servicios grande satisfacción de sus culpas.

118 Mientras duraba esta ceremonia y las cortesías y convites del Espernan y los suyos, el conseller coronel, desesperado de remedio, se escapó de la ciudad, llevando consigo el pendón con que había entrado en ella: siguiéronle de los fieles á la república los que quisieron seguirle; salió con facilidad y secreto.

119 Habíase ajustado que la entrega de la plaza se hiciese al otro día, 24 de diciembre: cumpliólo el Espernan, y envió luego á excusarse de la retirada del conseller y pendón en la forma que habían concertado; ordinarios peligros en que suelen hallarse todos los que prometen sobre acciones ajenas.

120 El Vélez todavía conservaba aquel engaño comenzado en la corte, procedido de las falsas inteligencias que había con catalanes; entendía (obligado á entenderlo) de los avisos del Rey, que en Tarragona se hallaban solamente doscientos caballos: despachó el San Jorge para que contemporizase con las últimas ceremonias de Espernan, encargándole advirtiese cuidadosamente el número y bondad de su caballería, atento á lo venidero.

121 Habían los franceses sacado sus tropas á campaña por la parte que mira al camino de Barcelona, formándose en diez y siete batallones medianos, que entre todos hacían más de mil caballos; no fué sólo urbanidad, sino artificio para que entretanto la infantería catalana, que se retiraba, sus caballos y bagajes tuviesen tiempo de mejorarse en las marchas.

122 Despedido, en fin, el Espernan y vacía la ciudad de las armas francesas, se dispuso luego la entrada del Vélez, y se alojaron en ella cuatro tercios de infantería, repartiendo los más por los lugares convecinos. Entró el Marqués aquella tarde acompañado de toda la corte del ejército, el magistrado de Tarragona y otros nobles de la ciudad: caminó á la iglesia mayor, donde fué recibido con las pías ceremonias con

que la Iglesia se alegra en los triunfos de sus hijos: los demás tercios y caballería marcharon á sus cuarteles.

123 Es Tarragona uno de los más antiguos pueblos de España, y que en ella ha dado mayor ocupación á las historias. Muchos autores la tienen por edificio de Túbal, llamándola Tarazoan, que en voz armenia y caldea (propias entonces) dicen significa ayuntamiento de pastores, por comenzar su población en esa manera. Otros, deshaciendo algo en su antigüedad, quieren la fundase Taraco ó Tearco, príncipe de Etiopía sobre Egipto, natural de los pueblos leucotíopes, el cual, venido á España, y después de retirado de Cádiz mañosamente por los fenices, pasó (1) en las riberas del Ebro, donde batalló con Terón, capitán de los ébricos españoles (que hoy son los cántabros), y fué por él vencido y arrojado. En la edad de romanos subió Tarragona en glorias y edificios. Antes de Cneyo Escipión se hallaba ya cercada de muros; pero de los Escipiones alcanzó su mayor lustre, haciéndola plaza de armas general contra los cartagineses. Recibió la fe católica cuando los primeros pueblos españoles, por lo que su iglesia, sobre metrópoli en su provincia, pretende con Toledo y Braga la primacía de las Españas. Edificóla su fundador en una eminencia que viene á caerse poco á poco en el mar, donde después la tierra humilde se dilata en una aguda punta, y ayudada del muelle, forma abrigo, aunque corto, á los

(1) En la de 1808, *pasó á las riberas del Ebro.*

bajeles: la cuerda de los cerros que sube á septentrión va siempre creciendo y levantándose hasta que se remata en algunas peñas, que del todo encubren la ciudad á los que la buscan por la parte oriental: el medio arco que describe de Poniente á Mediodía es más descubierto; pero no sin alguna defensa de antiguas torres y baluartes modernos. El número de sus moradores con pocos pasaba de tres mil; sus calles angostas, sus fábricas demuestran más años que grandeza. Tal fué Tarragona hasta aquellos tiempos que comenzó la guerra, que es cuando la vimos; ahora será sólo ésta en el estado de sus principios.

124 Siguióse al buen suceso del Vélez en la reducción de la ciudad otro no menos favorable á sus intentos. Amanecieron surtas las galeras de España y Génova en número [de] diez y siete: poco después, el mismo día, llegaron los bergantines de Mallorca, con que el ejército recibió alegría, porque de ambas flotas esperaba ser socorrido con gente, municiones y la artillería prometida de Rosellón. Pero en breve se entendió que las galeras no traían más de la persona de Don Juan de Garay, conforme á las antiguas órdenes que se le habían enviado de la corte.

125 Gobernaba las de España Don García de Toledo, Marqués de Villafranca, y las de Génova Juanetín de Oria, hermano del Duque de Tursis, á orden del Villafranca. Desembarcó Don Juan, y fué bien recibido del Vélez, que, aunque deseaba más su ejército, mostró estimar igualmente su persona (á veces vale más la de un capitán grande). Sólo el Torrecusa dió á en-

tender le desplacía su venida; y mucho más viéndole solo y sin armas que gobernase, porque entonces temía que, ó se le diesen por compañero en el manejo de aquel ejército, ó que de sus tropas le separasen algunas con qué emplearle. Era tal la opinión del huésped, que ninguno lo esperaba ocioso; y verdaderamente ello se fué disponiendo de tal suerte, ayudado de algunas calumnias de hombres entremetidos, que el Vélez se vió á peligro de perderlos á entrambos, ó por lo menos en desesperación de aprovecharse de los dos; cosa que deseaba, y de que supiera usar con destreza si la sequedad del Torrecusa y presunción del Garay le dieran algún espacio para hacerlo.

126 Excusábase Don Juan de no haber traído la infantería de Rosellón, diciendo que la guerra estaba por aquella parte tan viva, que más se hallaba en estado de ser socorrida que de socorrer á ninguno: que las plazas eran muchas, y poca la gente para guarnecerlas: que los catalanes andaban en campaña y que las tropas del Ampurdán hacían cada día más fuerzas y venganzas en los países fieles. No le faltaban razones para poder excusarse de no venir armado; pero con ninguna satisfacía el haber venido; donde se entendió entonces que el Garay, temeroso de los progresos de Rosellón, tomó aquel motivo para dejar la provincia, juzgando que en el nuevo empleo de las armas prometidas aseguraba sus mejoras: que en Rosellón se peleaba con franceses, y en Cataluña con naturales bisoños y mal armados, de quienes no se podía

dudar la victoria, embistiéndoles tan copiosos ejércitos.

127 Dispúsose luego la desembarcación de la artillería: eran seis cañones enteros y otras piezas necesarias, hasta el número de veinte, y los más pertrechos convenientes á su cantidad. Tratábase también del despacho de los bergantines, porque hiciesen segunda provisión de grano á la caballería; pero en medio de este negocio y de las muchas observaciones en que por entonces inútilmente se ocupaban cerca de sus preferencias el Vélez y Villafranca, llegó un correo de Madrid, que dió principio á otras novedades.

123 Abriéronse los pliegos y con ellos las puertas á muchos y varios discursos, por la novedad que se hizo notoria, de la cual podremos decir vino después á depender buena parte de los sucesos que escribimos.

129 Avisaba el Rey Católico al Vélez cómo el reino de Portugal se había declarado en su desobediencia, separándose de su monarquía y entregándose á nuevo rey: ordenábale muchas cosas sobre este caso, encomendándole detuviese todo lo posible su noticia, por no dar con ella más aliento á los catalanes y causar alguna inquietud en los muchos portugueses que se hallaban sirviendo en aquel ejército. Empero por ser la cosa tan grande en Europa, de tanto cuidado á los príncipes de ella y de tales dependencias con mi historia, habré yo de contar lo sucedido en breve digresión, según mi costumbre.

130 Sesenta años había que la corona de Portugal ocu-

paba las sienes de los reyes castellanos, con que no sólo consumaron su imperio en toda España, mas tuvieron entonces ocasión de ceñir con sus armas fácilmente el universo. Fué Don Felipe el Segundo, rey de Castilla, hijo de la emperatriz Doña Isabel, mujer de Carlos V; ella hija de Don Manuel, único deste nombre, rey de Portugal, cuya varonía extinta (por muerte de Don Sebastián) en el cardenal rey Don Enrique, su tío, pretendieron muchos príncipes la sucesión de la corona; y no sin derecho pretendía también el mismo reino heredarse á sí propio y nombrar sucesor, como ya lo hiciera en otras ocasiones. Contendían, en fin, por mejor razón Catalina, Duquesa de Braganza, hija entonces sola (muerta María, su mayor hermana, princesa de Parma) de Duarte, infante de Portugal, hijo de Don Manuel y hermano de la Emperatriz y del último rey cardenal; Duarte, bien que por su edad menor que el mismo rey su hermano, por su sexo mejor que la Emperatriz su hermana; Catalina, hija de Duarte; Felipe, hijo de Isabel. Vino el caso de valerse cada cual de la representación de aquella persona de quien recibía la acción, como si verdaderamente concurriesen vivos, Duarte, varón, con Isabel, hembra (inferior en sexo, bien que superior en años); de tal suerte, que Catalina, por la gracia á que el derecho llama beneficio, quedaba representando el Infante, su padre, y Felipe por la misma ocasión enflaquecía su causa, significando la Emperatriz su madre. Intentó luego Don Enrique, hombre santo y viejo, satisfacer la justicia de todos los

príncipes contenciosos, por excusar á su reino la nueva fatiga de una guerra, poniendo el negocio en términos de derecho común. Muchos le acusan esta resolución, y algunos la juzgan por la mayor de sus acciones; porque cuanto más fiaba de su justificación, pudo entregarse más confiadamente al sentimiento de otros juicios, teniendo por hecho indigno de rey católico y evangélico que aquellas cosas tan fáciles de acomodar por la razón con aplauso del mundo y paz de su conciencia, se hubiesen de poner en manos de la furia. Nombró jueces hombres tales que pudiesen juzgar sobre tan grandes intereses. Murió antes de acabarlo Don Enrique; común infelicidad de Portugal y Castilla, á quienes dejó por herederos de la discordia. Mas Don Felipe, antes de la sentencia en los términos legales, ordenó se lo pleiteasen con negociaciones el Duque de Osuna, Don Pedro Girón y Don Cristóbal de Mora, ya su favorecido; pero en su defecto, no despreciando la fuerza como el artificio, dispuso que también de otra parte mejorase sus respetos Don Fernando Alvarez de Toledo, Duque de Alba, con treinta mil combatientes; y de las dos poderosas manos que Don Felipe puso en este negocio, la una liberal y la otra fuerte, no se puede decir cuál fué más oficiosa contra la libertad del reino; tal el interés y tal el asombro opuesto á los ánimos, donde algunos resistiendo al temor no llegaron á alcanzar victoria de la codicia. Retiróse Doña Catalina de la pretensión, no desengañada, mas temerosa, guardando en su sangre y en la de sus hijos y nietos su pro-

pia justicia y derecho anterior á la corona; y guardando también los portugueses, hasta los más obligados al Rey Católico, en su corazón ó en su escrúpulo la memoria del arte y la violencia de aquel monarca, obedecida en aquella primera edad con la fuerza, y en la segunda de su hijo Don Felipe III, tolerada con la apacibilidad del gobierno; mas del todo á ellos insufrible en la de Don Felipe IV. Hallábase la nobleza más que nunca oprimida y desestimada, cargada la plebe, quejosa la Iglesia; era sobre todo acabado el tiempo de aquel castigo. Despertó la queja común las memorias pasadas, que ya parece dormían pesadamente en el sueño de sesenta años. Pretendió el Rey que la nobleza de Portugal saliese á servirle en el castigo de la libertad catalana, en que los portugueses reconocían hermandad, y en cuyas acciones, como á un clarísimo espejo, estaban concertando sus ánimos á un dichoso fin. Amenazaba Don Felipe por boca de dos ministros terribles que entonces manejaban los negocios de Portugal, con crimen de indignación aquel que no saliese á obedecerle: esta asperísima administración de imperio, añadida á las primeras razones, dió motivo á algunos caballeros y prelados del reino, en corto número, para que se resolviesen á comprar con sus vidas la libertad de la Patria, á imitación de algunos famosos griegos y romanos que no hicieron más, ni tan dichosamente. Concertáronlo, y se dispusieron á quitar y le quitaron aquella corona á Don Felipe, que en el modo porque dicen la trataba, hizo la mayor información con-

tra sí mismo, ofreciéndola á su propio dueño, que también en aceptarla sin temor de la contingencia manifestó al mundo su derecho. Era éste Don Juan, el segundo en el nombre de los duques de Braganza, octavo en el número de ellos, hijo de Teodosio Segundo (1), duque séptimo y nieto de Catalina, la despojada princesa de Portugal, y el que fué saludado Rey legítimo de los portugueses en Lisboa á 1.° de diciembre. Á cuya voz humilló el Señor el poder contrario de tal suerte, que sin defensa ó contradicción, el nuevo Rey se hizo obedecido en espacio de nueve días por todas sus gentes y provincias; y las muchas plazas marítimas que guardaban los puertos fueron puestas en sus manos por los mismos capitanes del Rey Católico que las defendían, movidos ellos (dicen algunos) de una fuerza interior que les hacía obedecer á su propia injuria: tal fué la princesa Margarita de Saboya, duquesa de Mantua, que entonces gobernaba el reino, cuyos despachos hicieron medio á la entrega de las mayores fuerzas.

131 Con extrañeza y admiración fué recibido en el ejército este gran suceso de Portugal; y aun pareció más grande en la variedad y recato con que se trataba. Poco después se conoció en señales exteriores, habiéndose preso por órdenes secretas algunas personas de aquella nación y alguna de estimación y partes que se hallaba en el ejército, cuya gracia

(1) La primera edición, por error indudable dice *Teodosio Primero*.

cerca de los que mandaban la pudo hacer más peligrosa.

132 Muchos pensaban que este accidente podía resultar en beneficio de Cataluña, porque el Rey, por vengar el agravio recibido de portugueses, se había de acomodar á cualquiera honesto partido con el Principado, aprovechándose de las armas empleadas en él para el otro castigo.

133 Algunos entendían diferentemente, temiendo que las asistencias y socorros de aquel ejército no podían ser cuales pedía la necesidad, porque divertido el poder del Rey Católico á otra parte, era forzoso faltar allí lo que se aplicase al nuevo ejército.

134 Con la misma diferencia juzgaban los catalanes (bien que para lo venidero todos lo tenían por conveniente); tales había que desde luego lo estimaban como gran fortuna, pareciéndoles que ya el enojo del Rey se había de repartir entre ellos y la segunda desobediencia; y aun creían que la de Portugal llevase la mayor parte de la indignación, porque en los ojos del Rey Católico y de todos los monarcas del mundo, no parecería tan grande el delito de la sedición como el de la competencia: que el suyo de ellos se podría rehusar era fundado en miseria; pero el de los portugueses en soberbia y altivez, donde inferían la templanza de su peligro.

135 También no faltaban otros que pensasen consistía en esta novedad su mayor daño, porque el Rey, deseoso y aun necesitado de hacer la guerra á Portugal, debía poner todas sus fuerzas por acabar más

brevemente la de Cataluña, pues no era sano acuerdo abrir los cimientos á un tan costoso edificio sin haber dado fin á la primera obra.

136 Así discurrían las gentes de una y otra nación; y los que más temían más acertaban, enseñándoles después la experiencia cómo el temor discurre á veces mejor que la esperanza.

FIN DEL CUARTO LIBRO

LIBRO QUINTO

Preparaciones del Principado.— Disposición del campo español. Instancias á Espernan — Su vuelta á Francia. — Piérdese Villafranca y San Sadurní. — Martorell es embestido. — Socórrole Barcelona. — Juicios y consejos de españoles y catalanes.—Inténtase la ciudad. — Habla el Vélez á los suyos. — Aclama la generalidad al Cristianísimo. — Expugnación de Monjuich.— El San Jorge pretende entrar las puertas. — Muere en ellas.— Atácanse las escaramuzas.—El fuerte se defiende.—Rómpense los escuadrones.—Derrota del ejército. — Su pérdida y mortandad.— Retírase el Vélez á Tarragona.—Acaba su gobierno.

1 Mientras el Vélez descansaba en Tarragona, ni bien amado como amigo, ni bien aborrecido como contrario, seguía el Espernan su retirada, melancólico y poco seguro de todo el país, que le miraba con dolor y odio. Cargábanle comúnmente la culpa de la pérdida de Tarragona, diciendo que no estaba obligado al cumplimiento de lo prometido, porque no podía capitular en perjuicio del acuerdo entre el Rey Cristianísimo y el Principado. Intentaban con esto impedir su retirada, y que por lo menos aguardase aviso del Rey para ejecutarla: á ninguna razón obedecía el francés, antes, como cada día crecía la confusión de las cosas públicas, así se afirmaba más en la resolución de cumplir lo capitulado con los españoles.

2 Procuraba entonces la Diputación detener al enemigo en Martorell, porque los pasos angostos y el río dificultoso le prometían más segura defensa: incansablemente solicitaban sus levas, que con suma brevedad se iban engrosando con la gente de Vich, Manresa, Ripoll, Granollers, Vallés, Metaron, Areñs, San Celoní, Hostalrich, Mataró, Cabrera, Bas y costa del mar.

3 Tal era el grueso de todas las gentes de que pretendían formar su ejército, y á este fin salió de Barcelona el doctor Ferrán, ministro de su magistrado, que introducido en aquellos negocios, procuraba con celo de verdadero repúblico dar forma á la defensa, así por lo que tocaba á la fortificación como al campo; pero en ambas diligencias fué inútil su cuidado, conforme lo mostró la experiencia, dándonos ejemplo de que no basta sólo el celo en el varón si no se ayuda de la industria y suficiencia (buen advertimiento para los príncipes). Era Ferrán oidor eclesiástico, ignoraba totalmente la ciencia militar, y por más que su ánimo le inclinaba al servicio de la Patria, todavía no fué bastante su deseo para vencer la ignorancia; de suerte que el expediente se dilataba por aquel mismo instrumento que fué aplicado á la ejecución.

4 Crecían las fortificaciones al lento paso que llegaba la gente: era mayor su trabajo que su fruto, porque si bien había entre ellos algunas personas de medianas noticias en aquel arte, todavía padecían la costumbre de querer arbitrar todos sobre la profesión ajena, que los más ignoraban, entendiendo que la vo-

luntad de acertar bastaba para guiarlos al acierto. Introdujéronse en el gobierno militar algunos hombres mozos, á quienes el ánimo ardiente del bien de su Patria había hecho creer de sí más de lo que era justo, los cuales, interpuestos en las ejecuciones de los negocios, los sacaban de su estado competente hasta traerlos á su parecer. Es en los mancebos tan loable cosa el amar las ciencias, como será peligrosa el entender que las han conseguido, porque por lo primero se hacen capaces de alcanzar sabiduría, y con lo segundo se disponen á la presunción, que los lleva al temprano riesgo del mando, hasta acabar en él.

5 Varios avisos recibía la Diputación de los intentos del Vélez, y no cesaba de instar al Espernan que con su caballería y algunos infantes franceses, que ya se juntaban, entrase en el Panadés (es una pequeña provincia que comprende algunos buenos lugares de aquel contorno), á que se había de seguir la catalana, que ya marchaba, porque todos saliesen al opósito de los reales, que sin duda mostraban querer ocupar aquellos pasos. Era esta su misma intención del Vélez, reconocido ya de la necesidad del ejército, que apretado en Tarragona de los catalanes sueltos, que fatigaban la campaña por todas partes, no sabía cómo valerse ó resistirlos. Usó desordenadamente de la fertilidad de aquellos pueblos, y en brevísimos días se vino á hallar en la misma miseria con que entrara en ellos, sin otro remedio que buscar por las armas el sustento ordinario.

6 Ninguna diligencia fué bastante para que Espernan

mudase su intención, bien qué con sumo artificio procuraba no desesperar los catalanes que ya temía; pero cuanto sabían acomodar sus palabras, desmentían las acciones de tal suerte, que entendiendo la Diputación cómo se había retirado á la retaguardia de Martorell por no hallarse en aquel servicio, mandó salir de Barcelona su diputado eclesiástico, presidente de su consistorio, porque se desengañase del ánimo con que Espernan procedía. Llegó, y asistido del Ferrán y conseller tercero, asentaron que con la persona de monsieur de Plesís (capaz, según ellos entendían, de reducir al Espernan) se le ordenase imperiosamente que su caballería pasase luego al Panadés, y que con la infantería guarneciese á Villafranca, que había de ser la que primero probase la furia del ejércíto católico; pero con tal aviso, que si el enemigo la hubiese entrado primero que ellos, se excusase la escaramuza y se retirasen á Martorell, donde sin duda habían de ser de mayor efecto. Temían con razón perder cualquier pequeña parte de su tierra, porque aun sin contar el precio y lástima de los pueblos, consideraban por el mayor daño la pérdida del aliento en los vasallos; ordinario accidente con que la gente inadvertida suele recibir las primeras desgracias de una república donde la guerra es extraña.

7 Con este ajustamiento le parció al diputado que las cosas quedaban de suerte que ya podía excusarse su asistencia, cuando en su corte concurrían tantas que la pedían. Volvióse, y con su apartamiento volvieron también los negocios al mismo estado en que

se hallaban antes; no se obraba nada de lo prometido, sino crecía la confusión y desorden.

8 Vino segunda vez, y esto mismo le puso en obligación de no dejar aquel negocio sin acabar de entender el ánimo de Espernan: juntó al Plesís y Seriñán como para testigos de sus promesas, y nuevamente afirman ellos que prometió el francés seguir la fortuna del Principado y su servicio, con que le diesen licencia para dar aviso al Vélez, haciéndole notorias las causas de su imposibilidad. Yo creo que él lo pensaba hacer así, previniéndose para cualquier suceso: procuraba dejar el Principado, y temía no poder hacerlo: pretendía justificarse con su enemigo porque si la fortuna le trajese otra vez á sus manos, no perdiese por la palabra quebrantada la cortesía de los vencedores: igualmente le asombraba el enojo de los naturales si una vez llegasen á desesperar de su compañía; así obraba dudoso, como entendía lleno de duda.

9 Deseaban los catalanes que los caballos franceses entrasen á darse la mano á su teniente general Vilaplana, que con solas tres compañías de caballería ligera discurría por los lugares donde el ejército católico hacía frente, á fin de reconocer sus intentos.

10 Caso es este digno de gran consideración, particularmente para todos aquellos que, fundados en el favor de sus amigos, se aventuran á pretender cosas grandes. Aquí se ve que un hombre estimado por capitán, vasallo de un Rey Cristianísimo, justo y con empeños de la misma acción, no sólo se determinase á faltar en el mayor peligro de los que venía á defen-

der, sino que después de haber faltado (ó por su respeto ó por su discurso), los embarazase con nuevos prometimientos, pudiéndoles salir más costosa la segunda confianza que la primera quiebra. No es mi intención en lo que digo condenar el cumplimiento de la palabra que se ofreció; admírome de que habiéndola ofrecido consintiese á los catalanes nueva esperanza de su auxilio. Tiránicamente desterró la política de los estadistas á la llaneza y la verdad, haciendo que del engaño se formase ciencia. ¡Qué diremos de cosas tan grandes, sino contarlas como han sido!

11 El Vélez entretanto en Tarragona disponía su salida, con deseo de que no se dilatase: había ordenado que algunas tropas de gente discurriesen por los lugares de aquel partido, no sólo por ponerles en obediencia y orden, sino también para que los soldados pudiesen valerse de su saco y se socorriesen contra el hambre que generalmente los afligía.

12 Poco después, pareciendo que el ejército estaba ya capaz de moverse, nombró por gobernador de Tarragona al maestre de campo Don Fernando de Tejada, para que con su tercio y alguna caballería quedase asegurando aquella plaza tan á propósito á los intentos de unas y otras armas, y que los enfermos se pasasen á la villa de Constantí, porque la ciudad no recibiese algún contagio de su compañía.

13 Ninguna cosa pareció ni era más dificultosa de acomodar que aquella misma sobre que se fundaban todas las otras, como si fuese fácil: no se hallaba medio á la conducción de los víveres para alimento con-

tinuo del ejército : el país, arruinado y prevenido por sus naturales, había retirado hacia dentro de sí aquellos pocos frutos que pudo escapar á las manos de sus mismos ofensores y defensores, porque la ambición ó desprecio en la guerra casi viene á ser igual entre enemigos y amigos.

14 Luego paraba la confianza en la buena compañía de las galeras y bergantines, y aquel cuidado que justamente se podía tener por seguro, cargando sobre el Villafranca, su general. Es Don García de Toledo hombre en quien se halla valor heredado y adquirido: camina á la grandeza por la singularidad, afectando muchas extrañezas ajenas de un sujeto nacido y criado para el mando : vive en él la prudencia como esclava del gusto, y es aun así de los mayores ingenios de España.

15 Deseaba el Vélez pedir le ayudase; empero creía que el Villafranca no tardaría más en desviársele que lo que tardase en entenderlo, porque á la verdad él, en su ánimo, tenía por cosa indigna haber de servir de instrumento á los aciertos de otro; ordinario vicio entre los hombres poderosos, de que el príncipe viene á pagar la mayor parte de sus intereses.

16 Pretendióse que el Garay fuese el medianero, y no bastó todo su artificio para llevarle á ninguna conveniencia : respondió con destreza y obró con industria.

17 Pero ya desengañados los cabos de que por la mar no podían ayudarse según convenía, pensaron que de Tarragona y de los pueblos que quedaban á las espaldas era cosa posible bastecer su ejército : no

dejaban de entender que los catalanes habían de procurar cortarles el paso; pero también esperaban que el ejército de Fraga, á orden del Nochera, obraría de tal suerte, que llamando á su oposición las fuerzas provinciales, no podían ellos juntar en otra parte lo posible para estorbar sus convoyes, con lo que el campo habría de ser suficientemente socorrido.

18 Era la intención del Rey Católico (por lo menos lo daban así á entender sus ministros) invadir el Principado con tres ejércitos á un mismo tiempo (cosa que si pudiese ejecutarse, sin duda postrara las fuerzas y estorbara la entrada de los auxiliares). Conforme á esta disposición salió el Nochera de Zaragoza y su maestre de campo general, el Prior de Navarra, á fin de que se diese forma en las rayas de Aragón al nuevo y prometido ejército; empero como por natural achaque del gobierno español se siguió siempre un profundísimo olvido á las más vivas preparaciones, no duró más el cuidado de aquella acción que lo que fué necesario para darla principio con asaz fatiga de Aragón y Navarra. No se le acudía con los efectos competentes á la ejecución: escribía el de Nochera é importunaba, y no era socorrido; antes se recibía la eficacia de sus avisos casi con escándalo, por ser culpa común en ministros desatentos reputar la providencia de otros como cobardía.

19 De otra parte, desayudado el Nochera por algunas desconfianzas entre su persona y la del Prior (altivos ambos y ambos caprichosos), ninguno quiso ni supo convenir ó humillarse á la condición ó al mando aje-

no: prosiguióse la competencia, poco después fué venganza, y luego desconcierto del servicio de su Rey; y sus tropas, de cuyos empleos por la diversión tanto dependía el ejército del Vélez, se estuvieron ociosas todos aquellos tiempos.

20 Salieron los reales de Tarragona, y se ordenó que la caballería se mejorase siempre cuanto le fuese posible hacia Villafranca del Panadés. Ejecutólo intrépidamente el San Jorge; hallábase en la plaza el teniente general Vilaplana con desigual poder: fué forzado á retirarse, y lo pudo hacer sin pérdida de fuerzas ni de opinión, por ser práctico en el país: al punto ocuparon los reales el paso, contentándose con haberle ganado, sin intentar por entonces otra cosa mientras no se juntaba todo el ejército.

21 Causó la retirada de Vilaplana grandísimo desconsuelo en Barcelona: entonces volvieron á llorar la impiedad del Espernan, que en tal peligro los había metido y dejado, teniendo por seguro, ó por las disculpas de Vilaplana ó porque verdaderamente les pareciese así, que habiéndola socorrido, la villa pudiera resistirse.

22 Pero el francés, observante de las atenciones de los catalanes y no menos de los pasos del ejército católico, dispuso su última retirada y de todos sus cabos y tropas á Francia: contradecíansela con vivas razones los diputados, que su mismo dolor, cuando no su justicia, les estaba dictando.

23 No se detuvo Espernan á ningún oficio, antes prosiguió su camino con tanta determinación, que dió

motivo á que se pensase, y aun escribiese, no era sólo el sencillo deseo de cumplir su palabra el que le llevaba tan resoluto. Volvió á Francia, donde exteriormente fué no bien recibido; todavía ocupó luego su gobierno propietario de Leucata. Algunos se persuadieron que mayor espíritu obraba su movimiento; yo no puedo escribir todo lo que he oído; por lo que se ve se juzgue: lean aquí atentísimos los que aconsejan sus príncipes (1), que el caso no es de tan pequeña doctrina; asaz de útil ofrece al advertimiento de los que mucho fían de otro.

24 Fué la salida de los franceses sentidísima en todo el Principado, é hizo cejar mucho en la afición con que los miraban como á sus libertadores. Entonces, viéndose ya asombrados de su enemigo, recurrían tal vez á culpar la primera resolución: otros lo juzgaban á infelicísimo pronóstico; y tales había que lo consideraban por último desengaño, creyendo que la desconfianza de su conservación llevaba primero aquellos que primero la conocían.

25 Pero los hombres en que el valor ardía como elemento, sin otra materia de interés más que su propio celo, no desmayando con la ausencia de los socorros, decían que así les había de quedar mayor la gloria del triunfo, no habiendo de partir de su laurel con otras cabezas; que su nación, unida y sin la correspondencia de otras gentes, quedaría más fuerte y más segura, pues entre ellos ya no era tiempo se

---

(1) En la edición de 1808, *todos los que aconsejan sus príncipes.*

hallasen los ánimos diferentes ó indiferentes; de esta suerte alentaban á los temerosos.

26 Marchaba el Vélez en tanto al Panadés, donde ya la vanguardia había ganado Villafranca: ocupó en llegando con su grueso el lugar, capaz de poder recogerle todo. Era Villafranca pueblo de gran vecindad y de los más abundantes de España en su provincia. Aquel mismo día se ordenó que todos los caballos ligeros se adelantasen á ganar San Sadurní, distante poco más de una legua hacia Martorell, donde se sabía que el enemigo aguardaba con parte de la gente retirada de Villafranca y todo el poder que tenían junto para oponérsele.

27 Está San Sadurní puesto en una eminencia acomodada para defenderse, desde la cual hasta Martorell se siguen algunos valles hondísimos, que van siempre ceñidos de dos cordilleras de montes, que unos bajan de las serranías de Monserrate, y otros corren la tierra adentro, pasando poco distantes de Barcelona.

28 El pueblo, siendo súbitamente asaltado, ni por eso dejó de resistirse, confiado en que por la vecindad del socorro no podía faltarle; pero la gran fuerza con que fué furiosamente embestido y luego entrado, no dejó ver la constancia de los que le defendían, ni la diligencia de los que ya caminaban á juntarse con ellos.

29 Comenzaban desde allí todas sus fortificaciones de los catalanes, asentadas en sitios favorables á sus designios y al modo de guerra común á los hombres

rudos: pretendían con tropas de gente bisoña, puestas en aquellos lugares altos, libres á la furia de la caballería, defender todo el paso, que por larguísima distancia continuaba en aquella angostura; este fué su intento, y lo pudieran lograr á poner en ello más cuidado. La naturaleza convida con la defensa, el arte la perfecciona: la necesidad hace poco más que desearla, y la estraga á veces: el temor no ayuda al acierto; quien teme no sabe; el que sabe tiene menos que temer: la guerra se ha reducido á términos de ciencia; el orden alcanza más que la fortaleza.

30 Detúvose el Vélez por discurrir con templanza en el modo de la empresa de Martorell, que como más propia (por ser suyo el lugar, como hemos dicho), deseaba acertarla. Hallábase con buenas noticias del país enemigo, porque en su campo había muchos naturales y otros no menos prácticos: todavía procuró haber algunos paisanos por cuya industria no sólo fuese avisado, sino guiado: mandó se buscasen, y le fueron traídos por las tropas de la caballería, de los cuales se entendió cumplidamente todo lo que deseaba saber.

31 Había gobernado hasta aquel día las armas de los catalanes su oidor eclesiástico Ferrán, acompañado de Don Pedro Desbosch y Don Francisco Miguel, caballero de San Juan, en quienes (por más que se adornaban del celo y fidelidad) no se hallaban aquellas calidades suficientes al grande oficio que ejercían. Con este conocimiento fué llamado el diputado militar Francisco de Tamarit (á cuyo puesto tocaba el man-

do de las armas naturales), que hasta entonces se hallaba ocupado en el Ampurdán, haciendo frente y resistencia á las tropas reales de Rosellón. Era el Tamarit hombre que juntamente llegó á enseñar la milicia á los suyos y aprenderla entre ellos; pero ya en opinión de capitán, porque los buenos sucesos anticipan á veces la gloria del aplauso, á que parece caminan otros y rodean por el merecimiento.

32 No menos los negocios del Ampurdán eran á este tiempo dignos de todo cuidado: no se atrevía el Tamarit á dejarlos expuestos á la mejor suerte de sus enemigos, ni tampoco pudo excusarse de acudir al aviso de su república. Dispuso y encargó la defensa de aquella provincia como le pareció más conveniente, y dejó en su guarnición á los maestres de campo Don Antón Casador, Don Dalmáu Alemany, Don Bernardo Montpaláu, Don Juan Sanmenat y el vizconde de Joch, cuyos tercios, si bien no eran copiosos, parecía que por entonces podían hacer resistencia al contrario, que ya se hallaba con mayores pensamientos en la parte donde tenía las mayores fuerzas; y habiendo también ordenado á las compañías de caballos de Enrique Juan, el baile de Falsá y Manuel de Aux le siguiesen, entró en Barcelona al mismo tiempo que le llamaba la necesidad y la desconfianza común. Cobró el pueblo nuevo aliento con su llegada, haciéndola aún más alegre haber entrado en aquellos días monsieur de Plesís y monsieur de Seriñán con un regimiento de infantería francesa y trescientos caballos no comprendidos en las capitulaciones de Tarragona.

33 Consistía toda su esperanza de los catalanes en defender el paso de Martorell, juzgando ser aquella la verdadera defensa y fortificación de Barcelona: habían perdido el Coll con facilidad, cosa entre ellos tenida por insuperable: esta consideración los llevaba más al propósito de aquella resistencia.

34 Procuraban dar satisfacción al Principado, cuyas fuerzas tenían juntas, siendo cierto que todos sus naturales parece habían puesto los ojos en aquella acción para acabar de creer ó desesperar en su defensa: lo á que más se aplicaban era á intentar algún buen efecto por manos de la industria. Pareció conveniente dar aviso al Margarit, que emboscado en las espesuras de Monserrate hacia la guerra en continuos asaltos, para que en la mejor forma que el tiempo y sus fuerzas diesen lugar se acercase á Tarragona y picase al ejército vivamente por las espaldas.

35 Recibió Don José la orden y recogió á sí toda la gente que le quiso seguir, y con algunos almogávares fué á tentar la fortuna con determinación de dar sobre los lugares que el ejército católico dejase con alguna guarnición: asegurábase en que la caballería tenía desocupado el campo de Tarragona, y así no le quedaba el negocio dificultoso.

36 Marchó, y crecía cada instante tanto en poder y pensamientos, que determinó ir á dar vista á la misma ciudad de Tarragona; empero siendo informado de su gran presidio, revolvió por hacia la montaña á la villa de Constantí, distante de Tarragona una pequeña legua. Es Constantí lugar mediano, pero forta-

lecido de un castillo de los que la antigüedad fundó con mayor arte: está eminente á todo su pueblo y á toda la campaña, desde donde se mira no menos fuerte que agradable: servía de hospital y cárcel á castellanos y catalanes: parecióle al Margarit esta empresa acomodada á sus fuerzas, pensando por ventura divertir con aquella acción la fuerza del ejército, como suele la leona dejar algunas veces la presa á los rugidos de los cautivos hijuelos: embistió la villa en el mayor descuido de la noche: ganaron las puertas con brío los catalanes, no poco defendidas de los soldados de la guarnición. Es celebrado entre los más el aliento de un Pedro de Torres, sargento catalán; nombrámosle, contra costumbre, porque le hallamos nombrado de todos. Defendióse el castillo como pudo, y fué entrado con la primera luz de la mañana: murieron algunos castellanos en número como treinta: cobraron su libertad más de trescientos naturales prisioneros; y sin duda pudiéramos contar éste por un dichoso suceso, si no obscureciera mucho de su gloria la crueldad con que fueron tratados los heridos y enfermos; porque habiéndose reconocido por los vencedores los hospitales, donde yacían hasta cuatrocientos soldados, defendidos solamente de la humanidad y religión, últimos privilegios de los miserables, fueron entrados furiosamente, y sin ninguna piedad despezados y muertos: corrió la tristísima sangre por en medio de la sala en forma de arroyo, nadaban sobre ella brazos, piernas y cabezas; los cuerpos humanos, perdida su primera forma, pare-

cían monstruosos troncos de carne: al principio las quejas, lágrimas y voces formaron un horrible estruendo, y el miedo y la confusión fueron para algunos tan crueles como para otros el acero: los lechos fabricados á la paz y descanso natural, se veían torpísimamente bañados en sangre, y sucios con las entrañas de sus dueños figuraban lastimosamente las bárbaras carnicerías de los gentiles. No pudo detenerse á ningún respeto el furor de los que vencían, porque parece es calidad de la victoria asentarse sobre la mayor ruina: tampoco la venganza obedece á algún consejo de la piedad; hallábanse rabiosos los catalanes del suceso de Cambríls, y obraban de suerte en Constantí, como si con aquella violencia enmendasen la ya padecida.

37 Entendióse con brevedad en Tarragona la interpresa de aquel lugar, y aun sin prevenir tan grande daño, mandó el Tejada salir la caballería é infantería que pudo la vuelta del enemigo; pero el Margarit, que no dejaba de temerse de los socorros de Tarragona, había puesto de reserva fuera de la villa al capitán Cabañas y su compañía (hombre entre ellos de buena opinión), con orden que escaramuzase con los socorredores mientras se juntase la gente que se ocupaba en el saco. Tocaron arma las centinelas del Cabañas que se habían adelantado por todas las avenidas, y su cuerpo de guardia se opuso con gran valor á las tropas contrarias: llegaron los reales, y atacándose entre unos y otros vivísimamente la contienda, pelearon hasta que, dispuestos ya en forma

militar todos los catalanes, se resolvieron á dejar la villa, cuya conservación casi parecía imposible é inútil por la mucha vecindad del poder contrario.

38 No ignoraba el Vélez todas las prevenciones del enemigo, y así desde luego determinó servirse del artificio. Llamó á consejo casi á vista de Martorell, y por todos fué ajustado que los catalanes fuesen embestidos en sus fortificaciones, más [con] intención de medir sus fuerzas que de ganárselas: que si ellas fuesen tales que diesen lugar á proseguir el asalto, no se perdiese coyuntura y se apretase lo posible por desembarazar el paso; empero que hallando así fuerte la resistencia que el peligro pareciese mayor que el útil, se retirasen, y entreteniendo al contrario con escaramuzas, se enviase un trozo de ejército bien gobernado, que subiendo la montaña á mano izquierda, bajase al collado dicho del Portell, desde donde se tomaba el enemigo de espaldas, y se pasaban de esotra parte del río Llobregat, con que los catalanes quedaban imposibilitados de la retirada ó socorro.

39 Era de pocos días antes entrado en el gobierno de aquellas armas el diputado militar Tamarit, que no despreciando el valor de los católicos (como aquel que lo había experimentado de cerca), luego que reconoció su ejército, pidió nuevos socorros á Barcelona, porque con las mudanzas de los cabos que entre los catalanes habían sucedido, se desbaratara buena cantidad de gente, faltando de una y otra casi la tercera parte.

40 Fué esta nueva escuchada en la ciudad con mucho

enojo y tristeza: oyen mal y creen peor los hombres pacíficos los aprietos de la guerra: acusa el civil de perezoso al soldado y al capitán que no vence según su antojo: ninguno acierta á medir la desigualdad que hay entre sus estados: el ocio de la guerra es terremoto en la república; lo que es confusión en la ciudad es quietud del ejército: desdicha original, juzgar de las acciones imperceptibles de la guerra el tribunal de los políticos, tan liberales en averiguar las calidades del peligro que ignoran; donde suele salir condenado á veces el valor y á veces la prudencia, como si Marte pesase en la balanza de Astrea, y entre la fortuna y la razón hubiese gran conformidad.

41 Quejáronse los catalanes, mas no se entorpecieron del afecto con que se quejaban: prevenían con todas diligencias posibles el socorrer al Tamarit: convocólos y pidiólos la Diputación con imperio de señora y lágrimas de madre igualmente afligida que temerosa. Valióse la ciudad de todas sus parroquias, conventos, cofradías, gremios y universidades, porque aquellos que se podían negar al mandamiento, no hallasen modo para excusarse del ruego: esforzáronse á dar ó cortar el brazo por salvación del cuerpo de su república: todos se ofrecieron al remedio, sin reservar la sangre ó la hacienda. Obligación es del vasallo ó del repúblico acudir á su príncipe ó á su Patria afligida, de tal suerte, como si sólo por su cuenta estuviese el remedio: fácilmente se pudiera reparar la ruina de un reino donde todos pensasen que el daño era solamente suyo; á lo contrario, se da á entender

la ambición; certísimo es el peligro donde los intereses parecen de uno solo y el riesgo de todos.

42 Venció la diligencia de la ciudad el alboroto del pueblo, haciendo cómo marchase la gente de la misma suerte que se juntaba: los clérigos y frailes desde el altar y el coro pasaban á la campaña; niños, ancianos y enfermos, ninguno dejaba sosegar el celo de su defensa; cada cual medía sus fuerzas por su espíritu, no éste por aquéllas, como siempre. Juntáronse en brevísimo tiempo más de tres mil personas; pero con poca suficiencia para las armas, en extremo ajenas de su ejercicio.

43 Entretanto los del ejército católico, dispuestas ya sus acciones según el orden que habían tomado, y desengañados de que por la frente del paso era tanta la resistencia que no había que proseguir por aquella parte, se dividió todo el grueso en dos trozos. Tomó la vanguardia por su cuenta el Torrecusa, á quien seguían seis mil infantes en los tercios de la guardia, Duque del Infantado (1), portugueses, valones y el de los presidios de Portugal, y hasta quinientos caballos: dejó el camino real á mano izquierda, y entrándose en las asperezas de aquellas serranías que suben creciendo desde el agua á la montaña, fué marchando y haciendo su camino en forma de arco por toda la tierra, que los catalanes pensaban se defendía por manos de la naturaleza.

44 El Vélez, entendiendo que su viaje habría de ser

(1) La edición de 1808 dice *en los del Duque.*

un poco más dilatado, y aquella suspensión podría ocasionarles alguna sospecha, mandó de nuevo atacar diferentes escaramuzas en la frente con las trincheras y reductos, que se hallaban bien guarnecidos y eminentes en todos los pasos á propósito de la defensa en el camino real; mas, ó que fuese flojedad ó artificio de los castellanos, ninguna vez pretendieron arrimarse á las fortificaciones contrarias, que no fuesen rechazados con gran valor y destreza por los catalanes. Ocupóse todo aquel día en las escaramuzas, y el segundo se tocaron muchas armas á la villa por el costado siniestro, con que crecía en los embestidos cada hora el asombro, viéndose atacados por tres partes á un mismo tiempo.

45 Ya entonces se descubrían las tropas del Torrecusa: tardó un poco más de lo que se pensaba, habiéndose detenido en quemar un burgo que se puso en resistencia, no sin algún daño de los reales, por ser de noche la contienda: llegó, en fin, sobre Martorell intempestivamente, y resonándoles á los sitiados los clarines contrarios por las espaldas, dieron su perdición por segura. Aquellas voces á un mismo paso servían de desmayo y aliento: unos aflojaban como perdidos, y otros se alentaban como vencedores: apretáronse las escaramuzas y juego de la artillería con horrible estruendo, multiplicándose en los senos de los valles vecinos: crecía el horror y se desesperaba en la defensa de tal suerte, que el Seriñán, reconociendo el riesgo común, comenzó á introducir la plática de salvación. Tuvieron su consejo el

Tamarit y tercer conseller, á quienes asistían el Seriñán y Don Josef Zacosta, y ordenaron que monsieur de Aubiñí saliese á reconocer el poder del Torrecusa, que era quien más les afligía; pero siendo informados prontamente de que el enemigo bajaba con todo su grueso acompañado de nuevas tropas de caballería y seis escuadrones, con los cuales igualaba, cuando no superase su número, resolvieron no exponer al último daño aquel pequeño ejército: que el postrero peligro no debía ser sino cuando se hubiese desbaratado toda la fuerza é industria: que Martorell no merecía ser el final teatro de sus desesperaciones: que el corazón de la Patria eran aquellas armas: que de ellas se derivaba el aliento á todo el cuerpo de su república: que quizá en Barcelona los aguardaba la suerte próspera: que allá era la resistencia más segura, más cercanos los socorros, más ejecutiva la desesperación, mayor el pueblo, mayores las obligaciones: que ningún cuerdo dejaba de tomar de su fortuna aquella tregua con que le convidaba, porque entre el cuchillo y la garganta toparon muchos su remedio: que el entregarse á los peligros no es valor, sino torpeza del miedo que no deja solicitar su remedio al sumamente cobarde.

46 De estas razones persuadidos, mandaron se retirasen los tercios en buen orden, y se temían de no poder conseguirlo, porque se dificultaba tanto en el indomable furor de los suyos como en la pujanza y atrevimiento de los contrarios.

47 Los cabos españoles, reconociendo la misma razón

que obligaba á retirarse los catalanes, apretaban con toda furia por no darles lugar á la salida; empero ellos, con mayor noticia del país, hicieron avanzar las tropas de su caballería, á cuyo abrigo salían los infantes. No era menos la resistencia en la frente, donde el Vélez determinó de hacer dar el asalto después de la venida del Torrecusa. Habíanse acercado las mangas á sus fortificaciones por menos distancia que tiro de arcabuz, lo que habiendo reconocido monsieur de Senesé, á cuyo cargo estaba la artillería, con el de Balandón y otros que les seguían, dispusieron de tal suerte su manejo, que la infantería española se detuvo todo el tiempo que la catalana hubo menester para dejar el puesto y seguir la otra en su retirada.

48 Entonces fué entrado el lugar por las espaldas: satisfízose allí la venganza de unos de la resistencia de otros, como si fuese culpa la defensa: no perdonaba la furia á edad ó sexo, á todos igualó la crueldad en una misma miseria. Costó la entrada de Martorell las vidas de algunos soldados y oficiales, y entre ellos fué más sentida la muerte de Don José de Saravia, caballero del hábito de Santiago, teniente de maestre de campo general, y el hombre más práctico en papeles y despachos de un ejército que otro ninguno. Faltaron de los catalanes más de dos mil hombres entre infantes y caballos ligeros. Por la misma razón que el Vélez esperaba de aquel lugar más obediencia, permitió que fuese allí mayor estrago.

49 No habían las tropas de su caballería del Torrecu-

sa acabado de bajar por el collado, cuando juzgando ya la victoria por suya, se aventuraron á divertirse y entrarse por los pueblos vecinos, porque el descuido del contrario acrecienta las fuerzas y aun la dicha del que acomete. Algunas partidas de caballos sueltos tomaron el camino de San Felíu con pretexto de cortar los socorros de Barcelona.

50 Eran de poco tiempo llegados á aquel paso todos aquellos con que la ciudad pudo acudir á su ejército: la gente bisoña y de profesión extraña descansaba sin tino de la fatiga de las armas: llegaron súbitamente sus corredores y les dieron aviso del peligro en que se hallaban. Constaba el socorro de hombres los más de ellos eclesiásticos y otros algunos oficiales y gente llana, que viéndose vecina á la muerte, no se acababa de disponer ni bien á la fuga ni bien á la resistencia: vueltos á su discurso por algún particular aliento que les asistía, y acompañados de los infantes franceses, á quienes se arrimaron, consiguieron el ponerse en forma de esperar al enemigo. Cobraron una colina harto favorable á su defensa, y socorridos también de una compañía de caballos del capitán Borrell, alcanzaron mayor confianza de la victoria. Llegaban las tropas con intención de embestirlos, convidadas de su primer desorden, y no obstante que ellos así pudieran defenderse, dejaron aquel sitio y poco á poco se subieron la montaña, donde sin la contingencia de la defensa alcanzaron mayor seguridad por la retirada, entrándose en los bosques: quedó el lugar en manos de los vencedores y sirvió-

les de cuartel asaz á propósito para su intento y descanso.

51 Detúvose el Vélez un día todo (como llorando las ruinas de su Martorell), porque si bien deseaba pasar adelante, no le era posible por entonces : el ejército, sumamente fatigado de las marchas y escaramuzas pasadas, no se hallaba en la disposición y sosiego de que necesitan las gentes que han de comenzar el gran hecho de una batalla ó sitio.

52 Pareció se debía dejar allí el presidio conveniente para la defensa del paso del Congost, donde se habían de asegurar los víveres que bajasen de San Sadurní; y así, fué ordenado que el comisario general de caballería de las órdenes con quinientos caballos se quedase guardándole, y que en Martorell se detuviesen dos tercios prontos para marchar hacia donde les fuese ordenado.

53 Con estas prevenciones salió el Vélez al día siguiente, y ordenó de nuevo que su vanguardia en buena disposición avanzase todo lo posible hasta los lugares de Molíns de Rey, San Felíu y Esplugas, donde pretendía dar forma de batalla á su campo, según la acción en que asentase debía ser empleado. Mandó adelantar sus escuadrones, según hemos referido, y sin dificultad ninguna se hizo dueño de todos los pueblos y tierra de aquel contorno : no se topaba de parte del contrario defensa alguna, ni había batidores ó centinelas que procurasen descubrir sus movimientos : toda la tierra parecía triste y llena de silencio, de cuya quietud inferían los españoles el

temor de sus contrarios; todo lo interpretaban dichosamente: es costumbre del deseo errar siempre el juicio en las figuras de los sucesos prósperos.

54 Hallábase ya acuartelado el ejército en los pueblos vecinos á Barcelona, adonde habiendo llegado el Vélez, entendió no debía fiar una cosa tan grande de sólo su arbitrio: quiso justificarse con su ejército, obligado no menos de su modestia que de otros vivos pensamientos, que no le dejaban afirmar en ninguna resolución, porque á la verdad su espíritu jamás le dió esperanza de la victoria. Temía interiormente, y procuró ayudarse de los hombros de muchos ó [de] sus esperanzas, para llevar el peso de la contingencia. Es esta la mayor usura de los políticos, obrar solos aquellas cosas de que se satisfacen, por no repartir la gloria del acierto con ninguno, y ayudarse de otros en aquellas que temen, por descargarse con ellos de la vergüenza que sigue á los ruines acontecimientos.

55 Llamó á consejo los primeros y segundos cabos de su campo y otras algunas personas cuya intervención podía ser provechosa para el acierto ó para la justificación: llamó á Don Luis Monsuar, baile general de Cataluña, hombre muy confidente á su Rey, como atrás habemos dicho, y en extremo práctico en todas las cosas públicas y particulares del Principado: hizo también llamar á Don Francisco Antonio de Alarcón, del Consejo Real de Castilla, á quien el Conde-Duque había enviado, debajo de otros pretextos, como para fiscal de las acciones del Vélez. No había en el Alarcón parte ninguna suficiente para lo que se

trataba; empero mucha disposición para ser creído por su boca el gran desvelo con que el Vélez procuraba los buenos sucesos: juntos entonces, dijo así:

56 «Que pues la buena fortuna, guiada de la justificación del Rey, los había traído vencedores tan cerca del lugar donde los delitos pasados clamaban religiosamente por castigo, faltaba sólo discurrir en el modo más conveniente de la venganza, si así podían llamarse los efectós del justísimo enojo de su monarca: que ya habían conocido en muchas experiencias el poco valor de aquellas gentes miserables (en fin, como faltos de razón), pues en aquellos días fueron tantas las victorias cuantas las veces que se pusieron á vencerlos: que la espada de aquel ejército, ya pendiente sobre el cuello de Barcelona, estaba también destinada para castigo de otras provincias: que el tardar en el primer golpe era retardarse en la gloria del segundo triunfo: que allí no iban á más que á ensayarse para mayores cosas: que haberse contentado con pequeños hechos era deshojarse los copiosos laureles que los aguardaban: que toda España, toda Europa y todo el mundo estaba mirando atentísimamente sus sucesos: que ya era menester darles satisfacción á la esperanza de los amigos y á las dudas de los neutrales: que muchos en la ciudad, depositando la fe en el silencio ó temor, no esperaban más que ver tremolar las banderas reales para levantar una gran voz en favor de España: que de la misma suerte los obstinados, por ventura que esta misma diligencia aguardasen para reducirse, dando

así alguna disculpa á su mudanza: que esto no podía ser dudoso, pues donde la resistencia les convidaba con el sitio, ellos no habían atinado á defenderse, ni parece que lo solicitaban, según todo lo perdían sin pérdida.»

57 Templó luego con gran destreza el orgullo á que vanamente podían inducir sus razones, porque sin duda parece que en estos casos pende de la boca del caudillo el temor ó aliento de los súbditos. Puso, no sin cuidado, antes las consideraciones apacibles, por dar á entender á los que escuchaban que su lengua le ministraba primero aquellos afectos que primero topaba en el corazón; ó fué también traerles últimamente á la memoria sus peligros, deseando que los tuviesen más cerca de los ojos, al tiempo que se determinasen: él no amaba ni elegía lo que alabó; antes sentía lo contrario; y añadió luego:

58 «Que ninguno debía arrojarse al precipicio por ver precipitado al que pasó delante: que no les obligase á torcer ó encubrir alguna parte de su sentimiento el haber entendido que su ánimo apetecía aquella empresa: que midiesen atentamente las fuerzas del ejército, y su disposición con la multitud de aquel pueblo y obstinación de aquella ciudad: que tampoco tuviesen por infalibles las señales de recibir sus armas y aclamar su nombre, porque en la astucia de los afligidos no hay promesa imposible ni segura: que si se les ofrecía otro modo más acomodado de castigo que la batalla ó sitio, lo platicasen: que él sabía de su Rey que más deseaba el acierto que la ven-

ganza: que los alborotos presentes de España pedían atentísimo juicio cerca de los empleos de sus armas, porque muchas las ocasiones y uno el poder, era menester no ofrecerle á casos dudosos.»

59 Mandó luego que hablase públicamente el gobernador de Monjuich, caballero catalán, que la noche antes, más obligado del temor que de la fidelidad, se pasó al ejército católico: informó en público de las cosas, particularmente de su castillo, y de otras de la ciudad, facilitándolas, como es uso en los que pretenden lisonjear y persuadir.

60 Callado éste, ordenó el Vélez se leyese públicamente la carta de su Rey y las órdenes del Conde-Duque sobre el negocio de Barcelona; todo encaminado á las prontas ejecuciones. Instaba el Conde en la expugnación, prometía el suceso, facilitaba los inconvenientes, y mostrábales el modo de la segura victoria; en fin, la disponía y juzgaba, sin otro fundamento que su deseo vivo en cada palabra y letra.

61 No hay juicio tan experto que antes de la experiencia comprenda el ser de las cosas; muchos ni aun después del estudio lo han conseguido. El favor de los príncipes puede hacer los hombres grandes, pero no cientes; algunos, fundados en aquella gracia del señor, como se ven superiores á los otros en la fortuna, piensan que lo son también á la misma fortuna: el que subió ignorante al magistrado, ignorante caerá del magistrado; los hombres le aplauden y le engañan, la suerte los aborrece y escarmienta, ellos le suben sobre ella, y él se arroja desde allá después

de subido. Erradamente suele mandarlo todo el que primero no mandó á pocos y obedeció á algunos; mas ¡qué erradamente dispone los ejércitos el que no ha manejado los ejércitos! Palabras estudiadas y bien compuestas no son más que sonido deleitable, sueño al príncipe que las escucha, poco después precipicio del principado: ninguno vence desde su retrete, bien que desde allí mande, contra la supersticiosa fe de un político : la guerra, animal indómito, jamás acabó de obedecer al azote, cuanto más al grito. Son testi gos los ojos de Europa de que en aquel célebre bufete, tan venerado de la adulación española, se han escrito muchas más sentencias de perdición que instrucciones de victorias.

62 Oían prontamente los del Consejo todas las razones referidas del Vélez, y ninguno ignoraba ó desconocía los fines de cada cual : no hubo entre ellos hombre que seguramente entrase en aquella misma resolución, de que tampoco dudó ninguno, porque todos temían lo mismo que su mayor temía, y como menos poderosos, humillábanse más presto á la dirección de aquel que los mandaba. Sabían que Barcelona estaba en defensa, terraplenada su muralla, capaz toda de artillería, y con más de cien cañones alojados en forma suficiente; llena de hombres desesperados, socorrida de soldados viejos, y no desamparada de cabos expertos; suya la mar, los puestos importantes ocupados y defendidos; los vasallos fieles al Rey pocos y encubiertos; abundantísima la plaza de bastimentos. De otra parte, miraban su ejército

ya disminuído en infantería y caballería por la hambre, por la guerra y por la enfermedad, y principalmente por las muchas guarniciones que iban dejando atrás; el enemigo á las espaldas con poder considerable de gente y en su país; el paso de Martorell poco seguro para la retirada; mucha gente bisoña, toda hambrienta; el manejo de las provisiones casi imposible; el mar no defendido, pocas galeras y mal armadas; en los cabos alguna desconformidad; los socorros de Castilla, Aragón y Valencia lentos y apartados; todo los ponía en gran desconfianza.

63 El Garay pretendió á los principios se hiciese la guerra por Rosellón, como habemos dicho: todavía proseguía en su parecer, nunca se acomodó al sitio de Barcelona por aquella parte; consentíalo forzado ó respetoso. El Torrecusa juzgábalo ordinariamente: entendía que la empresa no era más de sitiar una ciudad grande, cuya defensa no podría ser larga. Xeli mostraba alguna dificultad en el sitio, creyendo que el poder no era proporcionado. El oidor Alarcón instaba porque se cumpliesen las órdenes reales. Los catalanes que seguían al ejército también incitaban por la recuperación de Barcelona, no mirando ni discurriendo más que sobre sus intereses. De los cabos menores, algunos eran de parecer se dejase la ciudad (conforme al antiguo del Garay), y que el ejército vagase por la provincia: que destruyese los campos y lugares cortos, sin detenerse en cosas de mucha dilación y lidia: que el enemigo sin ejército capaz les dejaba libre el campo, donde se podían mantener, y

dentro en los pueblos, apretarlos de tal suerte que los mismos naturales pidiesen sobre sí el castigo.

64 El Vélez no se desviaba mucho de esta opinión; pero el silencio de los tres cabos, Torrecusa, Garay y Xeli, le quitó osadía para resistirse á los mandamientos del Rey. Fué resoluto por todos que el ejército se mejorase hasta el lugar dicho Sans, media legua de Barcelona, que la ciudad se intentase, que se reconociese Monjuich como lugar principal de la expugnación, y que las fortificaciones de afuera llegasen á ser acometidas, porque con verdad se entendiese su fuerza: que últimamente, manifestándose la justicia real con todas las gentes del mundo, segunda vez fuesen los catalanes convidados con el perdón, porque jamás se pensase que el Rey de su parte había faltado con alguna diligencia de padre ú oficio de señor piadoso.

65 Con esto marchó el ejército hasta el lugar señalado, y se gastó todo aquel día en reconocer los puestos, avenidas y partes por donde la ciudad debía ser embestida. Encargóse de esta diligencia el Torrecusa con otros algunos oficiales en corto número. La grandeza del mando no desvía los riesgos, antes los solicita. No se excusó jamás de ningún peligro por dar satisfacción á su cargo; y más á su opinión entre españoles, con quienes vivía siempre poco confiado.

66 Habíase últimamente entendido y propuesto la disposición de la empresa como les era posible, y entonces pareció conveniente enviar la carta propuesta á la ciudad; final protestación por la conciencia del

Rey, y que había de ser excusa de los daños propincuos. Despachóse con un trompeta, según forma de la guerra.

67 Contenía en nombre del Vélez, que hallándose con el ejército real sobre aquella ciudad, quería darse por obligado á advertirles que la orden de su Rey y sus propios designios eran sólo castigar los perturbadores de la paz pública: que le recibiesen como á ministro de justicia, y no como caudillo: que la clemencia católica, aunque ofendida de los excesos pasados, les ofrecía perdón y quietud, y estaba pronto á recibirlos como á hijos: que de esta suerte se podría remitir la saña de un ejército, que jamás suele parar en menos daños que ruina universal en honras, vidas y haciendas: que abriesen los ojos y mirasen su peligro: que se compadecía como cristiano, los amonestaba como amigo y los aconsejaba como natural é hijo de su provincia, y uno de los más interesados en su bien y conservación.

68 Acompañaba la carta del Vélez á otra del Rey escrita con gentil artificio, porque encaminándose también al perdón, aunque firmada en aquellos últimos días, cuando ya no parecía decente, su data era muy anterior, mostrando haber sido escrita en aquel tiempo en que las cosas merecían tratarse de otra suerte.

69 Era en estos días grandísima la turbación en la ciudad, afligida de los malos sucesos pasados y temerosa del poder y fortuna que la estaba amenazando: recurrían todos á Dios con ayunos, oraciones y abstinencias: las manos de los sacerdotes no dejaban las

mañanas de obrar sacrificios apacibles al Señor, y las tardes no cesaban sus lenguas de persuadir al pueblo tristísimo la enmienda y penitencia de la vida.

70 Llegó en medio de estos desconsuelos comunes el pliègo del Vélez, que les causó no pequeña novedad y mayor cuidado, cuando por aquella diligencia se conocía que sus contrarios no habían olvidado los instrumentos de la industria allí dentro de su mayor fuerza. Empezaron á temerse de nuevo de ellos y de sí mismos; tan cuidadosos contra el arte como contra la fuerza.

71 Juntáronse en Consejo, y leídas públicamente las cartas, hallaron que no tenían nada que prometerse de un ánimo que sólo procuraba endulzar los oídos ignorantes con palabras pías, por hallar mejor medio á la violencia y crueldad. Respondieron de común parecer que los progresos del ejército no daban lugar á que le esperasen en su favor, antes para desolación de la Patria : que no había modo de creer una fe de que las obras eran tan diferentes : que sus manos en las ocasiones pasadas se habían visto igualmente crueles en los que se entregaban y los que se defendían: que el que caminaba á la quietud no se acompañaba de estruendos y escándalos: que apartase de sí las armas y sería obedecido, porque entonces se conocería que lo negociaba el amor y no el miedo : que éste debía ser el primer paso de la concordia, y que habiendo de ser tal el medio de la paz, ¿cómo podría dificultarlo siendo cristiano, amigo y natural?

72 Disponía el Vélez entretanto su ejército como quien

no esperaba cosa de aquella diligencia; pero habiendo recibido el último desprecio en la respuesta de la ciudad, ordenó, con parecer de los cabos, que de todos los tercios se entresacasen dos mil mosqueteros á satisfacción de los que habían de mandarlos: que de éstos se formasen dos escuadrones volantes, de que se dió cargo al maestre de campo Don Fernando de Ribera y al Conde de Tirón, maestre de campo de irlandeses: que los dos subiesen la montaña de Monjuich por ambos costados: que el primero le atacase por la parte izquierda, entre la campaña y fuerte de la eminencia, y el segundo por entre la ciudad y la montaña: que á estos escuadrones siguiesen ocho mil infantes, que se alojasen en forma de batalla por la falda del monte, mejorándose cuanto fuese necesario á los volantes: que el San Jorge con sus batallones ocupase la parte más llana de aquel costado para cubrir toda esta gente: que lo restante de la infantería se redujese á escuadrones de la forma que el terreno diese lugar; y que con este trozo se hiciese frente á la ciudad: que la caballería de las órdenes poblase un vallete que podría servir de avenida sobre el cuerno izquierdo, y desde allí procurase cortar la caballería enemiga si acaso se aventurase á salir contra los escuadrones: que el teniente Chavarría tomase con algunas piezas un puesto que se juzgaba acomodado para batir el fuerte: que el General y su corte se detuviese en el Hospitalet: que después de arrimados los volantes al fuerte, hiciesen todo lo posible por ganarle, socorriéndolos todos los tercios de la van-

guardia: que el dueño y cabeza de esta acción fuese el Torrecusa, propio maestre de campo general del ejército: que el Garay gobernase como tal la otra parte de él, correspondiéndose y ayudándose unos á otros, conforme lo pedía la importancia del caso.

73 Igualmente desesperaron de la concordia los catalanes luego que recibieron la carta del Vélez: parecióles había llegado el último aprieto de su miseria: temieron el fin de aquel gran negocio, y aunque ya (según las cosas) parecía sin fruto, volvieron á llamar su consejo sabio, siquiera para perderse, si se perdiesen, como cuerdos. Juntáronse en número de dosciento votos; y entonces, más como en conferencia que consejo, habiendo exclamado primero (1) su peligro, manifestaron los diputados la cortedad de sus fuerzas, la potencia contraria, la opresión de una guerra dilatada, el estrago de una venganza apetecida de tantos días, la intención de su enemigo y la justicia de su Patria.

74 Ministrábales entonces el dolor cuantas consideraciones olvidaron al principio, resolviendo últimamente que la república se hallaba incapaz de defenderse por sus fuerzas solas: engañábales el espanto, porque en el estado presente ellos no podían sino entregarse ó defenderse. Oyéronse unos á otros con asaz confusión, mezclando las lágrimas del temor con las del enojo; en fin se conformaron.

(1) En la de 1808 dice: *habiendo exclamado primero sobre su peligro.*

75 Que ellos se hallaban en uno de los casos que las leyes ponen, en que á la república pueda ser lícito excusarse del imperio del señor natural y elegir otro, según los mismos fueros de la naturaleza: que el pretexto del ejército era sólo la destrucción universal del Principado, abrasando sus campañas, arruinando sus pueblos, consumiendo sus tesoros, vituperando sus honores, y últimamente reduciendo la ilustre nación catalana á miserable esclavitud: que á fin de conseguir su castigo, les convidaba el Rey con la honestidad de los partidos, disimulándose en todos el enojo que los movía, por lo cual, no sólo decíanles era lícito rehusar como violentísimo y tiránico el cetro de Felipe, sino que también debían nombrar y escoger un príncipe justo y grande á quien entregar la protección de su Principado: que ninguno por virtud y por grandeza podía ser más dignamente dueño y amparo de su nación que la Majestad Cristianísima de Luis Décimotercero del nombre, Rey de Francia, grande, justo y vecino, y á quien las razones antiguas de su origen, sin falta habían de inclinar á la estimación y agradecimiento de tales vasallos.

76 Habían precedido algunas pláticas del Plesís y Seriñán, que ingeniosamente mostraban la felicidad de la corona de Francia, haciéndolos entender que toda aquella quietud los guardaba á trueco de tan suave cosa, cual era entregarse á su imperio. Fué aquel día todo del temor, mas ni por eso dejó de tener su parte el interés, tocando los corazones de algunos: juzgaban éstos que con el nuevo señor, no sólo se

aseguraban de la indignación del pasado, mas que también, sobre propicio, les había de ser oficioso, porque es costumbre de los que nuevamente suben al reinado honrar y engrandecer los instrumentos que los sirvieron al principio.

77 Otros pensaban que con la mudanza del dominio mudarían también de fortuna, igualando y excediendo aquellos que no igualaban en el estado presente; como natural cosa en la rueda que vuelve y ministra la fortuna de los reinos, al menor giro bajar la superficie con que miraba al cielo, y subir á su lugar la que tocaba al polvo.

78 Llevados de este general aplauso los catalanes, se levantó en el Consejo una voz común aclamando por conde de Barcelona á Luis el Justo, Rey de Francia, y detestando juntamente el nombre de Felipe: entonces, juntos los diputados, oidores y conselleres, hicieron escribir un papel de la justicia de su aclamación, convidando á la posteridad con las justificaciones de su hecho, calificado en famosas razones políticas y morales: escribieron juntos al Rey aclamado: avisaron al pueblo, que recibió el nuevo príncipe y gobierno fácil y alegre.

79 Dieron luego, como en posesión de su provincia, parte en las direcciones y acuerdos públicos á los cabos franceses con que se hallaban: nombraron tres para el gobierno universal de las armas: eran el Tamarit, el Conseller en Cap de Barcelona y el Plesís· Formaron su consejo de guerra, donde llamaron al Seriñán, fray Don Miguel de Torrellas, Francisco

Juan de Vergós y Jaime Damiá. En las estancias, baluartes y fortificaciones pusieron cabos franceses y catalanes, todos hombres de confianza cual se pretendía: la fuerza de Monjuich entregaron á monsieur de Aubiñí, y guarneciéronla con nueve compañías de gente miliciana, que todas constaban de hombres comunes: á ésta se juntaban algunas de su mejor infantería del tercio de Santa Eulalia y el capitán Cabañas con hasta doscientos miquelets, y lo que entre todo venía á ser de mayor importancia, eran trescientos soldados viejos franceses, que se habían recogido para aquel efecto de diferentes tropas y tercios de los que entraron en el país.

80 Los franceses, hombres de valor y práctica, acudían sin perder punto al manejo y expedición de las varias ocurrencias y negocios, que cada instante eran de mayor peso y peligro: no cesaban de visitar las defensas, de amonestar la gente y animarla, de recibir y mandar órdenes á todo el país, de allanar dudas y conformar competencias. En fin, ellos, con gran diferencia de lo pasado, disponían las cosas como propiamente suyas; que en aquella parte no les engañó su esperanza á los catalanes.

81 Hallábase en Tarrasa el conseller tercero, y por aquellos pueblos retirada la mayor parte de la infantería que se escapó de Martorell, á quien se enviaron órdenes que recogiendo toda su gente y convoyando otra, bajase sobre Barcelona luego que tuviese noticia que el enemigo había asentado allí sus reales, porque no tuviese lugar de fortificarse seguro en nin-

guna parte; aun ellos no pensaban de su furia de los españoles tanto, que temiesen la súbita embestida.

82 De la misma suerte se le ordenó al Margarit se fuese á Monserrate, y desde allí ocupase todos los pasos convenientes para estorbar los socorros del ejército real, y aun su misma retirada, si ellos se hubiesen en necesidad de seguirla.

83 Dispuestas así las cosas de una y otra parte, amaneció el día sábado 26 de enero del nuevo año de 41, mostrándose sereno el cielo y claro el sol, quizá por darles ejemplo de quietud y mansedumbre al furor de los hombres.

84 Á la seña de un clarín comenzó á moverse todo el ejército en aquella forma que se había ordenado por sus cabos: así tendido por toda la campaña, representaba á los ojos tan hermosa visión, cuanto lamentable al discurso. Tremolaban los plumajes y tafetanes vistosamente, relucían en reflejos los petos en los escuadrones, oíanse mover las tropas de los caballos con destemplado rumor de las corazas; los carros y bagajes de la artillería, ordenados en hileras á semejanza de calles, figuraban una caminante ciudad populosa; las cajas, pífanos, trompetas y clarines despedían todo el temor de los bisoños, dándole á cada uno nuevos bríos y alientos: el orden y reposo del movimiento del ejército aseguraba el buen suceso de su empresa; el coraje de los soldados prometía una gran victoria.

85 El Vélez en tanto, alegrísimo de ver sus gentes y la felicidad con que se hallaba ya cercano á la cosa

para que allí era venido, mandó hacer alto á los suyos, y llamando para junto á su persona los que podían escucharle, dijo:

86 «Aunque la costumbre militar nos enseñe ser provechosas las razones del caudillo antes del acometimiento, yo no veo que ahora pueda ser necesario, porque ni la justificación de la causa que aquí os ha traído se puede olvidar á ninguno, ni tampoco hay para qué acordaros, ¡oh españoles!, aquel excelente afecto de vuestro valor, que son las dos principales cosas que en tales casos se suelen traer á la memoria de los combatientes. De lo uno y otro son testigos vuestros ojos y vuestros corazones, aquéllos mirando la rebeldía contraria que os presenta esa miserable ciudad, y experimentando éstos los continuos impulsos de vuestro celo. Yo por cierto tan ajeno me hallaba ahora de persuadiros, que á no ser por respetar el uso de esta humana ceremonia de la guerra, excusara como desorden el deteneros aquí, creyendo que cada instante que os detengo en esta obra os estoy á deber de gloria y fama. Ni discurro por su desaliento de los contrarios, que podéis medir por su delito, ni por la gran ventaja con que nos hallamos en todo á su partido, porque ya empecé á deciros que no han de ser mis palabras, sino vuestra razón, el móvil que arrebate los movimientos de vuestro espíritu; sólo os debo advertir que si la suerte no quisiese acomodarse á dispensarnos sin sangre la victoria, no os debe costar mucho cuidado á los que faltaréis el amparo de las prendas que dejéis en la vida; porque

la piedad, la grandeza y la promesa de vuestro Rey os puede justamente aliviar este peso, que es todo lo que cabe en el poder de los hombres cerca de la correspondencia con los que acaban. De mí oso á deciros que habré de ser compañero á los vivos y amigo á los muertos, y que si á costa de cualquier daño mío se pudiese excusar vuestro peligro, habré yo de ser el primero que me ofrezca á él por cada cual de vosotros.»

87 Ya las últimas palabras de este razonamiento se oían medio confundidas de las voces de los soldados, que en diferentes cláusulas sonaban por todas partes, clamando y pidiendo la vida de su Rey y de su general y el castigo de sus contrarios. Echaron casi todos los sombreros al aire en un mismo tiempo, señal común de alegría y conformidad en los ejércitos, y volviendo á su primer movimiento, en breve espacio de tiempo llegaron á asomarse los batidores á vista de Barcelona por la Cruz Cubierta, que mira al portal de San Antonio.

88 La ciudad, habiéndolos reconocido, también comenzó á crecer en ruido tal, tan furioso y melancólico, que bien informaba de la gran causa de que procedía. Entonces el Tamarit, con los mariscales Plesís y Seriñán, que se hallaban reconociendo los puestos, viendo que los seguía mucha gente y que su tristeza revelaba la gran duda en que se hallaba su ánimo, juzgando ser conveniente darles algún aliento, hizo seña de querer hablarlos, y fué fama les dijo así:

89 «Si dudáis, valerosos catalanes, por la condición de

la fortuna, yo creo tenéis razón; pero si mostráis temer las fuerzas que os amenazan, vano y ocioso es vuestro recelo: vecino está vuestro mayor enemigo: veislo allí, detrás de aquella montaña se esconde la ruina de vuestra Patria: veis, allí está el gran vaso de veneno que presto se pondrá en vuestras manos: escoged, señores, si lo queréis beber para morir infamemente, ó si arrojarle haciéndole pedazos, en que consiste vuestra vida: todo se verá presto en vuestra elección, y de lo que estuviere por cuenta de Dios bien podemos contarnos por seguros que no correrá peligro. Volved sobre vosotros, que este gigante es hueco, ó á lo menos estatua de bálago: muchas de sus tropas bisoñas, algunas desarmadas y todas oprimidas: ninguno pelea por amor; el que más hace, viene; el que más desea se vuelve, hallando por dónde; el que más sabe no es obedecido: su Rey ausente, su general con pocas experiencias, sus cabos enemigos, hambriento todo el campo, manchado de pecados, y sus espíritus llenos de propósitos torpes, su justicia ninguna, y lo que es más, la suerte de aquel Rey cansada de favorecerle. ¿Qué es lo que teméis, sino que no lleguen presto y que se os escape de las manos este triunfo? Por vosotros está la razón: hoy habéis de acabar el grande edificio de la libertad que habéis levantado: hoy se ha de dar la sentencia en que se publicará al mundo vuestra gloria ó vuestra infamia: á este día se dedicaron todos los aciertos que obrasteis hasta ahora; punto es éste en que se definirá á la posteridad vuestro nombre, ó por libertador ó fe-

mentido: aguardad y sufrid constantes los golpes del contrario, que no se os ha de dar barata la gloria de este dichoso día. Si os atemoriza el ver que han vencido hasta aquí, ésa es más cierta señal de su próxima ruina. Si creéis á mis palabras, luego veréis mis acciones: yo no soy de los que procurarán reservarse para el premio; capitán quiero ser de los muertos, y si no os hago falta, yo quiero ser el primero que os falte: si no me hallareis entre vosotros, buscadme allá entre los enemigos. Una sola cosa os pido entrañablemente; que guardéis en esta ocasión la observancia de las órdenes militares, y que más quiera cada cual ser cobarde en su puesto que valiente en el ajeno, porque de la consonancia de los constantes y los osados pende la armonía de la victoria. Con vosotros tenéis la fortuna de César; de César no, que es poco, pero del mayor Rey de los cristianos, del más venturoso de los vivientes: no es éste sólo el que os ha de defender. ¿Qué otra cosa ha querido mostraros el Cielo en la tan impensada nueva que hoy se os entró por las puertas del nuevo Rey de Portugal, sino que anda Dios juntando y fabricando príncipes por el mundo para defenderos con ellos? La majestad de un Rey justo os asiste; la hermandad de otro justificado se os ofrece; la inocencia de una justísima república os ampara; el poder de un Dios sobre todo justo os ha de valer.»

90 Acabó el diputado, á cuyas razones los cabos franceses añadieron algunas palabras en abono del afecto de su Rey, prometiéndoles en su nombre socorro y

descanso. Respiró con esto la plebe del dolor que la oprimía, sin otra diligencia que haber creído sus afectos.

91 Luego los cabos ó gobernadores de las armas mandaron que la infantería de los tercios principales guarneciese toda la muralla; era en número suficiente á mayores defensas. El regimiento del Seriñán ocupó las puertas, y con particularidad se le encargó la defensa de la media luna del portal de San Antonio, la de mayor riesgo. Los capitanes de caballos franceses y catalanes, M. de Fontarelles, M. de Bridoirs, M. de Guidane, el de Sagé y el de la Talle, Don Josef Dardena, Don Josef de Pinós, Henrique Juan, Manuel de Aux y Borrellas, todos á orden del Seriñán, formaron sus batallones, haciendo frente al enemigo en aquel llano que yace junto á los caminos de Valdoncellas y el Crucero. Previniéronse las baterías en todo el círculo de la muralla: separóse á una parte alguna gente para el socorro del fuerte, y en otra las reservas con que se había de acudir á la misma ciudad. Facilitóse el modo de municionar la gente, empleando en este servicio la inútil: á otros se dió cuidado de retirar los muertos. Abriéronse los hospitales y casas de devoción. Algunos entendían en el regalo y esfuerzo de los otros, acariciándolos, como sucede al cazador regalar el lebrel por echarle á la presa. Algunos se ocupaban en incitar al vulgo con altos gritos; cuáles prometían premios al que se señalase en el valor y resistencia. En medio de éstos no faltaban muchos que temían y lloraban; en fin,

todos ocupados en la incerteza (1) del suceso, el que más le esperaba feliz no dejaba de mirarle contingente. Los templos, patentes al pueblo, aseguraban á todos misericordia.

92 Continuábase lentamente la marcha del ejército, y con más vivo paso el trozo de la vanguardia destinado á la expugnación de Monjuich; pero habiendo llegado á los molinos, hizo alto: el segundo trozo volviendo la frente á la ciudad estúvose, y á su mano izquierda la artillería y la caballería en sus puestos, señalados en la forma que atrás hemos escrito.

93 Subía la vanguardia al monte, donde habiéndose ya mejorado en alguna parte el primer batallón, que constaba de los dos escuadrones volantes, se dividió á los dos caminos que cada cual había de seguir: los otros de aquel mismo trozo, formando un solo cuerpo, pretendieron subir la eminencia; con asaz trabajo de los soldados lo podían conseguir espaciosamente.

94 Pero porque nos sea más fácil dar á entender la disposición de la embestida, describiré en este lugar la ciudad de Barcelona y su Monjuich con toda brevedad posible.

95 Barcelona, dicha de Ptolomeo *Brachino,* antigua cabeza de su condado y metrópoli ahora de toda la tierra llamada Cataluña, creen sus historiadores ser fundación de Hércules Líbico; bien que algunos, más atentos á la verdad que á la gloria, juzgan ser obra de Barcino, como su nombre parece lo da á entender.

(1) En la edición de 1808, *incertidumbre.*

Frecuentáronla y la engrandecieron los cartagineses y romanos, que un tiempo la llamaron Favencia; no menos los godos, por la comodidad que ofrecía su puerto al comercio del África, Italia y España. Agro Laletano decían los antiguos á la campaña, donde yace tendida en una vega no muy dilitada, pero hermosamente cubierta y abundante, que se comprende entre los dos ríos Llobregat, que es el Robricato, á la parte del Poniente, y Besós, que fué el Bétulo, á la de Levante; y aunque no muy vecinos, sirven de fertilizar su tierra. Cíñenla en forma de arco más de medianamente corvo unas montañas, terminadas de una y otra punta en la mar, que puede servir de cuerda al arco de las serranías por la línea de su horizonte, el cual cierra el arco de un extremo á otro hacia Mediodía. Sube desde el agua por la punta occidental, caminando al Septentrión, un promontorio que, después de parar en una mediana eminencia, va cayéndose de esotra parte en más dilatada cuesta; este es el monte llamado Monjuich, que algunos quieren signifique monte de Jove, en memoria de que los gentiles habían allí fabricado á su Júpiter aras y templo. Otros le interpretan monte de los Judíos, por ser en algún tiempo cementerio de aquella gente; séase ésta ó aquél. Abriga á la ciudad por aquella parte de la fuerza de los vientos ponientes, y ayuda á su sanidad, reparándola del vapor de ciertas lagunas que están de esotro lado de la montaña; pero cuanto sirve á la salud desordena su defensa. No sube mucho, pero levántase aquella altura que basta para quedar

eminente á toda la ciudad, de la cual, apartado poco más de mil pasos, ofrece contra ella acomodada batería. Guardó aquel sitio sin defensa alguna la confianza ó la ignorancia de los pasados. Sólo habían fabricado en lo más alto una pequeña torre, que servía de atalaya al mar y puerto; pero recelosos ya de la potencia del Rey, que los amenazaba desde los primeros alborotos, entendieron en fortificar aquella parte dañosa notablemente. Comenzaron la fábrica por industria de personas ignorantes ó difidentes; dispúsose tan grande, que pareció imposible de proseguir: pararon con la obra hasta que el temor del ejército despertó segunda vez su cuidado: redujeron la larga fortificación comenzada á un mediano fuerte en forma de cuadro, defendido de cuatro medios baluartes: cortaron lo que pudieron del monte en zanjas y cavas altas, y atravesáronle con algunas trincheras en las estancias convenientes: esta es Barcelona y Monjuich.

96 Eran las nueve del día cuando el escuadrón volante, gobernado por el Conde de Tirón, que subía por la colina opuesta á Castelldefels, atacó la primera escaramuza, aunque el Conde, con ánimo bizarro, procuraba más acercarse que ofender, ó defender de las muchas cargas de mosquetería con que ya le recibían los contrarios; todavía, reconociendo su daño y desigualdad, ordenó á su gente pelease como le fuese posible.

97 Habían pensado los cabos católicos antes de la embestida, mucho menos de la fortificación de lo que hallaron después: este mismo yerro les sucederá siem-

pre á los fáciles en persuadirse de informaciones del enemigo; era así común el peligro en todos; á pecho descubierto ó cureña rasa, según su estilo, se estaban firmes peleando con hombres cubiertos de sus defensas. La tierra propia comunica alientos contra el que pretende ganarla, y puesta delante da ánimo al más cobarde para defenderse. Esto quisieron decir los antiguos por las ficciones de su Anteo. El que no defiende su Patria, ó no es hombre ó no es hijo.

98 Murió de un mosquetazo por los pechos el Tirón, ilustrísimo irlandés y firmísimo católico, soldado de larga experiencia, con sentimiento y agüero de los que mandaba, juzgando por infeliz pronóstico la anticipada muerte de su cabo. Sucedía á este escuadrón el de portugueses, gobernado por Don Simón Mascareñas: reparó diestramente en la duda ó espanto de los que no se mejoraban pudiendo hacerlo; y habiendo sabido que la causa era la muerte del maestre de campo, dejó su puesto y se pasó á gobernar el volante con bizarro ejemplo.

99 No cesaban un punto las cargas de mosquetería por todas partes, si bien con menos daño en la que gobernaba el Ribera: era su camino más acomodado, porque se enderezaba por el fondo de una canal que entre sí mismo abre el monte, y va á fenecer en el frente de la antigua torre de la atalaya. Como pudo marchar cubierto, no fué sentido hasta que improvisamente dió la carga sobre todos los que defendían lo alto de la colina.

100 Apenas había llegado á su nuevo lugar el Masca-

reñas, cuando mandó avanzar el escuadrón, que aflojando por la muerte del Conde y muchos otros que de continuo caían en tierra, había perdido buenos pasos: ayudólos la ocasión, porque á este mismo tiempo se descubría ya otro escuadrón, que gobernaba el sargento mayor Don Diego de Cárdenas y Lusón, por su maestre de campo Martín de los Arcos, que de pocos días había muerto: alentáronse uno á otro, y prosiguieron la embestida con grande aliento. Era práctico el Cárdenas, y reconociendo el lugar, mandó mejorar algunas mangas de mosquetería, que, revolviéndose sobre el costado derecho, daban la carga por las espaldas á los catalanes y defendían las trincheras de la colina, donde el Mascareñas llevaba el frente; pero ellos, conociendo su peligro, puestos en retirada, se fueron al abrigo de su fuerte, dejando los puestos, no sin considerable pérdida de los españoles. Fué muerto el sargento mayor Cárdenas, que retiraron pasado de dos balazos, y el maestre de campo Don Simón, herido dichosamente en la cabeza: murieron otros capitanes y soldados, dejando á los suyos más gloria que utilidad, porque habiendo ganado con gran peligro y afán, hubieron de perderlo luego, retirándose fácilmente del puesto.

101 Guarnecía la estancia de Santa Madrona y San Ferriol, por los catalanes, el capitán Gallert y Valenciá con menos cuidado de lo que pedía la ocasión; recibieron los avisos (1) de su descuido por las mismas

(1) En la edición de 1808, *y así recibieron.*

bocas de los mosquetes contrarios. Comenzó á inquietarse la gente, ayudándoles para el susto el peligro y la novedad; pero los capitanes, haciendo por fuerza volver las caras á los suyos, mandaron darle la carga; no los dejó el temor obrar ni obedecer más que á su misma violencia; cumplieron los dos su obligación; mas ni su ejemplo ni las voces fueron bastantes á detenerlos. Viendo el Valenciá su peligro, hizo como se retirasen con algún concierto, y dejándolos ya seguros, subió á pedir al Aubiñí les socorriese con alguna gente práctica, porque, mezclada con la suya, sirviese como de corazón al cuerpo de sus naturales.

102 En medio de esto, habiendo reconocido el Seriñán que las tropas del San Jorge se asentaban en aquel puesto, sólo á fin de embarazar todo el socorro y retirada de la gente de Monjuich, quiso ver si podía inquietarlo y moverlo, porque entonces le quedase más acomodada la empresa.

103 Ordenó al capitán Aux que con algunos caballos catalanes y franceses, al abrigo de una manga de mosquetería, saliese á escaramuzar con el enemigo. Acomodó el capitán sus infantes, arrimándolos sobre la margen opuesta á la caballería del San Jorge, donde, alteándose por aquella parte la tierra, le servía de trinchera. Eran continuas las cargas de los mampuestos, cuyo daño provocaba más al San Jorge que no la osadía de los caballos que le convidaban á la escaramuza: mandó salir algunos de los suyos por entretenerlos; pero los catalanes advertidamente se retiraban, dejando siempre firme la infantería, porque cada

instante se reconocía más el daño de las tropas reales.

104 Entonces vino á entender el San Jorge que su salud consistía en desalojar de aquel sitio al enemigo, y que con su caballería, aunque poca, bastaba para tenerle seguro si una vez se ganase. Avisó al Garay, que mandaba los escuadrones de la frente, porque le enviase doscientos mosqueteros para aquel servicio; pero él, en fin, hombre agudo, conociendo el suceso, se excusó de mandárselos, diciéndole que sufriese cuanto le fuese posible la carga del enemigo, porque si le arrojaba de aquel puesto, habría de ser forzoso ocuparlo al punto con sus tropas; lo que era sin duda de mayor peligro, pues cuanto se mejoraba, tanto se descubría más á las baterías de sus cañones.

105 No se acomodó el San Jorge á su sentimiento: volvió á mandar pedir á los escuadrones más cercanos se le enviase alguna infantería: llegó prontamente, y poniéndola en parte acomodada, empezaron á dar tan furiosas cargas al mampuesto contrario, que á pocas rociadas volvieron los catalanes las caras, retirándose hacia la muralla y media luna del portal de San Antonio. Pero apenas habían dejado el puesto, cuando el San Jorge, por no dar lugar á que le ocupasen con mayor poder, movió con los batallones de su vanguardia adelante, y pasó á formarlos en el sitio que el enemigo había perdido.

106 Viéndole ya tan empeñado el Seriñán, mandó le batiesen con la artilleria: hízose con todo efecto, antes que él pensase en si podía retirarse. Tras de la

batería salieron por escaramuzar con las suyas algunas tropas de caballería francesa, dándole á entender que en ellas consistía todo su grueso, según el modo porque le acometían y se retiraban.

107 Era el San Jorge caballero mozo y de gran valor: procuraba engrandecer su nombre, mereciendo en los excesos de la bizarría el anticipado aplauso que ya gozaba entre españoles, que amaba en extremo: juzgó que la fortuna le había traído el mejor día: llevado de esta esperanza, no quiso ó no supo mirar la incertidumbre. Despachó luego un teniente con aviso al Quiñones, que gobernaba la de las Órdenes (y con sus caballos ocupaba lo más hondo del valle por cubrir el cuerno izquierdo), para que viendo embestir sus tropas, á cuyo golpe sin duda el enemigo había de volver, le cortase, metiéndose con la cara á Monjuich, y dándole el costado diestro á la ciudad.

108 Con esta diligencia, creyendo no faltaba otra para la victoria, mandó prevenir toda su gente para la embestida. Continuaba el Aux en inquietarle, cuando el San Jorge, recibiendo la carga, corrió á toda furia.

109 No cesaba el juego de la mosquetería de todas las defensas con más daño que horror, ni el de las baterías con más horror que daño: uno y otro bastante á detener á cuantos con menos aliento ó con más cordura veían aventurar sus vidas desesperadamente. Moviéronse todos con el San Jorge; pero acompañóle sólo su batallón de corazas y el que gobernaba Filangieri: corrían con tanto ímpetu, que el desdichado Duque no tuvo lugar de advertir el poder de su contrario ni

la falta de los suyos: corrió, en fin, como quien corría á la muerte, dando entre todos señaladas muestras de su gran aliento.

110 Hallábanse en sus puestos los monsieures de la Halle y de Godenés con dos buenas compañías de caballos franceses, que, advirtiendo la ceguedad de los españoles y los pocos que ya seguían sus cabos, volvieron sobre ellos con gran destreza y valentía. Encendióse bravamente la escaramuza, al mismo paso que en los unos iba faltando la esperanza de la vida, y en los otros crecía la de [la] victoria.

111 El San Jorge, ya como perdido, viéndose seguir de pocos y entre todo el poder de su enemigo, procuró revolverse con ellos, y hacer con ellos la entrada por la puerta de la ciudad, creyendo que antes le socorrería el Quiñones, que por instantes aguardaba; pero él, que desde luego reconoció el peligro de su pensamiento, no se dispuso á remediar el daño por no entrar también á parte con él. Miraba desde su puesto la tragedia del otro: ellos dicen que la ignoraba; pèro su templanza pareció aquel día excesiva cordura.

112 Prosiguió el San Jorge su desigual escaramuza hasta llegarse á la mosquetería de los reductos de afuera, con que se defendía la puerta, y siendo conocido por el hábito (y más lo pudiera ser por el valor), tiráronle muchos y le acertaron cinco balas, de que cayó en tierra mortalmente herido. Cargaron á socorrerle hasta veinte soldados de los suyos, parientes y amigos, y algunos otros oficiales, señalándose entre ellos

el Filangieri, y recibiendo muchas heridas, todas mortales, aunque más dichosas.

113 Murieron noblemente sobre el cuerpo de su caudillo al golpe de espada los capitanes de caballos Don Mucio y Don Fadrique Espatafora y Don García Cavanillas. Los golpes, el estruendo, el humo, el clamor y sangre, mezclados confusamente, los vivas de los que triunfaban, los ayes de los que morían, todo formaba una constante lástima de sus malogrados años y esperanzas.

114 Algunos que le seguían, llamados quizá del mismo peligro, viéndole ya perder la vida, se contentaron con escapar su cuerpo desangrado: rompieron furiosamente por entre los franceses, que, admirados ó coléricos, cargaban sobre los rendidos; tuvieron lugar entonces de retirarle lánguido y casi muerto, en cuya compañía pudo también escaparse el Filangieri.

115 Estaba á media ladera de la montaña el Torrecusa, cuando vió mover intrépidamente el hijo: no dejó de temer su resolución, pero alegróse interiormente de tenerle por compañero en la victoria que esperaba: alzó la voz, y arrebatado del afecto natural de padre, bien que distante, dicen que dijo: «¡Ea, Carlo María, morir ó vencer; Dios y tu honra!»; palabras cierto dignas de un grande espíritu.

116 Subió después á las trincheras, donde por instantes recibía avisos de los malos sucesos, y los remediaba según le era posible. Hallábanse los tercios ocupada y ceñida (1) ya casi toda la eminencia, y los

(1) En la edición de 1808 dice *ocupando y ciñendo.*

que más perdían eran aquellos que más habían ganado, porque cuanto llegaban á descubrirse más presto, daban más tiempo á los contrarios de emplear en ellos sus baterías. Caían cada instante por todos los escuadrones muchos hombres muertos: otros se retiraban heridos: ya ninguno esperaba la hora de la victoria, sino la de la muerte; ni su consideración se ocupaba en el modo de pelear con reputación, sino de escaparse con ella. Tal era el daño; en los grandes riesgos, pocos discursos abrazan la osadía.

117 No fué menor el espanto de los catalanes, viéndose en tan corto número, mal defendidos de una sola fortificación ocupada en torno de las banderas enemigas. Dieron señales á la ciudad, según habían concertado, pidiéndole socorros, porque de aquella misma detención, que en los españoles era ya duda, se temían ellos, pensando que descansaban para volver al asalto con mayor brío. Hacían grandes humaredas de pólvora humedecida, según uso de la guerra; correspondían los de la ciudad con otras no menos conocidas.

118 Mientras en Monjuich se combatía de esta suerte, los que hacían frente á Barcelona también procuraban inquietarla con baterías de sus cañones y algunas mangas que sacaban cubiertas, según el terreno permitía, por desalojar al enemigo de la muralla.

119 Gobernaba la artillería en la ciudad el capitán Monfar y Sorts, hombre práctico en este ministerio: no descansaba de trabajar en aquellas baterías, que mejor podían ofender los escuadrones contrarios: em-

pleó algunas, todas en gran daño de los españoles, que reconociendo cada vez más la resistencia de la plaza y fuerte, á gran priesa desconfiaban del suceso.

120 Hallábase la ciudad más alentada, viendo que tan contra su temor el enemigo se detenía, añadiéndosele de ánimo y de esperanza todos los espacios de tiempo que se veían perder. De esta suerte se peleaba con bravo aliento, y de esta suerte se esperaba el combate universal, firme cada uno en su puesto, cuando los cabos, advertidos de las señales de Monjuich, comenzaron á mandar se entresacase gente de guarnición para el socorro del fuerte: no fué pequeña duda entonces, porque cualquiera pretendía ser el primero, corriendo desordenadamente á aquella parte por donde había de salir el socorro. Venció la diligencia y autoridad del diputado y los que le seguían la dificultad en que les ponía su mismo efecto; y así, separando de todos cerca de dos mil mosqueteros, la gente más ágil, para que pudiese llegar con prontitud, se despachó el socorro á buen paso por el camino encubierto que va desde la ciudad al fuerte, al mismo tiempo que la gente conducida de la ribera desembarcaba al pie de su montaña y la subía.

121 Habían los reales, que combatían arriba, muchas veces acercado y retirado sus escuadrones, conforme la resistencia con que los recibían. Algunas veces, según era el aliento de los capitanes que gobernaban las escaramuzas, se juntaban tres y cuatro, y con inútil gallardía corrían hasta tocar las mismas defensas y trincheras del enemigo: otros, oprimidos del es-

panto y del riesgo, se retiraban. En estas ondas parece que fluctuaba su fortuna de estas y aquellas armas, ó por más alto modo, en estos visos mostraba la Providencia cómo á su disposición estaba el castigo de unos y otros, pues con tanta diferencia los movía, ahora pareciendo éstos los vencedores, y ahora mudando toda la apariencia del suceso por bien pequeños accidentes.

122 En esta neutralidad llegó el Torrecusa, que engañado entendía, después de ver mover al hijo, no le faltaba otra cosa que acabar con el fuerte para alzar el grito de la victoria. Y viendo los soldados con desmayo y aun los otros cabos sin orgullo, dió voces, incitándolos al acometimiento. Persuadiéronse con la presencia y autoridad del que los mandaba, y se mejoraron hasta que por todos fué reconocido ser el asalto imposible por falta de escalas y otros instrumentos con que el arte lo facilita. Hallábase en aquella parte del fuerte un artillero catalán, diestrísimo en su manejo, el cual, viendo que el enemigo se le acercaba tanto, dió fuego á un pedrero grueso, alojado en uno de los flancos del fuerte, que defendía todo aquel lienzo donde los reales hacían la frente. Fué grandísimo el daño que recibió la vanguardia; empero ni por eso perdieron tierra los españoles, antes se acercaban cada vez más: con todo, viendo el Torrecusa ya con experiencia cómo la escalada de aquella vez era imposible sin otras prevenciones, mandó con repetidos avisos al Marqués Xeli, general de la artillería, le enviase escalas en número bastante, porque

él no había de bajar, dejando el fuerte en manos del enemigo. Ordenábale también que no parase en las baterías de la ciudad, porque los socorros no subiesen tan prontos; que todo vendría á estorbársele si los escuadrones de abajo hacían semblante de la embestida.

123 Continuábanse las cargas de una parte y de otra, aunque la pérdida de los catalanes, reparados de las trincheras y fuerte, era muy desigual á la de los reales todavía, como también lo eran sus fuerzas; y reconociendo que su deliberación procedía en embestirlos dentro de sus defensas, llegaron casi á desesperar del suceso; no faltando algunos, como es cierto, que ya entre sí platicasen las buenas condiciones de un partido: otros, menos advertidos, con lamentables quejas acusaban y maldecían su desdicha.

124 El Vélez, con diferente cuidado que el Torrecusa, se hallaba considerando y mirando lo que pasaba en todas partes, y sentía interiormente, como hombre cuerdo, que habiendo sido el mayor socorro en que se fiaba la confidencia prometida, hasta aquel punto no se reconocía en la ciudad señal ninguna en favor del ejército; antes una común y firme voluntad á la resistencia.

125 Al sonido de las voces, que cada vez crecía con más desesperación en todos los que esperaban por instantes la muerte, salió á la plaza superior del fuerte el sargento Ferrer, llevado de algún eficacísimo impulso, y con celo de verdadero patricio procuró entregar la vida por la defensa de su república. Era

común en los catalanes la voz de que todo se perdía y que el enemigo los asaltaba, cuando Ferrer, impaciente, miraba á un lado y otro por reconocer la parte donde eran acometidos: topó antes con el semblante de la gente que marchaba de socorro, así de la ciudad como de la marina, que ya se hallaba más cerca del fuerte que los mismos escuadrones contrarios. Entonces con nuevo aliento levantó el grito publicando el socorro: volvió sobre sí la gente entre alegre y temerosa, multiplicando sus fuerzas y dilatando su espíritu de tal suerte, que ellos comenzaron á osar con tanto exceso como de antes habían temido.

126 Llegaron los nuevos soldados llenos de valor y envidia unos de otros: comenzaron á dar pesadas y continuas cargas á los reales, que á pocos pasos de su embestida conocían por el brío del segundo combate cómo se fundaba en nuevas fuerzas. Aumentábanse las muertes y peligros por todas partes; en ninguna había lugar seguro: los valerosos eran los más desdichados (si podemos llamar ruin suerte aquella que dispone la gloria y la fama): la osadía y constancia eran continuas negaciones del peligro. El que procuraba adelantarse á los más, en un instante le retiraban en brazos del amigo ó del dichoso: quien pretendía aplauso por sus acciones, ellas mismas lo llevaban más ciertamente á la lástima (de esta suerte engañó á muchos la Fortuna en la mesa de Marte). Murieron lastimosamente Don Antonio y Don Diego Fajardo, entrambos sobrinos del Vélez, hijo el primero de Don Gonzalo Fajardo, y nieto el segundo de

Don Luis Fajardo, general que fué en el mar Océano, iguales en edad tierna y anticipada desdicha. Otros caballeros y capitanes murieron en aquel día, de cuyos nombres no podemos hacer cierta relación: aun en esto les siguió la desdicha, acabar sin esta ceremonia de la fama que se ofrece á la posteridad como en sacrificio.

127 Á la parte de San Ferriol se habían engrosado los reales, porque todos embistiesen á un mismo tiempo; pero como para acometer aquella estancia era fuerza descubrirse á las baterías de la ciudad, cuando llegaron á ser descubiertos fueron bravamente batidos de las culebrinas, que aunque desviadas buen espacio, no dejaron de hacer tan grande efecto que los españoles no se atrevieron á pasar, con poca satisfacción del Ribera, que los mandaba.

128 Ningún desaliento ó retirada de los suyos bastaba para que el Torrecusa dejase de forzarlos, porque al mismo instante cobrasen lo que habían perdido. Midiendo el tiempo, quería alojar su gente en parte donde pudiese dar la escalada al mismo punto que llegasen los instrumentos, y así (1) no les faltase el día (circunstancia tan notable en las batallas); pero como el daño y mortandad era grande, ordenó que aquel escuadrón del costado izquierdo, que recibía lo más furioso de la batería contraria, se abrigase en unos olivares que estaban á un lado del mismo escuadrón.

(1) En la edición de 1808, *porque no les faltase.*

129 Hallábase ya en aquel bosque de mampuesto el capitán Cabañas con su compañía, y pretendiendo entrar por esotra parte de él á desalojar los españoles, fué reconocido su intento de una tropa de caballería real que tenía aquel llano, la cual, revolviendo por las espaldas de otro escuadrón, quiso cortar al Cabañas; pero también se lo estorbó la artillería de la muralla, que obligó á volver la tropa, y aun á retirarse del lugar en que antes estaba, no lográndose por entonces los intentos de éstos ó aquéllos.

130 Mientras duraba el combate en Monjuich y la batería de la ciudad, que el Xeli continuaba con más furia después de la orden del maestre de campo general, no cesaban los diputados y conselleres con toda la gente noble de visitar la muralla y los puestos de mayor importancia en vivísimo cuidado, animando á todos y prometiéndoles seguro el vencimiento.

131 Constaba su guarnición de los tercios de sus patricios, que gobernaban los maestres de campo Domingo Moradell, Galcerán Dusay, Josef Navel. Los cabos y oficiales franceses con extraordinaria fatiga se hallaban en todos los sucesos, unos y otros nuevamente animados, viendo lo poco que obraban sus enemigos en tantas horas de trabajo. Este aliento de los cabos, deducido, como suele, á los soldados y gente inferior, brotaba felicísimamente en los ánimos populares; de suerte que en poco tiempo, con extraña diferencia, ellos en su corazón y en sus obras mostraban no temer el ejército. Habían notado la derrota de la caballería española, y aunque hasta entonces no se enten-

día cumplidamente su buen suceso, todavía la certeza de no haber perdido ninguna de sus tropas los había dado esperanza y alegría.

132 Eran las tres de la tarde, y se combatía en Monjuich más duramente que hasta entonces, porque la ira de unos y otros con la contradicción se hallaba en aquel punto más encendida. Iban entrando sin cesar los soldados á las baterías del fuerte: el que una vez disparaba no lo podía volver á hacer de allí á largo espacio, por los muchos que concurrían á ocupar su puesto. Afírmase haber sido tales las rociadas de la mosquetería catalana, que mientras se manejaba, á quien la escuchó de lejos parecía un continuado sonido, sin que entre uno y otro estruendo hubiese intermisión ó pausa perceptible á los oídos.

133 Confusos se hallaban los españoles, sin saber hasta entonces lo que habían de ganar por aquel peligro, porque ya los oficiales y soldados, llevados del recelo ó del desorden, igualmente dudaban y temían el fin de aquel negocio. Algunos lo daban ya á entender con las voces, acusando la disposición del que los traía á morir sin honra ni esperanza, como ya deseoso de que no escapase de aquel trance ninguno que pudiese acusar sus desaciertos. No dejaba de oir sus quejas el Torrecusa, ni tampoco ignoraba su peligro; empero entendía que siéndole posible el estarse firme, sin duda los catalanes perderían el puesto, por ser inalterable costumbre de las batallas quedarse la victoria á la parte donde se halla la constancia con más actividad. Instaba con nuevas órdenes al

Xeli le enviase instrumentos de escalar y cubrirse; por ventura, raro ó nunca visto descuido en un soldado grande, disponerse á la expugnación de una fuerza sin querer usar ó prevenir ninguno de los medios para poder conseguirlo.

134 Había llegado ya aquella última hora que la divina Providencia decretara para castigo, no sólo del ejército, mas de toda la monarquía de España, cuyas ruinas allí se declararon. Así, dejando obrar las causas de su perdición, se fueron sucediendo unos á otros los acontecimientos de tal suerte, que aquel suceso en que todos vinieron á conformarse, ya parecía cosa antes necesaria que contingente. Pendía del menor desorden la última desesperación de los reales: no se hallaba entre ellos alguno que no desease interiormente cualquiera ocasión honesta de escapar la vida.

135 Á este tiempo (podemos decir que arrebatado de superior fuerza), un ayudante catalán, cuyo nombre ignoramos y aun lo callan sus relaciones, á quien siguió el segundo Verge, sargento francés, comenzó á dar improvisas voces, convidando los suyos á la victoria del enemigo, y clamando (aun entonces no acontecida) la fuga de los españoles: acudieron á su clamor hasta cuarenta de los menos cuerdos que se hallaban en el fuerte, y sin otro discurso ó disciplina más que la obediencia de su ímpetu, se descolgaron de la muralla á la campaña por la misma parte donde los escuadrones tenían la frente. Llevábalos tan intrépidos el furor, como los miraba temerosos el recelo de los reales, que sin esperar otro aviso ó espanto

más que la dudosa información de los ojos, averiguada del temor, y creyendo bajaba sobre ellos todo el poder contrario, paloteando las picas y revolviendo los escuadrones entre sí (manifiesta señal de su ruina), comenzaron á bajar corriendo hacia la falda de la montaña, alzando un espantoso bramido y queja universal. Los que primero se desordenaron fueron los que estaban más al pie de la muralla enemiga (tan presto el mayor valor se corrompe en afrenta): otros con ciego espanto cargaban sobre los otros de tropel, y llenos de furia rompían sus primeros escuadrones, y éstos á los otros, y de la misma suerte que sucede á un arroyo, que con el caudal de otras aguas que se le van entrando va cobrando cada vez mayores fuerzas para llevar delante cuanto se le opone, así el corriente de los que comenzaban á bajar atropellando y trayéndose los más vecinos, llegaba ya con dobladas fuerzas á los otros, por lo cual los que se hallaban más lejos llevaron el mayor golpe. Unos se caían, otros se embarazaban, cuáles atropellaban á éstos, y eran después hollados de otros. Algunas veces en confusos y varios remolinos pensaban que iban adelante, y volvían atrás, ó lo caminaban siempre en un lugar mismo: todos lloraban: los gritos y clamores no tenían número ni fin: todos pedían sin saber lo que pedían: todos mandaban sin saber lo que mandaban: los oficiales mayores, llenos de afán y vergüenza, los incitaban á que se detuviesen; pero ninguno entonces conocía otra voz que la de su miedo ó antojo, que le hablaba al oído. Algún maestre de campo

procuró detener los suyos, y con la espada en la mano, así como se hallaba, fué arrebatado del torbellino de gente; pero dejando el espíritu adonde la obligación, el cuerpo seguía el mismo descamino que llevaba la furia de los otros: ni el valor ni la autoridad tenía fuerza; ninguno obedecía más que al deseo de escapar la vida.

136 Á este primer desconcierto esforzó luego la saña de los vencedores, arrojándose tras de los primeros algunos otros que hizo atrevidos la cobardía de los contrarios; tales con las espadas, tales con picas ó chuzos, algunos con hachas y alfanjes, no de otra suerte que los segadores por los campos, bajaban cortando los miserables castellanos. Mirábanse disformes cuchilladas, profundísimos golpes é inhumanas heridas: los dichosos eran los que se morían primero; tal era el rigor y crueldad, que ni los muertos se escapaban; podía llamarse piadoso el que sólo atravesaba el corazón de su contrario. Algunos bárbaros, aunque advertidamente, no querían acabar de matarlos, porque tuviese todavía en qué cebarse el furor de los que llegaban después: corría la sangre como río, y en otras partes se detenía como lago horrible á la vista, y peligroso aun á la vida de alguno que, escapado del hierro del contrario, vino á ahogarse en la sangre del amigo.

137 Los más, sin escoger otra senda que la que miraban más breve, se despeñaban por aquellas zanjas y ribazos, donde quedaron para siempre: otros, enlazados en las zarzas y malezas, se prendían hasta llegar

el golpe: muchos, precipitados sobre sus propias armas, morían castigados de su misma mano: las picas y mosquetes, cruzados y revueltos por toda la campaña, era el mayor embarazo de su fuga y ocasión de su caída y muerte.

138 No se niega que entre la multitud de los que vergonzosamente se retiraron se hallaron muchos hombres de valor, desdichada é inútilmente; algunos que murieron con gallardía por la reputación de sus armas, y otros que lo desearon, por no perderla: singular dicha y virtud han menester los hombres para salir con honra de los casos donde todos la pierden, porque el suceso común ahoga los famosos hechos de un particular; todavía esta razón no desobliga á los honrados, bien que los aflige.

139 El maestre de campo Don Gonzalo Fajardo salió herido considerablemente; con todo era su mayor riesgo la muerte del hijo único que dejaba en tierra. Don Luis Jerónimo de Contreras, Don Bernabé de Salazar y el Insinguien, todos iguales en puesto al Fajardo, sacaron más que ordinarias heridas, con otros muchos oficiales y caballeros, que no pretendemos nos sean acreedores de su gloria, si ella no pudo adquirirse en tan siniestro día para su nación.

140 Las banderas de Castilla, poco antes desplegadas al viento en señal de su victoria, andaban caídas y holladas de los pies de sus enemigos, donde muchos ni para trofeos y adornos del triunfo las alzaban; á tanta desestimación vieron reducirse. Las armas per-

didas por toda la campaña eran ya en tanto número, que pudieron servir mejor entonces de defensa que en las manos de sus dueños, por la dificultad que causaban al camino: sólo la muerte y la venganza lisonjeada en la tragedia española parece se deleitaban en aquella horrible representación.

141 Casi á este tiempo llegó al Torrecusa nueva de la muerte de su hijo y los suyos. Recibióla con impaciencia, y arrojando la insignia militar forcejaba por romper sus ropas; desigual demostración de lo que se prometía de su espíritu. Los hombres primero son hombres, primero la naturaleza acude á sus afectos, después se siguen esotros que canonizó la vanidad, llamándolos con diferentes nombres de gloria indigna; como si al hombre le fuera más decente la insensibilidad que la lástima.

142 Llegábanle cada instante tristísimos avisos de la rota, de que también pudieron sus ojos y su peligro avisarlo, si las lágrimas diesen lugar á la vista y la pena al discurso. Desde aquel punto no quiso oir ni mandar, ni permitió que ninguno le viese: no era entonces la mayor falta la de quien mandase, porque en todo aquel día fué más dificultoso hallar quien obedeciese.

143 Los que estaban abajo con la frente á Barcelona miraban casi con igual asombro la suerte de sus compañeros: esperábanlos más constantes, no por temer menos el peligro, sino porque llegados ellos tuviesen entonces mejor disculpa á su retirada. Era ya sabida en el campo la pérdida del San Jorge, y en esta

noticia fundaba más su temor que en ningún otro accidente.

144 El Vélez á un mismo tiempo miraba perderse en muchas partes, y no recelaba menos la inconstancia de los suyos, que ya empezaban á moverse, que el desorden de los que bajaban rotos. El peligro no daba lugar al consejo ó ponderación espaciosa, y así informado de que el Torrecusa había dejado el mando, llamó al Garay y le entregó la dirección de todo. No se puede llamar dicha, aunque suele ser ventura, ser escogido para remediar lo que ha errado otro, porque parece que se obliga el segundo á mayores aciertos, faltándole los medios proporcionados á la felicidad; para esto son más los hombres dichosos que los prudentes.

145 Recibió el Garay su gobierno, y fué la primera diligencia ordenar que los escuadrones de la frente marchasen luego y á toda priesa hacia afuera, dando las espaldas al lugar de Sans, y que la caballería se opusiese á la gente que bajaba en desorden, con ánimo de pasarla á cuchillo si no se detuviese; con lo cual se podría conseguir que, medrosos ellos de los mismos amigos, siquiera por beneficio del nuevo espanto se parasen; que era lo que por entonces pretendía el que gobernaba, para poderlos dar aliento y forma.

146 Marchó el Vélez con su trozo llevando la artillería en medio, y el Garay salió á recibir los tercios desordenados, que ni al respeto de su presencia ni al rigor de muchos oficiales que lo procuraban por cual-

quier medio, acababan de detenerse y hallar entre los suyos aquel ánimo que habían perdido cerca de los enemigos; antes con voces de sumo desorden clamaban: «¡Retira, retira!» En fin, la diligencia del propio cansancio y fatiga, que no les permitía mayor movimiento, les fué cortando el paso ó las fuerzas, de suerte que ellos, sin saber cómo, unos se paraban, otros se caían por tierra.

147 Grande fuera el estrago si los catalanes prosiguieran el alcance; pero como habían salido sin otra prevención más de la furia, jamás sus pensamientos llegaron á creer que podían conseguir otra cosa que la defensa. No hubo hombre práctico que, viendo arrojar á los suyos, no los juzgase perdidos; esto los detuvo, y fué su mayor dicha de los que se retiraban y su mayor afrenta.

148 Estaba la ciudad con la vista pronta en todas las acciones del fuerte, y habiendo reconocido la retirada de los escuadrones españoles, fué increíble el gozo y alegría que súbitamente se infundió en sus corazones; en fin, como aquellos que en una hora desde la esclavitud se veían subir al imperio.

149 Alababan el nombre de Dios con festivos clamores, bendecían la Patria, ensalzaban el celo de los suyos, engrandecían últimamente la gloria de su nuevo príncipe, cuya soberana fortuna tan presto los había hecho gozar de la felicidad común de aquella monarquía.

150 El Garay, sin perder un punto en el manejo de su defensa, como hombre que verdaderamente ignoraba

la ocasión de su derrota, hizo echar bando que todos al instante acudiesen á sus banderas, ó por lo menos á cualquiera de las de sus tercios que conociesen; y ordenó que ellos tomasen la más breve forma posible de ponerse en escuadrón, porque vuelto á componer el ejército, pudiese respirar su espíritu. Consiguiólo, pero tarde, con fatiga increíble; y somos ciertos oir de su boca que fué tan grande aquel trabajo, tan difícil y tan provechoso, que en sola esta acción se había juzgado digno de gobernar un ejército.

151 Hecho esto, se juntaron los cabos, menos el Torrecusa (que desde el punto que dijimos se excusó del mando, sin haber cosa que le obligase á la templanza), y después de haber llorado entre todos la muerte de los suyos, en primero lugar la lástima del San Jorge, discurrieron por los daños ya sensibles entonces al ejército, diciendo: «Que la gente se hallaba en sumo desaliento: que las provisiones faltaban: que la fama de la pérdida no dejaría lugar fiel en todo el país: que el poder no bastante á ganar un solo puesto cuando entero y orgulloso, mal llegaba á combatir una ciudad después de roto y desmayado: que Barcelona había de ser socorrida por los paisanos y auxiliares: que al Duque de Luí se afirmaba estaban aguardando por instantes: que las galeras de España se habían apartado: que Don Josef Margarit, según las informaciones de algunos naturales, bajaba con la gente de la montaña á ocupar los pasos de Martorell y el Congost: que el ejército se hallaba con menos dos mil infantes y muchos caballos de

los con que había subido, entre muertos, heridos y derrotados: que también faltaban algunas personas de cabos, cuyos lugares debían ser ocupados con gran consideración: que se habían perdido en todas las compañías más de cuatro mil armas: que con éstas más se hallaba el enemigo para poder resistirse: que ni el tiempo ni la fortuna ni el estrago daban lugar para que se consultase con el Rey su resolución: que la salud pública de aquel ejército consistía en lo que se acertase y ejecutase antes del amanecer: que lo más conveniente era volver á Tarragona con suma brevedad, porque los pasos no se embarazasen, y primero que los de Barcelona saliesen á impedírselo con escaramuzas: que se debían anticipar á las noticias de su desgracia, porque llegasen sin ella á los lugares que dejaban á las espaldas, sin darles ocasión de que con su pérdida los tomasen otra vez, que les fuese necesario volver á ganarlos de nuevo: que desde aquella plaza se podía dar aviso al Rey y esperar sus órdenes y socorros.»

152 Todo lo escuchaba el Vélez, suspenso en la consideración de su fortuna, haciendo en su ánimo firme propósito de no recibir por ella otra injuria. No hubo entre todos alguno que contraviniese el acuerdo, en todo ajustado á lo propuesto.

153 Ocupáronse aquella tarde los catalanes, ya vencedores, en recoger los despojos de su triunfo, y entre ellos, como más insigne, llevaron á la ciudad once banderas españolas, siendo diez y nueve las perdidas del ejército, que poco después colgaron desde la casa

de su diputación á vista de todo el pueblo, que las miraba con igual saña y alegría: llevaron notable cantidad de todas armas, carros, bagajes y pabellones, que servirán á la posteridad como testigos de aquella gran pérdida de españoles.

154 No se descuidaron un punto de la guardia de su fuerte, ni quisieron pedir más halagos á su fortuna que la buena suerte de aquel día: guarneciéronle con nuevo y grueso presidio, habiendo recibido aquella noche más de cuatro mil infantes en los lugares convecinos, como si verdaderamente temiesen el segundo asalto.

155 Estas diligencias, que no pudieron hacerse sin gran ruido de toda la campaña, y alguna artillería que á espacios señalados disparaba la ciudad por tener su gente cuidadosa, servía aún más de temor al ejército que de prevención á los suyos, á quienes el deseo de la consumada victoria tenía alegres y puntuales ordenadamente en sus estancias, todavía inciertos de lo que habían conseguido.

156 Descubrióse al amanecer el fuerte de Monjuich y sus trincheras, coronado de copiosa multitud de gente, que había subido á notar el estrago de los reales, de que todavía se hallaban señas recientes en la sangre y cadáveres de sus enemigos. Pero los castellanos, habiendo temido de su movimiento alguna determinación de las á que podía convidarles el buen semblante de la fortuna de sus contrarios, obedeciendo á ella, comenzaron á moverse antes del día la vuelta de Tarragona, tan llenos de lástima y des-

consuelo, como los catalanes se quedaban de honra y alegría.

157 Antes fué enterrado el San Jorge miserablemente en la campaña: expiró aquella noche, mezclando entre las palabras que ofrecía á Dios algunas que bien significaban el celo del servicio de su Rey. Acompañáronle muchos otros, cuyos cuerpos, esparcidos por la tierra, asemejaban un horrible escuadrón asaz poderoso para vencer la vanidad de los vanamente confiados.

158 La pérdida de los naturales fué desigual, bien que murieron algunos; porque como siempre pelearon dentro de sus reparos, no había tanto lugar de emplearse en ellos las balas enemigas.

159 Marchó el infeliz ejército con tales pasos, que bien informaban del temeroso espíritu que lo movía: caminó en dos días desengañado lo que en veinte había pisado soberbio: atravesó los pasos con temor, pero sin resistencia: entró en Tarragona con lágrimas, fué recibido con desconsuelo, donde el Vélez, dando aviso al Rey Católico, pidió por merced lo que podía temer como castigo. Excusóse de aquel puesto, y lo excusó su Rey, mandando le sucediese Federico Colona, condestable de Nápoles, príncipe de Butera, virrey entonces en Valencia, que poco tiempo después representó su tragedia en el mismo teatro, perdiendo la vida sitiado por franceses y catalanes en Tarragona.

160 No pararon aquí los sucesos y ruinas de las armas del rey Don Felipe en Cataluña, reservadas quizá á

mayor escritor, así como ellas fueron mayores. Á mí me basta haber referido con verdad y llaneza, como testigo de vista, estos primeros casos (1), donde los príncipes pueden aprender á moderar sus afectos, y todo el mundo enseñanza para sus acontecimientos.

---

(1) El autor no escribió más que los sucesos del primer año de la guerra, la cual concluyó en 1652 con la toma de Barcelona por Don Juan de Austria.

FIN

LAPIDEM, QUEM REPROBAVERUNT ÆDIFICANTES

ÍNDICE

	Páginas.	Párrafos.
Introducción	V	»
Advertencias	LXV	»
Obras del autor	LXVII	»
Portada de la primera edición	LXXIII	»
Dedicatoria al papa Inocencio X	LXXV	»
Hablo á quien lee	LXXVII	»
GUERRA DE CATALUÑA	I	»

LIBRO PRIMERO

Utilidad de la Historia	1	2
El autor justifica su ánimo	2	3
Manifiesto á todos los de quienes se escribe	2	5
Guerra de España y Francia: ocasión de estos movimientos: pueblo español y francés piden quietud	3	8
Derrota del príncipe Tomás de Saboya y buenos sucesos de España	4	10
Guerra en la raya de Francia	5	12
Entra Valparaíso en la Gascuña. Retírase el campo español	5	13
Desampáranse los puestos ganados en Francia	7	14
Prosíguese con interés la guerra en España	7	15
Jornada de Leucata	7	16
Retíranse rotos los españoles	8	17
El príncipe de Condé sobre Fuenterrabía	8	18
Negocios de las monarquías	8	19

	Páginas.	Párrafos.
El Marqués de Espínola, general del Rey Católico.	9	21
Mr. de Espernan, gobernador de Leucata........	9	22
La armada de Francia embiste á la Coruña: arriba y sale el arzobispo de Burdeos segunda vez: Oquendo intenta buscar al Sordis............	10	23
Pueblos españoles oprimidos de ejércitos, y más que todos, Cataluña........................	11	24
Estado y proposiciones de Cataluña............	11	25
Motivos de desabrimiento entre los ministros del Rey....................................	12	26
Intervención en el mando al Santa Coloma......	13	28
Servicio del Principado en Salses...............	14	30
Los catalanes esperan el premio de sus servicios: descuido de los ministros reales y desconsuelo de los catalanes...........................	14	32
Guarniciones y cuarteles de Cataluña...........	16	34
Querellas continuas de naturales y soldados.....	17	37
Aborrecimiento de los catalanes al Santa Coloma.	18	39
El Espínola desatiende al útil de los catalanes...	18	40
Secreto del Espínola.........................	19	41
Ordena contribuciones........................	19	42
Quéjanse los pueblos y los satisface............	20	43
Publican su enojo los catalanes	21	45
Desenvoltura escandalosa de los soldados.......	21	46
Deja el Espínola el gobierno de las armas y le sucede el Santa Coloma......................	22	49
Miseria común de la provincia y muerte de Don Antonio Fluviá............................	24	52
Entra en nuevos cuidados el Santa Coloma......	24	53
Monredón es despachado contra Farnés: su muerte.	25	54
Incendio de Farnés...........................	26	55
Los soldados del campo católico son tenidos por herejes..................................	27	56
Proposición del Santa Coloma al Rey...........	28	57
Respóndesele con artificio......................	28	59

	Páginas.	Párrafos.
Acude Tamarit á los daños en nombre de la república	29	60
La ciudad hace el mismo oficio	29	61
Prisión del diputado y consejeros	29	62
Siéntelo el Principado	30	63
Orden real	30	64
Llanto público	31	65
Enciéndese la ira	31	66
Descripción de Cataluña	33	69
Natural de los catalanes: origen de los bandoleros: Narros y Cadells, bandos famosos	34	71
Hombres raros en esta vida inquieta	35	73
Hábito de los bandoleros	36	74
Felicidad de su provincia	37	76
Primer exceso público de los catalanes	38	78
Quiénes son los segadores	38	79
Entrada anticipada de algunos segadores en Barcelona	39	80
Entra el grueso de los segadores	40	83
Estado de las cosas públicas	41	85
Los castellanos se retiran del vulgo	42	87
Rompimiento común del pueblo	42	88
Ayudan las milicias al tumulto	43	89
Excúsase el Santa Coloma de salir de Barcelona	44	90
Ánimo de los ministros catalanes	44	91
Pretende embarcarse el Santa Coloma y se le dificulta	45	92
Espectáculo de Barcelona	46	96
Segunda vez se embarca: sálvase el hijo	46	97
Es hallado muerto el Santa Coloma	47	98
La casa del de Villafranca es saqueada: extraño suceso	48	100
Fué útil á la templanza	49	101
Fortifícase la ciudad	51	105
Escribe la Diputación al Rey Católico	52	106

LIBRO SEGUNDO

	Páginas.	Párrafos.
Extiéndese la revolución á todo el Principado...	53	1
Sublevación de Tortosa. Qué es oficio de baile general en Cataluña: prevención que éste hace: el pueblo se la estorba...	54	2
Son derrotadas las levas de bisoños...	54	3
Escápase el Monsuar admirablemente...	55	4
Qué es *via fora*...	55	5
Gerona se recata y defiende...	57	8
Retírase Filangieri á Aragón...	58	10
Pérdida de Don Fernando Cherinos...	58	11
Inhumanidad de los soldados...	59	13
Viene á la Corte la nueva de los movimientos de Cataluña y muerte del Conde. Juicio de los políticos...	60	15
Ánimo de los mayores ministros...	61	16
Llega fray Bernardino Manlléu á la Corte con su memorial en nombre de la provincia, acomodándose con poco...	61	17
Sentimiento del Conde-Duque...	63	18
Cardona, segunda vez en el gobierno...	64	20
Recíbele el Duque...	64	21
El Cardona entiende dar satisfacción á la provincia...	65	23
El obispo de Gerona pronuncia sentencia contra los soldados...	66	25
Juan de Arce prosigue su marcha á Perpiñán...	67	26
Descripción de Perpiñán...	67	29
Intención de los cabos en dicha villa...	68	30
Previénense los naturales á la oposición...	68	31
Asaltan los reales las puertas de Perpiñán...	69	33
Bate el Xeli la villa, entra el ejército y la da á saco.	69	34
Solicítase el perdón por medios católicos...	70	35

	Páginas.	Párrafos.
Estado miserable de los naturales	71	36
Muchos dejan la patria	71	38
Las tropas reales salen á la pecorea	72	39
Pide el Cardona ministros á la provincia para que le acompañen	73	41
Prende el Cardona al Arce y á Moles	74	43
Entereza del Conde-Duque	75	45
Nueva orden al Cardona: su muerte	76	46
Embajadores del Principado	77	48
Justificación por papeles de los catalanes	78	50
Arbitrio del Conde-Duque	79	51
La Diputación reprehende á sus embajadores	80	52
Manejos de Don José Sorribas y su prisión	81	54
El obispo de Barcelona es elegido virrey del Principado	82	56
Recíbenle los catalanes: el obispo no procede en el ejercicio de virrey	83	58
Voz de la corte católica	84	60
Voz de los catalanes	84	61
Recíbese la embajada de Cataluña, pero sin efecto	85	62
Gran junta sobre los negocios de Cataluña en la Corte	86	63
Propuesta que hace por escrito á la Junta el Conde-Duque	86	64
Parecer del Conde de Oñate	88	66
Voto del cardenal Borja	95	68
Razonamiento del Conde-Duque	101	70
Resolución de la Junta	102	72

LIBRO TERCERO

Cuidado que daba la elección de general: cuáles eran los cuatro sujetos para este empleo: es propuesto el Marqués de Espínola	107	1
El almirante de Castilla	108	2

	Páginas.	Párrafos.
El Conde de Monterrey	108	3
Es elegido el Marqués de los Vélez	109	4
Intentan Cortes entre sí los catalanes y envían cartas á los señores y prelados de la provincia.	112	9
Segunda vez los escribe la Diputación	113	11
Qué es en Cataluña Diputación general	114	13
Jueces de la Diputación	115	14
Gobierno particular de los pueblos y forma de las gramallas	115	15
Gobierno en común por sus partes	116	16
Ministros de aquel año	116	17
Plática en común de la Junta. Juicio de los catalanes sobre el Rey Católico	117	19
Pide la Junta arbitrios y remedios	119	22
Forma regular de la última Junta	119	24
Razonamiento del obispo de Urgel	120	27
Parecer del diputado Claris	128	30
De común parecer, se ajusta la resistencia	136	31
Nombran plaza de armas	137	32
Discurren sobre elegir un príncipe auxiliar	137	33
Juicios varios en París	138	35
Cardenal-Duque y otros ministros franceses	139	36
Justifícanse los ministros del Rey Cristianísimo	139	37
Resuélvese la asistencia de Francia	140	38
Seriñán y Plessis vienen á Cataluña	140	39
Junta en Barcelona	140	40
Capitulación de franceses y catalanes	140	41
Sucesos de las armas del Rey Católico: encargo hecho á Don Juan de Garay	141	44
Tortosa se reduce	142	45
El Tejada se fortifica y castiga á algunos del pueblo.	143	46
Suceso del Garay en Illa: retírase, y la defiende Mr. de Aubiñí	143	48
Qué es Illa: los castellanos no la entran: Garay es herido: retírase segunda vez	145	49

	Páginas.	Párrafos.
El Conde-Duque procura que el Nuncio Apostólico pase á Cataluña	147	51
No tiene efecto esta pretensión	147	52
El Conde-Duque escribe á los catalanes	148	54
El Marqués de Pobar enviado á Barcelona	148	55
Prenden los catalanes al Pobar	149	57
Oficios del Vélez con los aragoneses	150	58
Zaragoza, en nombre de Aragón, despacha embajador al Principado	151	60
Propuesta de Aragón á Cataluña	152	61
Responde Cataluña á Aragón	152	62
Orden superior sobre los ejércitos	153	64
Parecer del Garay antes de formarse el ejército	154	65
Orden al Garay	154	66
El Conde Rho va á sucederle	155	67
El Marqués de Torrecusa viene á su puesto: el Duque de San Jorge á la caballería, y Don Álvaro de Quiñones á la de las Órdenes	155	68
Xeli de la Reina va á la artillería	156	69
Variedad en los avisos y despachos	156	71
Órdenes encontradas	158	73
El trozo del ejército de Cantabria	158	74
Descripción de Fraga	159	75
Las levas se deshacen	160	77
Torrecusa en los cuarteles	160	78
Los catalanes ocupan el Portús	161	80
Descripción del Portús	161	81
El diputado real viene á Tortosa	162	83
Retírase temeroso	162	84
Don Ramón Caldés sobre Tortosa	162	85
Queman el puerto de Tortosa	163	86
Socorro de los bergantines de Santa Cilia	163	87
Descripción de Tortosa y el Ebro	164	89
Marcha el tren de la artillería	165	91
Sale el Vélez de Zaragoza	166	92

	Páginas.	Párrafos.
Punto de Estado sobre el mando de Zaragoza...	167	93
Visita el Vélez los cuarteles....................	167	94
Descripción de Alcañiz........................	168	95
Llégale nuevo título al Vélez	169	97
El Vélez escribe á la Diputación de Barcelona...	170	99
Discurso de los ministros reales................	171	101
Engaño de los catalanes........................	171	102
Aguasvivas, famoso por su milagro.............	172	103
Don Jerónimo de Fuenmayor, enviado al Vélez..	172	104
Responde el Principado al Vélez...............	174	106
Suceso del Ribera..............................	175	109
Viaje del Vélez á Tortosa......................	175	110
Habla la ciudad de Tortosa.....................	176	111
Respuesta del Vélez: su entrada...............	177	112
Jura de virrey..................................	177	113

LIBRO CUARTO

Procede la Diputación contra Tortosa..........	179	1
Repártense los cabos catalanes. Qué son los miquelets..................................	180	2
Fiestas en el Principado: su origen y útil........	181	4
Duda en la elección de nuevos conselleres	182	5
Nuevos ministros de aquel año en Cataluña.....	183	6
Nueva esperanza de concordia..................	183	7
El Tejada sale contra Cherta: es descubierto del enemigo: el Guimerá se retira con su gente: pasa adelante el Tejada sin efecto............	185	9
Socorre el Tejada á Cherta. Muerte de Don Ramón de Aguaviva............................	187	10
Sucesos de Tivenys............................	188	11
Bando real á los catalanes.....................	190	13
Reducción de algunos lugares: los ministros catalanes encubren el bando	191	14
Bando del Principado...........................	191	15

	Páginas.	Parrafos.
Desprecio dañoso	192	16
Ruin disposición de provisiones	192	17
Dificultad en el manejo de abastecerse de víveres los reales	193	18
Muestra general del ejército castellano	193	19
Oficiales del sueldo	195	22
Tiempo contrario de las armas	195	23
Vandestraten y Soriano salen á prevenir la marcha.	195	24
Segunda salida del Vandestraten	196	26
Elige y ocupa los puestos	196	27
Inquieta al enemigo	197	28
Forma de la primera marcha del ejército y su vanguardia	198	32
Qué es á lo que se llama batalla. Lugar del general del ejército	199	33
Caballería á los lados	200	34
Retaguardia: forma de la artillería	200	35
Guarnición de la artillería	201	36
Ajustamiento sobre el honor de las vanguardias	201	37
Piérdese el Vélez á la salida de Tortosa	202	38
Ocasión primera de las armas	202	40
Caso extraño por la desigualdad	203	41
Veneno prevenido á las aguas	204	43
Reconócese la campaña: muerte del primer soldado del Rey	205	45
Descripción del Coll de Balaguer	206	47
Fortificaciones del Coll	207	49
Expugnación del Coll	208	50
Desampáranse los puestos	208	51
El Conde de Zavallá procura el socorro del Coll sin efecto: los soldados reales se detienen	209	52
Gánanse las atalayas: el Vélez marcha. Hace alto el ejército en el Hospitalet	211	54
Llaman los catalanes al Espernan	214	56
Entra el Espernan en Barcelona	215	57

	Páginas.	Párrafos.
Camina á Tarragona	215	58
Fray Ambrosio convida con el perdón á los de Cambríls. Noticias del enemigo	216	60
Marcha el Vélez á Cambríls	217	61
Cabos de la plaza de armas de Cambríls	217	62
Muerte de la gente del campo	218	64
Orden del socorro y marcha	218	65
Embajada al Vélez	219	66
Respóndele	219	67
Defienden los frailes el convento de San Agustín.	219	68
Peligro del Vélez	220	69
Hambre y desorden del ejército real	220	70
Plática de los soldados catalanes cerca de la entrega de Cambríls	221	71
Los sitiados procuran introducir concierto	222	72
Caso extraño y loable	223	73
El Vélez dispone el tratado, y lo consiente	225	76
Peligros de la emulación y ajustamiento de la plaza.	225	77
Suceso lastimoso de Cambríls	227	80
Acude el Vélez á la nueva del suceso	229	81
Acuerdo de los jueces provinciales	230	83
Muerte del Rocafort y otros oficiales	231	84
Descripción de Cambríls	232	88
Cuidados del general del ejército real	233	90
El San Jorge ofrece la interpresa de Tarragona	233	92
Puerto y fuerte de Salóu	234	93
Parecer del Gandolfo	235	94
Parecer del Torrecusa	235	95
Villaseca y su posición	236	96
Aviso secreto al Vélez	236	97
Sitio de Salóu	236	98
Monsieur de Santa Colomba defiende á Villaseca.	237	99
Monsieur de Aubiñí prisionero	237	100
Diligencia y plática de Espernan. Responden con ingenio los españoles	238	101

	Páginas.	Párrafos.
Movimiento de las armas de San Pol...........	239	103
Descripción de Lérida.........................	241	104
Pérdida de la villa de Orta....................	242	106
El San Jorge va á ganar los puestos............	242	107
Estado de Tarragona...........................	243	108
Espernan avisa á los diputados.................	244	109
Capitulación de Tarragona.....................	245	112
Tarragona viene á obediencia..................	246	116
El Vélez la recibe.............................	247	117
El coronel conseller se retira..................	247	118
Tropas francesas..............................	248	121
Descripción de Tarragona......................	249	123
Llegan las galeras y bergantines y Don Juan de Garay.......................................	250	124
Oposición de los cabos de mar y tierra..........	250	125
Intención del Garay...........................	251	126
Novedad importante á la guerra................	252	129
Negocio de Portugal...........................	252	130
Juicios varios sobre Portugal..................	257	132

LIBRO QUINTO

Previenen los catalanes á Martorell.............	260	2
El doctor Ferrán pretende la defensa...........	260	3
Gobierno militar en los mozos, cosa de peligro..	260	4
Continúa la Diputación los negocios de Espernan.	261	5
Nada consigue la Diputación: orden imperiosa á Espernan..................................	261	6
Diligencias vanas del diputado.................	262	7
El Tejada es nombrado gobernador de Tarragona.	264	12
El Vélez necesita de Villafranca y le teme.......	265	15
Discurso de los cabos..........................	265	17
Inutilidad de la salida del ejército de Fraga.....	266	18
Competencias entre el Nochera y el Prior de Navarra....................................	266	19

	Páginas.	Párrafos.
Nueva contradicción al Esperman	267	22
Aliento de algunos catalanes	268	25
Marcha el Vélez al Panadés	269	26
Llega á San Sadurní	269	27
Resístese el lugar	269	28
Sus fortificaciones	269	29
Para el Vélez y discurre sobre la empresa	270	30
Llaman al diputado Tamarit	270	31
Tamarit deja el Rosellón y dispone la defensa común. Primer socorro de Francia en Barcelona	271	32
Tamarit llama y ordena al Margarit para que se acerque á Tarragona	272	34
Descripción de Constantí y lastimoso estrago en los hospitales	272	36
Retirada de los catalanes	274	37
Pide socorro el Tamarit	275	39
Junta en breve el socorro para Martorell	277	42
Torrecusa se aparta con la vanguardia	277	43
El Vélez inquieta al enemigo	277	44
Plática de la retirada	278	45
Retíranse los catalanes	279	46
Entrada costosa de Martorell	280	48
El socorro de Barcelona: escaramuza con la caballería española	281	50
Detúvose el Vélez	282	51
Importante paso del Congost	282	52
Nueva orden en el ejército	282	53
Cuidados del Vélez	283	54
Plática del Vélez	284	56
Prosigue con otros medios	285	58
Declaración de algunas órdenes reales	286	60
Consideraciones de los del Consejo	287	62
Opinión de los cabos	288	63
Duda del Vélez: resolución de los cabos	289	64

	Páginas.	Párrafos.
Torrecusa reconoce los puestos	289	65
Última carta á Barcelona	290	67
Carta del Rey	290	68
Temor de Barcelona	290	69
Responde la ciudad	291	71
Órdenes á los escuadrones volantes. Orden de la embestida de Monjuich. Orden al cuerpo del ejército	291	72
Resolución de la Junta catalana: es propuesto por Rey el de Francia	294	75
Respetos de los catalanes	294	76
Rey Cristianísimo aclamado Conde de Barcelona.	295	78
Orden de la defensa	295	79
Cuidado de los franceses en la defensa	296	80
Orden al conseller	296	81
Orden al Margarit	297	82
Estado del ejército real	297	84
Habla el Vélez á los suyos	298	86
Descubre el ejército á Barcelona	299	87
Tamarit habla al pueblo	299	89
Orden en la defensa de Barcelona	302	91
Paso del ejército	303	92
Descripción de Barcelona	303	95
El Conde de Tirón ataca la primera escaramuza.	305	96
Engaño de los reales	305	97
Muerte del Conde de Tirón: el maestre de campo de los portugueses ocupa su puesto	306	98
Retírase herido Don Simón Mascareñas: muere el Cárdenas	306	100
Seriñán se mueve contra el San Jorge	308	102
Orden á la caballería	308	103
El San Jorge intenta desalojar al enemigo	309	104
Seriñán ordena la escaramuza	309	106
El San Jorge dispone la embestida	310	107
Córtanle los caballos franceses	311	110

	Páginas.	Párrafos.
El Quiñones no le socorre	311	111
Cae el San Jorge herido de muerte	311	112
Muerte de muchos cabos	312	113
Retiran al San Jorge	312	114
Notables palabras del Torrecusa	312	115
Temor de los catalanes	313	117
Socorre la ciudad á Monjuich	314	120
Desorden de los reales en la embestida	314	121
El Torrecusa alienta á los suyos y pide escalas	315	122
El sargento Ferrer anima á los suyos con el socorro que les viene	316	125
Entra el socorro en Monjuich: muerte de muchos caballeros y capitanes castellanos	317	126
El Torrecusa abriga á los suyos	318	128
Diligencia de los catalanes	319	130
Nuevo aliento en Barcelona	319	131
Monjuich se defiende	320	132
Rara ocasión del vencimiento: derrota del ejército	321	135
Furor de los vencedores	323	136
Es herido el maestre de campo Fajardo	324	139
Recibe Torrecusa la nueva de la muerte del hijo	325	141
Torrecusa deja el mando	325	142
El Garay recibe el mando de todo el ejército	326	145
Paran de cansados los que se retiran	326	146
La ciudad reconoce la victoria	327	148
Su alegría	327	149
Discurso y plática de los cabos castellanos	328	151
Los catalanes se refuerzan	330	154
Nuevo temor del ejército	330	155
Entierran al San Jorge en la campaña	331	157
Retírase el ejército á Tarragona	331	159

Mello, Francisco Manuel de
Historia de los
movimientos, separación
y guerra de Cataluña.

